



Patrick Dennis

Genio

TRADUCCIÓN DE
MIGUEL TEMPRANO GARCÍA



Lectulandia

En Hollywood la mentira, el engaño y la ostentación son moneda corriente, pero se diría que el director de culto Leander Starr es capaz de engatusar al mismísimo diablo. Sin embargo, los años no pasan en balde ni siquiera para un genio como él, y aunque el público sigue siendo misericordioso, sus ex mujeres y el fisco estadounidense terminan por perder la paciencia. Como otros grandes directores, decide fugarse a México, donde se propone rodar una nueva película, *El Valle de los Buitres*, que le permita recuperar el prestigio y la prosperidad económica: sólo necesita algo de dinero y a un guionista. Afortunadamente, conoce a alguien que podría encargarse de la tarea, un escritor bastante célebre pero que sufre desde hace un tiempo una crisis creativa: Patrick Dennis. El encuentro del director y el escritor da pie a una sátira del disparatado mundo de las estrellas del cine clásico de Hollywood tan trepidante, divertida y asombrosa como una jornada de rodaje con Orson Welles.

Lectulandia

Patrick Dennis

Genio

ePub r1.0

Castroponce 06.10.18

Título original: *Genius*
Patrick Dennis, 1962
Traducción: Miguel Temprano García
Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PATRICK DENNIS

GENIO

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE MIGUEL TEMPRANO GARCÍA

Para H.D.V.

I

Si el lector ha cumplido ya los treinta años sería osado por mi parte preguntarle si ha oído hablar de Leander Starr. Cualquiera que se tenga por mínimamente cultivado podría responder en el acto que fue —y tal vez siga siendo— el mayor director de cine de Estados Unidos, a la altura de Robert Flaherty, Mauritz Stiller, Erich von Stroheim y media docena más. Sería difícil encontrar a alguien (que pase de los treinta) que no haya visto su gran épica religiosa *Ruth en el trigal ajeno*, que aún hoy se considera el modelo de todas las grandes películas bíblicas. Basta con aludir en ciertos círculos a su documental mudo, *Una muchacha de Yucatán*, en el que aparecían una belleza sordomuda mexicana, un montón de ruinas indígenas y la Filarmónica de Viena, para que se produzca un minuto de susurros reverentes. Y, por supuesto, sus elaborados e ingeniosos suflés que cocinaba expresamente para grandes actrices cómicas de antaño como Carole Lombard y Jean Harlow siguen siendo joyas del cine clásico.

Si, como yo, pasa de los cuarenta, no es necesario que le diga que la labor como director teatral de Leander Starr se consideraba prodigiosa. Su dirección de comedias para Gertrude Lawrence, Ina Claire, Francine Larrimore o los Lunt —por nombrar sólo a unos pocos— era mágica. Y tampoco se contentaba con eso. Era capaz de adaptar las obras más insospechadas de autores tan difíciles como Marlowe, Webster, Beaumont y Fletcher, García Lorca, Beckett y Brecht y colgar el cartel de LOCALIDADES AGOTADAS. No es poca cosa.

Sin embargo, si tiene menos de treinta —la mitad del país aún no los ha cumplido—, quizá requiera una breve explicación, pues, a menos que sea uno de esos cinéfilos empedernidos que frecuentan las proyecciones del Museo de Arte Moderno y los cines de arte y ensayo más mugrientos, no es probable que haya visto muchos ejemplos de la soberbia obra de Leander Starr. Desde hace unos años —por diversas razones—, el señor Starr ha preferido vivir fuera de Estados Unidos. Su obra ha sido esporádica: un par de películas rodadas en Italia, un western psicológico filmado nada menos que en el sur de Francia, una película épica con actores de primera fila sobre Ricardo Corazón de León rodada en Walton-on-Thames y la mitad de una muy erudita serie de la BBC basada a grandes rasgos en el informe Wolfenden. Todos ellos son trabajos de primera que siguen demostrando que el viejo maestro no ha perdido su habilidad. Pero Starr ha considerado oportuno abandonar Italia, Francia e Inglaterra igual que hizo con su tierra natal. En los últimos años ha estado ocioso la mayor parte del tiempo.

Aunque para muchos el nombre de Leander Starr equivalga a verdad y belleza, para otros es sinónimo de ruina financiera, deudas y cheques sin fondos. El montaje final de su gran documental *Una muchacha de Yucatán* dura exactamente cuatro horas y cincuenta y dos minutos y es imposible venderlo a una sala de cine normal.

Su chispeante comedia, *Un affaire*, puede que ganara cuatro premios de la Academia, pero producirla fue tan ruinoso que sólo cubrió gastos porque, por lo general, se proyectó en programas dobles con *Blondie Brings up Baby*. A pesar de que su gran fresco histórico, *El Éufrates*, llenó dos años enteros el viejo Hippodrome hasta la bandera, lo hizo a costa de perder mil doscientos dólares a la semana, sin incluir las facturas del veterinario. La primera y la cuarta esposa de Leander Starr todavía claman pública y regularmente por su pensión alimenticia. Sé con certeza que debe la comida y el alojamiento —siempre alojamientos muy elegantes— en el hotel Beverly Hills, el Ambassador East, Hampshire House, el Plaza, el Claridge, el Ritz (de Londres), el Ritz (de París), el George V, el Hassler de Roma y el Hôtel de Paris en Montecarlo. Si alguna vez cometiese la imprudencia de volver a pisar suelo estadounidense, Hacienda estaría muy interesada en departir con Starr acerca de unas trivialidades concernientes a muchos, muchos miles de dólares en impuestos impagados. Hasta me debe dinero a mí.

La primera vez que me topé con Leander Starr —tanto literal como figuradamente— fue hace casi veinte años en el hotel Edward en Durban, Sudáfrica. Fue durante la Segunda Guerra Mundial, y yo me dirigía lenta y tortuosamente hacia Egipto. De hecho, Durban estaba abarrotado de viajeros a punto de marcharse o recién llegados de otro sitio. La pequeña ciudad turística se había convertido en una especie de escala a mitad de camino para todo el mundo: refugiados ricos rumbo a Sudamérica, tropas inglesas destinadas a Oriente Medio y la India, barcos-hospital que iban y venían desde Dios sabe dónde hasta Dios sabe dónde. La principal ocupación de todo el mundo era esperar la llegada del barco, avión o tren que los llevase adondequiera que creyesen estar dirigiéndose y entretanto conseguir un buen bronceado. Y había sitios peores donde esperar.

Como todo el mundo estaba en el mismo barco —o, para ser más exacto, esperando el mismo barco— en la ciudad imperaba una alegría frenética. Había playas por la mañana, carreras y críquet por la tarde y, por las noches, clubes donde uno llevaba su propio licor, como el Stardust. Las colinas que rodean la ciudad estaban cubiertas de chalets con nombres como Sans Souci o Mon Repos, donde patrióticos colonos ingleses recibían a cualquiera y a cualquier cosa que llevase algo remotamente parecido a un uniforme. Las personas más inverosímiles iniciaban improbables coqueteos y amistades porque sabían —o esperaban— que serían relaciones pasajeras y que, cuando el siguiente barco de la P&O levantara anclas, nunca volverían a verse. Como digo, era un grato interludio en el largo viaje hasta la guerra, y pasé un mes muy agradable sin hacer nada, alojado cómodamente a expensas de Su Majestad en el Cuerpo Estadounidense de Voluntarios Internacionales.

En lo que se refiere a los coqueteos, me había ido peor que a la mayoría. La pelirroja en la que había invertido gran cantidad de tiempo y dinero resultó tener un fornido marido del que nunca me había hablado y que era comandante de marina en un navío británico de transporte de tropas. Me quedé con cara de tonto y las manos

vacías cuando me lo presentó diciéndole: «Es el novio estadounidense de Dulcie, cariño», y se largó zumbando en un elegante Packard con el volante a la derecha para reiniciar las relaciones domésticas con la Royal Navy.

Alto, delgado y —en mi opinión— bastante bien parecido con mis pantalones cortos de oficial británico y mi gigantesco salacot, entré con aire trágico en el hotel Edward con la intención de ahogar mis penas en ginebra con lima. Era la hora del té y el bar estaba abarrotado. Escogí la única mesa que quedaba libre, una pequeña en un rincón oscuro, lamentándome de que, en la oscuridad, mi trágico semblante pasaría casi desapercibido para los demás parroquianos, a la vez que reparaba, con cierta alegría, en que la penumbra resaltaba mi bronceado (era muy joven y se me podía disculpar cierta teatralidad). En cualquier caso, no pude disfrutar mucho de la ginebra. Las puertas se abrieron de par en par y una joven rubia, muy guapa y un tanto despeinada entró a toda prisa. Recorrió con una mirada desesperada y apasionada la sala abarrotada y fue directa a mi mesa.

—¿Le importa si me siento? —preguntó, y se desplomó en la silla vacía que había frente a la mía.

—Encantado —respondí muy amable a la vez que me ponía en pie y el condenado salacot salía rodando absurdamente por el suelo.

—Siéntese, idiota —dijo con voz sibilante.

—Pero mi salacot...

—Le compraré uno nuevo. Siéntese y no llame la atención.

—Bueno, señora, si se trata de llamar la atención... —empecé a decir con tono engreído. Luego la miré con más detenimiento—. Oiga, ¿no es usted Monica James? —Después de pasar la mitad de mis años de formación viendo programas dobles e incluso triples, no había un solo nombre del mundo del cine que no conociese, desde las estrellas más rutilantes hasta los actores más olvidados. Monica James había interpretado a una frágil ingenua inglesa en media docena de películas de la Gaumont-British.

—Sí. Y ahora ¿le importaría callarse de una vez?

—La verdad, señorita James, es que sólo quería decirle que siempre he admirado su trabajo. Sobre todo la última película que hizo con Leslie Howard, dirigida por Leander Starr. Es...

—¡Leander Starr! Ni me nombre a ese animal. Me ha perseguido desde... ¡Ay, Dios mío, ahí está! No deje que me vea.

Me volví, igual que todos los presentes, y ahí estaba el gran Leander Starr, ataviado para parecerse a Trader Horn. A pesar de la penumbra de nuestro rincón, no tardó en dar con Monica James. Fue directo a la mesa y dijo:

—Joven, está usted destrozando un hogar feliz. Mis segundos irán a verle esta noche.

—No seas idiota, Leander —dijo la señorita James.

—Joven, esta mujer es mi esposa, y a quienes Dios ha unido...

—¡No soy tu esposa! —respondió acaloradamente la señorita James—. Tengo el certificado de divorcio aquí mismo y es mi posesión más preciada.

—No te creo.

—Sé que no me *creías* —replicó ella, blandiendo una hoja de papel—, pero aquí lo tengo. Mi abogado dice que también podría haberlo conseguido alegando abandono familiar, locura o el hecho de que eres un delincuente empedernido. Da igual. Me bastó con el adulterio.

—¿Abandono familiar? Si no fuese por la gravedad de la acusación, Monica, me reiría. ¡Sí, sí, me reiría! —Hizo un gesto grandilocuente—. Fuiste tú quien me abandonó y yo el que te siguió por este continente negro, por montes y praderas, acompañado sólo por mi criado y un fiel porteador nativo, para encontrarte ahora infraganti con tu gigoló estadounidense, mientras un marido traicionado...

—¡Eh!, un momento... —dije poniéndome en pie. Reparé en que era varios centímetros más alto que yo y en que sería difícil ponerse fuera de su alcance.

La señorita James hizo caso omiso de mis protestas.

—Leander, has venido en el expreso de la tarde. Te vi al ir a la estación a comprar mi billete. Te vi y salí corriendo como una liebre, pero no lo bastante deprisa ni lo bastante lejos. ¡Vuelve a subir al expreso y lárgate!

—¡Vas a dejarme! —exclamó con voz tensa, cogiéndola de la muñeca—. Vas a dejarme en este país olvidado de la mano de Dios, viejo, enfermo, derrotado y solo. Éste es el agradecimiento que recibo por sacarte del arroyo y convertirte en una estrella.

—No, Leander —respondió la señorita James—. No me sacaste del arroyo. No soy una estrella. Y ya te he dejado.

—¿Por este Casanova imberbe?

—No seas idiota, Leander. Ni siquiera sé cómo se llama.

—¡Ninfómana!

—Me llamo Dennis —dije como un imbécil—. Patrick Dennis. Cuerpo Estadounidense de Voluntarios Internacionales. ¿Cómo está usted, señor Starr? Me gustaría aprovechar esta oportunidad para decirle lo mucho que siempre he admirado su...

Haciendo caso omiso de mi mano tendida, Starr se volvió con gesto regio hacia la señorita James.

—A pesar de tu comportamiento libertino, vamos a olvidar lo sucedido. Te devuelvo tu legítimo puesto de señora de Leander Starr...

—De segunda señora de Leander Starr —respondió la señorita James—. Pero no la última.

—De señora de Leander Starr. Vas a venir conmigo al interior de esta tierra de maravillas y misterios donde he encontrado a una fascinante tribu de pigmeos. Imagina la película que podríamos hacer: tú, una diosa esbelta y dorada, rodeada de cientos y cientos de minúsculos súbditos no más altos que...

—Y la titularemos *Hombrecitos* —dijo la señorita James, poniéndose en pie y recogiendo sus guantes.

—¡Ésa ha sido buena! —exclamé.

—No, gracias, Leander. Vete tú con los pigmeos. Yo me vuelvo a Inglaterra. Ser la señora Starr estos dos últimos años ha sido muy edificante, pero ahora que estoy iluminada, me vuelvo a casa a intentar olvidar todo este desastre.

—No permitiré que vuelvas a Inglaterra. Piensa en los bombardeos. En el peligro.

—Qué dulce, Leander, pero preferiría estar en plena guerra relámpago con el propio Hitler que contigo en el paraíso. No te lo tomes a mal. Gracias por el té, señor Dennis.

—Pero si aún no nos lo han servido —respondí.

Justo en ese instante, un camarero indio se acercó en silencio a la mesa con lo que el hotel Edward consideraba imprescindible para disfrutar del té en tiempo de guerra: té, agua caliente, leche caliente, leche fría, limón, pan con mantequilla, bollos calientes, mermelada (de tres tipos), miel, emparedados, pasteles, pastas y una enorme tarta.

—Gracias de todos modos —dijo ella—. Adiós, Leander.

—¡Espera! —gritó él, abalanzándose sobre ella. Por desgracia, se abalanzó directamente sobre mí. Se oyó un terrible estrépito y, acto seguido, vi al gran Leander Starr tumbado en el suelo, abrasado por el té, el agua y la leche calientes; cubierto de leche fría, limón, pan con mantequilla, bollos calientes, mermelada (de tres tipos), miel, emparedados, pasteles, pastas y una enorme tarta—. ¡Me has empujado, sinvergüenza! —rugió.

Un segundo después, se levantó e intentó golpearme. Otro segundo después, los dos estábamos en el paseo marítimo, expulsados para siempre del hotel Edward.

No volví a ver al gran hombre hasta dos días después, cuando fui a tomar una copa al hotel Balmoral con otra chica guapa. Se llamaba Caroline Morris, pertenecía a una buena familia de Filadelfia, vivía en la parte más cara de la ciudad y se dirigía a Oriente Medio para trabajar en la Cruz Roja. ¡Qué chica ni qué niño muerto: era una campaña de reclutamiento! Bella e impávida, más que guapa y vivaz, personificaba esa cualidad limpia, de guante blanco, costuras rectas y peinado impecable tan apreciada por la Cruz Roja en Europa. Era más bien gélida y jamás se habría dignado a salir conmigo si no hubiese ido al colegio con mi hermana mayor y hubiese sabido que éramos gente de bien, a pesar de ser de Chicago. A su entender, haber tenido relación, por lejana que fuese, con ella, o con cualquier Morris, era sinónimo de aceptabilidad social. Propuso tomar una copa en el Edward. Yo sugerí el Balmoral. Al pasar por el primero, me pareció recordar que ese estandarte de la Cruz Roja había sido hasta hacía poco una estudiante modélica de Bryn Mawr y una pelma de cuidado, y que antes de eso había sido la chica Shipley perfecta e igual de aburrida.

Y, ahora que lo pienso, creo que a mi hermana no le resultaba mucho más simpática que a mí. Pero era guapa, y se suponía que los jóvenes estadounidenses solitarios lejos de casa debíamos perder la chaveta —literalmente— en compañía de una estadounidense guapa. Yo no había perdido la cabeza. De hecho, apenas había escuchado el relato más bien estirado de Caroline de lo horrible que había sido el viaje en primera clase desde los astilleros de Filadelfia: «Una comida espantosa... La gente que conoce una... Tu hermana... El club de críquet Merion..., ¿conoces a Tommy Huber?... Muy seco, por favor..., supongo que estos nativos deben de estar enfermos... mamá y el doctor Ormandy...». La interrumpió un hombre muy delgado que se presentó de pronto ante nuestra mesa.

—Señor Dennis, le ruego que me perdone, pero mi jefe, el señor Leander Starr, me ha pedido que venga a verlo.

—¿Es usted su segundo? —pregunté.

No parecía un hombre capaz de moverse con desenvoltura en el campo del honor... ni en ningún otro campo, dicho sea de paso.

—Su secretario, sí. Me llamo Alistair St. Regis. El señor Starr está muy disgustado por el malentendido del otro día y querría saber si podría invitarlo a usted y a, ejem, su acompañante a tomar una copa. Le gustaría mucho tener ocasión de disculparse.

—¿Es familia de los Starr de Doylestown? —preguntó Caroline con una chispa de interés.

—No lo creo. —Luego añadí—: Gracias, señor...

—St. Regis. Alistair St. Regis.

—Gracias, señor St. Regis —respondí preguntándome de dónde habría sacado ese nombre—, pero no tenemos tiempo. Por favor, dígame al señor Starr que lo que ocurrió el otro día está olvidado. Fue sólo un malentendido.

El señor St. Regis dudó un instante y luego se alejó con paso amanerado.

—Mamá es parienta lejana de unos Starr de la costa Este. Crían caballos.

—No. Éste es Leander Starr. Le-an-der Starr.

—Creo que los nuestros son Roger y Maudie Starr. Mamá está emparentada por parte...

—*Leander Starr*, el gran *director* —dije alzando la voz, como si además de estúpida fuese sorda.

—¡Ah, gente de la farándula! —dijo Caroline con un temblor apenas perceptible de las espléndidas aletas de la nariz—. Por supuesto, Cornelia Otis Skinner fue a...

—La aparición de Leander Starr con ropa de fiesta tropical, clavadito a Fredric March, la dejó boquiabierta.

—Mi querido amigo —dijo haciendo una gran reverencia—. La montaña viene a Mahoma. Me ha dolido que mi ayuda de cámara me anunciase que no podía tomar un cóctel conmigo. A nadie le gusta beber solo y soy un hombre solitario.

—¡Oh!, pero siéntese, señor Starr —dijo Caroline. Parecía un poco sorprendida,

como si acabasen de decirle que el hospital de Bryn Mawr era una famosa clínica de abortos, pero al menos había vuelto a la vida.

Él se sentó y las siguientes cuatro horas estuvo encantador. Parecía conocer a todo el mundo y, como detalle especial para Caroline, eso incluía varias cuabras, establos y caballerizas. Caroline se transformó en una chica diferente. De hecho, Starr fue tan encantador que no reparé en que me había quedado solo, sin contar a las chicas del bar, hasta después de meterlos a Caroline y a él en un *rickshaw* zulú para ir a cenar. Fue la última vez que los vi en varios años. Al día siguiente me metieron en un barco de transporte de tropas para iniciar el largo y asfixiante viaje hasta Suez.

La siguiente ocasión en que tuve noticias de Starr fue en un recorte de *Time* que me envió mi hermana con una carta que contenía otras notas de sociedad menos sensacionales:

SUCESOS DESTACADOS

Boda secreta. C. (de Charles) Leander Starr (35) niño prodigio de Hollywood, se ha casado con Caroline Drexel Morris (22), postdebutante de Filadelfia, en la actualidad ausente sin autorización de la Cruz Roja; él en terceras nupcias, ella en primeras; el enlace se celebró en Sudáfrica el mes pasado.

Mi hermana proseguía, muy divertida, diciendo que había habido algún problemilla con las autoridades de la Cruz Roja y que no parecía propio de Caroline fugarse al monte vestida de uniforme. Unos meses después —cinco dicho sin pelos en la lengua— se anunció el nacimiento de su hija Emily en algún lugar de África, y unos meses más tarde madre e hija estaban de vuelta en Filadelfia y le habían interpuesto una demanda de divorcio por trato cruel. Al cabo de un año, llegó la cuarta señora de Leander Starr; un año después ella desapareció y luego se hizo el silencio.

La siguiente ocasión en que me encontré con Leander Starr hacía casi cinco años que había terminado la guerra. Para entonces yo vivía en Nueva York con mi mujer y nuestros dos hijos. Trabajaba en una pequeña agencia de publicidad donde me encargaba de la redacción de los textos de las campañas para empresas farmacéuticas y, en mi tiempo libre, escribía lo que mi suegra llamaba «cosillas aparte». De hecho, esas cosillas eran las que nos permitían llegar a fin de mes. Mi última cosilla —un breve y absurdo diálogo entre un senador de derechas y una actriz del método— había aparecido en una revista pseudosofisticada hoy desaparecida y había recibido muchos comentarios favorables y poco sinceros de las personas adecuadas. Un editor famoso me había pedido que si tenía algo parecido a una novela —y tenía muchas— se lo enviase, y estaba disfrutando de una fama leve y efímera.

Leander Starr, no hace falta decirlo, volvía a estar en el candelero. Había

regresado a Estados Unidos y había escrito un largo y recargado artículo para *Life* sobre las penalidades que había sufrido en África. La película de los pigmeos, *Negrillos*, abarrotaba el Little Carnegie y otros teatros parecidos. Había alquilado unas lujosas oficinas en la Quinta Avenida y en las columnas de cotilleos se decía que estaba en negociaciones para dirigir una obra de Noël Coward, un musical con Mary Martin y una producción de *Las alegres casadas de Windsor* con un reparto sólo de actores negros; para fundar una compañía nacional de teatro; para rodar las obras completas de Eugene O'Neill; para volver a montar la tetralogía wagneriana completa para la Metropolitan Opera Company y para casarse con Hope Hampton. Sacando el máximo provecho de nuestro encuentro africano, yo le había enviado varias tímidas cartas ofreciéndole la ocasión de ser el primero en leer una obra de teatro que había escrito. Todas habían recibido respuesta, muy mal mecanografiada y con faltas de ortografía, informándome de que el señor Starr se hallaba en Hollywood, o en Londres, o en Bayreuth, donde iba a permanecer una larga temporada, y firmadas por «Alistair St. Regis, secretario del señor Starr».

Así que, hasta 1950, no volví a ver a Leander Starr. Era miércoles y yo había llevado a un cliente y a su mujer a comer por cuenta de la empresa. Eran dos abuelitos judíos encantadores que fabricaban un excelente colutorio bucal en Nueva Jersey. Él me llamaba siempre «hijo» y ella se pasaba el rato tejiendo suéteres para nuestros críos e insistiendo en que los sacásemos de la húmeda y calurosa ciudad y nos mudásemos adonde ellos vivían, a las afueras de Princeton (que era el doble de húmeda y calurosa). Adoraba el teatro y habíamos ido a almorzar temprano a Hampshire House para que le diese tiempo a llegar a la sesión matinal de *Los caballeros las prefieren rubias* en el Ziegfeld. Manteníamos una edificante conversación sobre el mejor momento de quitar el pañal a los niños cuando Leander entró como una exhalación en el comedor.

—¡Mi querido muchacho —tronó—, por fin! —Blandiendo su ejemplar de *Flair*, del que asomaban absurdamente solapas y serpentinas de tela, se acercó a nuestra mesa y me besó en ambas mejillas. Un poco acalorado, me levanté, le di un varonil apretón de manos y se lo presenté al señor y la señora Grossman—. *Enchanté*, señora Grospoint —dijo. Luego se sentó y pidió un martini doble con ginebra House of Lords—. Pero, mi querido muchacho, ¿por qué me ha abandonado? No soy más que un viejo enfermo y solitario arrojado a los lobos en esta ciudad atroz...

—Es lo que le digo siempre, señor Stern —dijo la señora Grossman—. ¿A quién se le ocurre criar a esos bebés tan guapos en un sitio tan sucio como éste? En nuestra zona hay casas muy bonitas y baratas. Sam podría ayudarlo y con un préstamo hipotecario del Estado...

—Pero su talento, querido Patrick... Lo supe cuando nos conocimos en Ciudad del Cabo.

—En Durban —lo corregí.

—Sí, claro, con Deanna Durbin. Lo supe entonces. Vi la marca en su frente.

—Sería Miércoles de Ceniza.

—La marca del genio. Un escritor nato.

—Tendría que ver usted lo que ha hecho con nuestro producto —dijo orgulloso el señor Grossman—. Nuevo frasco, nueva etiqueta y nuevo anuncio en la radio.

—Tiene mucha clase —añadió la señora Grossman—. Y una mujer preciosa y dos niños encantadores.

—¡Ah, Patrick! —exclamó Starr blandiendo el ejemplar de *Flair*—. Leí su artículo en esta revistucha pretenciosa cuando creía yacer en mi lecho de muerte. Reí. Grité. Me deshice en un orgasmo de inexplicable alegría. Y me dije: «Tengo que volver a encontrar a este hombre». Desde que leí esa fantasía tan divina no he vuelto a conciliar el sueño. Puse a todos mis empleados a buscarlo. No han dejado piedra sin remover, pero era como si se lo hubiese tragado la tierra.

—Tal vez debería haber buscado en la guía telefónica de Nueva York —dije—. O quizá el señor St. Regis podría haberle dicho que vivo en la calle Setenta y dos Este.

—Un sitio sucio y oscuro —insistió la señora Grossman, retorciendo su visión indignada—. Con unos niños tan monos, es un crimen...

—Mamá, hay a quien le gusta la ciudad —terció el señor Grossman.

—Exacto, mamá —exclamó Starr—, siga comiendo esa ensalada de pollo y no malgaste el tiempo del futuro ganador del Premio Pulitzer...

—Señor Starr —dije puntilloso—, el señor y la señora Grossman son antiguos amigos y clientes míos. Estoy en el negocio de la publicidad.

—¡Bah! Casi preferiría que me dijera que trabaja de proxeneta. Con un don como el suyo, estar encadenado a un escritorio en Madison Avenue...

—En realidad estoy en la calle Cuarenta y nueve Este —repliqué.

—Es lo que no hago más que decirle, señor Stark —dijo el señor Grossman—. Debería mudarse a Jersey y trabajar directamente para nosotros. Aire acondicionado. Plan de pensiones. Unas casas preciosas. Buenos colegios.

—Y los niños podrían bañarse en nuestra piscina —añadió la señora Grossman.

—¡Quiere callarse de una vez! —tronó Starr—. Mi querido muchacho, deje a estos salvajes y venga a trabajar para mí. Cuando leí esta gloriosa muestra de humor absurdo imaginé un concepto de revista musical totalmente nuevo.

—¿Una revista? —pregunté. A pesar de lo avergonzado que estaba no podía evitar sentirme fascinado—. ¿Quiere decir con coristas y telón?

—¡Ah, qué pocos me comprenden! Incluso usted puede ser obtuso. No, no me refiero a una hilera de fulanas balanceando las tetas sobre el foso de la orquesta. —El señor Grossman se atragantó al ir a beber un poco de agua. La señora Grossman, por suerte, estaba un poco sorda—. Hablo de algo nuevo, algo íntimo. Sólo cuatro actores..., todos estrellas. Mi querida Gertie Lawrence, mi adorada Bea Lillie, Jack Buchanan y...

La señora Grossman soltó el tenedor con estrépito.

—¿Está usted en el mundo del teatro, señor Storr? —preguntó, mientras sus gafas

con audífono incorporado brillaban con un amor y un respeto nuevos.

—Sí, señora Grosfeld, llevé una lanza en *Aida*. Camarero, tráigame otro martini. De hecho, que sean dos.

—Bueno, tal vez podamos hablarlo en otra ocasión —sugerí—. Los Grossman tienen que llegar a su sesión matutina, y yo tengo mucho trabajo en el despacho. Si me da usted sus señas, tal vez podría pasarme una tarde de camino a casa y hablar de...

—Pero si vivo aquí y usted va a subir ahora mismo conmigo. Llame a su oficina y dígalas que lo deja. Señor Grosgrain, mamá, que tengan buen día.

Y mientras me sacaba a empujones de la sala oí a la señora Grossman decir:

—¿Te has fijado? Se parecía mucho a ese gran director de cine, Orlando Starr.

—¿Sabes, mamá? Creo que era él.

El señor Grossman tuvo que pagar la cuenta, pero los dos recuerdan aún ese día como uno de los más señalados de su vida.

El señor Starr vivía a lo grande —para variar— en dos grandes apartamentos unidos de Hampshire House. En efecto, eran acres y acres de Dorothy Draper de manual: paredes verde oscuro; rayas estilo Regencia y rosas de mayo; cubos de escayola blanca moldeada en forma de candelabros de pared, espejos con marcos, consolas y repisas de chimenea; y numerosas, grandes y efusivas acuarelas de James Reynolds. Para sentirse más en casa, Starr había cubierto todas las superficies disponibles con fotografías firmadas en marcos de plata deslustrada. Carlos II de Rumanía, Nazimova, Marilyn Miller, María de Rumanía, George Bernard Shaw, Gabriel Pascal, Franklin Delano Roosevelt, Benito Mussolini y Ernest Hemingway estaban entre los que reconocí enseguida.

—¡Caramba! —exclamé.

—Es viejo, pero tendrá que servir hasta que encuentre algo habitable. Siéntese, querido muchacho, parece usted aturdido.

—Lo estoy.

—Tomaremos una copa y luego nos pondremos manos a la obra. ¡St. Regis! —aulló—, ¿dónde diablos se habrá metido?

—Aquí, señor Starr, aquí estoy, señor. —St. Regis entró atropelladamente con aguja e hilo en una mano y una camisa de Starr en la otra.

—Pida una botella magnum de un champán decente y póngame a Gertie Lawrence al teléfono.

—Enseguida, señor.

—Tal vez debería llamar a mi oficina.

—Sí, mi querido muchacho, hágalo. Y dígalas a esos alcahuetes que lo deja. ¿O quiere que se lo diga yo?

—Casi prefiero esperar al día de paga.

El teléfono sonó y Starr se abalanzó sobre él.

—Starr al aparato... Bien. Pásemela... ¡Querida! Deja lo que estés haciendo y ven enseguida a Nueva York. He contratado a un joven escritor brillantísimo y vamos a hacer una revista musical..., sólo tú, Bea y Jack, y algún artista competente de la amígdala, Charles Collins o Al Jolson... Bueno, pues alguien que no haya muerto. No puedo estar al día de todos esos cantantes... Bueno, cariño, pues dile a Rodgers y Hammerstein que has cambiado de opinión. Lo entenderán. —Se hizo una larga pausa y pude oír una animada voz de mujer al otro extremo de la línea. El rostro de Starr se oscureció y pareció hincharse como una especie de reptil enfadado—. ¡Vaya! Si ése es todo el agradecimiento que consigo por haberte convencido de que hicieras las dos únicas actuaciones convincentes de toda tu carrera, me alegra saberlo antes de que sea demasiado tarde. Pero no vengas a buscarme lloriqueando cuando estés sin trabajo y el público te haya olvidado. —La voz seguía hablando cuando él colgó el auricular—. Es una criatura patética. No sabe cantar ni el do re mi. Encontraremos a alguien que sepa cantar y sea una estrella. Deje ahí el champán y ábralo, por favor, St. Regis, firme la cuenta y búsqume a Bea Lillie. Bueno, mi querido Patrick, volviendo a nuestra revista... —El teléfono volvió a sonar.

Cuando salí tambaleándome de Hampshire House, ebrio del champán de Starr y de sueños de gloria, eran las siete en punto. A lo largo de la tarde había llamado una vez a la Casa Blanca, dos a Londres, tres a Hollywood y a muchos otros sitios que he olvidado. Cuando Starr no estaba telefoneando a alguien famoso, alguien famoso lo estaba telefoneando a él. Una llamada, a juzgar por lo que dijo Starr, parecía motivada por la clásica furia de una mujer despechada; otra, a la que respondió con ternura, zalamería, evasivas y muchas referencias vagas a «mi contable» y a «mi gestor de negocios», daba toda la impresión de proceder de una oficina de cobros. Pero no me importó. Cuando se acabó el champán me encontraba en un estado de pura euforia.

—Cariño —le dije a mi mujer—, prepárate para vivir a cuerpo de rey. —Luego me desplomé en la cama. Hasta el día siguiente no reparé en que no habíamos hablado ni una palabra clara o concreta sobre la pequeña revista musical.

Los tres meses siguientes trabajé como un estibador. Aunque no había sido tan temerario como para dejar mi trabajo en la agencia, había solicitado un breve permiso, petición que fue rechazada de manera sumaria. En vez de eso, me recompensaron con tres nuevas cuentas y la vaga promesa de un ascenso el año siguiente. Dedicaba mis días a escribir acerca de las píldoras, los aerosoles, las cápsulas y los colutorios que nuestros clientes ofrecían a un público de aparentes hipocondriacos. Mis noches, mis sábados y mis domingos los consumía escribiendo lo que consideraba un material demoledor para la revista de Starr. Apenas veía a mi mujer y a mis hijos, pero sólo conseguí concretar citas con Starr en contadas

ocasiones. Parecía estar siempre de aquí para allá: en Palm Beach o en Palm Springs, en Houston o en Hollywood, en Boston o en las Bermudas. Para conseguir, explicaba, otro patrocinador o para contratar a otra estrella. Una noche, a última hora, mientras intentaba conciliar el sueño —aunque no es que me costara mucho esfuerzo— conté un total de treinta y cinco estrellas a las que él había seleccionado para aparecer en nuestra revista de cuatro actores. Y eran treinta y cinco estrellas de primera fila cuyos salarios sumados habrían supuesto más de cien mil dólares por semana en un espectáculo que tal vez hubiese recaudado cincuenta mil. Cuando se lo dije por teléfono se limitó a contestar: «Tonterías, cobraremos el doble».

A menudo llamaba desde algún lugar lejano. Una vez me anunció que Cole Porter compondría la música, luego que sería Irving Berlin, luego Kurt Weill, y por fin que los tres estaban dispuestos a colaborar. Declaró que Mainbocher había enviado diseños de vestidos para escenas que yo ni siquiera había escrito. Me llamaba a casa o a la oficina a cualquier hora del día o de la noche, me sacaba de reuniones, de la cama y —más de una vez— de la bañera, mientras mi mujer se quejaba de las pisadas en la alfombra. Pero cuando intentaba localizarlo yo a él la cosa era muy diferente. Las llamadas a Hampshire House siempre las interceptaba el ubicuo Alistair St. Regis, que invariablemente anunciaba que el señor Starr estaba fuera de la ciudad, o trabajando, o durmiendo o sencillamente había salido. Intenté llamarlo a su despacho de la Quinta Avenida muchas veces, pero nadie respondió al teléfono.

Sin embargo, las pocas veces que pude verlo, Starr fue un colaborador estimulante, aunque peripatético. Hablar con él en su piso de Hampshire House era una tarea ingrata, e intentar que se sentase, que dejara el teléfono o que diera una sola opinión era como intentar besar a un pájaro carpintero. En tres ocasiones fui a verlo a su despacho, siempre a última hora de la noche, cuando no quedaba en el edificio ni el personal de limpieza. La sede de Producciones Leander Starr ocupaba la mitad de la decimosexta planta de un edificio enorme. Las oficinas eran las más elegantes que yo había visto: madera de castaño y alfombras amarillas con teléfonos y máquinas de escribir a juego, y había que atravesar varios despachos para llegar al sanctasanctórum de Starr. Era una experiencia extraña a última hora de la noche, y nunca pude quitarme de encima la sensación de que los modernos escritorios, grandes y planos, eran camillas en una morgue y de que estaba en presencia de algo muerto. En su despacho, Starr siempre se mostraba animado, iba de aquí para allá y rebosaba entusiasmo. El teléfono apenas sonaba y cuando sonaba él no respondía. En vez de eso esperábamos en silencio y oíamos sonar el timbre cinco, diez o quince veces. Cuando paraba, seguíamos trabajando. Esas raras ocasiones fueron muy estimulantes y, por extraño e irritante que pudiese resultar, yo sentía sincero aprecio y respeto por él.

Por fin tuve suficiente material para mostrarle al señor Starr y a la cuadra de rutilantes estrellas a las que había —o no había— contratado. Siempre era esquivo con los detalles de poca importancia como éstos.

—¡Mi querido muchacho! —exclamó al teléfono cuando por fin logré dar con él—. ¡Qué espléndido! ¡Qué maravilloso! Venga ahora mismo y le daremos un buen repaso al manuscrito. No a mi despacho, sino a mi apartamento, donde hay paz y tranquilidad.

—De ninguna manera, señor Starr —dije—. Sé muy bien lo tranquilo y pacífico que es su apartamento. Así que va a venir usted al mío. Además, mi mujer se muere de ganas de conocerlo. Venga a cenar mañana por la noche. Descolgaremos el teléfono y así podrá leerlo con calma.

Se hizo una pausa, luego añadió:

—Vaya, eso sería fabuloso, Patrick. Fabuloso. ¿Tengo la dirección?

—Sí. A las siete en punto, no hace falta que se vista demasiado.

—¿Su mujer quiere que vaya en calzoncillos?

—Exacto. Hasta mañana.

—*À demain.*

A la luz de las velas y, con el añadido de una vajilla antigua y una asistenta que tomamos prestada a mi suegra a toda prisa, nuestro apartamento parecía respetable si no immaculado. El carnicero y la tienda de vinos y licores Luria's fueron consultados en profundidad. Habíamos bañado y dado de cenar a los niños, habíamos vuelto a lavarlos y les habíamos puesto la ropita no muy práctica que un pariente poco inspirado les había enviado en Navidad. Sólo quedaba esperar. Así que esperamos, esperamos y esperamos. A las ocho y media, el señor Starr llegó con una corbata blanca y una enorme caja de flores de invernadero.

—Querido Patrick, perdone mi imperdonable retraso. Una llamada interminable de la costa Oeste. Por lo visto, Fred Astaire quiere volver a los escenarios. ¿Cree que vendería algo? Lo dudo. —Besó la mano a mi mujer, abrazó a los dos niños, preguntó sus nombres y edades y dijo con aire trágico—: Mi mujer me arrancó a mi adorable bebé de los brazos y se fue con otro hombre. Nunca he vuelto a ser el mismo.

—¿Cuál de ellas? —preguntó la mía, haciendo caso omiso de mi mirada torva.

—Pues, ejem, la... Por favor, no puedo hablar de eso ni siquiera hoy. No era mi intención abrumarles con mis problemas. Al fin y al cabo, son ustedes jóvenes, felices, vitales..., están vivos. Alegrémonos. Tal vez con uno de esos deliciosos martinis...

Hay que decir a favor del viejo charlatán que con su encanto era capaz de meterse a cualquiera en el bolsillo. Cuando sirvieron el café, mi mujer estaba prácticamente sentada en su regazo. Después de que apurase de un trago la copa de coñac y afirmase que era excelente, propuse:

—¿Le parece que empecemos a trabajar? Se está haciendo tarde.

—¡Dios, es verdad! —exclamó después de mirar largo rato un reloj Patek Philippe más fino que un centavo—. Tengo que irme corriendo.

—Pero si habíamos quedado en que leería usted el manuscrito —protesté—, aquí y ahora sin interrupciones.

—Y no sabe lo muchísimo que lamento no poder hacerlo, mi querido muchacho. Pero he prometido verme con unos tipos riquísimos donde Elmer..., en El Morocco, ya sabe.

—Sí.

—En fin, son horriblemente vulgares y *nouveaux* y demás, petróleo texano, pero se mueren por invertir en nuestro espectáculo. En realidad en el de usted. Y no puedo defraudarles en un momento así. Deme su manuscrito y le juro por la tumba de mi madre que lo leeré antes de irme a dormir. Le llamaré mañana a primera hora, quedaremos para almorzar y hablaremos del asunto. ¡Oh!, estoy seguro de que va a ser tan fresco, nuevo, diferente y maravilloso que ni siquiera tendré que leerlo. Sólo lo hago porque soy un egoísta.

—Entonces, ¿quedamos mañana para almorzar? —pregunté.

—En mi casa. A las doce en punto. ¡Sincronicemos los relojes! —Más rápido que una bola de billar hábilmente golpeada se plantó en el vestíbulo y se echó la operística capa ribeteada de escarlata sobre los hombros—. ¡Vaya! ¿Cómo puedo ser tan idiota? He salido de casa sin un centavo. ¿Podría prestarme cincuenta?

—¿Centavos?

—Dólares, mi querido amigo.

Yo llevaba encima once dólares y un poco menos en la cuenta del banco. No obstante, mi mujer, que siempre me acusa de ser un pardillo, estaba fascinada.

—Creo que yo los tengo. Espere un minuto.

—*Mille grazie!* —dijo besándole la mano.

Y se marchó con cincuenta y cinco dólares en el bolsillo y mi manuscrito, porque se lo recordé en el último momento.

A las doce en punto del día siguiente llamé al portero automático de Hampshire House.

—El señor Starr, por favor —dije—. Soy el señor Dennis. Me está esperando.

—No está —respondió la operadora. Me pareció echar en falta la habitual alegría de su voz.

—¿Puedo hablar con el señor St. Regis?

—Tampoco está. Se han ido.

—¿Quiere decir que han pagado el alquiler y se han ido?

—No exactamente. Se han ido sin más.

—¿Se han ido?

—Mire señor, será mejor que hable con el encargado.

Fui al mostrador, donde aguardaba el encargado, más desencajado y turbado que de costumbre.

—Me gustaría ponerme en contacto con el señor Starr —dije.

—No es usted el único. También le gustaría a Hampshire House y al Gobierno de

los Estados Unidos..., por nombrar sólo a dos esta mañana.

—No entiendo. Se supone que habíamos...

—Yo tampoco, señor. Nunca había pasado nada parecido en Hampshire House. Ha desaparecido sin más..., con equipaje y todo.

No tenía tiempo de coger un taxi. Bajé corriendo por la Quinta Avenida hasta el despacho de Starr y subí en el ascensor directo hasta el piso dieciséis. En la puerta doble de castaño había un enorme cartel blanco y negro que decía:

AVISO DE LA OFICINA
DE RECAUDACIÓN DEL DISTRITO

Esta propiedad ha sido embargada por el Gobierno Federal por impago de impuestos...

Decía algo más sobre una subasta pública que iba a celebrarse en tal y tal fecha, pero no tuve valor de leer nada más.

Un empleado del edificio salió de las oficinas de Starr y empezó a cerrar las puertas con candado.

—Disculpe —dije—, pero estoy intentando localizar al señor Starr.

—¿Y quién no?

—Pero ¿no sabrá alguno de sus empleados dónde...?

—No tenía empleados. Hace seis meses que alquiló esta oficina tan espaciosa y elegante. No contrató a ninguna mecanógrafa, ni pagó un solo mes de alquiler. El portero de noche dice que el tal Starr vino a las tres de la madrugada vestido como un mago, cogió unos papeles y desapareció. Es increíble.

—Pero ahí dentro hay un sobre muy importante que tengo que recuperar. —Por la puerta entreabierta vi los cajones de los ficheros abiertos y un montón de papeles desperdigados sobre la alfombra amarilla—. Es de mi propiedad.

—Lo siento. No estoy autorizado. Hasta el último clip y la última taza que hay ahí dentro está bajo la jurisdicción del Gobierno. No se puede tocar nada.

Dicho esto, cerró la puerta y echó el candado.

Demasiado aturdido para volver a la agencia, fui andando a casa. Delante de nuestro edificio había un taxi vacío y, en el vestíbulo, un taxista que preguntaba por nosotros.

—¿Se llama usted Dennis?

—Sí —respondí—. ¿Por qué?

—Anoche se dejaron olvidado este sobre en mi taxi cerca del aeropuerto. Miré el contenido y vi su nombre y su dirección. Supuse que le gustaría recuperarlo. Hasta he leído un poco. Es una especie de comedia, ¿no? A mi mujer y a mí nos pareció muy gracioso.

—¿Gracioso? —exclamé—. ¡Es desternillante! —Le di cinco dólares y entré en el apartamento. Luego cerré la puerta con la esperanza de que sería capaz de contener

las lágrimas hasta estar lo bastante borracho para que no me importase.

Los siguientes cinco años no supe nada de Leander Starr, aunque todas las Navidades fui el infeliz destinatario de una afeminada tarjeta de felicitación, cada año escrita en un idioma distinto —*Buon Natale, Joyeaux Noël* y demás— desde un país diferente, todas ellas firmadas: «Feliz Navidad de parte de su amigo Alistair St. Regis», con unos circulitos sobre las íes y la firma subrayada.

Sólo cuando se publicó mi primera novela con éxito de crítica y ventas volví a tener noticias de Starr. Fue un largo telegrama enviado del modo más caro.

MI QUERIDO, QUERIDÍSIMO MUCHACHO PUNTO ENHORABUENA ENHORABUENA ENHORABUENA DOBLE EXCLAMACIÓN PUNTO SIGNO DE INTERROGACIÓN NO DIJE SIEMPRE QUE TENÍA USTED UN DON SIGNO DE INTERROGACIÓN TIENE QUE RESERVARME LOS DERECHOS PARA LA ESCENA INGLESA YA HE CONTRATADO A UNA ESTRELLA TAN FABULOSA Y PERFECTA PARA SU OBRA QUE NI SIQUIERA ME ATREVO A PRONUNCIAR SU NOMBRE PUNTO ENVÍE CUANTO ANTES SU RESPUESTA A COBRO REVERTIDO AL CLARIDGE DE LONDRES PUNTO CON MI ETERNÍSIMO AFECTO.

LEANDER STARR

Por raro que parezca, me eché a reír. Descubrí que no sentía rencor, amargura ni odio por Starr. Habría sido como odiar a mis hijos cuando me rompieron un disco irremplazable de Bunny Berigan. Me enfadé muchísimo, pero sabía que no podían evitar hacer lo que hacían, igual que no podían evitar ser niños. Lo mismo le ocurría a Starr. Por suerte mi agente había negociado ya los derechos teatrales con un productor que, aunque no fuese tan pintoresco, era mucho más fiable que Leander Starr. Descolgué el teléfono y llamé a la compañía de telegramas.

—Quiero enviar un telegrama a cobro revertido a Londres —dije—, de la manera más rápida y cara. Está dirigido a Leander Starr, en el hotel Claridge, de Londres. Y son sólo tres palabras.

La telegrafista se quedó muda un instante.

—No puedo enviar un mensaje así, señor. La compañía no lo permitiría.

—Bueno —respondí—, pues dejémoslo sólo en una palabra. N-O, no. Y fírmelo Patrick Dennis.

—¡Oh! Estoy leyendo su libro. Me parece muy gracioso.

—Gracias, adiós.

—Adiós, señor Dennis. —A continuación soltó una risita.

II

Eso fue hace siete años. Si alguna vez pensé en Starr, cosa que no ocurría a menudo, lo imaginé dedicado a sus viejos trucos, pero al menos lejos de mí. Había cumplido mi condena como víctima, había aprendido la lección e incluso creía haber tenido la satisfacción de decir la última palabra: «No». Ahora intento recuperarme poco a poco de la experiencia de tener a Starr justo al lado, hasta hace unos días, aquí mismo.

«Aquí mismo» es en Ciudad de México. Ahora que tenemos un poco de dinero en el banco y que los niños están en un internado, mi mujer y yo pasamos todo el tiempo escribiendo «cosillas aparte». Es un modo precario pero placentero de ganarse la vida en cuanto que puede hacerse dónde y cuándo uno quiera. Sólo hace falta estar dispuesto. Los últimos dos inviernos hemos venido a Ciudad de México armados de nuestras máquinas de escribir, papel corrector Eaton y las mejores intenciones del mundo. Hasta el momento hemos probado —con escasos resultados— Acapulco, ese «intocado pueblecito de pescadores» que se ha convertido en una especie de Miami a la mexicana; Taxco, que recuerda sospechosamente aun decorado de Joseph Urban para *Rio Rita* y está abarrotado de estadounidenses alcohólicos con modestos depósitos fiduciarios que van a empezar *mañana* una obra de teatro, novela, película o poema; y Cuernavaca, donde estadounidenses con depósitos fiduciarios más abultados empiezan tomando cócteles a las once de la mañana y se las arreglan para seguir como mínimo hasta las once de la noche. Todos son lugares estupendos para posponer cualquier trabajo, pero donde no es exactamente fácil ganar el dinero del alquiler a principio de cada mes. Y, después de visitas muy breves a esas famosas comunidades, llegamos a detestarlas.

Este año, las cosas nos van mucho mejor. Donde de verdad somos felices mi mujer y yo es en ciudades de un millón de habitantes o más, así que hemos escogido Ciudad de México —o al menos las afueras—, donde disfrutamos de las ventajas de la vida bucólica y sin embargo estamos a sólo quince minutos y setenta y cinco céntimos en taxi de la sección Juárez (o de las calles Cincuenta Este del Distrito Federal), llena de rutilantes restaurantes y tiendas en los que se respira un aire de lo más mundano. Con casi cinco millones de almas en la capital, disponemos también de mucha más libertad para escoger a las personas a las que queremos ver cuando queremos verlas, y eso excluye a la mayoría. Muchos estadounidenses, con un dominio más o menos fluido del español, han intentado entrar en la Vieja Sociedad Mexicana. No lo consiguen, pero si lo consiguiesen sería un justo castigo. La V.S.M. es uno de los grupos sociales más endogámicos, provincianos y deprimentes jamás vistos. En sus fiestas (sólo hemos asistido a dos: la segunda porque no creíamos que la primera hubiese sido real) los hombres se reúnen en un extremo de la sala y hablan de negocios, mientras las mujeres en el otro extremo hablan de asuntos tan estimulantes como sus hijos, lo perezosas que son las señoras de la limpieza y lo caro

que está todo. Al cabo de dos o tres horas, sirven el primer vaso de tequila y todo el mundo lo pasa en grande.

Aún más aburrida es la colonia de los estadounidenses formada al ciento diez por ciento por representantes de diversos productos estadounidenses como neveras, calculadoras, equipos agrícolas, bebidas gaseosas y comida enlatada. Con sus Hijas de la Revolución Americana, su sede de la Legión Americana, su Club Rotario, su Asociación de Padres y Madres, su rojo y blanco y sus caras abotargadas, siempre se las han arreglado para crear una calle Mayor en miniatura en algunos de los sitios más increíbles del mundo. Bueno, allá ellos.

En un nivel incluso inferior están los estadounidenses que se avergüenzan de ser estadounidenses. Son aficionados a las barbas y las sandalias, la artesanía, las faldas acampanadas y los petos, son más nativos que los nativos, y niegan a sus hijos (que son numerosos, y en su mayoría nacidos con variaciones del parto natural que le pondrían los pelos de punta a cualquier azteca) lujos burgueses como los zapatos y la lengua inglesa. Como los mexicanos no quieren saber nada de ellos, se relacionan únicamente —y en español— con otros estadounidenses que se avergüenzan de ser estadounidenses. Los unos son dignos de los otros.

Por otro lado hay un nutrido y fluido grupo de personas muy amables que no pertenecen a ningún grupo. Forman una sociedad siempre cambiante de estadounidenses, ingleses, unos cuantos franceses y alemanes, algún que otro sudamericano, y muchos mexicanos simpáticos que han vivido fuera y tienen temas de conversación más interesantes que las finanzas y las cuestiones domésticas. Se congregan en buenos restaurantes donde no van los turistas, como el Rivoli, el Derby, Ambassadeurs o El Paseo de Bill Shelburne. Dan agradables fiestas multitudinarias y fiestas íntimas aún más agradables. Y, si la cosa se pone aburrida, siempre hay estrellas de cine de vacaciones, aristócratas de medio pelo, algún que otro facineroso, o algún ricacho de paso para animar el cotarro. Los autóctonos que no pertenecen a este grupo de personas simpáticas e inclasificables los han bautizado, con notable desdén, «la sociedad internacional», un título que hace que parezca más elegante, sugerente y cohesionado de lo que es. En realidad se trata de una panda de personas atractivas a las que les gusta verse de vez en cuando, y si uno no se lo toma demasiado en serio, puede ser divertido. Y ya basta de «por aquí».

Lo de «justo al lado» es harina de otro costal. Justo al lado resulta ser la habitación de la abadesa y el refectorio de un antiguo convento. Mi mujer y yo estamos incómodamente instalados en el vestíbulo, la oficina del portero, las salas de visita y varias celdas. El hotel, muy mal gestionado, se llama Casa Ximinez y es propiedad nada menos que de Catalina Ximinez, la estrella de *Una muchacha de Yucatán*.

La señorita Ximinez, o Madame X, como la conocen sin demasiado cariño sus inquilinos, es uno de esos raros fenómenos en el mundo del cine: la estrella de una sola película. Las historias que circulan sobre ella son legión y posiblemente

calumniosas. No obstante, de todos los rumores y las especulaciones que rodean a Catalina Ximinez, esto sin duda es cierto: en 1930 era una mestiza (ilegítima, dicen algunos) desconocida e iletrada de diecisiete años que se ganaba la vida como podía (como prostituta, dicen algunos) en Chichén Itzá. Arisca, venal y estúpida, sólo tenía una cosa a su favor: era bellísima, tenía unos rasgos indígenas muy marcados y una melena negro azulado que le caía por la espalda. Starr la conoció (en un burdel, dicen algunos) y se quedó boquiabierto ante la belleza de su rostro y su figura; así fue como nació *Una muchacha de Yucatán*.

Yendo al grano, *Una muchacha de Yucatán* es una película larguísima y aburrida, notable sólo por las imágenes de las ruinas y el bellissimo rostro de Catalina Ximinez, que lo único que tuvo que hacer fue adoptar una expresión imbécil —lo cual le resultó fácil— y dejarse fotografiar mientras corría con elegancia por el llano —lo cual le resultó más difícil—. Durante el rodaje fue la amante de Starr, que luego la abandonó sin más. La leyenda dice que cobró exactamente doscientos dólares por protagonizar una película que lleva recaudados millones, pero al menos cobró, lo cual es más de lo que pueden decir muchos de los colaboradores de Starr. No obstante, no tuvo mayor importancia. Después de exponer al mundo su extraordinaria belleza, su único problema fue elegir. Se convirtió en la amante de un general revolucionario enormemente rico (fue amante del mismísimo presidente Plutarco Calles, dicen algunos) y empezó a amasar su propia fortuna.

Y lo hizo con mucha inteligencia. Su talento como actriz era nulo, y al oír su voz aguda y rasposa de cacatúa es fácil entender por qué Starr la hizo pasar por sordomuda. De hecho, la palabra *cacatúa* describe a la perfección su voz, su rostro, su figura, su forma de vestir y su temperamento. La sangre indígena que fue el origen de su impresionante belleza ha sido ahora la causa de su ruina. La elegante nariz se ha convertido en un pico imponente. El cabello, liso y negro, ha sido cortado, rizado y teñido de un rojo fallido y su esbelta figura se ha ensanchado y ensanchado hasta parecer la de una *squaw* vieja. Tantas veces le dijeron —hace ya algunos años— que era una belleza que la señorita Ximinez sigue convencida de serlo. Es la típica estrella de cine, esclava de los flecos y las lentejuelas, de los colores chillones y de las pieles de zorro. Ningún vestido le parece demasiado llamativo ni ajustado. O, lo que es lo mismo: verla es todo un espectáculo.

Pero, por muy estúpida que sea, Catalina Ximinez tiene una astucia taimada. Cuando su amante le ofreció ponerle casa, fue lo bastante lista de no escoger una de esas residencias imitación de casas coloniales españolas donde se retiran los buenos generales revolucionarios y sus amantes. En vez de eso compró casi regalado este convento donde se las apaña, no sólo para vivir en él a lo grande en compañía de su chiflada y anciana madre, sino para alquilar media docena de apartamentos a tres veces el precio del mercado. Es aquí, en Casa Ximinez, donde vivimos.

Casa Ximinez fue antaño el convento de las Hermanas de la Castidad, una orden pequeña, esnob y hoy desaparecida para las hijas ilegítimas de las antiguas familias

aristocráticas españolas. Por lo visto, las Hermanas de la Castidad renunciaban a poco, pues incluso hoy es evidente que vivían enclaustradas con muchísimos lujos. El edificio es enorme, con ventanas enrejadas que dan a la calle, y está construido en torno a un gigantesco patio al estilo tradicional. Se dice que data del siglo XVI y por el estado de las cañerías me lo creo. Las habitaciones son grandes y airosas con suelos embaldosados, vigas pintadas y calefacción insuficiente. Está amueblado con pseudoantigüedades de la época de Porfirio Díaz que la Ximenez sin duda compró a buen precio en las casas de empeño. En el proceso de transformación de convento en edificio de apartamentos, Madame X ha logrado algunos efectos arquitectónicos que como mínimo resultan estrambóticos. En nuestro apartamento siempre hay que subir o bajar un escalón, pasar por el dormitorio del otro y recorrer kilómetros para no llegar a ningún sitio. El cuarto de baño, por ejemplo, da a la sala de estar, que a su vez está a una altura diferente de los dormitorios. Hay que atravesarlo para llegar a la cocina, que es un poco más pequeña. En realidad, nuestro cuarto de baño es la estancia más grande del apartamento. Basándose en la teoría de que los estadounidenses son aficionados a los sanitarios, la señorita Ximenez se ha encargado de equiparlo a conciencia. El baño incluye dos lavabos, una bañera, una ducha, un váter, un bidé, un urinario vertical y otro lavabo más pequeño para lavarse los dientes, todo a juego con unos azulejos de porcelana de un virulento color rosado de placa dental. Otros refinamientos son una silla reclinable, un sofá de pelo de caballo y un candelabro de imitación Baccarat. El váter San Ysidro se conectó por error al agua caliente y humea ominoso. No hay agua caliente en ninguno de los lavabos, sólo se oye un triste suspiro cuando abres el grifo. Un ineficaz calentador Calorex exhala patéticamente periódicas corrientes de aire fétido y tibio en la habitación, pero como el cuarto mide treinta por treinta con un techo muy alto y una enorme ventana (que ofrece a los viandantes tentadoras imágenes nuestras en diversos estados de desnudez), es como bañarse en un palacio de hielo.

Oportunamente contigua al baño está la cocina, en cuya reforma Madame X apenas ha invertido tiempo, esfuerzo ni dinero. Hay un viejo fregadero de cinc, una cocina Acros de dos fogones con un horno cuya puerta está apuntalada para que no se abra y una minúscula nevera estadounidense llena de cubiteras permanentemente congeladas y pegadas a la bandeja. Como alegre toque decorativo nuestra casera ha añadido una mesa de bridge y dos sillas de salón de baile. Hay algunos ejemplos de cerámica indígena adquirida en el Bazar Sábado, unos cuantos platos y tazas desparejados de Woolworth y escasos utensilios de cocina. Nos reíamos de nuestro amigo Walter Pistole por viajar con su propia cafetera y batidora. Ahora aprecio su sabiduría.

Al mando de la cocina, y presumiblemente incluida en el alquiler, está Guadalupe, nuestra cocinera y asistenta para todo. Tiene unos sesenta años y es muy gorda. También es la peor cocinera del hemisferio norte. Da igual. Poniendo el despertador a las cinco de la mañana me las arreglo para llegar a la cocina y preparar

una cafetera decente antes de que ella baje arrastrando los pies del sórdido desván que ocupa gracias a la generosidad de la señorita Ximinez. Con gran disgusto por parte de Guadalupe, almorzamos fruta, queso, bolillos y cerveza Carta Blanca, que, por mucho que lo intente, no puede estropear. A las nueve de la noche nos vestimos, pedimos un taxi y vamos al centro del distrito a algún sitio como El Paseo o La Cava en busca de una comida decente. Aun así las facturas de la verdulería son exorbitantes.

No pasa un día sin que Guadalupe arrastre a mi mujer al Minimax o a la tienda más cercana con interminables listas de la compra: botellas de aceite Casa —un aceite de sésamo especialmente repugnante que utiliza para cocinar—, arroz, judías, frijoles y tortillas, Barras de Coco, litros de pulque, toneladas de mantequilla Gloria, pan Bimbo para hacer tostadas y montañas de Nescafé (que, según mi mujer, Guadalupe utiliza para empolvase la cara). ¿Y quién engulle todos esos productos? La familia de Guadalupe. En primer lugar está su hija, que tiene tres niños y otro en camino (aunque sigue soltera). A continuación, su hermana, que trabaja para el doctor Priddy y su esposa al otro lado del patio. Luego, el sereno, que da la casualidad de que es tío de Guadalupe. Hay también un primo que vende décimos de lotería en los raros momentos en que no está comiendo en nuestra cocina. Además tiene un hijo alcohólico que se bebe el pulque de Guadalupe, además de nuestro whisky, nuestro bourbon, nuestra ginebra, nuestro ron y nuestro tequila. A pesar de que somos dos personas de escaso apetito, en nuestra cocina se consume más comida a lo largo del día que en la cadena de hoteles Hilton entera. Y hay casi el mismo número de huéspedes. Mi mujer jura que todos son parientes pobres de la señorita Ximinez a los que utiliza como criados (ayer se enteró con espanto de que el salario de Guadalupe es de un dólar al día), pero me cuesta creer que una sola familia pueda ser tan numerosa.

Casa Ximinez vibra de actividad. Aparte de Guadalupe, su hija, sus tres nietos, su hijo, su hermana, su primo y su tío, que se llenan la panza en nuestro apartamento, están sus pájaros —una enorme jaula de mimbre llena de pequeños cenizos que se picotean y se pelean aun con más saña que las personas—. Luego está *Perro*, el abominable caniche de Madame X, que se pasa ladrando veintitrés horas y media al día. Después, *Loro*, su feo papagayo verde y amarillo (la señorita Ximinez es muy práctica con sus animales y los nombra con el equivalente español de *perro*, *gato*, *loro* y demás..., aunque la verdad es que es práctica en todo), capaz de imitar a la perfección los ladridos de *Perro* y aún mejor a Madame X reclamando el alquiler. Cuando termina con tan limitado repertorio, vuela a la copa de la jacaranda que tenemos justo encima y se pone a chillar hasta que Abelardo, el jardinero, llega con una escalera para bajarlo. Apenas una hora después, repite toda el espectáculo. Por lo visto, Abelardo le dedica más tiempo que al jardín. *Guacamayo* vive en su percha al otro lado del patio, pero no lo bastante lejos. De día está quieto como una estatua y cierra los párpados obscenos y desnudos al sol o se hurga los sobacos —si puede

utilizarse esa palabra— en busca de piojos. Cada medianoche se convierte en un loco furioso y chilla y emite gritos selváticos que dejarían helado a cualquiera. Cuando oscurece, los gatos acechan y maúllan en el tejado y las ratas corretean por el sótano. Madame X y su madre discuten todas las noches como verduleras sobre si el programa favorito de Mamacita molesta o no a los inquilinos. *Perro* siempre participa. Unos chuchos canelos responden desde la calle. A eso de las cuatro de la mañana un gallo que vive en alguna parte —ojalá supiese dónde— empieza a cantar, y cada media hora el sereno pasa con su bicicleta y grita al pie de nuestra habitación para informarnos de que todo está en orden. (Por ese servicio cobra cuatro pesos —treinta y dos centavos— a la semana, aunque nunca tiene cambio de cinco).

En conjunto, es un modo de vida absurdo y placentero, con tantas diversiones como incomodidades. El clima es muy agradable y mucho mejor que un invierno entre la llovizna y la nieve pisoteada de Nueva York. También podemos decirnos piadosamente que aquí las cosas son tan baratas que en realidad estamos ahorrando dinero, lo cual sería cierto si pasáramos por alto —como hacemos siempre— lo que cuestan los billetes de avión, las llamadas internacionales a nuestros hijos, agentes y editores, y el hecho de que nuestros gastos en Nueva York siguen siendo los mismos que si continuásemos viviendo allí.

Este año llevamos instalados en Casa Ximinez desde el día de Reyes, cuando enviamos a los niños de vuelta al colegio, gruñendo y quejándose de la espantosa injusticia de ser joven y de que gastemos tres mil dólares por cabeza al año en su educación. Eso nos convierte en los huéspedes más antiguos, con la excepción del doctor Priddy y su esposa, que ocupan unas habitaciones muy pequeñas en el extremo más alejado del patio —gracias a Dios—. Los P. son dignos de ver. Él es un viejo mentecato de Maine que se ha pasado los últimos sesenta y cinco de sus setenta años preparándose para enfrentarse a la vida. Tiene títulos de diverso lustre de Harvard, Columbia, Heidelberg, Yale, Alabama, Trinity College, Clare College, la Sorbona, UCLA y Dios sabe cuántas más instituciones desconocidas y repartidas sobre la faz de la Tierra. La lista de iniciales enhebradas detrás de su nombre —y religiosamente impresas en unas tarjetas de visita que reparte como si estuviese jugando al *bezique* con seis barajas—, es como ANTIDESISTEMATIZACIONISMO deletreado al revés. También es uno de esos tipos rancios que, después de doctorarse, insisten en que no se les llame «señor» sino «doctor», y su mujer lo llama sin más «el doctor». Como sus ingresos apenas bastan para pagar el alquiler y la comida, los libros y las tasas de matrícula, se pasa la vida esperando a conseguir un título más que le permita iniciar su carrera profesional. Aparte de los deberes no ha trabajado en su vida. Ahora está matriculado con un montón de jovencuelos en la Universidad de México, estudiando no recuerdo el qué, aunque me lo ha dicho al menos cien veces.

Cualquiera podría pensar que con tanto recorrido y tantos estudios a sus espaldas sería capaz de llevar una conversación interesante. Nada más lejos. Es incapaz de escribir o pronunciar una simple frase declarativa. Si hay alguna palabra corta de

origen anglosajón que pueda expresarse peor con una larga paráfrasis en un idioma extranjero, el doctor Priddy se decanta siempre por el idioma extranjero. Si se le pregunta si prefiere té o café, el doctor Priddy responde con un largo preámbulo, una cita clásica, una «graciosa anécdota» atribuida a Walpole a propósito de Boswell y Johnson, un breve análisis de los descubrimientos más recientes sobre las cualidades estimulantes de la cafeína y por fin dice: «Té, *s'il vous plaît*, “La bebida que alegra pero no emborracha”, ¡je, je, je! O, como dijo acertadamente Congreve en *The Double Dealer*, “Se retiraron a disfrutar de su té y sus cotilleos, según su antigua costumbre”, ¡je, je, je!». Tiene mucho sentido del humor, como él mismo te dirá en cinco millones de palabras. En realidad es la segunda persona más aburrida que conozco.

La persona más aburrida que conocemos es la mujer del doctor Priddy, Modesta Lee Drain Priddy. Una coqueta belleza sureña de sesenta y tantos años que —y cito textualmente— «ama y adora todo lo pintoresco». Y, en una vida de safari por los bosques de la Academia («En realidad el sublime Milton habló del “olivar de la Academia” en su *Paraíso recobrado*, pero el suyo es un error muy común, señor Dennis, je, je, je»), ha visto todos los sitios pintorescos desde los Balcanes a Borneo y está dispuesta a describírtelos con todo lujo de detalles. Es menuda y regordeta —de hecho, la palabra *pequeño* describe a la perfección tanto al doctor como a la señora Priddy— y es aficionada a las blusas de campesina, las cuentas de ámbar, los camafeos, los collares de turquesas, la bisutería chapada en plata, los chales bordados, los sombreros vietnamitas, los pendientes de lava y todas las demás muestras de pintoresquismo que ha podido adquirir en bazares y mercados en el último medio siglo.

Cree ser la portavoz de la democracia y amar y entender a los campesinos del mundo entero. Se equivoca. Se limita a tratarlos con condescendencia, y ellos lo notan y se molestan..., al menos aquí. Y si un criado o un tendero la trata como a una igual, ella se encargará de que todo el mundo sepa que es una Drain y poetisa laureada de Corinto, Tennessee. No tiene hijos, pero cree amar y entender a los niños. No obstante, una vez más su amor y comprensión no es más que paternalismo. Le gustan los niños a su manera: vestidos con trajes regionales, interpretando danzas y canciones tradicionales caídas en el olvido hace tiempo, cuando lo que ellos querrían es estar viendo la televisión mientras beben una Coca-Cola. Como los niños de por aquí son pobres y codiciosos es natural que tuviesen la esperanza de sacarle unos pesos a la estadounidense rica. Estaban muy equivocados. Cuando las criadas de Casa Ximenez le piden un poco de dinero para comprar zapatos a sus hijos o una ayudita para pagar los uniformes rojos obligatorios de la escuela, la señora Priddy se vuelve sorda como una tapia o delicadamente vaga y olvidadiza, y, si la presionan de verdad, en la portavoz de una multitud airada. Hace poco le dijo a mi mujer, que acababa de regalar unos zapatos nuevos a los tres nietos de Guadalupe: «¡Ah, a mí me parece terrible privarlos de su dignidad!». Afecta la dulzura bobalicona de Melanie Wilkes,

pero si el dueño de la farmacia Corazón de Jesús se atreve a cobrarle un centavo de más por un frasco de leche Phillips (la leche de magnesia parece ser el sustento básico de la casa Priddy), los famosos hoyuelos Drain desaparecen mientras la señora Priddy le informa en su español de Tennessee de que va a llamar a la policía.

Cuando habla en inglés, algo que hace de manera fluida e incesante, tiene ese irritante y coqueto amaneramiento típico de algunas mujeres sureñas que convierten todas las frases en preguntas mediante una inflexión vocal al final de cada frase. «Soy de Corinto, ¿Tennessee? ¿Mi familia eran todos Drain?». Sospecho que es un mecanismo concebido para comprobar si de verdad entendemos y apreciamos la importancia de cada uno de sus fastidiosos pronunciamientos. Pues sí. Si uno soporta escucharla con atención, resulta ser un semillero de prejuicios. Los judíos le molestan a no ser que estén en Israel («¿Que es donde deben estar?») bailando *horahs* tradicionales. A excepción de ritos tan pintorescos como las procesiones de los santos con toda la parafernalia, la señora Priddy no ve verdaderos valores en la Iglesia católica. La más leve alusión a los negros estadounidenses basta para borrar los hoyuelos de hierro forjado, aunque los negros desempeñen algún que otro papel ocasional y pintoresco en las anécdotas sobre su tierra natal.

Les encanta presentarse de improvisto. Pasaron a visitarnos el día que nos instalamos en Casa Ximinez y nos repartieron sus tarjetas de visita, y no han parado desde entonces. Nuestro vínculo parece ser que todos escribimos. El doctor Priddy, a lo largo del proceso de acumulación de sus muchos títulos universitarios, ha sido autor de incontables y abstrusas monografías y tesis doctorales, publicadas por editoriales universitarias poco conocidas y con unos centímetros de texto y metros de notas al pie cada una más estulta que la anterior. La señora Priddy, no tan prolífica, tiene aún menos talento. Su producción literaria se reduce a un estante de metro y medio de memorias personales publicadas por ella misma a lo largo de los años en una imprenta de Nashville, y que incluye obras tan absorbentes como *Montenegro: Mis primeras impresiones*, *Como una nativa: mis dos años de ama de casa portuguesa* y *Mis amigos los pescadores de Calabria*. En fin, es fácil hacerse una idea.

La señora Priddy se pasa la vida metiendo las narices en los asuntos ajenos y ofreciendo informes detallados de sus descubrimientos. Fue la señora Priddy quien nos contó que la pareja del apartamento 3, apellidada Horowitz, era judía, o al menos eso sospechaba. Fue la señora Priddy quien llegó con el notición de que la Catalina Ximinez propietaria de Casa Ximinez «... ¿era nada menos que la misma Catalina Ximinez que protagonizó aquella preciosa película, *Una muchacha de Yucatán?*». Cuando se llevaron en ambulancia al alcohólico que ocupó brevemente el apartamento 6, fue la vieja sabuesa de la señora Priddy quien dijo que creía que tenía problemas con la bebida. Es decir, que no se le escapa nada. Y, así, fue Modesta Lee Drain Priddy quien informó a mi mujer de que el misterioso nuevo inquilino del apartamento 2 era nada menos que Leander Starr, «... ¿el director de aquella preciosa

película, *Una muchacha de Yucatán*, y otras?».

Mi mujer llegó a casa con unas cuantas compras del bazar Nueve Mil Preguntas con aire agobiado y los ojos como platos.

—¿No te apetece una copa? —preguntó.

—No, no especialmente —respondí.

—Prepara dos de todos modos. Me beberé la tuya.

—Parece que hayas visto a un fantasma.

—Es como si lo hubiese visto. Estaba en Nueve Mil Preguntas cuando llegó la señora Priddy y...

—¡Oh, la señora Priddy! Entonces te prepararé tres. Sé exactamente cómo...

—¿Y sabes lo que me ha dicho?

—De todo, no me cabe duda.

—Me ha contado que la persona que llegó anoche a Casa Ximinez es... En fin, no lo adivinarías ni en mil años.

—¿Hernán Cortés?

—No. Hablo en serio.

—¿Pancho Villa?

—Oh, mucho peor. ¡Nada menos que Leander Starr!

Me puse en pie sin decir palabra y preparé cuatro copas.

Pero, si de verdad el gran hombre se alojaba justo al lado, no parecía estar interesado en tener trato con los vecinos. Este invierno en Ciudad de México está siendo especialmente caluroso, así que casi siempre trabajamos en el patio. Después de engullir nuestras bebidas reconstituyentes, instalamos nuestros reales justo debajo de las gruesas cortinas de las ventanas de Starr. El resto de la tarde interpretamos ruidosos duetos con nuestras máquinas de escribir. (Yo escribí una carta a nuestro hijo y «El viejo señor Gómez pedía queso, kiwi y habas, pero le ha tocado un saxofón», mientras mi mujer redactaba una virulenta carta a la Asociación de Antiguas Alumnas de Vassar College y varias versiones de «El cadáver de Wamba, rey godo de España, fue exhumado y trasladado en una caja de cinc que pesaba un kilo»). De tanto en tanto, cuando por puro agotamiento dejábamos de aporrear la máquina de escribir, iniciábamos diálogos locuaces y completamente falsos sobre las cosas tan brillantes que se suponía que estábamos escribiendo; ni los Lunt habrían hecho una imitación mejor de una pareja de triunfadores. Hubo momentos como éste:

YO: ¿Te importaría dejar lo que estás haciendo y echarle un vistazo a esto?

ELLA: ¡Ja, ja, ja, ja! Es lo más divertido que he leído en mi vida. A los de Warner Brothers les va a encantar.

YO: Pues no se lo pienso vender si no me dejan elegir al director. Mi contrato lo dice muy claro.

ELLA: No te culpo. Es lo que les dije a los de MGM. «Quiero un director decente: alguien joven y fiable».

Mi mujer jura que oyó un gemido sordo en el apartamento de Starr, y es posible que así fuese, aunque su oído no es ni la mitad de agudo que su imaginación. Nos

preparamos otra copa y seguimos escribiendo hasta que nos cansamos de hacer ejercicios de mecanografía. Entonces mi mujer soltó otro golpe bajo:

ELLA: Es muy divertido, pero ¿crees que es buena idea interrumpir la obra de teatro que les prometiste a los del Theatre Guild?

YO: Pues claro. La terminé el fin de semana y se la envié a Lawrence y a Armina por correo.

ELLA: ¿Sin dejarme leer el último acto?

YO: ¿Y qué querías que hiciese? Estabas en esa reunión con Dolores del Río para ver si adaptabas esa novela para ella.

ELLA: Es cierto. Bueno, espero que a Lawrence le haya gustado.

YO: ¿Que si les ha gustado? Les ha encantado. Ya han contratado a Margaret Leighton y a Rex Harrison para protagonizarla.

ELLA: ¡Genial!

YO: Ahora la única dificultad es encontrar a un director.

ELLA: Como siempre. Como le dije a Josh Logan...

YO: ¿No te apetece otra copa? A mí sí.

ELLA: Me encantaría.

Esta vez se oyó claramente un portazo furioso en el apartamento de Starr y una voz que sólo podía ser la de Alistair St. Regis y que decía: «¡Oh, Dios mío!».

Entre el sol, las muchas, muchas, muchas copas, el rato que pasamos mecanografiando como posesos y nuestras inspiradas actuaciones, volvimos a nuestro apartamento al atardecer dando tumbos. Cuando me disponía a cerrar la puerta, vi a Alistair St. Regis, luciendo gafas muy oscuras y una mata de rizos castaños, salir disparado del apartamento de Starr, cruzar el patio y dirigirse a la calle.

Era bastante tarde cuando entramos vacilantes en El Paseo para cenar; al piano, nuestro alegre anfitrión, William Shelburne, tocaba las notas finales de la última canción de Bart Howard de su número («*Fly me to the moooooon and let me play among the stars...*», etcétera) y daba inicio a su ciclo de temas de Cy Coleman y Carolyn Leigh («*I have a feeling that beneath the little halo on your noble head...*», etcétera). Aunque una cabezada, un café caliente y un baño frío habían mitigado en parte los efectos del sol y el ron, todavía no estábamos del todo sobrios y nos sumíamos sin remedio en ataques de risa tonta. El Paseo estaba hasta los topes y era imposible conseguir una mesa enseguida, así que pedimos dos copas —que necesitábamos tanto como pillar ladillas— y nos acercamos al piano para ver mejor a Shelburne. Sin embargo, quien atrajo nuestra atención fue Alistair St. Regis, que se plantó a mi lado y contempló su daiquiri mientras pestañeaba enérgicamente.

—¡Señor St. Regis! —exclamé con una breve y cordial carcajada—. Esto sí que es un placer, después de todos estos años y de tantas felicitaciones navideñas. — Pensé que el pobre St. Regis iba a salir volando por la claraboya, pero lo sujeté del delicado brazo y se lo presenté con mucha pompa a mi mujer—. Cariño —dije pomposo—, te presento nada menos que a la mano derecha del gran Leander Starr, el distinguido Alistair St. Regis.

—Es un placer, señora Dennis —balbució—. Caramba, qué tarde se ha hecho. Tengo que marcharme.

—De eso nada —troné—. Deje que lo invite a otra copa.

El piano se interrumpió.

—Patrick, si prefieres cantar tú esta canción —dijo con frialdad Bill Shelburne—, me encantará acompañarte.

—Lo siento muchísimo —respondí—, pero desafino.

—Baja la voz —dijo mi mujer sin apenas abrir la boca—. Estás montando una escena.

—Lo siento.

—Y tengo que marcharme —susurró St. Regis.

—Ni hablar —dije en un tono más normal—. Llevo años sin verlos a usted y al bueno de Leander y quiero que me ponga al día.

—Su mesa está lista, señor Dennis —anunció Ricardo.

—Insisto en que cene con nosotros —le repetí a St. Regis, que temblaba como un azogado e intentaba soltarse.

—¿Su mesa? —preguntó alguien—. Llevamos esperando desde las...

Nuestro cordial anfitrión se detuvo a mitad de canción.

—Tiene una reserva. —No era cierto. Luego añadió en tono sombrío—: Es una especie de última cena.

Algunos músicos son muy suspicaces.

St. Regis siguió quejándose mientras lo arrastrábamos a la mesa, lejos de la música, donde pedí un montón de bebidas más y, por fin, la cena. Al principio St. Regis no puso mucho de su parte: afirmó que tenía otra cita, que se le había hecho tardísimo, que le había prometido al señor Starr que volvería a medianoche, que tenía que escribir unas cartas, que le había entrado una horrible jaqueca y demás. Pero no tolera mucho el alcohol —o puede que fuese la altitud— y al cabo de un par de copas y un filete Diana se relajó y, a regañadientes, me contó a su manera remilgada y afectada la decadencia y caída de Leander Starr en la última década.

Mi hermana y yo tuvimos una niñera inglesa que era casi tan femenina como Alistair St. Regis. Decía siempre *serviette* en vez de *servilleta*, *excusado* en lugar de *váter* y *abdomen* —ella lo pronunciaba ab-do-men, que sonaba aún más refinado— en lugar de *estómago*. También decía de Al Capone que era «muy grosero», de Loeb y Leopold que eran «dos universitarios muy malos» y de Ruth Snyder que «no era ni mucho menos una dama». Al ver a St. Regis y sus meticulosos modales en la mesa — la coreografía del cuchillo y el tenedor, los trocitos diminutos que cortaba, el dedo encorvado cuando alzaba la copa y los toquecitos que se daba en los labios fruncidos con la servilleta (o *serviette*)— me pareció regresar a mi infancia. Con sus eufemismos remilgados y su delicada manera de expresarse, Alistair St. Regis hacía que nuestra antigua niñera sonase como Belle Barth. El acento que disfrazaba con sus elegantes adornos, su mal francés y sus falsos anglicismos, aprendidos en los años

que había pasado junto a Starr, me pareció propio de la Pensilvania rural o de Nueva Jersey, tras una buena dosis de clases de dicción —«tome una buena bocanada de aire, pero use *sólo* una pizca..., vocales rotundas..., ante la duda la *a* siempre abierta»— y demás. Sin dejarme desanimar por la vulgaridad de sus amaneramientos seguí sonsacándole y tirándole de la lengua y muy pronto quedó al descubierto toda la historia. Con bastante más detalle que la «Historia reciente de Leander Starr» que ya he esbozado, St. Regis nos dio a entender que en el fiasco de Roma estuvo involucrado «un actor italiano muy temperamental». Que la causa del fracaso en el sur de Francia fue el amor desmedido de su jefe por *Dame Chance* (se pronuncia «Dam Chans») «en la rueda de la fortuna en Monte Carlo». Escarbando un poco más, averigüé que Starr había apostado a la ruleta (pronunciado «rulé») medio millón de francos que no tenía y se había visto obligado a huir en plena noche. En el cine inglés las dificultades habían surgido por «un drástico desacuerdo entre él y una estrella femenina cuyo nombre debe quedar en el anonimato», y en la televisión por «una confusión entre el presupuesto y la cuenta de gastos de mi jefe». Hicieron breves paradas en otros muchos países.

Tras tomar varios *stingers*, que St. Regis intentó rechazar de mala gana, aunque a esas alturas apenas podía mantener la cabeza erguida, conseguí sonsacarle algunos detalles más. Hacienda seguía detrás de Starr, de modo que no podía volver a Estados Unidos aunque tenía docenas de buenas ofertas en Hollywood. Además, dos mujeres le reclamaban la pensión alimenticia y se le amontonaban las facturas impagadas en medio mundo.

—Y el trágico *denouement*, señor y señora Dennis —dijo St. Regis con la voz pastosa—, es que si hubiese seguido mis consejos financieros todos estos años hoy sería un caballero muy rico.

—¿Y qué está haciendo aquí en México?

—No puede ir a ningún otro sitio, señor Dennis. Es un animal perseguido. Hay una señora horrible que es muy rica y quiere casarse con él...

—¿Acaso no solucionaría eso alguno de sus problemas? ¿Cómo de rica?

—Oh, no, señor. La señora Po..., en fin, prefiero no divulgar la identidad de la otra parte, pero no es la clase de mujer con quien el señor Starr querría tener ninguna relación personal.

—¿Antes muerto que casado?

—Exacto. Qué gracioso es usted, señor Dennis. Leí su último libro cuando vivíamos en San Mauricio, en Suiza, y debo decir que...

—¿Starr también le debe dinero a usted? —pregunté.

—¡Caramba! —exclamó mi mujer—. ¡Es una pregunta un poco indiscreta!

Con cierta dignidad St. Regis dijo:

—Señor Dennis, he trabajado para el señor Starr el último cuarto de siglo. Si no ha podido recompensarme como es debido en estos últimos años de problemas financieros, sé que lo hará en cuanto recobre su anterior prosperidad, pues es un

hombre honorable y su palabra vale por...

Mi mujer tuvo un terrible ataque de tos y hubo que darle unos golpecitos en la espalda. Creo que ella también había bebido lo suyo.

—Pero si Starr no le paga, ¿cómo pueden permitirse vivir en un sitio tan caro como Casa Ximinez? ¿Y cómo puede permitirse ir a un sitio como El Paseo?

—Ya puestos, ¿por qué no le preguntas por los resultados de su última prueba de sífilis, cariño? —dijo mi mujer.

—Por suerte, señor Dennis (o tal vez debería decir por desgracia), mi tía Bessie, que me crió cuando murieron mis padres, falleció y me nombró su único heredero. Era esteticista en Alhambra, Nueva Jersey. Siempre he admirado las cosas bellas, señor Dennis: los buenos restaurantes, las mujeres y los hombres bien vestidos, los arreglos florales y el ambiente elegante. Por eso he elegido el apartamento que ocupa ahora el señor Starr, y una vez a la semana me permito el lujo de cenar en un...

—¿Ha escogido usted Casa Ximinez?

—Sí, señor. Tiene cierto «yenesecúa». La señorita Ximinez contrajo una gran deuda con mi jefe. Antes de que mi jefe desarrollara su potencial como actriz era sólo una más entre esa gentuza azteca.

—Y lo sigue siendo —murmuró mi mujer.

—La gran película del señor Starr, *Una muchacha de Yucatán*, se rodó aquí. El clima es saludable. Mi jefe es un hombre enfermo, señor Dennis, entre usted y yo, ha perdido las ganas de trabajar. Cierta influyente productor mexicano, tal vez lo conozca de oídas, el señor Arístides González, se ha puesto en contacto con él para proponerle rodar una...

—¿González? —pregunté—. Pero si es casi tan sinvergüenza como...

—Por eso decidí traer al señor Starr a México, para que pueda recobrar la fortuna y la reputación que en justicia merece.

—¿Quiere decir que con el dinero que le dejó su tío...?

—Mi tía. Mi tía Bessie.

—¿Que con el dinero que le dejó su tía le ha pagado el viaje a Starr a México?

—Era... lo menos que podía hacer, señor Dennis.

—Pero ¿por qué?

—Porque, señor Dennis, el señor Starr es un gran director, y yo siempre he querido ser actor.

Se puso en pie con dificultad, tambaleándose peligrosamente, y dos solícitos camareros le ayudaron a salir del restaurante y a subir a un taxi.

III

El día siguiente era sábado y, por el estado en que nos encontrábamos, uno que sería recordado con vergüenza. Muchos visitantes de Ciudad de México descubren que, a dos mil cuatrocientos metros, una copa vale por tres. Mi mujer y yo tenemos una constitución diferente. Hemos comprobado —o al menos eso nos gusta creer— que podemos beber mucho más a esta altitud que al nivel del mar, que necesitamos dormir menos y que nunca tenemos resaca. Aunque aquel sábado fue una deslumbrante excepción.

Me desperté pasadas las once en un estado deplorable. Y encontrar una cafetera llena de café frío y pastoso en la mesilla de noche no sirvió para mejorar las cosas. (Guadalupe siempre nos lleva el café a las siete y media, tanto si estamos dormidos o despiertos como si no estamos). Saqué una pierna trémula de la cama, me puse débilmente en pie, resbalé y aterricé en las frías baldosas del suelo. Entonces reparé en que padecía un dolor de cabeza terrible. Me incorporé, demasiado desanimado para maldecir, y me puse el albornoz temblando. Me miré en el espejo con marco de latón y comprendí que estaba contemplando una resaca monumental. Los ojos enrojecidos y amarillentos, las bolsas que había debajo, la arruga de la frente por haber dormido bocabajo, la barba torcida por haberme acostado del lado equivocado: todos los síntomas de una verdadera resaca. Otro indicio era el traje, que estaba colgado meticulosamente, y los zapatos, la camisa, los calcetines y la corbata, que había colocado sobre una silla como si de un escaparate de Brooks Brothers se tratase. Sobrio, me desvisto con mucha menos ceremonia. Es cierto que el día y la noche anterior habíamos bebido mucho más que de costumbre, pero hacía años que no tenía una resaca parecida. Me puse cuatro aspirinas en la mano temblorosa, me las introduje en la boca e intenté tragármelas, comprobé que se me habían pegado a la garganta, descubrí que habían vaciado la jarra de agua —o más probablemente que nunca la habían llenado—, tragué las aspirinas con media taza del café frío de Guadalupe, contuve una arcada y luego bajé por las escaleras dando tumbos, atravesé la biblioteca, el vestíbulo y el cuarto de estar y entré en el cuarto de baño para vomitar. Así empecé el día.

Mi mujer, que no estaba mucho mejor, ya se había levantado y se mecía junto a los fogones de la cocina e intentaba preparar lánguidamente una cafetera bebible. El ruido y el gentío eran increíbles. Guadalupe, su hija y sus nietos discutían con violencia por el precio, o eso creí entender, de un vestido de primera comunión. No entiendo por qué, cuando sabían perfectamente quiénes eran los primos que acabarían pagándolo. El primo de Guadalupe, que vendía décimos de lotería, y su tío, el sereno, estaban desayunando por segunda vez arroz con judías, pan dulce, café con leche y pulque. Los cenizales gorjeaban furiosamente en la jaula, tal vez porque un gato callejero se había colado en la casa y los contemplaba hambriento a través de los

barrotes. *Perro* ladraba desde algún lugar en el cavernoso apartamento de Madame X y *Loro* había volado hacia la jacaranda y chillaba mientras la madre de Madame le gritaba a Abelardo que fuese a buscar la escalera y bajase el pájaro. En la calle se oía una espantosa cacofonía de trompetas y tambores y de vez en cuando el repiqueteo de un carillón. Resultaron ser un centenar de colegiales vestidos de blanco, que ondeaban banderas mexicanas, rojas, blancas y verdes, y chillaban al unísono mientras dos maestras histéricas intentaban gritar más alto que ellos. Era el Día de la Bandera, o del Día de la Revolución o algo por el estilo. En México hay incluso más desfiles que en Nueva York, y soy incapaz de recordar qué ilustre ocasión se celebra en cada momento. Lo único que quería era que todos cerrasen el pico y se fuesen. Me abalancé sobre el *News* y lo atrapé justo cuando Guadalupe estaba a punto de envolver con él la comida de sus nietos. Estamos suscritos a dos periódicos: el *News* en inglés para nosotros y el *Zócalo*, una especie de *National Enquirer* o *News of the World*, plagado de asesinatos, violencia y escándalos, para Guadalupe; sin embargo, casi nunca vemos el nuestro antes de que ésta lo utilice para forrar la bandeja de la pajarera. No obstante, si se trata del *Zócalo*, se lava las manos con cuidado y se sienta dos horas a leerlo de cabo a rabo, luego lo plancha y envía a uno de sus nietos a revenderlo.

Al cabo de una eternidad, nuestro café estuvo listo. Mi mujer y yo nos abrimos paso entre el tráfico en plena hora punta y llegamos al patio. Hacía un precioso día soleado, siempre hace un precioso día soleado. Dejé la bandeja sobre una mesa de azulejos desvencijada y nos desplomamos en la silla. Contemplé el cielo sin nubes y vi una bandada de buitres que daba vueltas en torno a Casa Ximinez.

—Han vuelto.

—¿Quiénes?

—Los buitres.

—Siempre lo saben antes que uno mismo —respondió mi mujer llevándose temblorosa la taza de café a los labios.

—En fin, espero que se me lleven a mí primero. He tenido una buena vida. Estoy dispuesto.

—Y yo quiero irme contigo.

—No creo que los niños nos echen mucho de menos. Ya están crecidos y son más independientes que la mayoría.

—Más que yo —dijo mi mujer con un horrible estremecimiento que recorrió todo su cuerpo como un escalofrío.

—El testamento está en orden. Hay dinero suficiente para pagar el funeral...

—Con los buitres no será necesario. Para eso están.

—... y la educación de los niños —continué reprimiendo un eructo—. Mi hermana será una buena tutora legal.

—Probablemente mejor que nosotros. Al menos no es una borracha. ¿Qué beberíamos ayer?

—Unos cuatro litros cada uno, sin contar los cubitos. Bueno, hoy nada de trabajar. Voy a acabarme el café, si puedo, y luego me vuelvo a la cama. Te sugiero que hagas lo mismo.

—De eso nada —dijo mi mujer—. Has olvidado qué día es.

—El Día de la Bandera, o el de los Insurgentes o el de la Revolución. Da igual, el desfile empieza aquí, pero dentro de un par de minutos se habrán ido y luego podemos...

—No hablo de fiestas. Hoy comemos con los Maitland-Grim.

—¡Ay, Dios! ¿Por qué?

—¿Por qué? Pues para conocer a lady Jones o a lady Joy o a lady nose cuántos. Bunty tiene una caligrafía tan afectada que no entiendo la invitación. El cualquier caso, era para presentarnos a su última adquisición vip.

—A lo mejor es Loelia, duquesa de Westminster, o la duquesa de Argyll. Están en todas partes. Bueno, me da igual. Hoy no creo que pueda soportarlo, ni a Bunty.

—Ni yo tampoco —dijo mi mujer—, pero me temo que no hay escapatoria. El Servicio de Famosos Bunty Maitland-Grim ha extendido sus redes por todo el distrito a petición de lady quiensea. Ha intentado enredar a Dolores del Río y al señor Riley en representación del cine, a Juan O’Gorman y su esposa en representación de la arquitectura y la horticultura, los Denis Bourke representarán a la Sociedad Alegre y a Procter & Gamble. La doctora Julia Baker irá en representación de la medicina y como mecenas de las Artes.

—Parece más un desfile que una fiesta. ¿Crees que habrá enganchado a alguno?

—No lo sé, pero a nosotros nos ha enganchado. Vamos en representación de la literatura contemporánea de evasión, y es demasiado tarde para... ¡Ay, Dios, ahí está otra vez!

Me volví y vi que Madame X y la arpía de su madre venían hacia nosotros. Aunque los inquilinos de Casa Ximinez pagan mensualmente el alquiler, nosotros pagamos por semanas, todos los sábados a las doce en punto, y en metálico, nada de cheques. De ese modo, supongo que Madame X cobra trece meses al año en vez de doce, pues algunos meses, como este marzo, tienen cinco sábados en vez de cuatro. El pago del alquiler a la dueña de la casa se ha convertido en una tradición como el Día del Trabajador en Moscú o la Semana de la Comodidad de los Pies de Dr. Scholl. Madame X se viste de la manera más parecida posible a una mujer de la calle y junto a Mamacita, que ejerce de dama de compañía, dueña y cajera, inicia su majestuosa visita a cada uno de sus siervos, empezando por el apartamento 1 (el nuestro) y terminando por el número 6. Luego sube a su antiguo Hispano-Suiza, con Abelardo al volante, y hace que la lleven a algún restaurante caro, como Passy, Jena o Quid, donde hace una gran entrada, como una reina de la pantalla, come en solitario esplendor, y luego monta una gran escena en español barriobajero a la hora de pagar la cuenta. La vimos un sábado en plena actuación en La Cava, que cuenta con la ventaja añadida de una escalera circular por la que bajar, y no tuvo precio. Lo único

malo es que la mayoría no recuerda su última película de hace treinta años, y los pocos que la recuerdan no reconocen al personaje grotesco en que se ha convertido.

Este sábado en particular, Madame X estaba hecha una rosa..., y lo digo literalmente. Llevaba un vestido ceñido y ajado de color rosa, cortado de tal modo que sus nalgas y su ombligo quedaban en perfecto bajo relieve. A cada paso la falda subía un poco más y nos ofrecía una espléndida vista de sus rodillas y de unas medias rosadas lo bastante transparentes para exhibir una viril selva de vello negro. Las piernas nunca fueron lo mejor de Catalina Ximenez. El escote era tan bajo que dejaba entrever el sujetador rosa más gris que he visto nunca. Llevaba mucha bisutería rosa de cristal, largos guantes rosados de los que asomaba una uña pintada y unas bailarinas rosas de satén bastante desgastadas por los talones. Tan arrebatadora indumentaria estaba rematada con una boa, manguitos y un gorro no muy limpio de piel de zorro. Comparada con esa ave del paraíso en época de muda, su madre daba la impresión de haber parado un momento para despedirse antes de ingresar en el hospicio. Totalmente desdentada, el rostro de Mamacita parecía un cascanueces. Llevaba un viejo y raído vestido negro, medias negras muy tupidas y unas zapatillas de deporte negras. El poco pelo que le quedaba lo tenía recogido en un moño muy pequeño que transparentaba el cuero cabelludo de color café. Siempre que salía de Casa Ximenez se cubría la cabeza con un rebozo negro, y tal vez fuese mejor así. Como de costumbre, Mamacita llevaba un ridículo negro en el que guardaba el dinero del alquiler y del que extraía el cambio cuando hacía falta.

—¡Buenos días! —dijo Madame X con su chirriante voz de cacatúa y los empastes de oro resplandecientes al sol. (Éramos sus inquilinos favoritos esa temporada, pues habíamos alquilado el apartamento más grande por cuatro meses y porque todos los sábados recordábamos tener preparados los pesos).

—Buenos días —murmuramos en tono anodino.

—Vengo a cobrar el...

—Lo sé —dije, poniéndome en pie con dificultad—. El alquiler. —Me encaminé vacilante hacia el apartamento y mi cartera.

—¡Qué bien habla español! —chilló Madame X. En realidad, hablo peor el español que el urdu. Regresé con esfuerzo y le di los dos billetes de quinientos pesos a Madame X, que los contó dos veces y luego se los entregó a su madre. Mamacita volvió a contarlos y luego los introdujo en el ridículo—. ¡Gracias, señor! —dijo Madame X con una risita coqueta—. Siempre le digo a Mamacita que el señor y la señora Dennis son clavados a Maximilian y a Carlotta. —Luego se lo repitió en maya, o al menos eso creo, a la vieja bruja, y ambas echaron a reír.

Hasta ahí estupendo. Ahora lo único que faltaba era que Mamacita se desembarazase de las cuatro únicas palabras inglesas que conocía. Me pareció ver los labios fruncidos y las encías descoloridas preparándose para la gran actuación. Se lamió con delicadeza los blancos bigotes, tomó aire y lo soltó:

—Mi... hija... gran... estrella.

Después de semejante logro, se rió encantada y exhibió sobradamente sus pardas encías. Ese día, como cada sábado, lo repetiría seis veces: una por apartamento. Después de cobrarnos, se dirigieron al apartamento 2, el hogar actual de Leander Starr.

Pese a lo mal que nos sentíamos, nos instalamos en el patio y observamos con cierta fascinación mientras Madame X y Mamacita se acercaban a la puerta del número 2. Estaba cerrada y el apartamento parecía muy, muy vacío. La señorita Ximinez llamó con una delicadeza felina. Le respondió el silencio. Volvió a llamar. Siguió sin obtener respuesta.

—¿No se habrán ido sin pagar al vernos? —le susurré a mi mujer.

—¿Estás loco? —respondió ella—. Esa simpática viejecita que trabaja para Starr no podría haber ido anoche a ningún sitio. Estaba incluso peor que nosotros.

Catalina le dijo algo en maya a su madre, quien sacó una llave maestra del fondo del ridículo y se la entregó. Madame abrió la puerta y entró en el apartamento. Se oyó un alarido que hizo que *Perro* se pusiera a ladrar y *Loro* iniciase su famosa imitación de Madame X exigiendo el pago del alquiler. Desde el interior del apartamento llegaba la voz familiar y algo melodramática de Leander Starr, que tronaba:

—Madame, ¿qué hace en mis aposentos en compañía de ese saco de huesos?

—¡Starr! —chilló Catalina—. ¡Leanderrr Starr!

El ridículo salió volando y Mamacita huyó del apartamento, se hincó de rodillas en el patio y se santiguó tres veces. La siguió su hija, cuyo rostro había palidecido bajo el maquillaje colorado en tecnicolor. Leander Starr iba por el mismo camino.

Por lo que nos había dicho St. Regis la noche antes, esperaba encontrarme a un anciano marchito y arrugado, pálido o calvo, tal vez desdentado, y desde luego sin energía. Nada de eso. Starr conservaba toda su fuerza. Seguía manteniendo un aire de estrella de las sesiones matinales, pero ahora había iniciado su etapa Basil Rathbone. Todavía era alto y no tenía canas, aunque a plena luz del día su cabello oscuro tenía un brillo opalino entre verdoso y purpúreo algo sospechoso. Lejos de parecer desastrado o desaliñado, llevaba un pijama de seda blanco y un batín escarlata con un corte propio del príncipe Alberto o de Napoleón III.

Por una vez la Ximinez se quedó sin habla. Lo único que hacía era temblar y repetir «Starr».

—Ya veo, señorita Ximinez, que cincuenta años lejos de la selva no han servido para mejorar sus deplorables costumbres. Sigue usted colándose en las habitaciones de hombres inocentes. ¿O es que intenta venderme el cuerpo de esta seductora? —Señaló a Mamacita, que se volvió a santiguar—. Y ahora márchese o la denunciaré a la policía. ¡A la policía! —gritó teatralmente.

—Starr —empezó Catalina—, he alquilado el apartamento a un tal señor St. Regis. Alice, o algo así, St. Regis. Ésta es mi casa. Soy la propietaria.

—St. Regis es mi ayuda de cámara. No pensará que voy a ocuparme de detalles tan sórdidos como alquilar un pequeño *pied-à-terre* en este poblado indio. Si, como

dice, este tugurio es de su propiedad, quisiera hacerle notar algunas deficiencias del mismo. Por ejemplo, en mi cuarto de baño hay una cucaracha enorme. —El dominio del inglés de la Ximinez no era gran cosa. Hablaba lo justo para hacerse entender y sólo después de ensayarlo, igual que hago yo con el español. También prefería dar más que recibir en lo que a la conversación se refiere, así que quedó claro que apenas había entendido las protestas de Starr. Él pareció intuirlo y tradujo en mal español—: Una cucaracha en el cuarto de baño. Uno ratón en la cocina. ¡Disgustamente!

—Lo arreglaré, Starr —gimoteó Madame X—. Lo arreglaré enseguida. Hoy mismo. Sólo he venido a cobrar el alquiler. Pague. Yo lo arreglaré.

—¿Insinúa, señorita Ximinez, que puede plantarse ahí como la puta de Babilonia y exigirme dinero por un alojamiento casi inhabitable? ¡Es risible! Cuando vuelva mi asesor financiero, el señor St. Regis, hable con él. —Se irguió hasta una impresionante altura, tomó aliento profundamente y luego rugió—: ¡Y ahora váyase!

La madre, la hija y el perro emprendieron la huida. Sin detenerse a cobrar ni un centavo a nadie más, atravesaron corriendo el patio, cerraron la pesada puerta de un portazo y echaron el cerrojo.

Henchidos de admiración, prorrumpimos en aplausos.

—¡Bravo! —grité—. ¡Viva Starr!

Starr nos saludó brevemente.

—¡Ah, Dennis, mi querido muchacho! Hola, señora Dennis. Había oído que se habían retirado aquí. ¿Aún escribe?

—¡Y que lo diga! —respondí—. Y usted, ¿aún dirige?

Pasó por alto mi pregunta.

—Qué lástima que no haya conservado su vigor en sus años de decadencia. Me entristece decir que sus últimas, ejem, creaciones no tienen el nervio ni la vitalidad de sus primeros libros. Pero supongo que lo mismo puede decirse de todos los escritores. Mire al pobre Willie Maugham. Bueno, ahora que ya sabe dónde vivo, tienen que venir a tomar un cóctel. ¿Les parece bien esta noche, cuando vuelva mi mayordomo? ¿A eso de las siete? Y ahora tendrán que perdonarme, tengo una fuerte migraña y debo tumbarme en una habitación a oscuras. Hasta la noche.

Y se fue.

—¡Caramba, que me parta un rayo! —exclamé—. ¡Que me partan dos rayos!

Una hora más tarde, después de un baño tibio y una cerveza terapéutica, nos vestimos y fuimos a casa de los Maitland-Grim. Mi mujer, enguantada y con velo, parecía Juana de Arco en la hoguera e incluso yo tenía una mueca de estoicismo. Supongo que el sufrimiento ennoblece a las personas.

Muchos, muchos años antes de la guerra, cuando era tan pequeño que sólo me llevaban a ver comedias musicales, había en todas ellas un personaje sucedáneo de un joven petimetre inglés llamado Freddie, Reggie o Ceddie. Se limitaba a decir «Me has dejado patidifuso...», «Qué cucada...», «Nos vemos en un ratito...», y otras cursilerías por el estilo. Siempre era hijo de un duque o, como mínimo, de un conde.

Nunca acababa con la chica ni entendía las bromas. En el mundillo teatral se le conocía como el «inglés cabeza hueca». Nunca he conocido a una persona así en la vida real, y dudo que existiera ninguna en Broadway. Si alguna vez la hubo en Inglaterra, la selección natural hizo su trabajo.

Pero en esta era de reivindicación de los derechos de la mujer, el inglés cabeza hueca ha sido sustituido por un correlato femenino que es muy real y frecuente: la inglesa cabeza hueca. Se la puede ver en Mayfair, Belgravia, Chelsea y Knightsbridge. Su foto aparece siempre en la revista *Tatler*, pero no en acontecimientos ingleses serios como los bailes de después de una cacería, o las carreras de caballos a campo traviesa, o exposiciones de pintura, sino en funciones erróneamente tildadas de «divertidas», como fiestas de los locos años veinte, inauguraciones de casas de apuestas y competiciones de twist. Joven, alocada y a menudo guapa, la inglesa cabeza hueca se aferra a la última moda como a un chaleco salvavidas. Tanto si le favorece como si no, se adapta a ella en vez de adaptarla a su conveniencia. Si las faldas se llevan demasiado cortas y los tacones demasiado altos (como sin duda ocurre este año) las suyas son más cortas y éstos más altos. Si los labios se llevan muy rojos, ella parece que acaba de chupar sangre de una vena yugular. Si se llevan pálidos, se pone tanto lápiz de labios que sus dientes adquieren la pátina del palo rosa antiguo. Vive en unas antiguas caballerizas o en unas habitaciones del servicio reformadas por Michael Inchbald o David Hicks. Su única razón para vivir son las caras y los sitios nuevos, y podemos estar seguros de que su pobre y anciana madre se removería en la tumba si lo supiese, porque la inglesa cabeza hueca ha descendido o ascendido desde el sitio donde nació para convertirse en el corazón y el alma de una nueva clase de la sociedad inglesa que no existía antes y en la que es bienvenido cualquiera con un mínimo de encanto o un montón de dinero.

Bunty Maitland-Grim, nuestra anfitriona de la noche, encarna este nuevo fenómeno. Tiene entre treinta y cincuenta años. Su padre lo mismo podría ser un estibador que el lord chambelán, pero por su acento nadie podría decir con exactitud cuáles son sus orígenes. Es menuda y tiene una figura preciosa, aunque los pies sean un poco grandes. Supongo que es morena, pero a lo largo de los años la hemos visto con el pelo castaño, negro, rubio ceniza, pío —fue en el año 59, cuando las mujeres se trataban químicamente el cabello para parecer cebras greñudas—, dorado y plateado. Este invierno vuelve a ser de un intenso color castaño de marta cibellina, cardado y enredado en torno a la cabeza como si quisiera imitar —por alguna razón sólo conocida por Bunty— un suflé de chocolate. Su rostro fino asoma de dos deshinchadas mechas de pelo, la línea de los ojos parece llegar hasta las orejas y tiene los párpados pintados de un verde iridiscente propio de una conjuntivitis avanzada. A medida que transcurre el día, las diversas capas de máscara de pestañas tienden a correrse. Cubierta de polvos cosméticos blancos como la harina y con una pincelada rosa en lugar de boca, la Bunty de este invierno produce la desasosegante

sensación de haberla visto antes en otro sitio. Y claro que la has visto. Es Marcel Marceau. Pero Bunty no tiene dotes para la mímica. Su boca nunca está quieta y despide idioteces saturadas de frases pasadas de moda como: «Oh, pero, cariño..., es divino..., una fiesta divertidísima..., el paraíso..., una bendición..., un aburrimiento espantoso».

La conocemos —muy superficialmente— desde hace cinco años. Bunty conoce a todo el mundo, siempre muy superficialmente. Más que atrevida es lanzada. Si al mismísimo papa se le ocurriese visitar Londres, Bunty no dudaría en telefonarlo, se presentaría convencida de que Su Santidad habría leído el artículo sobre su última fiesta de disfraces de cortesana en el *Daily Express* y lo invitaría a ir a su casa en Hamilton Mews para tomar un Bloody Mary con Edith Sitwell, Billy Graham, la reina madre y Sabrina. «Y luego iremos a la vuelta de la esquina a picar algo en Les A». Hecho lo cual, llamaría a los demás y les prometería que iba a asistir el papa. Lo raro es que mucha gente se queda tan perpleja que acepta. Nosotros somos un ejemplo.

Casada con un hombre mayor que ella, totalmente insípido, de pasado impecable e impresionantes ingresos, los últimos quince años Bunty ha llevado la vida de una gitana internacional. Pasa la temporada de sociedad en Londres, los fines de semana en una lúgubre casa de campo llamada —acertadamente— Grim Place, agosto en el sur de Francia y, después de Navidad, emigra a una serie de lugares cálidos como Nassau, Jamaica, Palm Beach, las Bermudas y muchos otros sitios que han acogido de vez en cuando a los Maitland-Grim. Los impuestos, las inversiones en el extranjero o algo por el estilo tienen mucho que ver con sus constantes peregrinaciones. No obstante, Bunty se ha inventado la bonita historia de que el comandante (retirado) Maitland-Grim escribe. He reparado en que todos nuestros conocidos ociosos responden, si se les pregunta por su ocupación: «Escribo». Supongo que es posible que se refieran a lista de la lavandería, a una postal o a una carta al banco. Sea como fuere, la afirmación «Escribo» se ha convertido en sinónimo de holgazán a tiempo completo.

A Henry Maitland-Grim nadie le ha oído decir más que «Hola», «Sí», «No», «Por favor», «Gracias» y «Adiós». Y, con Bunty parlotando sin cesar, aún tiene suerte de poder contribuir eso a la conversación. Bunty se pasa el día hablando de él: «Oh, el pobre Henry se está matando a trabajar con todas esas investigaciones sobre la familia Maitland-Grim en Jamaica» (o Bermudas, Nassau, Trinidad o dondequiera que se encuentren; en este año de gracia resulta que los Maitland-Grim fueron conquistadores y sus raíces se arraigan desde hace cuatro siglos en la erosionada tierra de México). Lo único que de verdad hace el comandante Henry Maitland-Grim, aparte de pagar las facturas, soportar a Bunty y la molestia de tener una pierna de madera, es beber. Dicen que fue Bunty y no la pierna quien lo empujó a la bebida, y lo creo. Sin embargo, no es un alcoholismo escandaloso, llamativo ni evidente. Henry es demasiado refinado y reprimido para eso. Se limita a tomar una copita al

levantarse y a seguir bebiendo a lo largo del día. No puedo decir que lo culpe. Con Bunty cerca es imprescindible.

Este año, Bunty ha alquilado en San Ángel una elegante mansión de auténtico estilo colonial español cuya hosca fachada no deja traslucir la enorme cantidad de espacio que hay en el interior y en el patio trasero. Pero en cuestión de semanas Bunty se las ha arreglado para obrar sus propias y sutiles estrategias de destrucción. Las dos armaduras de conquistadores que había en la antesala ahora llevan guirnaldas de flores y sombreros de Chez Elle. La colección de pintura, que iba de Velázquez a Tamayo, ha sido retirada y sustituida por los garabatos y manchurroneos de revista de moda pintados exclusivamente para Bunty por su nutrida cuadra de pintores de Chelsea. Por todas partes hay arreglos florales hechos no tanto con flores como con coles, uvas y conchas marinas, y uno especialmente inolvidable con un collar de perlas. Durante una breve temporada, Bunty se creyó émula de Constance Spry y obligó al pobre comandante Maitland-Grim a abrir una carísima floristería en Berkeley Square, a la que sólo fue el día de la inauguración y, dos meses después, el día del cierre. No obstante, continúa llenando las botas de montar de su marido de lirios y espuelas de caballero, y registrando las cocinas en busca de capullos de ajo y coloridas cebollas en su perpetua búsqueda de lo extravagante. Es, por lo que yo sé, su único talento doméstico.

Fuimos los últimos en llegar y Bunty estaba frenética; vestía unos pantalones de lamé dorado, zapatos de tacón también dorados y suficientes collares y brazaletes para haberse hundido si se hubiera caído a la piscina.

—¡Amigos, qué malos sois por llegar tan tarde! —Bunty nunca ha llegado puntual a nada—. Pero no debo enfadarme demasiado, ¿verdad? Seguro que lleváis desde el alba escribiendo algo absolutamente divino. —Pasamos por alto sus saludos sin hacer más comentarios y nos sometimos a sus besos. Es muy besucona: ha llegado a besar a completos desconocidos impelida por la corazonada de que debían de haberse visto antes en alguna parte—. Bueno, amigos, dejad que os presente a todo el mundo, luego Henry os preparará algo de beber. Yo estoy tomando una cosa divina que inventé la semana pasada. Se llama la Bomba Bunty y es tequila con zumo de lima en un vaso alto al que se le añade champán al final. Pero si os apetece otra cosa... Ah, estás ahí, querida. Permite que te presente a dos de mis más antiguos amigos. Lady Joyce, éste es Patrick Dennis, que escribe esos libritos tan maravillosos, y ésta es su mujer, que..., en fin, no sé muy bien a qué se dedica, aparte de contar pilas y pilas de dinerito. De hecho, no sé cómo no os habéis conocido antes. La verdad, querida, es imposible viajar a ningún sitio sin encontrarse con montañas de sus libros. Estoy convencida de que los dan con el pasaporte, los visados y demás. Como le dije a...

—Pero si nos conocemos —la interrumpí—. ¿No es usted Monica James..., la exmujer de Leander Starr?

—Pues sí —dijo lady Joyce—. Pero no recuerdo dónde...

La etiqueta *starlette* nunca pareció encajar muy bien a Monica James, excepto para dar a entender que era una actriz joven y prometedor. Pero era una actriz y no la acostumbrada bola de pelusa cuyas únicas actuaciones se limitan a las sesiones fotográficas publicitarias, los carteles de pin-up y el dormitorio de los productores. Era rubia y preciosa, como sólo pueden serlo las inglesas, tenía una tez inmaculada, una nariz ligeramente aquilina y esos andares que sugieren que es una experta amazona. En los veinte años transcurridos desde que la conocí, se había convertido aún más en el frontispicio idealizado de *Country Life*. Seguía siendo la rubia rosa y platino, pero los años habían hecho que su excelente estructura ósea fuese un poco más pronunciada. Llevaba el cabello, que mi mujer jura que jamás había estado cerca de un bote de tinte, peinado de forma clásica y favorecedora, muy apropiada para su edad, que debía rondar los cuarenta y tantos. Su vestido estaba a la moda y era evidente que era caro. Era la típica vestimenta que podría ponerse diez años más tarde y seguir pareciendo aristocrática y elegante. En cuanto a joyas, llevaba el único collar de perlas verdaderas de toda la sala y dos impresionantes anillos. Era imposible no preguntarse cómo habrían llegado a conocerse Bunty y ella.

La hora del cóctel se alargó mucho, como ocurre siempre en casa de Bunty, y mientras daba sorbos a mi whisky con agua (mi mujer y yo declinamos astutamente probar la Bomba Bunty), observé a lady Joyce, confiada y elegante, relacionarse con la variopinta colección de invitados que la señora de Maitland-Grim había atrapado en sus redes.

A eso de las tres y media anunciaron la comida y, excepto por un serpenteante centro de mesa con orquídeas y alcachofas, la vajilla y los vasos de plata mexicanos concedían a la mesa del comedor un aspecto muy elegante. Bunty también había despojado de sus sencillas chaquetas blancas a los dos criados y las había reemplazado por amplias camisas playeras verdes y naranjas de Lila Bath («La mar de autóctonas, querida») que me dieron la incómoda sensación de que tendría que comer a toda prisa para que el servicio pudiera ir a tomar un baño. Por lo demás, todo era muy elegante.

Lady Joyce se sentó entre Henry Maitland-Grim y yo, y por el aspecto de nuestro anfitrión deduje que había tomado un par de Bombas Bunty más de la cuenta. Tenía la barbilla hundida en el cuello de la camisa y sencillamente no se relacionaba con nadie. Con eso quiero decir que lo único que podía hacer era ocupar la cabecera de la mesa y jugar con la comida. Por lo que se refiere a la conversación, estaba menos locuaz que nunca, y su única contribución a la misma fue un gruñido de vez en cuando. Gracias a eso tuve a lady Joyce sólo para mí, y se me ocurren suertes peores.

—Siento haber aludido a Leander Starr antes —dije—. No era mi intención ponerla en un compromiso, pero me sorprendió mucho volver a verla después de tanto tiempo...

—No me ha puesto en ningún compromiso. Además, estar casada con Leander fue interesante. Claro que hubo momentos horribles y era un hombre con el que era

imposible convivir, pero nunca fue aburrido.

—Y, ejem, ¿lord Joyce...?

—Me temo que era sólo baronet. Falleció.

—Lo lamento.

—Yo también. Era un hombre encantador..., mucho más joven que Starr y totalmente diferente. Papá se alegró muchísimo cuando nos casamos. Movié todos los hilos que pudo para celebrar él mismo la ceremonia. Mi padre era el vicario de nuestro pueblo, y Joyce era el hijo del señor de la región. Parecía sacado de una novela de Jane Austen. Representaba todo lo que apreciaba mi padre: era de buena familia, había ido a buenos colegios, fue jefe de escuadrón de la RAF, amaba la región, era un reputado criador de ganado, tenía muebles estilo Adam, se interesaba por los asuntos del pueblo...

—¿Se le da a usted bien inaugurar ventas benéficas?

—Sin falsa modestia, se me da de maravilla. Después de todo aparecí en una docena de películas antes de retirarme, y en todas hice de ingenua insípida llamada lady Caroline u honorable Victoria. Al final podía interpretar el papel sin leer el guión, y por supuesto continué haciendo lo mismo en Boar Hall, que es como siento decir se llama nuestra casa. Hay muchas Pams y Jills y Sybils como yo, buenas chicas de familias sin mucho dinero a las que les entra el gusanillo de ser actriz, se lo quitan de encima y acaban con simpáticos jóvenes miembros de algún club que las han estado esperando pacientemente. Incluso Bunty probó suerte en los escenarios.

Miré a nuestro anfitrión, que dormitaba encima de un plato de gambas y no pude imaginarlo —ni a él ni a nadie— esperando pacientemente a que Bunty hiciese cualquier cosa que no fuese cerrar el pico.

—¿Y Boar Hall no le pareció un poco aburrido, después de Starr, quiero decir?

—Mucho. Bueno, no he querido decir eso. Después de Starr, fue como una larga y maravillosa cura en una clínica muy elegante. Leche y huevos frescos, acres de flores, salones espléndidos que pedían a gritos que alguien los decorase y dinero suficiente para hacerlo. No obstante, hasta la mejor clínica puede perder su interés al cabo de un tiempo. Sin embargo, mi marido era tan dulce y estaba tan orgulloso del «modo tan espléndido en que te estás adaptando, cariño» que ni se me pasó por la cabeza dejarlo. Luego tuve un bebé del que encargarme hasta que se fue a la universidad. No se preocupe, no voy a enseñarle fotos. Es enorme y aficionado al remo. Hay vidas más desdichadas que la mía.

—Y ahora es usted la viuda lady Joyce.

—Pues sí. No es nada. Tenemos un administrador excelente y la casa se mantiene sola. Mi hijo no me necesita. Y aquí me tiene. Viajo porque sé cuándo estoy de sobra.

—Me cuesta mucho crearlo.

—¡Ay, pues es cierto! Sólo paso allí el tiempo justo para conservar la casa para mi hijo y para que los del pueblo sepan que la señora no les ha olvidado, aunque no es que les preocupe demasiado, se han vuelto muy modernos. El resto del tiempo tengo

un piso bastante bonito en una zona de Londres que está muy de moda, entre Harrods y la estación Victoria, los dos sitios que más frecuento. Y supongo que llevo una vida de londinense.

—¿A *la* Bunty? —pregunté, sabiendo por el suave ronquido de un extremo de la mesa y la cháchara simiesca del otro que no me oirían.

—¡Uy, no! Ni la mitad de espectacular. Comidas para cuatro, discretas cenas para ocho y muchas buenas obras: la Unión de Países de Habla Inglesa, la Asociación de Ayuda a la Tercera Edad, el Fondo Rey Jorge para Actores y Actrices.

No pude evitar fijarme en que un joven estadounidense cuyo nombre no había acabado de entender le echaba una mirada a lady Joyce desde el otro lado de la mesa.

—¿Nunca se ha planteado volver al teatro?

—¡Ah, muchas veces! Pero no lo haría..., en realidad no podría. Verá, el mundo del espectáculo era deslumbrante, atrevido, simpático y excusable para Monica James cuando era una cría de dieciocho años, pero con lady Joyce, que inaugura ventas benéficas y tiene un hijo ya crecido, no encajan. Además, soy una actriz espantosa. Vi alguna de mis películas en televisión y me avergonzó tanto verme hacer el ridículo que tuve que apagar el aparato y prepararme una copa.

—Era mejor de lo que cree, y las películas que hizo para Starr...

—Ah, Starr era harina de otro costal. Por muy egoísta e infantil que fuese, sabía cómo hacer actuar a cualquiera. Incluso a mí. A su perversa manera era un auténtico genio. Pero ¿quién puede vivir con un genio?

—¿Y no ha vuelto a verle desde su teatral huida de Sudáfrica?

—Sólo una vez. Más o menos cuando Starr se metió en aquel lío espantoso en Inglaterra. Fue en esa época horrible entre la exposición de ganado y el baile de la cacería, dos funciones de gala, de eso estoy segura. Mi marido y yo nos alojábamos en el Claridge (él prefería el hotel Brown, pero el Claridge era una especie de regalo porque había sido una buena chica y había renunciado a un viaje por Europa para que él pudiera comprar un toro Aberdeen Angus; no se imagina lo carísimos que son, aunque tengo entendido que en este caso amortizó de sobra el dinero con la descendencia). El caso es que estábamos cenando muy bien vestidos, gracias a Dios, y justo cuando dudaba de si había sido lo bastante buena chica para pedir caviar o si habría hecho mejor pidiendo ensalada de cangrejo, alcé la vista y vi a Leander, que me embestía como..., en fin, como un toro. Por lo visto, en aquel momento yo no pensaba más que en toros.

—¿Y qué hizo usted?

—¿Hacer? ¿Y qué podía hacer? Me pilló de improviso, sin ensayos y sin Starr para dirigirme. Ni falta hace que le diga que el fuerte de mi marido no eran los *ménages à trois* a lo *Una mujer para dos* ni eso de «¿por qué no podemos ser amigos?». Después de que Leander me besara, con mucha pasión, presenté a mis dos maridos con la mayor elegancia posible y recé para que Leander se fuese, o cayera muerto allí mismo..., o para caer muerta yo.

—¿Y lo hizo?

—Ni mucho menos. Pidió una silla, se sentó, se encargó de pedir los platos y se dedicó a cautivarnos mientras el champán corría como agua. Hasta que por fin, después de probar bocaditos de un lenguado de Dover durante lo que me pareció un año y medio, pensé que, si me iba, él también se marcharía, y que al cabo de unos meses mi marido me perdonaría y podríamos instalarnos en Boar Hall con el toro nuevo y fingir que no había pasado nada. Así que me levanté y dije: «Tendréis que disculparme, tengo una jaqueca horrible, pero no te preocupes por mí, cariño». Y me fui a la cama con Graham Greene.

—¿Cómo? —pregunté.

—Con uno de sus libros. No sé qué de un hombre de La Habana. Estaba tan alterada que no pude seguir bien la trama esa noche. Así que esperé, esperé y esperé, temiéndome que se produciría una terrible discusión en la calle y que el nombre Joyce se vería arrastrado por el fango porque a una aspirante a actriz de tres al cuarto como yo se le había ocurrido casarse por encima de sus posibilidades. Al final me quedé dormida de puro agotamiento, y a las cinco de la mañana me desperté cuando llegó mi marido dando tumbos y tan borracho que apenas podía desvestirse. Cuando cerró el bar del Claridge (dejo que adivine usted quién pagó la cuenta), Leander y él habían ido a un club de esos a los que tienes que llevar tu propia bebida. Pobrecillo, jamás había conocido a nadie ni la mitad de encantador que Leander. No entendía por qué lo había dejado yo. De hecho, le pareció tan encantador que le había prestado ¡quinientas libras! ¡Casi me da un ataque! Aún así, no estaba verdaderamente enfadada con Leander. Nunca he podido enfadarme con él mucho tiempo, aunque a veces le habría pegado un tiro en su negro corazón. Creo que me enfadé más con mi marido por haber sido tan tonto.

—¿Y por no haberse puesto celoso y no haberse enfadado?

—Supongo que por eso también. Pobre Leander. Dios sabe qué habrá sido de él.

—¿De verdad quiere saberlo? —pregunté.

—Daría cualquier cosa por saber dónde está.

—¿Qué daría, por ejemplo?

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Creo que ha venido al sitio indicado.

—Me temo que no lo entiendo —dijo.

—Starr está aquí. De incógnito. Vive justo al lado de nosotros, a poco más de un kilómetro de aquí. De hecho hemos quedado para tomar una copa con él esta noche.

—¿Y sabe ya que van a llevar a otra invitada? —dijo.

—No. ¿A quién?

—A mí.

En México los almuerzos empiezan tarde y se alargan mucho, pero ninguno empieza

tan tarde ni se alarga tanto tiempo como los de Bunty. Aunque haya propinado un golpe mortal a todas las antiguas y sólidas tradiciones británicas observadas por generaciones de Maitland-Grims, sigue aferrándose tenazmente a la más aburrida de todas: la de que las mujeres se retiren, incluso por la tarde, y dejen a los hombres bebiendo innecesarias dosis de oporto o brandy y soportando la conversación de los demás. Y así, en vez de dejarnos conversar educadamente una hora y volver a casa a dar la cabezada que tanto necesitábamos, Bunty se puso en pie poco después de las cinco y dijo:

—Henry está un poquito *hors de combat*, así que ¿te importaría hacer los honores y acompañar a los chicos a la biblioteca, cariño? —No sé a qué cariño se refería, supongo que a mí, pues dirigió una mirada miope hacia donde yo me encontraba—. El excusado está detrás de un divino panel secreto junto a la chimenea. Espero que lo encontréis.

Yo tuve la misma esperanza.

La biblioteca era una cueva lúgubre equipada con volúmenes encuadernados en piel, más antiguos que valiosos o interesantes, unas espadas y escudos antiguos, un arreglo de aguacates, calabazas y gardenias (con diamantes falsos a modo de gotas de rocío), y un enorme cuadro de una feérica Bunty pintado por Marcel Vertès que parecía más un anuncio de productos Schiaparelli que un retrato. Yo me llevé el primer premio por encontrar el excusado y, a juzgar por el despliegue de cepillos de dientes, cuchillas de afeitar, cuencos y remedios para la resaca que cubrían los estantes de mármol, deduje que Henry había abandonado el *boudoir* de Bunty y se había instalado en el enorme sofá de la biblioteca. Me habría gustado saber si Bunty lo había echado o si se había trasladado él voluntariamente porque Bunty hablaba también en sueños. En ninguno de los dos casos me inspiró demasiada compasión.

Cuando volví con los juerguistas, habían instalado cuidadosamente a Henry Maitland-Grim en un gran sillón de roble de la época de la Inquisición. No podría haber sido más incómodo ni aunque hubiese llevado electrodos. El joven estadounidense al que había visto en la mesa estaba haciendo los honores con las botellas.

—¿Oporto o coñac, señor? —preguntó con una sonrisa arrebatadora.

—Ni una cosa ni otra, gracias. —Por alguna razón, vanidad tal vez, no me gusta que me llame «señor» nadie de más de veinticinco años, y éste sin duda los tenía—. ¿Podría tomar un vaso de agua?

—Desde luego, señor. —Tras una elegante exhibición del manejo de las pinzas para el hielo y un decidido gorgoteo de la botella de Garci Crespo, me llenó el vaso. Fue una gran demostración que podría haber acompañado el flambeado de un pastel de frambuesa en un restaurante elegante, pero me pareció demasiado teatral para tratarse de un vaso de agua. Luego me miró con ojos sinceros y castaños y, exhibiendo mucho los dientes, dijo:

—No conozco a ninguno de estos caballeros, ¿y usted, señor?

—Los he visto alguna vez.

Bastaba con mirar al contingente masculino para reparar en que *caballeros* era lo último que podía llamárseles. Ese día Bunty no había podido reclutar a ninguna celebridad y había tenido que contentarse con un estridente sombrero inglés cuyo negocio en Londres no había terminado de despegar y que, bajo la protección de un travieso caballero mexicano, estaba prosperando aquí, donde casi nadie lleva sombrero. Había también un jovenzuelo español (resultó ser cubano) con un pomposo nombre plagado de *de* y de *la* y de *y* (que luego resultaron no ser suyos) que, bajo el patrocinio de una vivaracha anciana mexicana, había abierto hacía poco un negocio de decoración en la calle Niza. Y, por último, un joven y apasionado director, productor y autor teatral estadounidense muy jaleado entre los grupos de teatro locales como el nuevo Samuel Beckett, cuya obra estrenada en un teatro de segunda fila de Nueva York había sido masacrada por tres periódicos e ignorada por los otros cuatro y se había cancelado después de una sola representación. Lo bueno de México es que siempre hay sitio para uno más, y si no haces muy bien lo que sea que sepas hacer en tu lugar de origen, siempre puedes venirte aquí. Es el refugio y el paraíso de los mediocres. Bunty sin duda había reunido a un equipo de reservas ese día.

El joven estadounidense lanzó a los «caballeros» una mirada vagamente desdeñosa —no es que lo culpe— y luego me obsequió con una sincera sonrisa de admiración amistosa.

—Sus libros me han proporcionado muchos ratos de placer, señor. Me he reído mucho con ellos.

—Gracias —respondí. No sé por qué siempre me avergüenza que la gente alabe mis libros, aunque si me hubiese dicho que le parecían malísimos me habría puesto furioso. Seguro que acabaría hablándome de su tía excéntrica, como hacían todos—. Mi favorito es uno que encontré en la biblioteca del club Knickerbocker y que me recordó inevitablemente a mi propia tía, en realidad mi tía abuela, la anciana señora Chauncey van Damm, de Tuxedo Park. Era bastante excéntrica.

Se lanzó a contar una anécdota sobre aquella excéntrica encantadora y la señora Twombly en un coche eléctrico y supe que, por así decirlo, podía apagar el audífono. Con unas cuantas palabras bien escogidas me puso al corriente de todo lo que pretendía: de su club bueno y antiguo, de su familia buena y antigua, de su fortuna buena y antigua, de sus señas buenas y antiguas y de sus amigos buenos y antiguos. Pero, si dejó caer todo aquello con tanta habilidad, ¿por qué lo noté?

La anécdota y el coche eléctrico se interrumpieron en un cenagal de risas poco sinceras. El joven abrió una pitillera de oro con las iniciales B van D. que me recordó la ropa interior BVD, como sin duda le habría pasado a cualquiera, y decliné su ofrecimiento de un cigarrillo. Encendió un Yetl (con filtro), tosió lastimosamente, me obsequió con otra sonrisa cautivadora y dijo:

—¿Es lady Joyce una vieja amiga suya?

—En realidad no. Nos conocimos hace mucho tiempo. —Pensé en contarle el

encuentro con Starr, pero descarté la idea porque no era asunto de BVD. Además descubrí que no me resultaba tan simpático como debiera teniendo en cuenta sus esfuerzos y me sentí culpable por ser un viejo resacoso y malhumorado que trataba con condescendencia a un joven muy educado que sólo quería ser amable. Aun así, no conseguí que me cayese bien. Detesto que me hagan la rosca.

—Pertenece a una buena familia inglesa —dijo—. Muy antigua, irlandesa, en realidad.

—¿Ah, sí? —dije, preguntándome cuándo diablos podría marcharme y volver a casa.

—Sí. Aquí hay que andarse con mucho ojo.

—¿Con qué?

—Conoce uno a tantos farsantes... —Sus bonitos ojos castaños recorrieron la sala. Por mucho que me habría gustado, no pude contradecirlo. Si me hubiera caído mejor, le habría puesto al día de los incontables escándalos pasados relativos al pequeño ejército de falsos duques y condesas, estafadores y buscavidas que habían logrado pequeños éxitos en la vida social mexicana. Pero no lo hice—. ¿Está trabajando en algo ahora? —preguntó en voz baja. Siempre he tenido la impresión de que si la respuesta fuese «En cómo ligarme a la rubia que vive enfrente de mi casa» o «Pues, sí, acabo de perfeccionar una bomba para enviarnos a todos al otro barrio el próximo martes», la respuesta seguiría siendo un sonriente: «Qué interesante». Sólo hay una cosa más aburrida que la pregunta «¿Está trabajando en algo ahora?» y es la respuesta. No obstante, los dos nos salvamos por la ruidosa entrada de Bunty.

—¡Qué malos sois! Si vais a pasaros el día contando historias morbosas, al menos pasad y contadnos alguna a nosotras. —Su marido soltó un ruidoso ronquido y volvió a sumirse en el coma—. Pobre Henry, está agotado por sus investigaciones. Venga, los demás, venid aquí ahora mismo, ya habéis pasado demasiado tiempo a solas.

Cuánta razón tenía.

Las señoras parecían aburridas y demasiado exhaustas para protestar cuando Bunty, con su pésimo español con acento de Mayfair, les gritó a sus criados playeros: «¡Pedro! ¡Mario! ¡Más Bombas Bunty, por favor!». Ahítos de bebida y comida como estábamos, nuestra única esperanza era dar un par de sorbos, verter el resto de la Bomba Bunty en alguna de las excrecencias hortícolas y darnos a la fuga.

Mi mujer cruzó muy despacio el salón y me echó una de esas miradas cómplices que significan «larguémonos de aquí». Detrás pasó lady Joyce, que hizo más o menos lo mismo.

—He estado charlando con su mujer —dijo—. De hecho, he conseguido que me prometa llevarme a ver a Leander. —Bajó la voz y añadió—: La otra alternativa es aprender a bailar el twist con unos espantosos amigos de Bunty. Y lo digo sin ánimo de ofender.

—Sabemos perfectamente a qué, y probablemente también a quién, se refiere. Y tengo que decir que no la culpo.

—Creo que lo del twist tal vez, sólo tal vez, es pasable —apuntó mi mujer— si estás en forma y tienes menos de veinte años, pero... —Se interrumpió. De pronto, calladamente, BVD, todo ojos y sonrisas, se plantó entre nosotros.

—Espero que pasen a verme algún día —dijo en voz baja—. He alquilado un apartamento en el Hamburgo, una habitación de soltero, ya me entienden, muy cerca de la casa del embajador estadounidense. Si tienen un lápiz...

—Iré a llamar un taxi —dije.

—Pero permitan que les acerque —exclamó—. Tengo el coche fuera.

—No se moleste —respondió mi mujer.

—Además, ni siquiera le pilla de paso —añadí.

—¿Es muy lejos?

—A poco más de un kilómetro. Podemos ir andando.

—No con zapatos de tacón y con estos adoquines —dijo en tono sombrío mi mujer.

—En ese caso, no aceptaré un no por respuesta —insistió generoso BVD.

Se produjeron los abrazos, las despedidas y las promesas de volver a vernos pronto con Bunty, que se quedó un poco decepcionada al comprobar que lady Joyce se iba con nosotros, pero después de una cháchara interminable logramos escapar. Al cabo de un instante estábamos en un opulento Continental Phaeton viajando lujosamente por las tortuosas calles y callejones de San Ángel.

El coche, conducido con manos expertas y casi sin esfuerzo, me pareció igual que el joven BVD: brillante, caro, conservador, si es que puede decirse eso de algún coche estadounidense actual. Igual que me ocurría con su dueño, me habría gustado que me cayese mejor, y volví a reprocharme ser un viejo cascarrabias poco razonable.

Apenas unos minutos después, llegamos a las grandes puertas labradas de Casa Ximenez, que nuestro oficial de transportes afirmó encontrar fascinantes.

—Siempre me han atraído estos sitios antiguos —añadió con una sonrisa cautivadora.

Enseguida supe lo que sucedería a continuación. Mi mujer iba a morder el anzuelo igual que una trucha. Es tan incapaz de resistirse al formalismo vacío de invitar a alguien como de dejar de respirar.

—¿No quiere pasar a tomar una copa? —dijo, y pareció sorprenderse un poco cuando, en lugar de responder una fatuidad al estilo de «Gracias, pero llego tarde a otra cita», BVD nos dedicó una sonrisa obsequiosa y dijo:

—Me encantaría..., pero sólo un minuto. —Eché a mi mujer una de nuestras miradas íntimas que significan «Maldita seas tú y tu boca» y abrí cortésmente la puerta del apartamento número 1.

Mientras me peleaba con las cubiteras y preguntaba a todo el mundo qué quería beber, nuestro joven invitado se dedicó a enseñarle la casa a lady Joyce como si llevase viviendo allí los cuatro últimos siglos, indicándole las peculiaridades arquitectónicas y haciendo eruditos comentarios sobre las diversas épocas de las

antigüedades falsas de Madame X. No obstante, sentí cierto placer irónico al comprobar que casi todas sus afirmaciones eran incorrectas. Una vez más, me dije que era un viejo idiota, irracional y quejica e intenté convencerme de que estaba celoso de su buena planta y sus excelentes modales. Hoy en día es tan difícil encontrar a alguien con buenos modales que ronroneo de placer cada vez que estoy con alguien verdaderamente educado. Decidí que debía ser la resaca.

Cuando servimos las bebidas, el joven se sentó decorosamente en el sofá jugando a «¿Conoce a...?» con mi mujer y lady Joyce, y parecía conocer a todo el mundo.

Por la ventana vi a St. Regis ataviado con una chaqueta blanca colocando muy atareado las sillas, las mesas, las botellas y los faroles en el patio y un enorme jarrón con unos gladiolos que habían conocido tiempos mejores.

—Veo —dije sin andarme por las ramas— que St. Regis está preparándolo todo.

—¡St. Regis! —exclamó lady Joyce—. ¡El bueno de Albert Schmackpfeffer!

—¿Disculpe? —pregunté.

—Alistair St. Regis, su verdadero nombre es Albert Schmackpfeffer, de, ¿dónde era?, algo así como Montevideo, Nueva Jersey.

—Creo que de Alhambra.

—Sí. Eso es. ¿No irá a decirme que ese desalmado de Leander sigue teniéndolo engañado pensando que verá su nombre en los carteles luminosos, cuando el pobre hombre no sabría ni salir de un armario? La verdad es que Starr es insoportable.

—¿Leander Starr? ¿El famoso director? —preguntó muy interesado BVD.

—Sí —respondí—. Es adónde vamos ahora. De hecho, llegamos un poco tarde.

—Cuánto me gustaría verlo.

—Y a mí —dijo lady Joyce.

—En ese caso, si no es molestia..., lo saludaré y luego volveré a la ciudad.

—Bueno... —empecé.

—Por supuesto, señor... —terció lady Joyce, esforzándose por recordar su nombre.

—Van Damm —respondió seductor—, pero llámeme Bruce.

—Muy bien —dije derrotado—. Acaben sus bebidas y vayamos.

En fila india, los cuatro, con BVD «llámeme Bruce» y yo organizando mucho lío respecto a quién debía preceder a quién, nos dirigimos hacia la puerta.

IV

Supongo que lo que me impulsó a llevar a lady Joyce a tomar una copa a casa de su exmarido fue una reprobable vena de perversidad. Lo hice con la esperanza de que por primera vez en su vida Starr se sintiera avergonzado, perplejo o al menos descolocado. Ello demuestra lo poco que conocía al bueno de Leander Starr.

No obstante, St. Regis reaccionó por los dos. Corrió afuera y sólo le faltó prosternarse ante nuestra invitada sorpresa.

—¡Oh, señorita Monica..., aunque debería decir lady Joyce! Qué placer volver a verla después de todos estos años. Le escribí cuando me enteré de su boda y también cuando falleció el infortunado caballero.

—Lo sé —dijo lady Joyce—. Siempre atesoraré sus cartas.

—Y yo sus respuestas —dijo St. Regis educadamente.

—Tiene un aspecto espléndido, Albert..., perdón, Alistair. Por usted no pasan los años.

—Lo mismo digo, señora.

—Me temo que entre el oro hay hilos de plata.

—Oh, yo tuve el mismo problema, señora, pero ahora con la gama de productos que ha puesto Clairol en el mercado, puedo teñírmelo exactamente igual que lo tenía antes.

—Incluso un poquito más rojizo —dijo la señora Joyce, aunque en el tono de un artista apreciando la obra de otro sin ninguna maldad.

—¡Oh!, ¿de verdad lo cree? —dijo St. Regis desanimado, mientras las manos aleteaban hasta la fina mata de rizos castaños—. Tal vez sea mejor emplear un tono más claro la próxima vez. Pero ahora deje que les prepare un refrigerio. El señor Starr ha recibido tantas llamadas urgentes de larga distancia que aún no ha terminado de vestirse.

—¿Todavía sigue usando aquella faja para estrecharse la cintura? —preguntó con mucha amabilidad lady Joyce.

—¡Ay, señora! —exclamó St. Regis con una risita mientras iba de puntillas hacia el bar.

Casi con una fanfarria de trompetas, Starr apareció en el umbral, se detuvo en espera de una ovación y avanzó hacia nosotros.

—¿No me engañan mis ojos? ¿Es un efecto del atardecer..., la magia de la luz de las velas o es... es...?

—Sí, Leander —dijo lady Joyce—. Puedes sentarte. Soy yo.

Starr tomó sus manos en la suya, se inclinó y le besó el dorso y luego las palmas.

—Mi chica de oro. Mi encantadora Monica. Más joven y guapa que nunca.

—Más o menos tan joven como la dama Sybil Thorndike, Leander, pero gracias de todos modos. Pareces en forma.

En realidad Starr se había vestido como un cruel maestro de baile o como si fuese a batirse en duelo en el Bois de Boulogne. Llevaba unos pantalones negros estrechos, un fajín elástico que hacía maravillas con su cintura, aunque tendía a dejar a la vista una lorza de grasa por encima y otra por debajo, zapatos de vestir y una extravagante camisa blanca de seda con dos o tres botones desabrochados para exhibir lo que seguía siendo un pecho espléndido. Sabiendo que pasaba de los cincuenta, me pregunté con crueldad si no se habría operado para quitarse las arrugas.

Me disponía a presentarle a nuestro acompañante, pero el joven señor Van Damm se me adelantó, estrechó la mano de Starr, hizo un par de sentidos comentarios aduladores y le dijo: «Llámeme Bruce, señor». Pensándose mejor, Bruce anunció que tomaría una copa:

—Pero sólo una, señor, tengo que irme enseguida.

Al cabo de un momento llegó otra persona que tampoco había sido invitada: Catalina Ximinez. Por lo visto, aunque Mamacita y ella se habían visto obligadas a emprender la huida unas horas antes, Madame X había hecho acopio de fuerzas para llevar a cabo un ataque sin cuartel y cobrar el alquiler. Había mudado de piel y esa noche era una discordante sinfonía de azul hielo con un maquech correteando por los valles y colinas de su busto. Un maquech, dicho sea de paso, es un insecto maya de la suerte, un escarabajo vivo con gemas incrustadas y una cadenita que algunas mujeres mexicanas de gustos más exóticos que la mayoría se prenden de la ropa. Cuando no los llevan puestos, los pobres animales viven en unas cajitas donde se alimentan de un tipo especial de madera. Se consideran enormemente *chic* en ciertos círculos (yo estaba seguro de que Bunty no tardaría en tener uno), pero cuando los veo prendidos de la pechera de un vestido me entran ganas de llamar a la Sociedad Protectora de Animales.

Fuese consciente de ello o no, y sospecho que lo era, la señorita Ximinez escogió el mejor momento para pedirle el dinero del alquiler al pobre Starr, justo cuando era el centro de todas las miradas. Empleando su encanto empalagoso y su sonrisa más zalamera, se le acercó como un cangrejo asesino y dijo:

—¡Ah, señor Starr! Iba a salir a cenar y he visto que tenía la luz encendida, así que me he dicho: «Pasaré a por el alquiler y así le ahorraré al pobre señor Starr la molestia de llevármelo a casa».

—Querida mía —gritó Starr—, qué radiante está usted esta noche, excepto por esa cucaracha que lleva entre las tetas. Dígame, ¿es la misma que sacó de mi bañera hoy? Se le parece mucho.

—Abelardo ya lo ha arreglado todo. El dinero, por favor.

—Pero, querida, permítame que la presente. No todos los días estos desdichados anglosajones tienen el privilegio de conocer a la brillante estrella de *Una muchacha de Yucatán*.

—¡Leander! ¿No hablarás en serio? —dijo lady Joyce. Su tono dejó traslucir la perpleja incredulidad de que aquella bola de grasa bañada en alheña fuera lo que

quedaba de la deslumbrante belleza indígena de treinta años atrás. En cualquier caso, la Ximinez, poco familiarizada con los matices y sutilezas de la lengua inglesa, pensó que estaban alabándola y se aplacó un poco. Aunque no lo suficiente para olvidar el propósito original de su misión.

—Encantada de conocerlos —dijo mirando a lady Joyce de pies a cabeza. Aunque Madame X hubiese dejado el cine, seguía muy interesada por las películas, y su curiosidad por la antigua Monica James, actriz más prolífica que ella y una de las muchas exmujeres de Leander Starr, no era sólo casual—. Y ahora, señor Starr, si puedo incomodarle con...

—¡Ah!, *malheureusement* —empezó Starr, dándose una palmada en la frente—, sabía que había olvidado algo hoy. Tenía pensado ir al banco, pero con esta horrible jaqueca... Dennis, mi querido muchacho, ¿no tendrá por ahí quinientos pesos? Ha dicho quinientos, ¿no, Catalina, mi corazón?

—Novecientos —dijo ominosa Madame X.

—Ah, sí, sí, son dos cifras muy parecidas. Querido Patrick, ¿no tendrá, digamos, mil?

Estaba a punto de responder, sinceramente, que no, cuando St. Regis declamó su papel. Lo hizo tan mal, y de manera tan atropellada, que entendí por qué nunca había visto ni Alistair St. Regis ni Albert Schmackpfeffer escritos en un cartel luminoso, pero al menos me ahorró pasar por eso.

—Oh, señor Starr —dijo—, al ver que estaba usted indispuerto, me tomé la libertad de pasar por el Banco de México y Londres y sacar un poco de dinero de sus bien surtidos fondos ingleses.

Con un gesto florido sacó un fajo de billetes lo bastante grande para ahogar a un caballo (en billetes muy pequeños), contó novecientos pesos, y casi se los tiró a la cara a Madame X.

—¡Qué amable, St. Regis! —dijo Starr. Un hábil movimiento de la mano y el fajo de billetes fue a parar a su bolsillo antes de que St. Regis pudiera guardárselo. La señorita Ximinez y Bruce van Damm se quedaron muy impresionados, como cualquiera habría podido ver. A los demás nos pareció sólo una historia muy, muy vieja, con la única diferencia de que por una vez la cuenta había sido saldada—. No se preocupe ahora por el recibo, Catalina querida, que me lo traiga mañana esa vieja y desdentada bruja india.

—¿Mamacita? —preguntó boquiabierto Madame X.

—Cualquiera que sea el pintoresco nombre maya con que llame a su ayudante. Y, ahora, siéntese con nosotros, Pocahontas. ¿Qué van a beber, champán o pulque?

En el bar había ron y cerveza. En México el champán de importación cuesta unos treinta dólares la botella, pero ahora que tenía pagado el alquiler y el dinero del pobre St. Regis en el bolsillo, Starr se sentía de lo más generoso.

—No hay champán, señor —dijo St. Regis, dándole la réplica—. El que había en la tienda era tan malo que supe que preferiría usted no servir nada antes que ofrecer a

sus invitados una cosecha de mala calidad.

—Bien pensado, St. Regis, pero telegrafíe mañana para pedir unas cuantas docenas de cajas de Taittinger Blanc de Blancs del 53. Que lo envíen por Air France, y ya irá usted a recogerlo al aeropuerto. No creo que le cobren muchos aranceles.

—Sólo el trescientos por cien —murmuró mi mujer.

—Lo que fácil llega, fácil se va —repuso Starr con un gesto despreocupado—. Bueno, Malinche, ¿qué va a ser?

—Cerveza, por favor, señor —masculló Madame X, cuando la apretaban lo bastante la señorita Ximinez tenía tendencia a hablar y comportarse como una criada de pueblo.

—Sírvale una cerveza a la señora, St. Regis, luego puede tomarse la tarde libre. Nos las arreglaremos, autoservicio y demás. No nos importa ser campesinos despreocupados, ¿verdad?

—Vamos, Leander —dijo lady Joyce con tolerancia.

—Será un placer, señor —respondió Llámemme Bruce.

—Como en los viejos tiempos, señor Starr —añadió Madame X con un leve eructo. Por lo visto, había olvidado por completo que iba a salir a cenar y untó un taco de guacamole.

—Bueno, St. Regis, si le apetece hacer algo esta noche...

—Es usted muy amable, señor —respondió St. Regis—. De hecho, Dolores del Río va a actuar aquí cerca. No sé qué del pecado de una madre, creo. Siempre la he admirado mucho. ¿Usted no, señora?

—Mucho —respondió lady Joyce.

—Mi querida Lolita... —dijo soñoliento Starr, con una mirada que equivalía a volúmenes y volúmenes de literatura erótica.

—Caramba, ¿conoce a la señorita del Río, señor? —preguntó Bruce.

—¡Ah!, ¿qué puedo decir?

—Podrías decir, Leander —intervino con aspereza lady Joyce—, que la señorita del Río y tú os disteis la mano una vez en una cena de la Academia a finales de los años treinta, pero que, como tenía contrato con otro estudio y era demasiado inteligente para dejarse enredar en uno de tus proyectos descabellados, la cosa no pasó de ahí.

—Mi pobre y apreciada Monica —contestó tristemente Starr—, veo con pesar que tu obligado retiro de la pantalla debido a una senilidad avanzada no ha hecho nada por suavizar lo que siempre fue una lengua de víbora.

Lady Joyce se rió divertida.

—¡Oh, Leander, bravo! Me encanta que vuelvas a insultarme ahora que eres un anciano inofensivo.

—Bueno, en cualquier caso —dijo nervioso St. Regis—, he sido admirador de la señorita del Río desde *Ramona*.

Catalina Ximinez, que había llegado a considerarse la Eleonora Duse

sudamericana gracias a una sola película, se permitió torcer el gesto.

—Tráigame otra cerveza, por favor —dijo con altivez.

—Ah, y St. Regis, antes de salir, ¿podría preparar mi traje de mohair azul y una corbata a juego? Este aire tan despejado ha hecho maravillas con mi jaqueca y es posible que incluso me aventure a cenar fuera, si estas encantadoras damas se dignan a acompañarme. Mis dos rutilantes estrellas: la tempestuosa Catalina y la serena Monica. Papi y sus nenas.

—Qué divertido —dijo lady Joyce—. Igualito que D. W. Griffith y las hermanas Gish.

Sin embargo, no vi que dijera que no. Agradecida, la señorita Ximinez puso los ojos en blanco.

—Siempre que haya un sitio lo bastante alegre en este agujero provinciano. He estado tan enfermo que sólo he tomado un poco de caldo.

—¡Oh, sí, señor, desde luego! —exclamó con entusiasmo Bruce van Damm—. El Paseo está muy bien, o Delmonico's, o Ambassadeurs. O, si quiere usted bailar, podemos probar en el Capri o en Jacaranda...

Reparé en el *podemos* y me prometí que ni por todo el oro del mundo iría a ningún sitio que no fuese mi cama esa noche.

—¡Ah!, a bailar. Claro que sí, vayamos a bailar. Y tal vez la Ximinez obsequie a un anciano solitario con su famoso pasodoble. —Madame X le obsequió con una sonrisa sin lustre, hizo un coqueto movimiento con el dedo y apuró el resto de la cerveza—. Bueno, compruebe que todo está en orden antes de salir, St. Regis —ordenó Starr. Sacó del fajo un billete de cinco pesos y se lo dio—. Que disfrute de la película, y tómese algo al salir. Buenas noches.

El cine en México cuesta cuatro pesos, así que al pobre St. Regis le quedaban ocho centavos para tomar cualquier cosa que se le antojara a su delicado corazoncito. Vi que se iba a correr una buena juerga esa noche.

—Gracias, señor. Que se diviertan.

—Y ahora —prosiguió nuestro simpático anfitrión—, tomemos otra copita antes de marcharnos...

Dos horas y cuatro copas más tarde, después de mucho insistir en que los acompañásemos, los juerguistas se metieron en el coche de Van Damm y se marcharon, mientras mi mujer y yo nos arrastrábamos agotados a la cama.

Mi mujer se cepilló el pelo exhausta mientras yo apagaba las luces del salón, me lavaba los dientes y subía la escalera de caracol.

—Sesenta, sesenta y uno, sesenta y dos, sesenta y tres, sesenta y cuatro, sesenta y... ¡Oh!, qué demonios. Prefiero quedarme calva.

Se metió en la cama, cogió un lápiz y un cuaderno y empezó a escribir sobre sus cinco asuntos. Es una vieja costumbre: justo después de una fiesta en la que ha

bebido y justo antes de meterse en la cama, apunta cinco asuntos de los que ha hablado y la persona con quien ha hablado de ellos para demostrarse que no ha perdido el contacto con la realidad. Se conocen extraoficialmente como «Las conversaciones de mamá a medianoche» y, recopiladas en un grueso volumen, constituirían el mayor compendio de inanidades jamás publicado. Cada vez que busco una hoja de papel, acabo encontrándome con una manchada de café y mensajes tan crípticos como éstos:

ELIZABETH: ¿Dobladillos metidos?

JACK: El embarazo ectópico de Marcia... Una lástima.

CYRIL (¿?): Londres, americanización de.

SEÑORA G: Los problemas con la bebida de Hal.

PAREJA DE RYE: Escuelas progresistas.

Está convencida de que lo ayuda a mantenerse equilibrada. A mí sólo me serviría para confundirme aún más a la mañana siguiente. Hay cosas que prefiero no saber.

—¿Cómo se llamaba ese joven tan atractivo? —preguntó.

—¿Alistair St. Regis, cuyo verdadero nombre es Albert Schmackpfeffer?

—No. La viejecita, no. El que estuvo tan encantador en casa de los Maitland-Grim y que tenía aquel cochazo. Ya sabes.

—¡Ah, ése! —respondí—. Van Damm, llámame Bruce.

—Sí, ése. ¿No te ha parecido encantador? Ya no se ven jóvenes con tan buenos modales. Nos vendría bien contar con él en Nueva York. Siempre estamos necesitados de gente, y es alto, apuesto, presentable y educado, y no es homosexual, o no me lo ha parecido, y...

—Y leal, fiable, servicial, amistoso, cortés, amable, obediente, alegre, ahorrador, valiente, limpio y reverente.

—¿No te ha caído bien?

—No, no especialmente.

—Porque no has tenido tiempo de hablar con él.

—No pienso llorar toda la noche por eso.

—Bueno, a mí me ha parecido encantador. Tuve una compañera de colegio que se llamaba Marie Louise van Damm. La flor y nata.

—¿Y qué le pasó?

—Se casó con no sé quién. Me la encontré en un almuerzo benéfico por no sé qué causa aburrida hará un par de años.

—¿Y?

—Bueno, la saludé, y Marie Louise me saludó, me dijo su nombre de casada, que he olvidado, y yo le dije el mío...

—Que ella ha olvidado.

—Por supuesto. Luego le dije que había pensado en enviarle un regalo de boda y ella dijo que había pensado en enviarme uno a mí, y las dos dijimos que por qué no lo dejábamos correr.

—Pasas días muy estimulantes en Nueva York. Siempre me había preguntado a qué te dedicabas.

—No sé, supongo que Bruce y ella deben de ser parientes.

—¿Tenía Marie Louise una tía excéntrica en Tuxedo Park que hacía cosas muy raras en un Detroit Electric con la señora Twombly?

—Pues sí. Era su abuela. También tienen un barco eléctrico. Los que viven en Tuxedo beben el agua del lago.

—¡Qué interesante! En fin, buenas noches —le dije, dándole un beso. Me volví y cerré los ojos—. No dejes la luz encendida mucho tiempo. Atrae a los bichos y también al doctor y la señora Priddy.

—Tenía un hermano menor, pero creo que murió en Corea o en un accidente de tráfico, o a lo mejor fue un accidente de tráfico en Corea.

—Mmmmm —no oí nada más. Me quedé profundamente dormido.

La noche transcurrió como de costumbre. *Perro* ladró; los gatos maullaron; Mamacita, al verse a sus anchas, puso una emocionante telenovela en la XHTV a todo volumen; el sereno hizo sonar su silbato al pie de nuestra ventana a intervalos regulares; y a medianoche el papagayo enloqueció. Por lo demás, reinó un silencio sepulcral.

Y luego, a la una en punto, se oyó un estruendo de mil diablos. Como la nuestra es la primera puerta que uno encuentra al entrar en Casa Ximenez, mi mujer y yo hemos sido víctimas de muchas sorpresitas pensadas para otros inquilinos. En lo que llevamos de año hemos sido agraciados con cinco docenas de claveles rojos sin otra dedicatoria que el críptico mensaje: «Por lo de anoche. Un beso, Jimmy»; un juego de pucheros de barro del Bazar Sábado para la señora Priddy; un abrigo de zorro blanco hasta los pies para Madame X que le da aspecto de osa polar preñada; cantidades ingentes de ropa lavada en seco en la Tintorería Francesa dirigida a otras personas; un elegante abogado mexicano que me dijo que si firmaba un documento estaría legalmente divorciado de Andrea Morganthau Blackburn; y una serie de señoritas de compañía de mirada ardiente. Esa noche en particular recibimos un juego de maletas (azules) y una bellísima hija de dieciocho años (blanca).

Los golpes y las llamadas al timbre empezaron a la una en punto.

Mi mujer encendió la luz, me aporreó para despertarme y preguntó:

—¿Esperas a alguien, cariño?

—Por supuesto —respondí—. He invitado al doctor y a la señora Priddy, a Bunty Maitland-Grim y al presidente López Mateos para hacer un pastel de chocolate. Siempre recibo a estas horas.

—Muy gracioso. ¿Vas a abrir la puerta o voy yo?

—¿Por qué molestarnos? No esperamos a nadie. Será algún borracho. Seguro que acaba marchándose.

Continuaron los golpes en la enorme puerta labrada y el repicar de la campanilla del timbre.

—Podría ser un telegrama —dijo mi mujer—. Tal vez les haya ocurrido algo a los niños.

—Tonterías, he avisado en los dos colegios que no telegrafíen y llamen a larga distancia.

—Bueno, podría haberle ocurrido algo a mamá.

—No caerá esa breva.

El escándalo continuó.

—Bueno, si tú no vas, iré yo.

—¡De acuerdo, ya voy! —Salí enfadado de la cama, me puse el batín (del revés) y las pantuflas y emprendí el largo camino hasta la puerta principal.

—Ya voy, ya voy, ya voy —dije, debatiéndome con los cerrojos, las barras y los pasadores del siglo XVI y con la cerradura Yale del siglo XX. Por fin conseguí abrir la puerta, y una guapa morena se arrojó en mis brazos y gritó:

—¡Papá! —Después de besarme, se soltó, se apartó y me miró de arriba abajo—. Oh, papá, sabía que te reconocería en cualquier sitio..., incluso sin la barba.

—Vaya, jovencita —respondí—, pues es más de lo que puedo decir yo..., incluso sin la suya.

—Meta el equipaje, por favor —le pidió a un taxista de aspecto sórdido. Luego consultó su guía de conversación Berlitz y dijo—: Las maletas aquí, por favor. Papá, ¿no tendrás moneda mexicana para pagar al taxista? Mi avión llegó con tanto retraso que la oficina de cambio de moneda del aeropuerto estaba cerrada. Te estuve esperando más de una hora. ¿No recibiste mi telegrama?

—En México los telegramas nunca llegan a su destino y, por favor, deje ya de llamarme «papá».

—Ni sueñe con quedarse, jovencita —dijo mi mujer, que apareció de la nada con un camisón negro con el que parecía una mantenida—. De hecho, ya se puede ir marchando. Esto es muy sospechoso.

—¡Papá! ¿Es tu... amante? Mamá dijo que tú...

—Llevamos durmiendo juntos quince años, y ahora, si tiene la amabilidad de largarse de aquí, podremos volver juntos a la cama. Somos insaciables... cuando se trata de dormir.

—¡Papá! —El labio le tembló y los enormes ojos se le llenaron de lágrimas. Era muy guapa.

—Escuche, jovencita, una broma es una broma, pero hemos tenido un día muy largo, es tarde y...

—Perdone —dijo—, pero ¿no es usted Leander Starr?

—¿Leander Starr? Me han acusado de cosas horribles en mi vida, pero nunca de... ¡Dios mío! —De pronto todo encajó. La belleza morena de la joven, el leve acento de Filadelfia, el notable parecido con la gélida Caroline Morris de hacía veinte años—. No será usted...

—Me llamo Emily Starr. Soy la hija de Leander Starr.

—En fin —dijo mi mujer a la mañana siguiente, después de que Guadalupe soltase la bandeja con el café encima de la cama y se alejase arrastrando los pies—, menuda sorpresa le vamos a dar a nuestro vecino. Ayer una exmujer, hoy una hija perdida durante años.

—Nosotros somos así, estamos llenos de trucos y sorpresas, y cada día nos esforzamos por superarnos. ¿Quién sabe cómo acabaremos?

—Creo que ha sido buena idea invitarla a pasar la noche aquí. Vete a saber a qué hora y en qué estado volvería Starr.

—O con qué compañía. Creo que tal vez sea mejor ir a preparar al viejo loco y a advertirle de que tiene una hija crecidita.

—Y tal vez sea mejor que yo me quede a preparar a la hija crecidita y a advertirla de que tiene un padre que es un niño.

—¿Es que no se conocen?

—Según Emily, no se han vuelto a ver desde que ella era un bebé en el corazón del territorio pigmeo. Así que los recuerdos que tiene de él no pueden ser demasiado vívidos.

—No te preocupes por eso, lo serán. Pero ¿qué ha venido a hacer aquí, después de tantos años?

—Pues no lo sé. Anoche estaba tan cansada que lo que decía no tenía mucho sentido. Se durmió una o dos veces mientras hacíamos la cama. Pero me pareció entender que había discutido con su madre y su padrastro a propósito de un chico en Filadelfia, así que se le ha metido en el cabeza correr al encuentro de su papi en busca de apoyo moral.

—Pues ha escogido un frágil asidero.

—Me pregunto cómo es la madre.

—Guapísima. Un auténtico maniquí.

—¿Trabajó de modelo?

—Dios mío, no. Caroline Morris nunca haría nada tan vulgar como pasearse por la sucursal de Bonwit Teller en Filadelfia. Es muy de familia bien, muy Bryn Mawr, muy Asamblea de Filadelfia. Cuando digo que es un maniquí, me refiero a que tiene la misma belleza, la misma simpatía y la misma inteligencia que el maniquí de un escaparate. Al menos era así hace veinte años, y creo que ya era demasiado tarde para cambiar.

—¿Y cómo demonios pudo enredarse una chica así con un hombre como Starr?

—Has ido a preguntar a la persona indicada. En realidad, se lo presenté yo. Puedes confiar en la Agencia Matrimonial Patrick Dennis para Corazones Solitarios, nuestro lema es: «Cualquiera puede encontrar a alguien». ¿Puedo tomar otra taza de lava fundida?

—Por mí puedes beberte toda la cafetera. Pero ¿cómo pudo una chica criada entre algodones y de buena familia de Filadelfia liarse con un lunático como Starr?

—Bueno, tú eres una chica criada entre algodones y de buena familia de Nueva York, y pensaste que era un hombre especial.

—Pero no me casé con él.

—No te lo pidió. Y Caroline no estuvo casada con él mucho tiempo.

—Ahora es la señora Strawbridge y vive en algún lugar entre Paoli y el infierno.

—Ése es más el estilo de Caroline Morris: la Academia de Música, el Club de Críquet Merion, las exhibiciones florales y hacer obras benéficas con un traje de Peck & Peck y sombrero de tweed a juego.

—Una vez tuve un traje muy bonito de Peck & Peck. Siempre dijiste que te gustaba.

—Bueno, creo que me pondré mi propio traje de Peck & Peck e iré a advertir a Starr.

—¿A las ocho de la mañana? Emily aún tardará horas en levantarse. Cuando la acosté anoche estaba medio muerta.

—Creo que Starr va a necesitar más preparación de lo normal. Nunca ha sido lo que llaman en las escuelas progresistas un «papá implicado».

—Si vas a verle ahora te matará, y no seré yo quien lo culpe.

—La exclusiva que le llevo podría matarle a él. El partido va a estar muy reñido.

Esperé hasta poco después de las diez cuando vi a St. Regis pululando por el patio, recogiendo los restos de la fiesta de Starr de la noche anterior e intentando insuflar un día más de vida al cuenco de gladiolos podridos.

—Supongo que va siendo hora de ir a enfrentarme al viejo chivo —le dije a mi mujer.

—Creo que será lo mejor. Acabo de oír ruido en el dormitorio de Emily.

—Vamos allá. Éste va a ser el guión más sensiblero desde *Papaíto piernas largas*.

—Buena suerte —respondió.

St. Regis acababa de hacer una delicada pirueta y había aterrizado más o menos en la tercera posición de ballet sobre los restos del plato de guacamole.

—Buenos días, St. Regis —dije.

—¡Oh! Oh, buenos días señor. ¿Ha visto qué día tan bueno hace? Un buen día, como dicen los españoles.

—¿Le gustó la película de anoche? ¿*Los pecados del padre*?

—*La pecado de uno madre* —me corrigió con más seriedad que exactitud—. ¡Oh!, me encantó, señor Dennis. La señorita del Río estaba maravillosa y parecía una jovencita. Es increíble. Trata de una señora que se ve implicada en un accidente y tiene una hija...

Me pareció una entrada tan buena como cualquier otra.

—Hablando de hijas, ¿está en casa el señor Starr?

Pareció acongojado.

—Ay, no, señor Dennis.

—¿Es que aún no ha vuelto de la cena?

—Ay, sí, pero...

—¿Podría hacerme el favor de decirle al señor Starr que necesito hablar con él?

—Oh, no puedo, señor, a mi jefe le incomodaría mucho.

—No tanto como lo que tengo que decirle. Infórmele de que su hija Emily está durmiendo en nuestro apartamento.

La mandíbula inferior de St. Regis cayó de forma teatral, y un instante después le siguió un perlado puente dental. Con un leve chasquido, cerró toda la abertura y volvió a colocar la pieza dental en su sitio.

—¿Su hija, señor? Es sólo un bebé.

—Tiene dieciocho años, no es ningún bebé, y está esperando ver a su querido y anciano papáito. ¿Quiere que entre yo a decírselo o prefiere ir usted?

—Espere aquí, señor. No se vaya.

—Nada más lejos de mis intenciones.

St. Regis entró dando tumbos en el apartamento de Starr mientras yo, disfrutando de la situación, me desperecé al sol y esperé. No pasó mucho rato entre la partida de St. Regis y los fuegos artificiales. De pronto se oyó un rugido a través de la ventana del dormitorio de Starr que envió a *Loro* volando histéricamente a lo alto de la jacaranda.

—St. Regis —bramó Starr—, ¿cuántas veces le he dicho que no entre en mi habitación hasta que yo lo llame? Ha avergonzado usted a... —Se produjo un breve silencio y luego un estentóreo «¡¿Qué?!» de Starr. Otro breve silencio y luego Starr volvió a hablar en voz aún más alta—: ¡Largo de aquí, vaca gorda! Y ahora, St. Regis, vuelva a empezar.

Apenas transcurrió un segundo y Catalina Ximinez salió apresuradamente del apartamento de Starr, con el cabello despeinado, el abrigo de piel de zorro blanco, unos zapatos sin calcetines y varias prendas de color azul hielo de la noche anterior encima del brazo.

—Buenos días, señorita Ximinez —dije.

Ella me dirigió una mirada atormentada y corrió a trompicones hacia su apartamento.

Un momento después, Starr apareció en el balcón abrochándose un pijama de seda.

—Señor Dennis —dijo, aunque su voz había perdido gran parte de su tono shakespeariano—, ¿tendría la bondad de subir y explicarme la naturaleza de este... inmenso fraude? Me temo que mi ayuda de cámara ha perdido la razón.

—Encantado, Leander —respondí.

El apartamento de Starr, aunque no tenía tantas habitaciones como el nuestro, era todavía más grande. Entré en un salón tan enorme y lúgubre como las cuevas Howe, me metí por equivocación en la cocina, donde vi una tabla de planchar con media

docena de trajes de Starr esperando a que alguien los planchara y un ejemplar de *The Joy of Cooking*.

—¡Dese prisa, hombre! —gritó Starr desde el piso de arriba.

Cuando por fin me acostumbré a la oscuridad, vi una enorme y sinuosa escalera de piedra y empecé a ascender por ella. A mitad de camino encontré un ligero de color azul hielo, que recogí y me eché al hombro como la estola de ardilla teñida de la señora Priddy. En el rellano de arriba había tres enormes puertas tachonadas. Una estaba abierta y vi a Starr tendido en una enorme cama de castaño tallado, como un infante agónico mientras St. Regis le frotaba las muñecas.

—Aquí, muchacho, aquí. Dese prisa. ¡Por Dios!, ¿qué hace con ese braguero en el hombro?

—¿Esto? —pregunté mientras sostenía el ligero de Madame X con delicadeza—. Lo he encontrado en las escaleras. ¿Es suyo o de St. Regis? Da igual. Es precioso.

—Déjelo, por el amor de Dios. No sabe usted dónde ha estado.

—Oh, apuesto a que sí.

St. Regis soltó una risita y Starr lo fulminó con la mirada.

—Bueno, Dennis, mi ayuda de cámara me ha dicho que no sé qué criatura que finge, y fíjese que digo «finge», ser mi hija se ha aprovechado en mi ausencia de su hospitalidad y su inocencia. Está claro que se trata de una oportunista que busca mi dinero.

—¿Su qué?

—¿Quién dice ser esa... chica?

—Dice que es Emily Starr, hija de la antigua Caroline Morris Starr, que en la actualidad es la señora Strawbridge y vive en una frondosa urbanización de Filadelfia. Y no veo razón para dudarlo. Es la viva imagen de Caroline.

Starr se estremeció.

—Esa mujer imposible. Y dígame, muchacho, ¿es... Emily tan guapa como su desdichada madre?

—Más, diría yo. Más dulce.

Starr volvió a estremecerse.

—Lo habría tenido difícil para serlo menos. ¿Y qué edad diría que tiene?

—Ella dice que dieciocho.

Starr calculó la edad, consultó con St. Regis, que contó con los dedos.

—Sí, por ahí debe de andar. De bebé tuvo cólicos y era un bebé muy corriente.

—Tenía un pelo precioso, señor Starr —objetó St. Regis—. Yo mismo se lo peinaba.

—Aún lo tiene —dije—. De hecho, toda ella es preciosa.

—Pero, por el amor de Dios —dijo Starr—, ¿qué quiere de mí? Sin duda no puede ser dinero. La familia de su madre era muy adinerada, aunque cuando se casó conmigo amenazaron con desheredarla.

—No entiendo por qué —dije.

—Los Morris eran muy provincianos. Aunque nunca tuve el dudoso placer de conocerlos. Pero ¿por qué, después de todos estos años, viene a buscarme esta cría?

—Desconozco los detalles, Leander, pero por lo visto se ha peleado con su madre y ha venido en busca de los consejos de su sabio padre. Dios sabe por qué.

Starr se levantó de la cama y fue dando zancadas a la ventana, donde adoptó una pose de lo más teatral y se asomó al patio. Tal vez fuese un error pues la luz se transparentaba por el fino pijama y permitía adivinar una cintura más bien gruesa.

Me disponía a hacer algún comentario desagradable sobre los kilos que había ganado cuando me llamó la atención algo que había sobre la mesilla. Eran unos pendientes de cristal azul que me habían parecido de muy mal gusto cuando se los vi a Catalina Ximinez la noche anterior. Al lado de los pendientes había un poco de pelo negro más o menos del tamaño de un dólar de plata. Parecía coincidir exactamente con la calva que se veía ahora en la coronilla de Starr. Con un rápido gesto, me puse los pendientes y me pegué el bisoñé en mitad de la frente, donde se sostuvo precariamente gracias a un resto de adhesivo. Se oyó un gritito horrorizado de St. Regis. Starr dio media vuelta.

—Yo chica de Yucatán —dije—. ¿Ser suyo bisoñé o haber olvidado señorita Ximinez peluca púbica?

St. Regis se retorció de risa y, casi a gatas, abandonó el dormitorio.

—Oiga, señor Dennis —dijo Starr furioso—, si cree que pienso dejarme insultar por un escritor de chistes de tercera categoría como usted cuando estoy rodeado de agravios y dificultades, se equivoca. Le agradeceré que abandone cuanto antes mis aposentos.

—Muy bien, Leander —dije quitándome el bisoñé de la frente—. Le devuelvo su kipá. ¿Dónde digo que entreguen el cadáver?

—No. Espere. Tiene que ayudarme. Al fin y al cabo usted también es padre.

—¿Quiere ver unas fotografías? —pregunté—. Da la casualidad de que tengo...

—No. Hablo en serio. ¿Qué me pongo?

—El traje de tafetán rosa con el fajín verde.

—No. De verdad. Esto de la paternidad es nuevo para mí. Quiero causarle buena impresión.

—Pues va a necesitar más que un bisoñé y un traje. Enfréntese por una vez a la realidad. La chica no ha venido a un desfile de moda. Tiene problemas y quiere que su padre la ayude.

—Sí, sí, sí. Pero ¿cómo cree que debo hacerlo? ¿A lo Robert Young? ¿Lewis Stone? ¿Paul Scofield? ¿Me tiño las sienes de gris?

—Hace años que son blancas como la nieve debajo de todo ese betún. Pero ¿por qué fingir? Le sugiero que se muestre tal como es, así la chica se quedará tan decepcionada que se volverá en el primer avión.

—Dennis, mi querido muchacho, se lo imploro de padre a padre...

—No me venga con monsergas, Leander. Al menos tengo más práctica en la

paternidad. Apuesto a que nunca le ha enviado a su hija un regalo de cumpleaños o siquiera una postal desde el día en que nació.

—Soy un hombre muy ocupado.

—¿En qué? ¿En esquivar a los agentes judiciales?

—Me arrancaron literalmente a Amelia de los brazos.

—Se llama Emily. Está esperando ahí al lado para verlo casi por primera vez en su vida. Póngase su disfraz de rey Lear y venga. No se preocupe. Se las arreglará para salir bien librado de un modo u otro. No lo compadezco a usted sino a ella.

Estaba tan enfadado con Starr por su torpeza, su espantosa vanidad, su egoísmo descarnado y su absoluta falta de sentimientos por su único retoño, que imaginé a mi hija en la misma coyuntura y decidí ser especialmente paternal y cariñoso cuando viese a Emily. Por alguna razón la imaginé de pequeña con pelele y tal vez una cinta en el pelo. Se me encogía el corazón al pensar en aquella cría inocente, confiada y sin padre, que pronto tendría que enfrentarse a un viejo monstruo embustero como Leander Starr, que convertiría su vida en un infierno, le robaría el dinero de la hucha y luego la abandonaría.

Pero al entrar en el apartamento noté un cambio. Mi mujer se las había arreglado para abrirse paso entre la muchedumbre que se agolpaba en la cocina, encontrar una sartén casi limpia, cocinar una tortilla que no estaba nadando en aceite Casa, y servirla coquetamente en una bandeja con una servilleta limpia y una flor exótica que se inclinaba en un jarrón. Era lo más delicado que había hecho desde que contraí una neumonía en 1950. No obstante, reparé por cierta lividez delatora de los labios en que no todo iba bien con nuestra invitada.

Si unas horas antes el miedo, la confusión y el cansancio habían hecho de Emily un corderito extraviado, una noche de sueño, el desayuno y saber que iban a ayudarla la habían convertido en una de las mujeres más seguras de sí mismas, estiradas y desagradables que he conocido. Si hay algo que me disguste más en los jóvenes que la falta de desenvoltura es el exceso de confianza en sí mismos..., y Emily lo tenía.

—Lo siento —decía mi mujer—, no fumo, pero mi marido tiene unos Filtrons en algún sitio.

—Supongo que serán una imitación de los cigarrillos con filtro estadounidenses. Es increíble cómo todo el mundo nos copia. Mira a los japoneses.

—Ahora no, si no te importa —dijo mi mujer.

En vez de la niña entrañable, dulce y un poco despeinada de la noche anterior, Emily se había levantado transformada en algo muy blanco, almidonado y pulcro que me hizo pensar en una dietista, una profesora de labores del hogar o una funcionaria de salud pública. No es que no fuese guapa, lo era, pero tenía un no sé qué de aséptico, de a mí no me toques y de conmigo pocas bromas que no me pareció precisamente amable.

—Oh, buenos días —dijo mirando mi ropa más bien informal—. ¿Se viste así la gente en México para ir a la iglesia?

—No tengo ni idea —respondí.

—No creo que haya ninguna iglesia protestante por aquí, pero llamándose Dennis probablemente será usted...

—Hay varias: episcopalianas, luteranas, de la ciencia cristiana..., las tiene para todos los gustos.

—Nosotros somos episcopalianos —observó con mojigatería.

—Ya lo imaginaba. En cualquier caso, esta mañana he estado adorando en el altar de Leander Starr.

Al oírlo se animó un poco.

—¡Ah! ¿Se ha sorprendido mucho?

—Sorprendido apenas describe las emociones de tu padre, Emily.

Me miró como si estuviese tomándose demasiadas familiaridades por no llamarla «señorita Starr», y luego dijo:

—No entiendo el atractivo de un país tan ineficiente que no se entregan los telegramas importantes.

—¿Has intentado llamar a Washington desde Filadelfia hace poco, Emily? —pregunté.

—No conocemos a nadie en Washington. Somos republicanos.

—Nosotros no —dijo mi mujer—. ¿Más café?

—No, gracias. Me parece que tiene un sabor demasiado intenso. Pero supongo que estará rancio cuando llega aquí.

Mi mujer la miró como si estuviese a punto de explotar.

—No, Emily —dije—. Se cultiva en Sudamérica, así que en realidad estamos mucho más cerca de donde lo producen que Filadelfia. De hecho, lo mezclan y muelen en la tienda a diario. A nosotros nos gusta que tenga sabor intenso.

—Entiendo —respondió Emily, un poco arrepentida. Supongo que por una vez se había dado cuenta de que estaba siendo grosera, y ninguna hija de Caroline Morris sería jamás grosera sin querer.

—Te pareces mucho a tu madre, Emily —dije, aunque no exactamente a modo de cumplido.

—¡Ah!, ¿conoce a mamá? —dijo con cierta sorpresa—. No recuerdo haberla oído hablar de usted.

—Es probable. Verás, yo se la presenté a tu padre.

Emily soltó una risita tonta, se contuvo y dejó de reírse. Imaginé lo que Caroline habría dicho de Starr durante los años de formación de la niña.

—¿De qué conocía usted a mamá?

—Fue al colegio con mi hermana.

—¿Al internado o a la universidad?

—Las dos cosas.

Emily lo meditó un momento y luego se mostró algo más amable. Igual que le pasaba a su madre, si habías compartido con ella el colegio, el dentista o supongo que

la cama, eso te hacía más respetable, aunque fuese por pura proximidad. Me dedicó una gélida sonrisa de aprobación.

—Pensaba que sólo conocía usted a papá. —Luego se volvió a mi mujer y dijo—: ¿Usted también conoció a mamá?

—No. Ella es mayor.

Hubo un momento de silencio. Luego Emily miró el reloj de pulsera y dijo sin dirigirse a nadie en particular:

—No sé qué puede estar entreteniéndolo tanto a papá.

—Sospecho que habrá querido afeitarse, ducharse y arreglarse un poco para verte después de tantos años —dijo. Aunque si se hubiese rebanado el cuello no habría sido yo quien lo culpase.

Ella volvió a mirar el reloj.

—¿Siempre duerme hasta tan tarde?

—No lo sé. Nunca he dormido con él.

Emily pareció horrorizada, y mi mujer, muy en su papel de amable anfitriona, dijo:

—Ya sabes que anoche volvió muy tarde. Aquí los horarios son un poco como en España. Nadie cena antes de las nueve o las diez y...

Su charla sobre viajes se vio interrumpida por Emily.

—Supongo que debe de frecuentar a muchas mujeres. Mamá dice que...

—En realidad, tu padre lleva una vida muy tranquila —dijo—. Ayer fue la primera vez que salió del apartamento desde su llegada a México. No ha estado muy bien —añadí con torpeza, pues mis simpatías se habían trasladado de pronto de la hija al padre.

—¿Qué le pasa? —preguntó Emily en el tono de un médico especialista que sospecha que el paciente está fingiendo.

Yo estaba a punto de responder: «Tú, para empezar», cuando una sombra se cernió sobre la mesa del desayuno. Todos nos volvimos, y ahí estaba Starr, majestuoso delante de la puerta de la cocina, con las sienes plateadas y perfectamente encorsetado. A juzgar por su imponente altura, sospeché que también llevaba alzas en los zapatos. Se había puesto un chaqué que parecía el de un cadáver o un enterrador y que, al igual que Starr, a pesar de la edad y de lo gastado que estaba, todavía resultaba presentable. Llevaba un librito de oraciones junto al corazón.

—Perdona, mi querida niña, por no venir corriendo a recibirte como me dictaba el instinto. Pero luego pensé: no, y fui antes a nuestra pequeña y hermosa capilla anglicana a ofrecer una humilde oración de gracias al Señor por devolverme sana y salva a mi adorable niña.

Me entraron ganas de vomitar.

—¡Oh, papi! —dijo Emily poniéndose en pie vacilantemente.

Starr entró con tres zancadas en la cocina. Emily corrió a su encuentro y el viejo farsante soltó el librito de oraciones (que luego comprobé que estaba dedicado «A

Albert Schmackpfeffer con cariño de su tía Bessie»), que cayó con un golpe seco, y acogió con gesto experto a Emily entre sus brazos. Le di a mi mujer una patada por debajo de la mesa, pero cuando miró hacia mí vi que tenía los ojos llenos de lágrimas. Me excusé y me fui.

Cuando regresé, St. Regis, ataviado como un auténtico mayordomo, se había añadido a los *dramatis personae* y estaba recogiendo el equipaje de Emily mientras decía un montón de cosas aburridas sobre lo mucho que hacía que no la veía y cómo la habría reconocido en cualquier parte. Si hubiese montado una reposición de Oscar Wilde, nadie habría podido interpretar el papel de paterfamilias con más brillo y brío que Starr. Emily, aunque seguía cohibida, estaba fascinada por los amaneramientos teatrales del viejo farsante.

—Bueno, permite que te pregunte una cosa, mi querida hija, ¿qué te parecería ir a ver una corrida de toros?

—¡Oh, papi, nunca he visto ninguna! ¿Tú sí?

—Constantemente. Soy todo un aficionado. De hecho, de joven pensé seriamente en hacer carrera en las plazas.

—¿Las plazas, papi?

—¡De toros! —dije—. Las plazas de toros.

—Exacto, mi querido muchacho —dijo Starr un poco incómodo—. Y luego podríamos cenar en ese sitio que tanto le gusta al señor Dennis, ¿Del Paseo, querido muchacho?

—El Paseo. Y cierran los domingos.

—Qué lástima. En fin, pues en otro sitio. St. Regis, cuando termine de colocar el equipaje de la señorita Emily, vaya a buscar el coche.

—¿El coche, señor?

—¡Demonios! Había olvidado que el Rolls estaba en el taller. Mi querido Dennis, ¿cree que podríamos tomar prestada la *voiture de maison*?

—¿La qué?

—Ya sabe, ese viejo cacharro propiedad de nuestra amable anfitriona, la señorita Ximinez.

—Bueno, con todo lo que ha hecho usted por ella, Leander, seguro que estará encantada. Aunque tiene que devolverle unas cosas.

—Ejem..., sí... —dijo nervioso—. St. Regis, ¿querría llevar..., ejem..., las pertenencias de la señorita Ximinez a su apartamento y preguntarle si el coche está disponible? Usted conducirá.

—Ese viejo coche extranjero...

—El mismo. Dese prisa, St. Regis. Un padre no se reencuentra con su hija todos los días. Ven conmigo, cariño, y papá te enseñará tu habitación. Debes perdonarme por alojarme en este sitio viejo y poco recomendable, es sólo un *pied-à-terre* temporal hasta que mis agentes encuentren una casa más conveniente. Adiós, *mes chers*, y muchas gracias por cuidar de mi niñita.

—Adiós, señor Dennis, buenas tardes, señora Dennis —dijo Emily casi con una reverencia—. Muchas gracias, espero que volvamos a vernos pronto.

—Estoy segura de que así será —respondió mi mujer—. Adiós, y que paséis buena tarde.

—Adiós, papaíto Warbucks —añadí. Starr cerró la puerta y, por fin, nos quedamos solos—. Bueno... —dije con un suspiro.

—La señorita Emily es un poco estirada —dijo mi mujer.

—¿Cómo?

—Estirada. E-S-T-I-R-A-D-A.

—¡Ah!

—Pero aun así no es mala.

—Claro que no. ¡Es horrible! Igualita a su madre.

—Sí, pero al menos ha tenido agallas para escapar de mami.

—De mami no, de la momia, y Emily está tan embalsamada como ella.

—No, no tanto. Lo que dices es verdad, y ha habido ocasiones esta mañana en las que me habría levantado de la mesa y le habría abofeteado esa carita arrogante. Reconozco que es estrecha de miras, esnob, estirada y otras muchas cosas, pero es sólo por cómo la han educado. Por debajo hay algo vivo que está deseando asomar. Lo noto. Recuerda, soy mujer y conozco a las demás mujeres.

—Lo tendré presente —dije.

—Pero quien más me ha sorprendido ha sido Starr. El cambio que ha sufrido al ver aquí a su hija me ha conmovido tanto que casi me echo a llorar.

—A mí aún me ha conmovido más.

—No tenía ni idea de que fuese tan religioso.

—¿Tan qué?

—Bueno, eso de pasarse por la capilla anglicana para rezar. Y, por cierto, ¿dónde está la capilla anglicana?

—¿Es que naciste ayer? No hay ninguna capilla anglicana. Lo más parecido es la Iglesia de Cristo y está a kilómetros de aquí, en la calle Artículo 123, en pleno centro de la ciudad. Y Starr no estaba allí. Estaba en la cama nada menos que con Madame X..., supongo que en recuerdo de los viejos tiempos.

—Me resulta imposible creerlo. Había una..., en fin, una cualidad espiritual en él esta mañana que casi podía olerse.

—Sería más bien espirituosa, por el adhesivo del bisoñé. Y el olor de santidad era el de las bolas de naftalina del chaqué. Me sorprende que alguien como tú, que conoces a ese viejo charlatán desde hace años, se deje engañar por su actuación. El chaqué, el libro de oraciones. ¡Vamos, hombre!

—Tengo la sensación —dijo píamente mi mujer— de que sólo quería demostrarle a su hija que es un hombre educado y religioso..., aunque sólo sea para contrarrestar las cosas tan terribles que su madre debe de haber dicho de él.

—Pues no es ni una cosa ni la otra. Es un viejo megalómano y egoísta, y cuando

se canse de interpretar a papaíto, como sin duda ocurrirá en menos de dos horas, volverá a ser el mismo caradura sinvergüenza de siempre. Recuerda, soy hombre y conozco a los demás hombres..., sobre todo a éste.

Mi soliloquio se vio interrumpido por los jadeos y estertores del viejo Hispano-Suiza de Madame X al detenerse a la puerta de la Casa Ximinez. St. Regis, con un arcaico uniforme de chófer, iba al volante y parecía aterrorizado. Al cabo de un momento apareció Starr con Emily del brazo. Ella era todo guantes blancos y sombrero de artista de cine, mientras Starr seguía en su elegante fase Adolphe Menjou. Ayudó a Emily a subir al coche con aire de galantería y una leve reverencia que hizo que me entrasen ganas de darle una patada. Luego subió a bordo —y teniendo en cuenta la edad y la altura del vehículo lo digo literalmente— e hizo un gesto imperioso. El coche dio un tirón espantoso y salió despedido hacia delante con tanta violencia que los dos se golpearon con la cabeza contra la capota plegada. Luego desaparecieron en una nube de polvo blanco.

—Ahí van —dije—, Elsie Dinsmore y su papaíto querido.

—Aun así me sigue pareciendo conmovedor —dijo mi mujer con menos convencimiento que antes.

—Sólo espero que St. Regis pueda permitirse esta pequeña salida familiar. Y también que nos dejen en paz el tiempo suficiente para darme un baño. —Subí las escaleras mientras me desabrochaba la camisa. Cuando estaba a mitad de camino, empezó a sonar el timbre—. Sabía que era demasiado bonito para durar —dije volviendo a recorrer la larga, larga ruta hasta la puerta de entrada del edificio. Descorrí todos los cerrojos y pasadores y la abrí. Delante de mí encontré a un hombrecillo más bien desaliñado. Llevaba gafas sin montura, un fino bigotillo y un maletín muy abultado que parecía haber visto mucho mundo.

—¿Sí? —pregunté.

—¿El señor Starr?

—No me diga que es usted su hijo perdido.

—Es usted el señor Starr, ¿no?

—No, gracias a Dios, no lo soy. —Por segunda vez tuve la sensación de estar en mitad de una película, probablemente escrita, producida y dirigida por Leander Starr.

—¿No es ésta la Casa Zzzzimizezzz?

—Ésta es la Casa Hhhhiminez, pero se ha equivocado de apartamento. El señor Starr vive en el número 2, cruzando el patio y a la derecha.

—Gracias, señor.

—Pero no está. Acaba de irse.

—¿Del país? —preguntó bruscamente el hombre.

—No, por desgracia no, de la Casa Ximinez. No sé cuándo volverá y, lo que es más, no...

—¿No sabrá si hay algún hotel o casa de huéspedes por aquí cerca?

—No. La posada San Ángel queda bastante cerca, pero no sé si tendrán

habitaciones libres.

—¿Cree que habrá sitio aquí? Quiero decir en la Casa Zzziminezzz.

—Es posible. No estoy seguro. Tendrá que preguntarle a la señorita Hhhhiminez. Su apartamento está al otro lado del patio. No tiene pérdida. Buenas...

—¿Es cara?

—¿La señorita Ximinez?

—No, esta pensión. La Casa Zzzziminezzz.

—Eso creo.

—¿Como cuánto?

—Tendrá que preguntarle a la señorita Hhhhiminez. Y ahora, si me disculpa...

—¿Conoce al tal Leander Starr?

—Desde luego. ¿Quién no?

—¿Hace mucho que vive aquí?

—¿El señor Starr? No sabría decirle. Me temo que no puedo ayudarlo, señor..., ejem.

—Guber.

—¿Goober?

Más bien parecía el señor Cacahuete, la mascota de Planters, aunque mucho menos garboso.

—Sí —dijo, dándome una tarjeta de visita—, el señor Guber, de Hacienda. Ya nos veremos.

VI

En su obra maestra *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Jane Jacobs condena las zonas residenciales estériles, planificadas y sin vida y elogia esos vecindarios que «crecen» sin más y palpitan de vida y actividad veinticuatro horas al día. La señora Jacobs daría saltos de alegría si pudiera ver nuestro barrio. Aunque la Casa Ximenez ofrece una fachada desnuda a la calle y exuda un aire totalmente falso de somnolencia y tranquilidad, el resto de la barriada bulle de actividad. En una esquina está la tienda que apesta a café, ajo, cebollas y coles. Enfrente está la farmacia Corazón de Jesús, que sospecho que también es un garito de apuestas clandestinas. El bazar Nueve Mil Preguntas ocupa una esquina privilegiada de camino a la avenida de los Insurgentes, y en medio se agolpan el salón de belleza Vog (*sic*), donde le quemaron el pelo de la nuca a mi mujer hasta convertirlo en lana acerada, un par de médicos, un dentista, un baño público, una floristería, una modista y un bar de lo más sórdido. En otras palabras, siempre hay un montón de gente pululando, y hace falta muy poco para congregarse a una multitud a cualquier hora del día.

Ese mismo domingo, a la hora en que el cielo se tiñe de lavanda, se congregó en torno a la mayor y más espantosa limusina Cadillac jamás fabricada una de las mayores multitudes de la historia. Era difícil reprocharle a la gente que se quedara mirando. El coche era color lavanda, aunque con un acabado iridiscente, y casi tan largo como un trasatlántico. Tenía cromo en todos los lugares habituales y también en muchos sitios nada habituales, además de antenas de radio y de teléfono que se alzaban en el aire como el látigo de un cochero. Aquella máquina infernal la tripulaban dos personas: un chófer y un lacayo, vestidos con una librea azul violeta que me recordó a la banda de música de la vieja Universidad Northwestern. En las puertas traseras se veían las iniciales violetas P. C. (¿Parálisis Cerebral? ¿Partido Comunista?) lo bastante grandes para que pudiesen leerse a cien metros de distancia. Era digna de contemplar.

El lacayo se apeó, se hizo un hueco entre la muchedumbre y abrió una de las puertas traseras, revelando a la multitud admirada un interior de satén fucsia. Se oyó una risita locuaz y de aquella excrecencia purpúrea se apeó Leander Starr, con aire furioso y desaliñado. Lo siguió Emily, que seguía pareciendo muy estirada y almidonada pero tenía los labios apretados y una expresión irritada que me recordó más a su madre que a la joven con problemas amorosos que se había ido con su encantador príncipe meapilas unas horas antes. Por último, pero no menos importante, emergió una visión más sorprendente que el propio automóvil: una mujer de edad indeterminada, que llevaba una falda corta plisada, una rebeca blanca ribeteada de visón y lentejuelas multicolores, y brazaletes hasta los codos.

A través de la ventana abierta oí a Starr que, por una vez, casi se había quedado sin palabras.

—¡Hum...! Bueno, ejem, muchas gracias, ejem, señora Pomeroy. Ha sido muy amable.

—Caramba, Leander —chilló la mujer—. Me conoces lo bastante para llamarme Clarice. Y tú también puedes hacerlo, Emmy.

—Oh, sí —respondió Emily con una voz que podía cortarse con un picahielos.

—Bueno, ejem, Clarice —Starr pronunció aquel nombre como si fuese una obscenidad—, has sido tan amable que no debemos entretenerte más. Da las gracias a la señora Pomeroy, Emily.

—Oh, no, Leander —dijo la mujer con un vulgar movimiento del dedo índice—. Ya que te he salvado, exijo mi pequeño tributo. Tendrás que invitar a Clarice a un traguito. Una copa para el camino. —Soltó una risita exagerada.

Mi mujer se asomó también a la ventana.

—¿Quién es ese adefesio?

De pronto caí exactamente en quién era.

—Es la respuesta californiana a Bunty Maitland-Grim. La señora Worthington Pomeroy es la única heredera de Calmalax, cuyo famoso eslogan, «Una ayudita y fuera», me ganó una vez un aumento salarial de diez dólares.

—¿Y ese coche?

—La recompensa por la regularidad. Millones de usuarios satisfechos de Calmalax que, por citar otra parte de mi brillante trabajo publicitario, «se han liberado de las cadenas del estreñimiento y se han alistado con los regulares». Sin duda, no habrás olvidado el anuncio de televisión con un distinguido caballero de cabello gris con corbata blanca y una aristocrática actriz con una tiara alquilada sentados en un palco de la ópera:

ÉL: Cynthia, estás espléndida esta noche.

ELLA: Gracias, Gregory, me encanta *Tosca*.

ÉL: Irradias tanta *joie de vivre*, Cynthia, alegría de vivir, por así decirlo. Todo el mundo en el club se pregunta cuál es tu secreto. Se te ve tan calmada, como si te hubieras quitado un peso de encima...

ELLA: ¡No lo sabes tú bien! Mira, mi secreto es Calmalax: cada mañana, al levantarme, la doncella me lleva un vaso espumoso y refrescante de Calmalax para combatir los problemas de...

—Lo recuerdo —dijo mi mujer—. Sólo oírlo me ponía enferma.

De pronto Starr nos vio en la ventana y nos gritó agitando los brazos como si estuviese ahogándose en alta mar y hubiese visto pasar un barco.

—Dennis, querido muchacho, justo la persona a quien deseaba ver. Baje a tomar una copa con esta —poco faltó para que se atragantara con sus palabras— encantadora dama.

—Lo siento, Leander, pero...

—No aceptaré un no por respuesta. Si no puede bajar usted, subiremos nosotros.

—Si no puedes con ellos, únete a ellos —murmuró mi mujer.

—No vamos vestidos para la ocasión —dije tímidamente, comparando mis pantalones y mi camisa de algodón mexicano con la opulencia del chaqué de Starr, la

confianza del vestido blanco de Emily y la grandilocuencia de lo que quiera que llevase puesto la señora Pomeroy.

—Tonterías, querido muchacho, baje como esté. Lo necesito —añadió sin rodeos.

—Por favor, venga usted —rogó Emily con tanta desesperación que por un instante volví a sentir pena por ella.

—Deje que me arregle un poco y vamos —dijo mi mujer, totalmente derrotada.

Cuando llegamos al apartamento de Starr, las lámparas del enorme salón estaban encendidas, Emily aguardaba sentada con gran incomodidad al borde de una silla española de respaldo alto, la señora Pomeroy se había tendido junto con sus posesiones en el sofá y estaba empolvándose profusamente la nariz, y Starr deambulaba impotente como si no supiera lo que son los cubitos de hielo, la soda o el licor. La sala estaba amueblada con las mismas antigüedades de imitación que nuestro apartamento, además de con un montón de santos de madera tallada a los que les faltaban las manos y una enorme araña de plata —lo único auténtico de la sala— sin duda de cuando la Casa Ximinez era todavía un convento.

—... sencillamente lo adoro, cariño —decía la señora Pomeroy—. Tan pintoresco y antiguo. ¡Ji, ji!

Starr fue breve con las presentaciones, pero la respuesta de la señora Pomeroy no pudo ser más efusiva.

—¡Vaya, es todo un honor y un placer! No sabría decirle cuántos cientos de ejemplares de sus libros he comprado para regalar a mis amigos. Tengo un ejemplar de todo lo que ha escrito en las habitaciones de invitados de todas mis casas: en Santa Bárbara, en Nueva York y en Montecarlo, y en los apartamentos de Londres, París y Roma. —Era una impresionante lista de inmuebles, e intenté calcular cuánto sería eso en derechos de autor, pero renuncié a hacerlo porque ignoraba el número de habitaciones para los invitados que había en cada uno—. Yo no soy muy lectora, pero no se me escapa ninguno de sus libros. ¡Ji, ji, ji! ¡La gente dice que debe de haberse inspirado usted en mí! ¡Ji, ji!

Me estremecí sin querer. La gente ha dicho muchas cosas desagradables sobre mis libros, pero nunca me han acusado de escribir ciencia ficción.

—Gracias, señora Pomeroy —respondí—. Pero ¿sabe que ya nos conocíamos?

—¿De verdad, querido? ¿Dónde? Casi todas las personas que conozco son famosas, pero nunca me habría olvidado de usted.

—Aún vivía el señor Pomeroy. Yo escribía los anuncios de Calmalax. Recuerdo que participó usted activamente en la campaña.

Bizqueó miope bajo las pestañas y luego dijo:

—Pues claro, querido. Ahora lo recuerdo muy bien. Y también que le dije al señor Pomeroy: «Mira lo que te digo, papi, este joven llegará lejos». Ahora lo recuerdo.

La memoria de la Pomeroy tal vez no funcionase tan bien como su producto. Quince años atrás la primera señora Worthington Pomeroy era una persona muy diferente: una mujer enfermiza, callada y silenciosa de unos sesenta años que pasaba la mayor parte del tiempo meditando sobre las pesadas obras de Mary Baker Eddy, tal vez para obligarse a creer que Clarice no existía. Pero vaya si existía: primero como secretaria del difunto señor Pomeroy, luego como su amante y por fin como su mujer cuando estaba fuera de la ciudad. Clarice, con sus visones y su equipaje a juego, acompañaba al señor Pomeroy en todos sus viajes de negocios —que eran largos y numerosos—, se registraba como su mujer y dejaban en casa a la verdadera esposa con sus manoseados ejemplares de *Ciencia y salud*.

La primera vez que nos vimos fue en mi antigua agencia de publicidad. Hacía años que Calmalax era un éxito de ventas como laxante para pobres, y dejando a un lado las barreras sociales, todos los tubos digestivos son iguales. Pero Clarice quería cambiarlo y dar al principal laxante de Estados Unidos el estatus social de una cura en Baden-Baden. De nada sirvió que yo insistiera en que la elite no discutía el estado de sus intestinos en los partidos de polo, las regatas, las cacerías, los bailes de la embajada, las cenas o ningún otro sitio; los periódicos, las revistas, las vallas publicitarias y la radio pronto se vieron saturados de personas distinguidas —con abrigos rosas, vestidos de gala, aderezos y raya diplomática— que compartían lo felices que eran tras la mejora de su tránsito intestinal. Aunque dudo mucho que la alta sociedad acudiera en masa al farmacéutico del barrio en busca del increíble Calmalax (fabricado con el milagroso y clínicamente probado SH-70), los pobres se sintieron orgullosos de pensar que compartían sus problemas y sus curas con los Vanderbilt, y el negocio continuó como siempre. Aún más importante fue que ayudó a calmar los anhelos de ascensión social de Clarice. Quince años después, ya como la auténtica viuda de Pomeroy, seguía teniendo esos anhelos y aún le quedaba mucho camino por delante.

Poco después del lanzamiento internacional del viejo y simple Calmalax como la medicina de la gente chic, la primera señora Pomeroy reconoció su error y murió —sucumbió, creo que es el término más adecuado— de un ataque agudo y compasivo. Un año después, Worthington Pomeroy, que no era más que un pobre viejo un poco verde e impotente en las redes de una tarántula como Clarice, depositó una corona en el mausoleo Pomeroy y corrió al Ayuntamiento a casarse con Clarice y hacer de ella una mujer muy rica. Aunque no fuese muy buena lectora, debía de saber cómo interpretar un electrocardiograma, porque un mes después su marido murió de un ataque coronario a bordo del *Clarice*, si no a bordo de la propia dama, y dejó todo a su única heredera.

La fortuna Worthington Pomeroy iba más allá del cuarto de baño. El viejo granuja, cuya única extravagancia había sido Clarice, había invertido sagazmente en acciones, bonos, renta vitalicia y bienes inmuebles, sin perder de vista astutos medios de evasión de impuestos como los bonos municipales, los pozos de petróleo y los

bienes amortizables. Clarice había avanzado mucho desde la sala de las mecanógrafas, pero, como he dicho, todavía le quedaba mucho camino por delante.

Desperté de mi evocación del tiempo perdido cuando Starr aulló «¡Mierda!» desde la cocina.

—Disculpe —dije—. Creo que voy a ir a ayudar a nuestro anfitrión. ¿Qué ha sido de St. Regis?

—¡Uy!, es una historia muy larga, señor Dennis. ¡Ji, ji! —La capacidad de Clarice para divertirse a sí misma parecía ilimitada. Dio unas palmaditas en el sofá y le dijo a mi mujer—: Siéntese aquí, querida, y que nos sirvan los caballeros. Me encanta esa creación. Apuesto a que es italiana.

—No, la compré en Ohrbach's —respondió mi mujer.

Fui a la cocina, donde Starr se peleaba con las bandejas de los cubitos que, como las nuestras, estaban firmemente adheridas al congelador. Propinó una violenta patada a la nevera y obtuvo la recompensa de una cascada de melones que cayeron rodando sobre sus más bien polvorientos zapatos. A eso siguió un torrente de blasfemias tan terribles que cerré a toda prisa la puerta de la cocina para que no llegasen a los tiernos oídos de Emily.

—Espere, Leander —dije—. Déjeme a mí.

—Ay, gracias, querido muchacho. No imagina qué día llevo. Un *mauvais quartre d'heure* detrás de otro.

—Lo imagino. ¿Y qué tal van las cosas entre usted y Emily?

—Muy cuesta arriba, mi querido Dennis. ¡Es como ascender el monte Cervino! Es muy guapa, pero una auténtica estirada. En fin, era de esperar conociendo a su madre.

—Sí. Es una pena que no pudiera educarla usted.

—¡Oh!, por favor, mi querido amigo, ni se le ocurra aludir a tan horrible perspectiva..., ni siquiera en broma. ¡Qué habilidad manual tiene usted! Conque así es como se sacan los cubitos de esas cosas y se meten en la cubitera... ¡Impresionante!

—Aún lo es más que su hija y usted se las hayan arreglado para ir una tarde a los toros y volver nada menos que con Clarice Pomeroy. ¿Cómo consigue meterse en esos líos con tan poco esfuerzo, Starr?

—¡Ay, hijo mío! —dijo Starr, bajando la voz hasta convertirla en un simple estertor agónico—. Ha sido un día infernal. Primero el conmovedor encuentro con una niña a quien no veía desde...

—Disculpe, Starr, ése fue su segundo encuentro. Primero estuvo Catalina Ximinez. ¿Qué hizo con ese ligüero azul?

—No quiera ser ocurrente, Dennis..., ni descarado. La señorita Ximinez y yo somos viejos amigos. Después de todo, la saqué de la selva y la convertí en una estrella. Siempre tendrá una enorme deuda conmigo. Luego vino el encuentro con Emily..., ¡oh, qué cúmulo de emociones! Y por fin esa espantosa corrida de toros...,

sentados bajo un sol abrasador mientras torturaban a ese desdichado animal. Creí que iba a vomitar.

—Caramba, Leander —dije, llenando los vasos de ron, la única bebida que había —, pensaba que era usted un gran aficionado y que había pensado hacer carrera en los ruedos, creo recordar que es lo que nos dijo.

—Por favor, querido Dennis. Cuando era niño, en Iowa, teníamos una vaca. Se llamaba *Flossie*. Pero murió de causas naturales. Gas. Y luego, al volver a casa entre el tráfico de los Insurgentes...

—¿Sí?

—Bueno, el viejo coche de Catalina se averió..., los neumáticos o algo así. Y luego... ¡Oh, no puedo continuar!

—Debe hacerlo —lo interrumpí—, estoy cautivado.

—Luego nos encontramos con esa orquídea Calíope que contenía nada menos que a la mujer de quien llevo intentando escapar los últimos quince años: madame La Veuve Pomeroy.

—¿Cómo se conocieron Clarice y usted?

—Fue en una malhadada cena en Montecarlo hace unos años. Yo estaba en el sur de Francia rodando una película cuando unos griegos espantosos..., en fin, eran los productores, pero no tenían el menor apego a la cultura. Unos advenedizos horribles ...

—Si pensaban que Clarice pertenecía a la alta sociedad debían de ser muy vulgares.

—Ay, sí. Pero..., en fin, fueron muy tacaños con el presupuesto de la película: tres míseros millones, y quisieron pagarlo en dracmas.

Empecé a imaginarme por dónde iban los tiros.

—Continúe —dije.

—Bueno, conocía a la señora Pomeroy..., oh, entonces era más joven, más atractiva, más delgada. Me dio a entender que era rica...

—Le da esa impresión a todo el mundo, Starr. Y si te quedan dudas te lo dice sin más. Así que usted le prometió un montón de cosas que no podía cumplir y...

—Sólo la acompañé a su vulgar mansión, acepté una copa de champán, buena cosecha, pero rosado *malheureusement*, e intenté convencerla de las ventajas fiscales de invertir en mi película.

—¿Y?

—Dios mío, esa espantosa mujer se me ha pegado como una lapa desde entonces.

—¿Invirtió?

—No, *caro*. Y cuando uno piensa en toda esa pasta... Caramba, hoy mismo lleva joyas suficientes, y sólo *pour le sport*, para cubrirme dos veces con ellas.

—¿Insinúa que esos pedruscos que lleva encima son auténticos?

—Sí. Si hay unos grandes almacenes Korvette que vendan diamantes de ocasión, los ha encontrado. Y ahora...

—¿Y ahora?

—Y ahora que me ha caído encima la responsabilidad de cuidar de Emily, mi coche se avería en los Insurgentes y me encuentro con la mujer a quien intento dar esquinazo. El destino no puede ser más cruel.

Por mucho que me divirtieran las preocupaciones del viejo chiflado, no tuve valor para decirle que también se había presentado otra persona a quien aún estaba más interesado en dar esquinazo: el señor Guber, de Hacienda.

—Las bebidas ya están —dije—, ¿las sacamos antes de que se funda el hielo?

—Un momento, *carissimo*, todavía no estoy listo. —Entonces cogió la botella de ron Castillo y vació lo que quedaba en su copa—. Justo —añadió con tristeza— en mitad de los Insurgentes.

—Justo —estaba diciendo la señora Pomeroy cuando llegué con la bandeja de las bebidas al salón de Starr— en mitad de los Insurgentes. Queridos, fue divertidísimo. ¡Ji, ji, ji! Iba de vuelta a casa en mi Caddy, llamo *Caddy* a mi Cadillac, después de pasar el fin de semana con MiMi y Pedro Gómez-Gottschalk en Cuernavaca, seguro que conoce a los Gómez-Gottschalk, señora Dennis, querida; ella era una Niemeyer de San Luis, y él se dedica al comercio de esmeraldas peruanas.

—No creo tener el gusto —respondió mi mujer—. Gracias, lo necesito —añadió cuando le ofrecí una copa, en un tono que sólo entienden los maridos y las mujeres.

—Bueno, querida, me aseguraré de que los conozca. Tienen un chalet divino al lado del de Bobsie Hutton en Cuernavaca. Siempre la llamo Bobsie, ¿no es gracioso? ¡Ji, ji, ji! —Nadie que conozca a la buena de Barbara Hutton la llama así, pero eso a Clarice le traía sin cuidado—. Lo he pasado de maravilla. Deje que le diga quiénes eran los otros invitados... —Mientras nos lo contaba, fui pasando las copas. Emily me dedicó una mirada agradecida. Si antes había pensado que éramos unos bohemios y que no estábamos a su altura, ahora me miró como si fuese Vere de Vere, y por esnob que pueda parecer, comparado con la señora Worthington Pomeroy lo era—. Y entonces vi ese anticuado coche extranjero echando humo, querida, y con una rueda pinchada. Así que cogí el teléfono y le dije a mi lacayo... —Starr se hundió en el sillón con un leve gemido—. Y hete aquí que me encuentro a mi viejo pretendiente Leander y su preciosa niñita. Emmy, ¿sabías que tu papi nunca me dijo que tenía una preciosa hija debutante en Filadelfia? ¿A que es malo?

—Aún... no... he... sido... presentada... en... sociedad..., señora... Pomeroy —dijo en tono mesurado Emily. Otra vez empezó a parecerme antipática. Aunque no tanto como Clarice: después de todo la había conocido en aquella época.

—Pero imagínate, tropezarme en los Insurgentes con mi antiguo galán, Leander. Ni siquiera sabía que estuviese en México. ¡Y con ese coche viejo tan raro!

—Los Hispano-Suiza siempre han tenido un motor excelente —dijo Starr—. Al menos en mis tiempos... y en los tuyos.

—... qué lugar tan acogedor. Desde luego es pintoresco. Tiene que enseñármelo a fondo. ¡Ji, ji, ji! Yo me alojo en una suite monísima en El Presidente y no quiero

decirle lo que pago al día. —Al cabo de treinta segundos, la señora Pomeroy superó todas sus reticencias y pudo decirnos, hasta el último centavo, lo que pagaba, así como lo que le costaba alojar al chófer, el lacayo y la doncella y el aparcamiento—. Pero estoy pensando en mudarme aquí. No sé, querida, es cómodo, tranquilo y mucho más barato. Y no hay muchos turistas estadounidenses.

—Nosotros somos turistas estadounidenses —dijo mi mujer.

A Clarice le dio igual.

—Bueno, yo también, querida —observó democráticamente—. No sabrá si hay alguna casa vacía por los alrededores, ¿verdad?

Por desgracia, había cinco casas de entre diez y cuarenta habitaciones en alquiler a tiro de piedra de Casa Ximinez, entre ellas una que se decía que había pertenecido a Cortés, justo a la vuelta de la esquina.

—Yo... la verdad es que no sé... —dijo mi mujer, y se atragantó con la bebida.

—¿Sabe, querida?, creo que conozco a su madre —le dijo Clarice a mi mujer con una amistosa palmadita en el muslo—. Es muy amiga de mi mejor amiga, Nellie Poindexter Dane. Hemos comido muchas veces en el Colony, en el club, no en el restaurante.

Fue mi turno de atragantarme. Mi suegra es una santa. Jamás en su vida ha hablado mal de nadie..., sólo de Nellie Poindexter Dane y de mí. Imaginar a mi suegra, a la señora Dane y a Clarice compartiendo mesa en cualquier parte era como ver a la madre de mi mujer esposada a una prostituta en un furgón policial. Me disculpé y fui a la cocina. Starr me acompañó casi enseguida.

—Dios mío —dijo—, ¿no hay ninguna manera de hacer que deporten a esa... mujer?

—No, Leander, pero hay muchas de hacer que lo inviten a marcharse a usted.

Abrió otra botella de ron Castillo, echó un trago y me la pasó. Yo hice lo mismo.

—Pero, Dennis, muchacho, no puedo irme. En primer lugar tengo un, ejem, problemilla de impuestos en Estados Unidos...

—Eso tengo entendido.

—Y ahora esta hija totalmente inesperada que se presenta con un montón de problemas de adolescente que resolver.

—Estoy seguro de que se convertirá usted en una Abigail van Buren masculina.

—Ni siquiera sé de qué se trata. Íbamos a tener una charla larga y tranquila esta noche... antes de que Medusa entrase en escena. Ahora es imposible hablar de nada.

—Los problemas esperarán hasta mañana.

—Y luego está lo de la película que estoy pensando rodar aquí. Podría ser otra *Una muchacha de Yucatán*. Se titula *El Valle de los Buitres*...

—Oh, suena muy bien. Muy desenfadado. —Eché otro trago y volví a pasarle la botella a Starr.

—Mi querido joven. Le prometo que es arte, arte, arte. Podría hacerse por muy poco dinero..., unos cuantos cientos de miles.

—¿De pesos o de dólares?

—De dólares, por supuesto. Un equipo pequeño, una docena de profesionales y lo demás nativos sin experiencia pero con maravillosos primeros planos. Anoche lo estuve hablando con Catalina Ximinez. Incluso llegué a sugerirle que invirtiese en ella.

—Debió de ser una conversación muy interesante. ¿Y lo hará?

—No a menos que sea ella la protagonista.

—Que es...

—Una campesina de dieciocho años.

—Tal vez podría retocar el guión y hacer que tenga cincuenta. Y siempre puede contar con Mamacita.

—No quiera hacerse el gracioso, hijo mío. ¿Es que no ve que estoy desesperado? A propósito, en los últimos tiempos ha ganado usted mucho dinero. No creo que...

—¡Exacto! Pero ¿de qué se queja? El destino y una rueda pinchada le han puesto en bandeja a la mayor incauta que podía imaginar: Clarice. Nada usted en la abundancia.

—¡Ay, necio, necio, necio! —Starr volvió a empujar el codo y luego dejó la botella de un golpe en la mesa—. ¿Es usted tan ciego que no ve lo que quiere de mí esa mujer?

—Lo mismo que todas, supongo. Dios sabrá por qué. En fin, al viejo Worthington Pomeroy le parecía una mujer especial. Todos tenemos que sacrificarnos por nuestro arte. De noche todos los gatos son pardos.

—Ya. Pero Clarice no se conforma con eso. ¡Quiere casarse!

—¡Ji, ji! —gritó Clarice. La puerta de la cocina se abrió e hizo un gesto pícaro—. Ya basta de conversaciones de chicos, ahora tienen que venir con las damas. A propósito, señor Dennis..., ¿le importa si le llamo Paddy?

—Mucho.

—Tengo entendido que conoce a mi querida amiga Bunty Maitland-Grim.

—¡Ah! ¿Son ustedes amigas?

—Bueno, en realidad nos vimos en la Riviera en una fiesta en casa de mi amiga la condesa de...

Una peculiaridad de Clarice era que siempre respondía a todo con mucho detalle, nombraba a las personas, lugares, restaurantes, hoteles —con las tarifas y todo— y siempre contaba una *petite histoire* a propósito de las relaciones sociales o financieras de los nombres que iba dejando caer. A la larga, resultó que no conocía a Bunty de nada y que lo que quería era que facilitásemos un feliz y absurdo encuentro con ella. Pero Clarice nunca admitía no conocer a nadie. Si le preguntabas si conocía a la reina Nefertiti, primero te decía que había comido con ella en Laserre la semana anterior y luego intentaba enredarte para que se la presentases.

De hecho fue injusto y poco amable por mi parte comparar a Clarice Pomeroy con Bunty Maitland-Grim. Aunque compartan muchas características irritantes, ahora

que las conozco mejor veo ciertas diferencias muy claras, y la que sale perdiendo es Clarice. Por estrafalaria que sea la vestimenta de Bunty a veces se las arregla para estar guapa. Clarice parece siempre una madame jubilada. Ambas coleccionan a gente, pero Bunty busca a personas interesantes y divertidas y se lleva a las mejores. En el caso de Clarice son simples arribistas, que además no llegan nunca muy arriba. No discrimina: sus conquistas consisten en títulos rancios u oscuros, la gente que se sienta en el sitio equivocado en El Morocco y que lo único que tiene es dinero; son una pandilla horrorosa. Bunty es extravagante y generosa. Clarice es extravagante, pero no gasta un céntimo que no le rinda algún beneficio. Bunty es tonta y alocada. Clarice es tonta, pero no tiene nada de alocada: es sórdida y calculadora. Pero supongo que la mayor diferencia es que Bunty, a pesar de su llamativa estupidez, tiene buen corazón. Clarice no. Pero en aquel momento esas diferencias me traían sin cuidado. Mi único objetivo era salir cuanto antes del avispero en que se había metido Starr.

Le eché a mi mujer una de esas miradas que significan «ponte de pie y larguémonos» y dije:

—Bueno, muchas gracias por la copa.

—Oh, no pueden marcharse —dijo Starr desesperado. Fue más una orden que una pregunta.

—Sí, sí. Adiós, señora Pomeroy. Me ha alegrado volver a verla.

—¡Ah!, pero no nos despedamos. Ahora que los he encontrado volveré a presentarme ante su puerta. De hecho, querida —dijo volviéndose hacia mi mujer—, tal vez quiera usted acompañarme a buscar casa.

—¿Qué? —dijo mi mujer.

—Sí. Estoy un poco harta de El Presidente. Tengo una suite monísima, pero no quiero decirles lo que pago por...

—Ya lo has hecho —dijo Starr.

—Y se me ha ocurrido que, por el mismo dinero, podría encontrar algo bonito en este barrio.

—¿Es que piensa quedarse tanto tiempo como para que le compense? —preguntó mi mujer con un leve desánimo.

—¿Quién sabe?, como dicen los españoles. Al fin y al cabo, tengo casa en...

—Santa Bárbara, Nueva York y Montecarlo —terminé por ella.

—Bueno, sí —dijo—, y aquí hay gente tan agradable... —Recitó la lista de nombres de lo peorcito de la aristocracia del Distrito Federal. No me sorprendió que los conociera.

—En fin, me temo que no entiendo mucho de casas —mintió mi mujer dirigiéndose a la puerta.

—O tal vez usted y su maridito puedan venir mañana a tomar una copa a eso de las ocho. He invitado al nuevo embajador de...

—Ejem... —empezó penosamente mi mujer. Nunca ha llegado a dominar el arte

de la mentira piadosa, por más que le digo que el escritor verdaderamente creativo tiene que saber inventar una excusa sin pensarlo. Mark Twain siempre empezaba sus mentiras piadosas con un «Ay, me encantaría, pero...» y mientras pronunciaba esas cuatro palabras se inventaba una excusa totalmente válida. Es un buen entrenamiento para un novelista.

—Por desgracia tenemos invitados a cenar —dije.

—O el martes, voy a dar un almuerzo en Passy en honor a mi querida amiga la marquesa de...

—Ejem... —empezó mi mujer.

—Qué mala suerte —dije—, ese día vamos de merienda a las pirámides de Teotihuacán con el doctor Priddy y su esposa.

—¿Qué? —dijo mi mujer.

—Pues el miércoles —continuó sin inmutarse la señora Pomeroy—, doy una cena en el Jacaranda en honor de mis viejos conocidos el barón y la baronesa...

—Qué lástima —respondí—, justo esa noche hemos quedado para ir al cine con nuestros viejos conocidos Maximilian y Carlotta, Max y Lottie, Weintraub. —Me alegró oír la risita ahogada que soltó Emily y ver quedarse boquiabierto a Starr, pero a la señora Pomeroy le resbaló como si fuese aceite.

—Bue-eno —dijo—. El jueves no tengo compromisos...

—Pero nosotros sí, qué pena. Katy Walch nos va a enseñar las diapositivas de su viaje a Yugoslavia.

—Pues el viernes —dijo decidida— doy una fiestecilla...

—¿No es la noche en que los Bourke nos invitaron a jugar al bridge?

—Sí, ejem —empezó mi mujer. Luego ella también pareció cogerle el tranquillo—, el viernes al bridge, el sábado al póquer y el domingo a la canasta. Los Bourke son unos jugadores inveterados.

—Entonces, díganme —preguntó ominosa la señora Pomeroy—, ¿qué día o noche de marzo tienen ustedes libre?

Supe que nos había vencido.

—Qué demonios —dije—, iremos mañana.

—¡Divino! A eso de las ocho en mi suite en El Presidente. ¿Envío mi coche a buscarlos?

—No, por favor. Buenas noches. —Al ver la expresión desolada de Starr, añadí—: ¿La acompaño a su coche, señora Pomeroy?

—¡Oh, no! La noche es joven. ¡Ji, ji, ji! Tomaré otra copita y hablaré de los viejos tiempos con Leander y Emmy. *À demain!*

Derrotados, pusimos pies en polvorosa.

—¡Nunca había visto nada igual! —exclamó mi mujer en la intimidad del dormitorio—. Desabróchame, ¿quieres? No sé cómo se las arreglan las mujeres solteras con

estas cremalleras en la espalda.

—Se ponen el vestido al revés. ¿Qué es lo que nunca habías visto?

—Gracias. Nunca había visto nada parecido a la señora Pomeroy. Es una auténtica antropófaga. Pues a mí no me pillaré.

—Claro que te pillaré.

—No. Tendré dolor de cabeza, una delicada molestia femenina, un tobillo torcido..., me romperé una pierna si hace falta.

—¿Y tener que yacer postrada mientras ella te devora tranquilamente? Ríndete. Es más fuerte que nosotros. Admite la derrota con elegancia.

—Seré grosera.

—Ella sabe serlo más.

—Pero, aparte de otro nombre en su lista, ¿qué busca ese espanto de mujer?

—¿No lo sabes?

—No.

—A Leander Starr.

VII

—Cabe una mínima posibilidad —le dije a mi mujer a la mañana siguiente— de que trabaje un poco hoy. Entre una cosa y otra hace mucho que no bajo una tecla, y con las vacaciones de los niños a la vuelta de la esquina, la declaración de Hacienda, los impuestos municipales y unos cuantos caprichos frívolos como comer con regularidad no nos vendría mal un poco de dinero. ¿Crees que si saco la máquina de escribir al patio y cuelgo un enorme letrero que diga NO MOLESTAR alguien hará caso?

—Lo dudo —dijo mi mujer—, pero puedes intentarlo. Al menos yo no te molestaré. Me voy al centro, a la peluquería, a almorzar con Katy y luego a Sanborns a comprar un montón de cosas interesantes como limas de uñas, vitaminas y jabón 4711, y tal vez me pase a ver si Lila Bath tiene algo que me pueda poner. Con Emily, Bunty, lady Joyce y la señora Pomeroy exhibiéndose con todas sus galas, me siento un poco como el patito feo. ¿Tenemos dinero?

—No, pero el Banco Nacional sí, también puedes pagar con un cheque en El Paseo si vas a comer allí. Y prométeme que no volverás hasta que puedas hacerlo en un Cadillac púrpura y con un suéter de visón y lentejuelas.

—Ahí está mi taxi. Buena suerte.

Me puse la ropa de peón mexicano de la tienda para caballeros High Life, cogí papel y la máquina de escribir y salí al patio. Todo estaba tan tranquilo como siempre en la Casa Ximinez. Guadalupe daba de comer en nuestra cocina a su hija, al vigilante y al primo vendedor de décimos de lotería. Madame X y St. Regis mantenían una acalorada discusión en la calle por el Hispano-Suiza en la que Mamacita participaba de vez en cuando en maya. Un mecánico del taller local hacía las veces de traductor y árbitro. *Perro* ladraba y una multitud de dos o tres docenas de espectadores interesados se habían arremolinado en torno al coche y a la grúa y participaban a su vez. La clave de la disputa parecía ser si St. Regis había sido negligente o si el coche estaba ya muy deteriorado. Sospeché que los dos tenían parte de razón.

Instalé mi oficina en la desvencijada mesita de azulejos debajo de *Loro* y de la jacaranda e intenté releer lo que había escrito unos días antes. Era una pieza frívola y chispeante para una famosa revista femenina que está dispuesta a comprar cualquier cosa, por mala que sea, siempre que no resulte ofensiva y el autor sea lo bastante conocido para poner su nombre en la portada. Su estrategia de publicar algo para todos los públicos es infalible. Aunque las mujeres del departamento de ficción se echan al gaznate un litro de ginebra al día en la comida antes de salir corriendo a su cita con el psicoanalista, los relatos que se empeñan en publicar son puros como la nieve. Nadie fuma, bebe, dice palabrotas ni tiene ningún problema más profundo que saber si la virtuosa Penny conseguirá alejar a la guapísima Hillary de la intrigante Marcia. Los lectores saben que lo hará, en tres mil palabras muy bien elegidas, pero

llevan leyendo la misma historia desde hace más de medio siglo y aún gorgotean de placer y emoción cuando el bien y la honestidad triunfan sobre la maldad. No obstante, en el departamento de no ficción vale cualquier cosa, y cuanto más se acerque a la pornografía tanto mejor. Entre los artículos de moda, las recetas, los consejos de belleza e historias tan puras que hacen que *Our Sunday Visitor* parezca *Playboy*, se insertan artículos capaces de poner los pelos de punta a cualquiera: «Sífilis en las guarderías», «¿Es tu hija una prostituta adolescente?», «El orgasmo y tú». Pero yo no tengo que leerla, sólo escribo para ella, y un relato sencillo (con un prólogo de advertencia de los editores diciendo que soy muy atrevido) contribuye a pagar las matrículas de mis hijos.

Empecé a leer:

Salli^[1] se empolvó un poco la nariz respingona^[2] y echó una larga mirada violeta^[3] a su reflejo en el espejo.

—Caracoles^[4] —se dijo—, mañana cumplo veintidós años^[5] y sigo soltera^[6]. Ojalá llegase ya mi príncipe azul^[7].

Metí una hoja de papel en la máquina, me puse un cigarrillo en la boca y me dispuse a escribir una escena hilarante en la que Salli intenta ganarse por el estómago al príncipe azul. Tengo que decir que el episodio en la cocina es para partirse de risa y culmina con una desternillante explosión de la olla a presión que deja el techo cubierto de brécol. (Lo gracioso, claro, es que él odia el brécol pero ama a Salli, aunque es demasiado tímido para reconocer ninguna de las dos cosas). Pero antes de que pudiera apretar la primera tecla, fui consciente de otra presencia. Me volví y vi al doctor y a la señora Priddy.

—Ah, señor Dennis, «Entonces, alzándose con la luz de la Aurora | la Musa invocó: siéntate a escribir», como dijo Swift de la poesía.

—Esto no es poesía. Es pura basura. Buenos días. ¿Está haciendo novillos en la vieja Universidad de México?

—Antón pirulero, cada cual, ejem, que atienda a su juego. No, ejem, hoy me ausento de mi seminario para acompañar a Modesta a un pueblo cercano, apenas frecuentado por los turistas, donde los nativos celebran una fiesta de carácter considerablemente étnico...

—¿Buenos días, señor Dennis? Sí, ¿un pueblecito a unos cuarenta kilómetros? ¿Dicen que es muy pintoresco?

—Buenos días, señora Priddy —respondí—. Bueno, si está tan lejos, no dejen que les entretenga. Las carreteras a esos sitios tan apartados pueden ser...

—Cuando hablaba de nuestra pequeña, ejem, peregrinación con, ejem, mi, ejem, colaborador y co-conspirador, el doctor Moreno y Moreno, me indicó un atajo no muy conocido con el que se acorta...

—¿Los niños llevan máscaras? ¿Y hay una procesión desde la catedral en torno al Zócalo? ¿Y luego invocan al...?

—Una catedral, dicho sea de paso, señor Dennis, más interesante de lo que parece, pues data de la época del virreinato del conde de Revillagigedo en el último cuarto del siglo XVIII, la época de la Ilustración, como se la ha llamado muy adecuadamente, y en ella se conserva un relicario del que se dice que...

—Vaya, tienen que contármelo todo al volver. Pero ahora no quiero entretenerlos.

—¿Creo que conoce al nuevo inquilino? —dijo la señora Priddy—. ¿Me parece una persona un poco atípica?

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Le pedí a nuestra doncella que averiguase su nombre? ¿Se llama Guber?

De pronto me sentí más interesado que nunca por la infinita curiosidad de la señora Priddy.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿No es como nosotros? —Me molestó verme incluido, aunque lo dijese a modo de cumplido, en el mismo grupo que el doctor y la señora Priddy, pero presté mucha atención—. ¿Parece uno de esos tipos de Nueva York o de Miami? ¿Con eso se lo digo todo? ¿Ha alquilado el apartamento más pequeño? —De hecho, era el que la señora Priddy no había podido alquilar—. ¿El número cuatro? ¿Regateó por el precio? ¿Esa raza siempre regatea? —Aunque no con el ardor de la sonriente belleza sureña Modesta Lee Drain Priddy.

—Hablando desde el punto de vista puramente técnico, Modesta, y en interés de la semántica, *raza* es un apelativo incorrecto...

Dejé de prestar atención y pensé en el pobre Starr. Había venido hasta aquí para no tener que pagar sus impuestos, y ahora los chicos de Hacienda habían plantado un sabueso al otro lado del patio. No era que Starr me inspirara muchas simpatías. Pagar impuestos me disgusta tanto como a cualquiera, pero lo hago. Sin embargo, sumado a todos sus problemas, el señor Guber parecía ser la gota que colmaba el vaso. Me asomé al patio y vi al señor Guber saliendo de su apartamento con un traje de sirsaca que parecía un pijama.

—... y por eso, cariño, incluso después de cinco mil años practicando la circuncisión ritual, el prepucio es, ejem, todavía, ejem, muy...

—Creo que ese que llega por ahí es el tal Guber —dije—, a lo mejor quieren ustedes preguntarle por su prepucio...

—¡Ay, Dios!, ¿no creerá que nos ha oído? —exclamó la señora Priddy con un estremecimiento de su túnica romana de rayas.

—Pues no lo sé. Preguntémosle a él, ¿les parece? —respondí.

—Por Dios, Modesta, tenemos que, ejem, darnos prisa. —El doctor Priddy miró su reloj y salió pitando con un último tópico—. Por citar al viejo y sabio Virgilio: «*Sed fugit interea, fugit irreparabile tempus*». O más o menos traducido: «Pero entretanto huye irreparablemente el tiempo...».

—Conozco la cita —dije—. Pero huye y más le vale huir con él.

Y se marcharon, después de que la señora Priddy tropezara con una piedra

mientras miraba con aire culpable al señor Guber.

Volví con Salli y el brécol y pude mecanografiar casi media línea desternillante antes de que volvieran a interrumpirme.

—Una mañana preciosa —dijo una voz.

Me volví y vi al señor Guber, cuyas gafas bifocales centelleaban al sol.

—¡Ah!, buenos días, señor Guber —dije con cautela—. Veo que ha encontrado habitación.

—Sí. Es muy cara, pero prefiero vivir cerca. A veces es muy quisquilloso si uno incluye las facturas del taxi en las dietas.

—¿Quién?

—El Tío Sam.

Aunque en mi vida me han puesto ni una multa de tráfico, me estremecí.

—¿Está a gusto en Casa Ximinez? —pregunté.

—Desde luego. Muy español. Me recuerda mucho al Roney Plaza.

—Bueno, sí —dije—. México fue una colonia española. Pero Florida también —añadí sin mucho convencimiento.

—No he tenido el placer de viajar a España, pero estuve en Cuba por un caso hace seis años. También es muy española.

—¿Viaja usted mucho? —pregunté por darle conversación.

—Constantemente.

—Por placer, supongo.

—No. Por trabajo. Impuestos. Shirl, mi mujer, dice que para qué quiero tener una casita preciosa en Teaneck, Jersey, si nunca la piso. Pero yo digo que...

—¿Es que el Gobierno envía a personas a otros países para... para..., me cuesta decirlo..., recaudar impuestos?

—Desde luego. Pero sólo en los casos más importantes. Tenemos una oficina permanente en París, en Francia, para vigilar cualquier gasto que llame la atención.

—¡Qué interesante! —dije no muy animado.

—¿Ha visto al señor Starr esta mañana?

—Dios mío, no. Cuando sale el fin de semana, a veces no vuelve en... varias semanas.

—Ayer no me dijo que hubiese salido para el fin de semana.

—¿Ah, no? Bueno, estoy seguro de que no...

—St. Regis —aulló Starr desde su dormitorio justo encima de donde estábamos—. ¡St. Regis! Quiero mi desayuno.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó con aspereza el señor Guber.

—¿Eso? El loro de la señorita Ximinez, *Loro*. ¿Lo ve? Se ha posado justo ahí arriba.

El señor Guber entornó los ojos y miró hacia arriba, donde dormitaba *Loro*.

—¡St. Regis! Mi desayuno —gritó Starr más alto que nunca.

Para entonces la discusión de la calle había experimentado tal crescendo que

St. Regis no habría oído una explosión de cincuenta megatones. En cualquier caso, los incesantes ladridos de *Perro* en la calle inspiraron al loro a imitarlo desde lo alto del árbol. Y como propina terminó con su imitación de Madame X diciendo: «Buenos días, vengo a cobrar el alquiler».

—Menudo pájaro —dijo el señor Guber—. Muy versátil. Shirl, mi mujer allá en Teaneck, tiene un periquito, pero no consigue enseñarle a decir nada.

—Así es la vida —dije a la desesperada—. Unos saben y otros no.

El señor Guber contempló las purpúreas flores de la jacaranda donde *Loro*, después de encontrar un nido de bichos especialmente deliciosos debajo del ala, estaba picoteándose.

—¡Es increíble! Ejem, y ya que hablamos del desayuno, ¿hay alguna cafetería por aquí cerca?

—¿No le ha asignado la señorita Ximinez todavía ninguna camarera?

—No pienso quedarme tanto tiempo. Es demasiado caro. Pero si hay alguna cafetería cerca...

Vislumbré una escapatoria para Starr.

—Bueno, hay un bar y un restaurante de enchiladas al otro lado de...

—Con eso basta.

—Oh, no. Es un sitio muy sucio. Lleno de gentuza. Borrachos. Borrachos violentos. Y además odian a los estadounidenses.

—Bueno, yo no soy muy aficionado a la bebida. No es que tenga nada en contra, siempre que sea con moderación. Un poco de whisky de centeno con ginger ale en alguna fiesta..., algo así, pero...

—No —dije con firmeza—. No sería justo por mi parte enviarlo a ese sitio. Si le pasara algo no me lo perdonaría. —Pareció desanimado—. Pero le diré una cosa, señor Guber. ¿Por qué no va al restaurante alemán en San Ángel? Es muy agradable. Puede coger un taxi en la esquina y...

—Un taxi. ¿Cuánto...?

—Bah, una miseria. Un peso cincuenta..., dos como mucho.

Casi me pareció oír los engranajes del taxímetro en su cabeza.

—Eso son unos dieciséis centavos... más o menos. Como el metro en Nueva York.

—Exacto..., y es mucho más interesante y animado. Le gustará San Ángel. No tenga prisa por volver. Disfrute. Es muy antiguo. Muy peculiar y pintoresco. —Empezaba a sentirme como la señora Priddy.

—Bueno, le quedo muy agradecido. Pero no puedo perder tiempo haciendo turismo. Primero los negocios y luego el placer. El restaurante alemán en San Ángel.

—Eso es. Todos los taxistas lo conocen. ¡Buen provecho!

—Muchas gracias. Adiós.

Esperé hasta que se perdió de vista, luego cogí un puñado de piedrecitas y las lance por la ventana abierta de Starr.

—¡Ay! —gritó—. ¡Dios Santo! ¿Es que, además de matarme de hambre, van a apedrearme?

—¡Starr! —susurré lo más alto que pude—. ¡Starr!

Apareció en la ventana, con el pelo y el batín al viento.

—¿Qué broma es ésta, Dennis?

—Starr —dije—, tengo que decirle algo. Es importante.

—Ah, muy bien —respondió—. Suba y ya que está, ¿le importaría traer una cafetera, un poco de leche caliente, no fría, caliente, unos croissants, mantequilla sin sal y un poco de confitura? No tendrá usted...

—No, Starr —respondí—. Aquí no. Donde quiera, pero aquí no. Póngase algo de ropa y...

—Bueno, aún tardaré un poco, hijo mío. Tengo que darme un baño, no encuentro a mi ayuda de cámara para que me afeite, me dé un masaje y me prepare el desayuno. Luego hago unos ejercicios gimnásticos..., hay que mantenerse en forma, ¿sabe?

—Starr, escuche. Póngase algo de ropa y las gafas oscuras y acompañeme. Se lo explicaré después.

—Está bien, si tanto le gusta jugar a los disfraces bajaré enseguida. ¡Maldito St. Regis!

Starr bajó en poquísimo tiempo. No pude evitar reparar en que se había dejado la faja y el pequeño postizo de pelo, y tampoco puedo decir que, por informal que fuese su atuendo, fuera vestido con toda la discreción que me habría gustado dadas las circunstancias. Llevaba unos pantalones ajustados de piel de zapa, unas alpargatas de color verde oscuro y una llamativa camisa roja de tela tan fina que se podían contar los pelos de su pecho desde el otro extremo del patio. No obstante, se había puesto las gafas de sol más grandes y oscuras que he visto. Muy chic en Capri o en Saint-Tropez, o incluso en Acapulco, pero si ésa era la idea de la discreción que tenía Starr, en nuestro barrio habría llamado mucho menos la atención si hubiese bajado en cueros.

—Parece usted la bandera mexicana —dije.

—Y usted un montón de... ¿Se da cuenta, mi querido Dennis, de que ni una sola mañana desde que llegué a este desdichado lugar he visto una cafetera llena antes de verlo a usted? Una cosa es la amistad y otra el desayuno. Y ahora comamos algo antes de que me obligue a escuchar su aburrida cháchara. Me han dicho que hay un pequeño *Bierstube* en San Ángel, podríamos ir dando un paseo...

—¡Oh, no! Donde quiera menos ahí. ¡Es un sitio frecuentado por exnazis!

—Muy bien. Usted es el gran gourmet. Proponga algún sitio. ¿Qué es ese griterío que se oye en la calle?

Pronto lo descubrió. La multitud había crecido hasta alcanzar proporciones alarmantes. Señorita y Mamacita chillaban a pleno pulmón. St. Regis estaba al borde de las lágrimas e incluso el mecánico del taller se esforzaba por controlar sus pasiones y reservaba su escaso dominio del inglés para hacer de intérprete. *Perro* no

dejaba de ladrar históricamente.

—¿Qué —dijo Starr irguiéndose en toda su altura— significa esta vergonzosa disputa callejera? St. Regis, me hacía falta y me ha fallado.

—¡Ay, señor Starr! —dijo St. Regis—. ¡Es horrible! Me refiero a las cosas que ésta... las cosas que está diciendo la señorita Ximinez. Me ha acusado de... ¡En fin, prefiero no repetirlo!

—¡Starrrr! —chilló Madame X—. El automóvil..., mi Hispano-Suiza, un automóvil importado y muy caro..., ¡no anda! El motor no marcha bien. Tiene un desperfecto, la batería no funciona, hay que reparar el carburador, necesita bujías nuevas, la rueda necesita un parche...

—¡Silencio, zorra atolondrada! ¡Silencio! —El imperioso rugido de Starr acalló a St. Regis, a Catalina, a Mamacita y a la muchedumbre—. Hágame un favor, Dennis, vaya a buscar un mecánico.

—¿Hay algún mecánico por aquí? —le pregunté enseguida al mecánico.

—Sí, señor. Sí. Yo soy mecánico.

—Aquí lo tiene usted, Leander.

—¿Y qué dice la señorita Ximinez, buen hombre?

—La señorita Ximinez dice que su coche es un Hispano-Suiza, importado y muy caro. También dice que no funciona. El motor tiene un... ¿cómo se dice *golpe*?

—¿Golpe? —dije por ayudar.

—Gracias, sí, señor, el motor tiene un golpe. No funciona bien. La batería está averiada. Hay que reparar el...

—¿Carburador? —aventuré.

—Exacto. Gracias, señor. Hay que repararlo. También hay que cambiar las... —hizo un gesto hacia las bujías—. Y el neumático está... —Hizo otro gesto para indicar que estaba pinchado—. La señorita Ximinez también dice que usted se llevó el coche el otro día para ir a una corrida de toros y que debe usted pagar.

—¡Absolutamente! —chilló Catalina. Había estado escuchando todas las palabras del mecánico y más o menos se las había arreglado para seguir su traducción—. Hispano-Suiza muy raro. Muy caro. Ahora está roto. Usted paga.

Miré nervioso calle arriba y calle abajo. Un desfile no habría atraído a semejante multitud. Cuerpos mojados y desnudos asomaban por las ventanas de los baños públicos, las mujeres habían salido del salón de belleza Vog con los rulos puestos. No podría haber elegido peor momento para sacar discretamente a Starr de allí.

El viejo rostro de caucho de Mamacita empezó a moverse, su lengua de víbora asomó para lubricar su bigote y sus labios apergaminados.

—¡Mi... hija... gran... estrella! —chilló con orgullo y luego gorjeó feliz.

—Y también deseo seis llantas nuevas —gritó Madame X.

—¡*En garde*, Starr, está intentando sacarle seis neumáticos nuevos!

—Ya es suficiente —dijo Starr con enorme dignidad—. Mi querido amigo —le dijo al mecánico—, ¿querría usted decirle a la señorita Ximinez que el coche es casi

tan viejo como ella, suponiendo que eso sea posible? —El mecánico así lo hizo y la gente se desternilló de risa—. También puede decirle que sé dónde y cuándo lo consiguió y, lo que es más importante, cómo. —Catalina jadeó boquiabierta ante tan jugosa traducción. La gente estaba encantada—. Añada también que el coche temblaba como una máquina de masaje, ¿comprende?, y sonaba como unas castañuelas, y que si cree que voy a hacer algo más que arreglar ese neumático gastado es que está loca. —La multitud se quedó entusiasmada. Además de estar impresionados por la bravura de la actuación de Starr, los vecinos eran más o menos anti Ximinez por los humos que se daba, por mucho que hubiese sido una estrella de cine y la amante de un general—. Y ahora, St. Regis, tenga la bondad de abandonar esta escena degradante y de preparar el desayuno de la señorita Emily. Cuando despierte, dígame que volveré. Vamos, Dennis. —Y, como el general MacArthur, marchó calle arriba. Entre la rabia de Madame X, las pullas de la multitud y los ladridos de *Perro*, oí al pobre mecánico que decía: «No podemos arreglarlo hoy. No tenemos las piezas correspondientes, señorita Ximinez. Puedo arreglarlo por el momento». No había duda de que Starr había salido triunfante de aquella escena—... la sola idea —murmuró— de que esa vaca india pretenda que le pague un coche nuevo. No es raro que no llegase a nada en el cine después de que yo diese a conocer su nombre. La codicia, querido Dennis, la pura avaricia... es la razón de que esa salvaje ignorante y avara no llegara lejos. —Combatí el impulso de decirle que Catalina Ximinez, codiciosa o no, tenía varios millones de dólares más que él. También sabía que hasta que no se calmara no podría decirle nada. Paseamos medio kilómetro hasta un barrio sucio y deplorable que yo no conocía y por fin Starr dijo—: Hijo mío, no puedo dar otro paso hasta haber ingerido algún alimento..., al menos una taza de café. Creo que podrá concederme eso antes de obligarme a escuchar sus problemas.

Entramos en el único sitio que vimos, un café oscuro y húmedo que olía a cerveza vieja, orina fresca y grasa rancia. Había un par de mexicanos borrachos en la barra y también dos *beatniks* estadounidenses lo bastante ingenuos para creer que estaban sumergiéndose en la verdadera cultura mexicana. Nos sentamos en una mesa húmeda. En la pared algún estadounidense desanimado había garabateado en un alarde poético:

La bandera es un trapo.
La Biblia, un libro.
Mamá, un guñapo.
Y Dios, un peligro.

Era un sitio de ésos. En la calle una mujer desaliñada llenaba botellas de agua mineral en un grifo oxidado. Starr pidió café, huevos, jamón y tacos. Después de ver lo del agua, pedí una cerveza y me la bebí directamente de la botella.

—Espero que tenga un estómago resistente, Starr —dije haciendo una mueca al ver el repugnante revoltijo de su plato.

—Creo en hacer que todos mis órganos sepan quién está al mando. Si uno tiene su estómago lo bastante ocupado para que no sienta lástima de sí mismo nunca le dará problemas. Y, hablando de problemas, ¿qué dificultad le aflige, mi querido muchacho?

—Bueno, en realidad, Leander, el problema no es mío.

—Entonces comete usted un terrible error al entrometerse. Preocúpese sólo de sus asuntos y nunca...

—Es suyo.

—¿Eh?

—Sí, eso me temo. Lo busca un tipo de Hacienda. Un tal Guber. —Starr palideció bajo el bronceado, aunque no supe si era por la información o por la comida—. Ayer le di largas cuando Emily y usted fueron a los toros, y hoy me las he arreglado para hacer que se vaya. Pero, por supuesto, volverá. Tiene que volver. Ha alquilado un apartamento en Casa Ximinez. Vive allí.

Con un aplomo sorprendente, Starr dijo:

—¡Ah, el señor Guber! Pobre Irving. A veces creo que me ha cogido demasiado cariño..., no correspondido, claro. ¿Sabe, mi querido muchacho?, una vez pensé dirigir *Les misérables* y se me ocurrió añadirle un poco de chispa a ese mamotreto haciendo que el inspector (frío, burocrático, literal y aparentemente sin sentimientos) fuese sin saberlo un sumidero rezumante de raras emociones y estuviese colado por Jean Valjean. Como es natural, era demasiado atrevido para la Twentieth Century Fox durante...

—Starr —dije—, tengo bastante claro que al señor Guber le interesa algo más que su bello y blanco cuerpo.

—Claro, hijo. Más miles de dólares de los que quiero recordar. Y lleva años tras ellos. Al menos desde, ejem...

—¿Desde que se largó usted del país?

—Desde que lo abandoné por razones de salud. Ay, sí, qué ratos he pasado con Irving Guber: en Italia, Suiza, Francia, Bélgica, Grecia, Inglaterra. Una persona más inteligente habría obtenido el equivalente a una educación universitaria siguiéndome de la ceca a la Meca. ¿Así que ese periplo nos ha traído a esta cloaca?

—No parece usted muy preocupado, Leander.

—¿Por qué iba a estarlo? No pueden extraditarme. El señor Guber no es ni lo bastante grande ni lo bastante fuerte para secuestrarme y obligarme a cruzar la frontera. Y, aunque pudiera, ¿qué sacaría el Gobierno? Ya han embargado todo lo que dejé: una casa en Beverly Hills, el mobiliario de oficina, incluso mi cuenta corriente.

—¿Había mucho dinero en ella?

—Uy, sí. Noventa dólares, más o menos.

Después de las molestias que me había tomado para proteger a Starr del señor Guber, empezaba a sentirme un poco molesto por su actitud arrogante. He reparado otras veces en que, siempre que uno emprende la misión de salvar a alguien de un

destino desconocido, espera cierta gratitud a cambio y se irrita si dicho destino resulta ser algo menos que el deshonor, la cárcel o la horca.

—Bueno, en ese caso —dije con acaloramiento— tal vez pueda usted invitarlo a compartir apartamento. Con las dietas podría reducir gastos y no sería tan oneroso para el pobre St. Regis.

—¡Ay, mi buen, virtuoso, trabajador y respetable Dennis! —respondió Starr—. Me toma por un viejo vanidoso, egoísta, frívolo y poco de fiar, pero no tiene la honradez ni el valor de decirlo.

—Me sobran valor y honradez para eso y para más, Starr. Me parece usted un vago y un sinvergüenza. De hecho estoy seguro de que lo es.

—¡Caramba! Si se cree que he venido aquí para que me insulte un...

—También sé que está entre la espada y la pared. Por muy escurridizo que sea no le quedan asideros. Ese simple de St. Regis le paga la comida y el alojamiento y le da dinero para gastos, además de hacerle de ayuda de cámara. No puede volver a casa, y no hay un país civilizado en la faz de la tierra donde no le busquen en todos los hoteles, restaurantes, sastrerías y casas de empeños, por no hablar de la policía. Está usted acabado, Starr. Todo el mundo lo sabe. Lo único gracioso, o tal vez debería decir triste, es que usted aún no se ha enterado.

—Escúcheme, mequetrefe cincuentón...

Pero estaba demasiado enfadado para seguir escuchándole.

—Ha llegado al final del camino. Sobrevive con el dinero de su ayuda de cámara..., lleva a la gente a clubes nocturnos, se da aires de grandeza con una hija de la que nunca ha cuidado, con ese devocionario y hablando de Rolls-Royces, de Dios y de muchas otras cosas cuya existencia ha olvidado. ¿A quién se cree que está engañando? ¿A mí? ¿A mi mujer? ¿A su exmujer? ¿A la Ximinez? ¿A Emily?

—Creo que Emily estaba muy impresionada.

—Pero ¿por cuánto tiempo? No es imbécil.

—Dennis, hijo mío, ¿acaso podía dejar que mi propia hija creyera que soy... todo eso que ha dicho?

—No, creo que no, igual que tampoco podría ser un padre normal, afectuoso, de carne y hueso a quien le importase si estaba viva o muerta. Usted no, Starr. Tiene que ser el último derrochador y divertirse hasta que caiga el telón, hasta que la pequeña Sara Crewe acabe en una buhardilla soñando con su papi y las minas de diamantes que jamás existieron. Pero entretanto siga impresionándola con ese cuento de lo rico y famoso que es... y lo solicitado que está, pero no le diga por quién. Con un poco de suerte, se volverá a Filadelfia antes de que a usted lo echen de Casa Ximinez, y podrá pasar el resto de su vida recordando a ese padre sin parangón que le dedicó dos o tres días de su inestimable tiempo. Leander Starr: el padre de todos nosotros, el gran productor y director, a quien han olvidado en todos los estudios desde aquí hasta...

—¡Basta! —gritó Starr—. ¡Basta, basta, basta! —Con sorpresa, vi que le caían lágrimas por las mejillas.

—Starr —dije—. Lo siento, me he dejado llevar. A fin de cuentas, yo tampoco soy un gran padre.

—¿Tiene un pañuelo? He salido sin...

—Tome —respondí. Por disgustado que estuviese con él, también me sentía avergonzado y contrito.

—Gracias, Dennis —respondió sonándose—. Le diré a mi criado que lo lave y...

—¡Oh, váyase al diablo! —exclamé, y volví a quitarle el pañuelo.

—Tiene usted razón en casi todo. He sido caprichoso y alocado. No he cuidado de mi hija. He sido vergonzosamente derrochador y descuidado con el dinero. Pero no me han olvidado. Si no me cree, y percibo que así es, eche un vistazo a esto —Starr sacó de la cartera un mazo de cartas de los principales estudios de cine y de todas las cadenas de televisión estadounidenses. Pasé un rato leyéndolas, receloso de que se tratara de algún truco o baladronada de Starr. Eran auténticas. Reconocí los nombres, las firmas y el estilo de los dueños de casi todos los estudios. Lejos de haber sido olvidado, a Starr le habían ofrecido dirigir casi todas las producciones de importancia de los últimos dos años. El salario que le ofrecían no sólo era para caerse de espaldas, sino excelente para alguien que estuviese en la delicada situación de Starr con el Gobierno, pues había un sinfín de complicados acuerdos sobre los porcentajes de beneficios, ganancias brutas y pagos a largo plazo.

—Pero, Starr —dije—, ¿por qué no acepta una o dos de estas ofertas? Ninguna tiene más de dos meses. Aún deben de seguir en pie. En un año podría recuperar su prestigio. Podría pagar sus deudas y...

—No sea ridículo, muchacho. ¿Con esos tipos de Hacienda encima como la espada de Damocles? ¿Con la primera señora Starr (era casi un niño cuando me casé con ella) y sus condenados abogados reclamando no sé cuánto para la pensión alimenticia? ¿Con Ilonka (mi cuarto y espantoso error, prométame que no se relacionará con ninguna húngara) gimiendo como una zíngara y exigiendo su dinero? ¿Regresar a Estados Unidos con una mano delante y otra detrás, pidiendo una segunda oportunidad, como un pordiosero?

—Sería un pordiosero muy llamativo —dije al reparar otra vez en su extraño atuendo.

—¡No! Demonios, muchacho, no lo haré. No puedo. Cuando Starr vuelva, lo hará con estilo: ¡en todo su esplendor!

—¡Ay, Dios, ya estamos otra vez!: el maharajá que vuelve a la suite imperial a lomos de un elefante adornado con lentejuelas. Starr, estamos en los sesenta, no en los años veinte. A la gente ya no le van esas bobadas de la alfombra roja. Sin duda ha pasado bastante tiempo viviendo *à la Ritz* para saber que todo eso es falso, agradable, pero no compensa. —Le devolví las cartas, satisfecho de que fuesen auténticas—. En estos tiempos de impuestos e inflación lo único que pide la gente es un trabajo superior, no un altísimo nivel de vida.

—No —dijo sin inmutarse—. Tengo que volver a lo grande...

—Yo en su lugar no me preocuparía por eso.

—Pero no está en mi lugar. Usted ha tenido todas las ventajas.

—Todas las que he podido pagarme —dije lanzando una indirecta.

—Contactos, los mejores colegios, una familia rica...

—¿Cómo que rica? Mi padre era agente inmobiliario en Chicago. Aún lo es. Pero no es rico, aunque se queja del partido demócrata como si lo fuese...

—Yo me crié en una granja de cerdos en Iowa, y una muy pobre.

—A mí no me engaña como otras veces...

—¿Cómo cree que me siento cuando estoy con gente como... la madre de Emily o con la propia Emily?

—Siempre me ha dado la impresión de que estaba usted a la altura de la situación.

—Siempre ha sido teatro.

—Pero a lo grande, Leander.

—Y necesito trajes, decorados, utilería, no puedo prescindir de ellos.

—Entonces, ¿su plan es seguir aquí como un porquero?

—No. Cuando vuelva a Estados Unidos, y no tardaré en volver, será con dinero en el banco.

—¿Cómo, Starr? ¡Dígame cómo!

—Está esa película mexicana de la que le hablé la otra noche. Se titula *El Valle de los Buitres*. El guión es un poco irregular, pero se puede mejorar. Podría rodarla en un par de semanas..., un mes a lo sumo, sabiendo lo que sé. No costaría nada. Nada, créame. Conmigo al timón podría convertirse en la mejor película jamás rodada... y por pura calderilla. Lo único que necesito es la calderilla. A propósito, mi querido muchacho, supongo que usted o su encantadora mujer no tendrán algún dinero disponible que...

—No, Leander —respondí—. Ni siquiera calderilla. Invierto todo mi dinero en mis hijos o lo meto en la hucha para no ser como usted dentro de quince o veinte años.

—Bueno, sólo quería probar suerte.

—Pues no la ha habido.

—Pero aquí hay más oportunidades. Sin duda, conocerá al famoso productor mexicano Arístides González.

—He oído hablar de él, pero nada bueno. Se va a meter usted en aguas pantanosas...

—Ya estamos otra vez. Cada vez que sale a relucir la tediosa cuestión del dinero, suena usted como una carta amenazadora del abuelo materno de Emily. Pasemos a cuestiones más elevadas, permítame que le hable de la envidia artística de *El Valle de los Buitres*. Y por cierto, mi querido muchacho, ahora que he desayunado..., ¡y de manera abominable!, no sé cómo encuentra usted estos *bistrot*s tan horrorosos, tal vez quiera acompañarme y tomar algo más fuerte. ¡Mozo! —gritó señalando al aletargado camarero.

Por mucho que me esforzara en evitarlo, volví a dejarme hipnotizar por Starr y sus sueños de gloria. Dos horas después, espantamos a las cucarachas y salimos del café cogidos del brazo, como si nunca nos hubiésemos dicho una palabra más alta que otra, camino de casa dispuestos a revisar el guión y a resolver los problemas técnicos de *El Valle de los Buitres*.

Dimos unos pasos tambaleándonos alegremente por la calle cuando nuestros grandiosos planes de fama en el cine se vieron interrumpidos por el dueño del bar, que golpeó con brusquedad a Starr en el hombro.

—¡Oiga, señor, la cuenta!

—¿Qué dice, buen hombre? —dijo Starr.

—La cuenta —le aclaré—. Cree que alguien debería pagarla.

—¡Ay, qué zoquete me estoy volviendo! —dijo Starr después de hacer la pantomima de palmearse los bolsillos—. He salido del apartamento sin un céntimo. Dennis, *carissimo*, ¿podría? ¿Le importaría?

Recorrimos tambaleándonos las calles desiertas, abrasadas por el sol, de regreso a casa, dedicándonos ruidosos y elaborados cumplidos el uno al otro. Sólo al llegar a la puerta de Casa Ximinez sentí cierta cautela etílica.

—¿Y si el señor Guber está esperándolo?

—¿Quién? ¿El bueno de Irving? ¿Irv? Hijo mío, le daremos el papel de buitre protagonista. ¡Estará sensacional!

Nos reímos a carcajadas, sujetándonos el uno al otro para no caernos.

Gracias a Dios el patio estaba vacío. Nos encaminamos vacilantes hacia la puerta de Starr.

—¡A trabajar, a trabajar, querido Dennis! —gritó.

—Espere, Leander, espere. Traeré mi máquina de escribir, así si se nos ocurre alguna idea brillante podré ponerla negro sobre blanco.

Fui a la mesa y eché un vistazo a las quince o veinte palabras que había escrito ese día. Desde las ramas de la jacaranda, *Loro* había depositado una enorme y elocuente crítica literaria sobre Salli, el príncipe azul y el brécol.

VIII

Seguí a Starr a su apartamento, donde St. Regis sacaba brillo aplicadamente a las docenas de marcos de plata que enmarcaban las fotografías de Starr de los grandes desaparecidos.

—Veo que ha vuelto a sacar el fichero de delincuentes —dije.

St. Regis soltó una risita.

—Ah, sí, amigo mío, le dan un aire un poco más hogareño a esta cámara de tortura y he pensado que a mi hija podrían gustarle. A propósito, St. Regis, ¿dónde está la señorita Emily?

—Oh, ha salido a almorzar con un joven caballero, señor.

—¿Un joven caballero? ¿Cómo va a conocer aquí a un joven caballero?

—Bueno, vino a verlo a usted, señor. No recuerdo su nombre, pero lo he visto, lo vi, aquí anoche. Muy atractivo, preciosos ojos negros, modales exquisitos y un descapotable enorme y muy elegante.

—¿Quién en nombre de...?

—¿Llámeme Bruce? —aventuré—. ¿Bruce van Damm?

—Sí, señor Dennis. Ése es.

—Ah, bueno —dijo Starr—, parecía un buen tipo. Educado. A la niña le vendrá bien salir con un joven pretendiente.

—El joven señor Van Damm no pierde el tiempo, ¿eh?

—En fin, Emily es una chica sensata..., demasiado sensata. No le pasará nada. St. Regis, ¿me haría el favor de bajarme todo el material que he recopilado sobre *El Valle de los Buitres*?

—Oh, señor Starr, no iré a decirme..., no querrá decir que vamos a embarcarnos en una nueva película.

—Eso mismo, St. Regis. Vamos, dese prisa.

St. Regis subió las escaleras de dos en dos.

—¿Ha averiguado qué es lo que ha traído aquí a Emily? —pregunté.

—Oh, una tontería infantil. No se preocupe, no va a hacerme abuelo. Sólo que hay un joven en Filadelfia, de muy buena familia, que quiere casarse con ella. Como es natural, su madre la presiona. Lo tiene todo tan planeado como el lanzamiento de un cohete: primero la fiesta de puesta de largo, luego el anuncio del compromiso y, después de un tiempo prudencial, la boda de gala. Muy propio de Caroline.

—¿Y de Emily?

—No está segura.

—¿Quiere decir que no está enamorada del marido que ha escogido Caroline?

—No sea tan melodramático. Ella cree que sí, pero no está segura. Es lo bastante lista para darse cuenta de que aún es muy joven y sólo ha visto de la vida lo que Caroline y el señor Strawbridge le han dejado ver. Y es muy poco: Filadelfia en

invierno, alguna playa respetable en verano, y siempre con la misma gente.

—¿Aprecia a su padrastro?

—Eso parece. El problema es que quiere pasar un tiempo sola y pensar. Vivir un poco la vida.

—Bueno, con usted eso será fácil.

—Eso espero. En dosis moderadas, claro. Pero ese joven Bruce van Comosellame...

—Van Damm.

—Ah, sí. No me parece muy distinto de los jóvenes de Filadelfia con los que ha ido a bailar en el colegio..., muy convencional. Yo le habría sugerido un cambio más radical.

—No esté tan seguro de que Llámeme Bruce no lo sea.

—¿Qué insinúa, Dennis?

—Tiene un no sé qué que no acaba de gustarme. No tengo nada contra Bruce van Damm, pero...

—Aquí lo tiene, señor —dijo St. Regis jadeando escaleras abajo con una enorme pila de papeles—. Al menos es todo lo que he podido encontrar.

—Espléndido, St. Regis. Llévelo todo al patio, el señor Dennis y yo bajaremos a trabajar.

—Ah, y recuerde lo que me prometió, señor Starr.

—¿Qué?

—Que habría un papel para mí. He estado practicando mi español. ¿*Hobla ustez ispaniol?*

—Ah, sí. Bueno, ya veremos. Y tráiganos algo de beber.

—¡Sí, señor!

Los «archivos» de Starr sobre *El Valle de los Buitres* eran un maremágnum de absurdos pedazos de papel que desbordaban la mesa y caían revoloteando al suelo. Había notas tomadas en sobres viejos y en cheques, en papel de carta con el membrete de hoteles y en menús de toda Europa, en facturas y en avisos de pago, en horarios y en listas de la lavandería. Ni el mejor archivero del mundo habría podido clasificarlos. Starr sí. Por muy borracho que se hallara y muy desorganizado que estuviera aquel material, Leander era todo eficiencia y determinación. Sabía exactamente dónde echar mano de un dato o una cifra, y sabía muy bien de lo que hablaba. Y habló deprisa.

Para tratarse de un hombre que en su día había insistido en utilizar champán de reserva en vez de ginger ale «por autenticidad»; que había fletado una flotilla de barcos españoles en lugar de emplear modelos en miniatura «por su alcance»; que en vez de ketchup exigía sangre auténtica del mismo grupo sanguíneo de los actores (a cincuenta dólares el medio litro) «por realismo»; que ordenaba alegremente al cámara

que rodara trescientos metros de película para utilizar sólo un metro, Starr podía ser sorprendentemente práctico a la hora de rodar una película.

Mi conocimiento de las sutilezas —e incluso la terminología— del rodaje de películas no es lo bastante bueno para reproducir más que fragmentos aislados de las atropelladas explicaciones de Starr. Pero ciertamente fueron impresionantes y hoy me consta que exactas.

—Se puede hacer casi por nada, querido Dennis, hay que... abaratar costes. Sé cómo... Tendremos que esquivar a los sindicatos lo mejor que podamos. Renunciar a los maquilladores. Esto es un retrato de la vida, no de Elizabeth Arden. Si hace falta algo puedo hacerlo yo... Yo mismo me encargaré del montaje. He olvidado más de eso de lo que han sabido nunca los montadores más caros de Hollywood... Olvídense del alquiler de los estudios y de la iluminación. Trabajaremos al aire libre, a plena luz. Luz diurna, cálida, áspera y extenuante. No será bonito, pero será real... Yo seré mi propio ayudante de dirección, o si quiere puede serlo usted... Conozco al mejor cámara de la profesión, excomunista, no puede trabajar en Estados Unidos, ni conseguir la documentación para trabajar aquí, pobre desgraciado. Lo hará casi gratis... El plan de rodaje está explicado aquí en esta carta estúpida y quejosa de mi sastre. Hasta el último detalle. Tres semanas, tal vez dos... Casi por nada, muchacho, se lo digo yo, casi por nada. ¡Cien mil dólares como mucho!

Y así siguió y siguió.

Las únicas cuestiones sobre las que me sentí capaz de opinar fueron los implacables sindicatos mexicanos, la imposibilidad de hacer nada (excepto tal vez pegarse un tiro) en el verdadero Valle de los Buitres —un árido desierto quemado por el sol donde no corre ni una brizna de aire que hay en Guerrero, entre la Sierra Madre y Taxco— y el dinero.

—Starr, Starr —dije—, todo esto está muy bien. Cuente conmigo. Revisaré el guión, haré lo que esté en mi mano por ayudarlo. Pero deje de decir que cien mil dólares no son nada. Porque si eso no es nada, Starr, usted tiene menos que nada.

—Es posible, mi querido muchacho —dijo llenando los vasos de ron con soda—. Pero los conseguiré, por Dios que los conseguiré.

—¿De dónde piensa sacarlo?

—De Catalina Ximinez, para empezar.

—¿De Madame X? ¿Después de lo que ha dicho esta mañana? ¿Después de que ayer la echara de su cama?

—Sí, maldita sea, sí. Tiene ese dinero, y mucho más, y está dispuesta a invertirlo.

—Tendría que ser imbécil.

—Pues claro que lo es. De lo contrario no sería actriz. Y como todas las actrices se muere por volver a estar delante de la cámara.

—¿Insinúa que incluiría a esa india vieja y oronda en la película? ¿En qué papel, el de tótem caído?

—En el que sea. Por mí como si se piensa que es la estrella. Es demasiado

estúpida para leer el guión y demasiado vanidosa para darse cuenta. Luego la eliminaré en el montaje o reduciré su papel al mínimo.

Estuve a punto de preguntarle remilgadamente si eso le parecía honrado, pero supe que tan ingenua objeción caería en saco roto.

—Pero ya no es guapa, su voz podría romper una botella, no sabe actuar y está retirada.

—No se caliente la joven y canosa cabeza por eso, mi querido muchacho. No busco belleza. Hollywood está llena de caras guapas, dulzonas y estúpidas. Puedo hacer que la doble una voz al estilo de Elvira Ríos. Soy capaz de sacar una actuación de una piedra..., conviene que no lo olvide. En cuanto a lo de retirarse, no existen las actrices retiradas. Ricas o pobres, buenas o malas, siguen y siguen y siguen hasta que... Y hablando de actrices ricas y retiradas, vuélvase y vea lo que el destino ha puesto en nuestro regazo.

Me volví y vi a mi mujer entrando en el patio con lady Joyce.

—¿Monica James? —pregunté—. Está usted chiflado. Jamás consentiría...

—Calle y déjemelo a mí. Vaya, ¡hola! Dos preciosas mujeres vienen a aportar un poco de belleza y alegría en la vida de dos hombres solitarios. ¡Señora Dennis, querida Monica!

—¡Oh, no empieces otra vez, Leander! ¿Qué quieres ahora? —dijo lady Joyce.

—Mira con quién me he encontrado en la peluquería —dijo mi mujer—. Nos hemos peinado juntas, hemos comido con Katy Walch, hemos ido de compras, compras y más compras, y ahora nos morimos de ganas de tomar una copa. —Me miró—. A juzgar por tu aspecto, tú no tienes ese problema.

Hice caso omiso de sus palabras y dije con mucha dignidad:

—Lady Joyce, qué alegría volver a verla. Por favor, tome asiento.

Lady Joyce, que lucía un deslumbrante vestido de lino amarillo y un alfiler de esmeraldas que quitaba el hipo, se sentó y cruzó los tobillos con elegancia. Al ver el desorden que había sobre la mesa, observó:

—Vaya, Leander, al ver esos papelitos sucios esparcidos por ahí, casi he pensado que estabas pensando en rodar otra película. ¡Qué gracioso!

Starr los recogió celosamente y se le cayeron al suelo más de la mitad.

—Perdona, Monica, pero esto sólo nos concierne al señor Dennis y a mí.

Lady Joyce recogió uno de los papeles del suelo.

—Ejem, Kilgour, French & Stanbury. «Querido señor Starr —leyó—, le comunicamos que aún no hemos recibido el pago varias veces retrasado de su factura por valor de...».

—¡Por el otro lado, cockney obtusa! —le espetó Starr.

—Ah, sí. Rodaje. Primer día: Exteriores de la hacienda. Pedro, don Jaime, Pilar y los extras, maizales...

—Dame —dijo Starr, quitándoselo de las manos—. Ahí no hay nada que te interese. Bueno, querida, ¿qué te apetece beber?

—Creo que tomaré ginebra con lima, Leander.

—Suenan bien —dijo mi mujer.

En la mesa sólo había ron y apenas quedaba un dedo o dos.

—Querido Dennis —dijo Starr—, parece que nos hemos quedado sin ginebra. ¿No tendrá usted un poco en su apartamento? Y hielo y lima. ¿Y no tendrá whisky escocés, bourbon y tal vez un poco más de ron? —Me puse en pie para saquear mis propias reservas de licor—. Y ahora, señoras —continuó en tono melifluo—, no perdamos el tiempo hablando de esta tonta película. Además, no es más que una cosilla improvisada que rodaremos aquí la semana próxima. Sólo una pequeña farsa. Cuénteme, ¿qué han hecho hoy de interesante? ¿Ir de compras?

Cuando terminé de pelearme con las bandejas de hielo y recogí las botellas, los vasos, las limas y la soda, lady Joyce estaba inclinada hacia delante en su silla, mirando hechizada a Starr.

—¿Y será una de esas producciones de pantalla grande, en color y miles de extras, Leander?

—Por supuesto que no, querida. Todas esas tonterías sobran en esta película, soy demasiado grande para recurrir a trucos tan baratos. *El Valle de los Buitres* será una joyita de desesperación en sobrio blanco y negro. Claroscuro. Un negro tan negro como la tierra de hace un siglo, un blanco tan blanco como el polvo de hoy. ¡Ah!, aquí llegan los refuerzos. Dejen que les prepare una copa.

—Que lo haga Patrick —dijo mi mujer—. Usted continúe, por favor.

—Sí, Leander —dijo lady Joyce.

—Oh, no. No quiero aburrirlas con esta fruslería. Es una lástima que no se me ocurriese hace veinte años, Monica. Hay un papel, doña Ana, que te habría ido como anillo al dedo. Bueno, supongo que conseguiré que lo interprete alguien como Diana Dors.

—¿Diana Dors? —exclamó indignada lady Joyce—. ¡Caramba, Leander!

—La necesidad obliga, Monica. ¿Acaso es culpa mía que hayas abandonado las tablas por los anales nobiliarios? El caso es que te has retirado y probablemente haya sido para bien.

—Bueno, no es exactamente que me haya retirado, Leander. Supongo que podría volver, si el papel me interesase.

—Vamos, Monica, con un hijo en la universidad..., un baronet por derecho propio. ¿Qué diría al ver a su pobre madre haciendo cabriolas en una película de arte y ensayo mexicana de bajo presupuesto?

—No sé, Leander, no es lo mismo que si hubiese decidido retomar mi carrera de bailarina de striptease en el Soho. Hay películas y películas. Sería divertido, y escuchar todo el día la charla de Bunty me aburre.

—No podría pagarte nada, Monica, nada de nada. No, Monica, esto no es para ti. Habría sido divertido, pero...

—En fin, Leander, si de verdad no encuentras a nadie aquí y crees que podrías

confiarme un papel muy pequeño...

—Ya lo hablaremos en otro momento, querida. ¿Has dicho ginebra con lima?

Mientras lady Joyce escrutaba su rostro en el espejo en busca de arrugas delatoras, Starr me dedicó un guiño. Hasta yo me di cuenta de que el viejo charlatán se la había metido en el bolsillo.

Todos menos lady Joyce empezamos a hablar de otras cosas y nuestro pequeño grupo se vio ampliado con la llegada de Emily y Llámemme Bruce van Damm. Tengo que admitir que hacían muy buena pareja y que Emily estaba mucho más animada. Parecía la típica joven estadounidense de Lord & Taylor (sucursal de Bala Cynwyd) y él estaba muy bronceado, sonriente y llevaba una chaqueta de cachemira. Me recordaban un poco a las ilustraciones idealizadas de las parejas de enamorados de la revista para la que yo intentaba escribir. Le presentamos a Emily a lady Joyce, y Bruce exageró un poco al hacer una reverencia y besarle la mano. Me dije con perversa satisfacción que no habría durado mucho tiempo en los círculos de la aristocracia inglesa. Preparé las copas mientras lady Joyce se extasiaba educadamente con la belleza, el encanto y la elegancia de Emily.

—Cielos, Leander, ¿esta preciosidad es tu hija? Es increíble. Tu madre debe ser muy guapa, querida.

Starr se estremeció. Yo también.

Luego Starr desvió la conversación hacia asuntos menos dolorosos.

—Bueno, hija mía, ¿qué has hecho hoy? ¿Has ido de turismo? ¿Pirámides, museos, catedrales y monasterios?

—No, papi. Bruce me ha llevado a almorzar. Era un sitio precioso con un jardín. ¿Cómo se llamaba, Bruce? —Emily le dedicó una mirada de la más pura devoción.

—No... no lo recuerdo, Emily —dijo, pero intercambió con ella la misma mirada extasiada y el tono en que pronunció su nombre sonó como una caricia.

—Y luego Bruce me ha enseñado su apartamento. ¡Es maravilloso!

Arqueé las cejas. Me pareció que una jovencita *bien élevée* de lo mejorcito de Filadelfia no va al apartamento de un hombre al que acaba de conocer. Luego decidí que estaba siendo un malpensado.

—Oh, no es más que un sitio en el que guardar mis cosas —dijo con magnanimidad Bruce—. Igual que mi cuchitril de Gracie Square. Así llamo a mi casa en Nueva York. Siempre vivo en sitios inusitados.

Podían ser inusitados, pero reparé en que, a ambos lados de la frontera, no eran precisamente barrios que un sociólogo pudiera considerar «marginales».

La conversación prosiguió un tanto errática. Lady Joyce miraba a Starr con ojos vidriosos, mientras Emily clavaba la mirada en lady Joyce y Bruce miraba casi exclusivamente a Emily. Así que yo sólo podía mirar a mi mujer, y llevábamos años viéndonos. Observé mi copa y me pregunté cuándo tendría tiempo de acabar el relato sensiblero para la revista.

De pronto nos interrumpió un ruidoso «¡Yujuu!», y todos dejaron de mirarse y se

volvieron hacia la entrada. Y no era extraño. Ahí estaba la señora Worthington Pomeroy tan despampanante como un palomo buchón, ataviada con un fino vestido de un color que mi abuela llamaba «pecho de palomo», cubierto de cuentas y estolas y etéreos pañuelos. Llevaba puestos todos los brazaletes que tenía, un inmenso sombrero floreado, zapatos de plástico transparente y un bolso de plástico en el que habían pegado muchas mariposas inocentes. Se veía lo que contenía, y pude distinguir una pitillera de oro y rubíes con un mechero a juego, una caja de cerillas de Calmalax (por si fallaba el mechero), un pañuelo sucio, un inhalador de Benzedrex, un peine sucio, un colirio y muchos otros accesorios del eterno atuendo de Clarice.

—¡Hola, vecinos! Ji, ji ji. Nunca imaginarán lo que he estado haciendo hoy.

—¿Abusando sexualmente de los niños nativos? —sugirió Starr.

—¡Ji, ji, ji! ¡No! He ido a buscar casa y al final he alquilado la Casa Ortiz-Robledo. ¡Es divina y está a la vuelta de la esquina! —Cuánta razón tenía. La casa era una vieja mole todavía más grande que Casa Ximinez—. Y por eso he venido: para decirles que la fiesta de esta noche ha cambiado de hora. ¡Ji, ji, ji! He intentado llamarle por teléfono, Paddy, pero no lo he encontrado en la Guía Angloamericana.

—Porque no figuramos en ella —dijo mi mujer.

—Ni siquiera en la guía telefónica.

—No tenemos teléfono —dije.

En ese instante empezó a sonar el teléfono. Supe que seguiría sonando hasta que Guadalupe dejara de comer y fuese a contestar.

—En fin, he venido a decirles que me he mudado a mi mansión colonial, así que la fiesta será allí. ¿Envío el coche a recogerlos?

—Ya que está a cincuenta pasos, no me parece necesario —respondí. Luego reparé en que miraba con curiosidad a lady Joyce y decidí hacer las presentaciones—: Lady Joyce —dije—, ésta es la señora Pomeroy.

—Ah, ¿no conoce usted a mi querida amiga la duquesa de Gault?

—Nos hemos visto alguna vez —dijo lady Joyce.

—Espero que venga a mi fiesta de esta noche. Es en honor del nuevo embajador de...

—Es usted muy amable, señora Pomeroy, pero me temo que los Maitland-Grim tienen invitados y cuentan con mi presencia.

—¿Bunty Maitland-Grim, querida?

—Sí.

—Oh, ojalá pueda usted traerla. Me encantaría coincidir con ella. —La señora Pomeroy reparó en que yo la estaba mirando y añadió—: Nuevamente.

—Seguro que a ella también —dijo lady Joyce—, pero los invitados llegarán muy pronto. De hecho, tengo que ir a cambiarme. Muchas gracias. Adiós, Leander —dijo besándole con sadismo la calva de la coronilla. El gesto no pasó desapercibido ni a Emily ni a Clarice—. Llámame para... lo que hemos hablado. Tal vez me interese. Gracias y adiós.

Dicho esto se marchó.

—Y, Emmy, espero que traigas a tu novio. No creo haber tenido el placer.

—Señora Pomeroy —dije—, éste es el señor Van Damm.

—Llámeme Bruce —dijo.

—De acuerdo, Bruce, pero sólo si tú me llamas Clarice.

—Es muy amable, señora Pomeroy —respondió Emily. Una vez más su voz había adquirido ese tono frío y desaprobatorio—. Pero...

—Nos encantaría —la interrumpió Bruce con una sonrisa sincera.

—Divino. Podéis pasar cuando queráis a partir de las ocho. Bueno, adiós. Tengo que ir a casa a arreglarme. —Se alejó dando saltitos por el patio con los pies rollizos asomando entre las tiras de las sandalias de plástico.

—¿Arreglarse más? —dijo mi mujer.

—Papi —preguntó Emily con cierta petulancia—, ¿tenemos que ir?

—Sí, mi querida hija —dijo fatigado Starr—. Al menos yo.

El cóctel de Clarice en la ostentosa Casa Ortiz-Robledo sólo tuvo interés desde el punto de vista de la maledicencia. El embajador y su mujer no se presentaron. De hecho, pronto reparé en que ser uno de los invitados de honor de la señora Worthington Pomeroy era un modo casi seguro de contraer un resfriado, un virus, enfermar del estómago, adquirir un compromiso profesional ineludible o tener que salir urgentemente de la ciudad apenas una hora antes de que empezase la fiesta. Quien sí se presentó fue la acostumbrada morralla internacional que frecuentaba las fiestas de la señora P. Los títulos nobiliarios de Georgia, Montenegro, Rutenia, Bosnia-Herzegovina y otros países desaparecidos se exhibieron en toda su gloria. Además fueron los ricos de Clarice: los ricos aburridos, los ricos vulgares y los ricos aburridos y vulgares. La mayoría tenían que ver con el petróleo, las grandes empresas, las cadenas de grandes almacenes y las casas de descuento, conocidas marcas de comida en conserva o laboratorios farmacéuticos. Y si uno no podía identificarlos enseguida daba igual, porque Clarice siempre estaba a mano para proporcionar toda la información sobre quién era cada cual y a qué se dedicaba. Para completar la alegre multitud estaban los viejos habituales de Ciudad de México: las actrices que no actuaban, los escritores que no escribían, los pintores que no pintaban, los vagos, timadores, delincuentes y expatriados que irían a cualquier sitio donde diesen comida y bebida gratis. Uno de esos grupos de personas que te hacían tener la absoluta certeza de que muy pronto empujarían a alguien a la piscina.

Clarice llevaba un vestido de lamé escarlata con una falda de flecos («Espera y verás, querida, luego bailaremos el twist»), un feo collar de diamantes y rubíes que acentuaba su cuello corto y grueso, y todos sus brazaletes. Como detalle final se había puesto una peluca rubia platino, peinada a la moda del momento. Supongo que intentaba transmitir puro encanto juvenil, pero lo único que hacía aquel absurdo

montón de cabello blanco era darle aspecto de vieja verde.

Aunque se había instalado apenas unas horas antes, Clarice dominaba la mansión. Había dos bares, criadas y camareros que circulaban por todas partes, una mesa inacabable cubierta de comida incomible (aunque algunos de los invitados habrían engullido cualquier cosa, y de hecho contaban con sustituir la cena con cangrejo, queso, caviar y lo que fuese). Una banda de mariachis polvorientos tocaba en el patio.

Llegamos con Starr y Emily a eso de las nueve, y un solo vistazo al grupo bastó para hacernos sentir muy poco arreglados pero con un enorme gusto. Emily se quedó con la boca abierta al ver a la gentuza que se agolpaba en el enorme salón de vigas vistas construido para albergar a los Grandes de España y a sus damas.

—Igualito que la Asamblea de Filadelfia, ¿verdad? —dije.

Ella se rió y le apretó el brazo a Bruce.

Clarice saltó como una foca a la hora de la comida cuando vio al elemento conservador —por llamarlo de algún modo— ante la puerta, y no tardó en presentarnos a media docena de tipos repulsivos —y de catalogar sus negocios y sus conexiones sociales y familiares (cuando las tenían)—. A mi mujer y a mí se nos permitió vagar a nuestro aire entre una horda de viejas arpías, cada una de las cuales me dijo explícitamente que ella era la tía Mame original. Starr, como es natural, se separó de nosotros y permaneció junto a la señora Pomeroy, que se aferró a su manga de seda negra como si temiera que pudiera arrastrarla el viento. En todo el salón se oía la risa sin gracia que puntuaba casi todas sus frases y sonaba como un solo de trompeta. «Y quiero que conozca al famoso director de cine Leander Starr, ésta es su preciosa hija, recién puesta de largo en Filadelfia, y éste es el señor Bruce van Damm. ¡Ji, ji, ji!».

—Una hora —le susurré a mi mujer—, luego nos largamos.

—¿Tenemos que quedarnos tanto?

Entre el ruido, el humo y la multitud, seguí observando a Starr. Era evidente que no estaba falto de elegancia en sociedad. Incluso en medio de aquella caterva de ignorantes emperifollados destacaba con su sobrio traje negro y su lazo de cuello. Incluso quienes no habían oído hablar jamás de Leander Starr (y nadie en aquella pandilla daba la impresión de ser un gran mecenas de las artes) parecían reparar en que era alguien importante. Las mujeres lo lisonjeaban. Los hombres lo miraban nerviosos, con envidia y suspicacia, y luego se preguntaban unos a otros quién y qué podía ser tapándose la boca con las manos regordetas y de uñas brillantes. Era su primera aparición pública desde su llegada a México y los estaba abrumando.

Después de un rato que se me hizo tan largo como un verano en San Luis, transcurrió la hora.

—Ya —le dije a mi mujer—. Y no te entretengas con las despedidas. Basta con decir gracias y adiós.

—No te preocupes —respondió.

Nos abrimos paso hasta la sala donde Clarice, todavía aferrada a Starr, le estaba

explicando en qué consistían el encanto, la fortuna y el chic a una pareja que se había enriquecido vendiendo material de fontanería y nos despedimos.

—Oh, no se marche aún —dijo la señora Pomeroy sujetándome del brazo con la garra que tenía libre—. Vamos a bailar el twist.

—Yo no —respondí—. Tengo que madrugar mañana. —Era falso.

—Pues claro, hijo mío —terció Starr—. Mañana usted y yo vamos a ir a ver a Arístides González.

—¿Ah, sí?

—Sí, mi querido joven.

—Papi —dijo Emily. Una vez más, y pese a mi voluntad, me pareció mojigata, estomagante y pesada—. Papi, ¿no podemos irnos todos?

—Tú sí, querida. Seguro que el señor y la señora Dennis estarán encantados de acompañarte a casa. Yo tengo que quedarme un poco más.

—Pero, papi...

Me entraron ganas de abofetearla. ¿Es que no veía a lo que se enfrentaba su padre? Pues no. Estaba claro que no. Ni siquiera podía concebir algo así en su ordenada vida.

—He dicho que no, hija. El señor y la señora Dennis te acompañarán, si de verdad tienes tantas ganas de irte.

—Está Bruce, papi. Él cuidará de mí.

—Bendita seas, hija. Hasta mañana. —Le dio un casto beso en la frente.

Los cuatro volvimos andando a casa, mi mujer y yo liderando lentamente la procesión.

Unas horas más tarde, incapaz de dormir, mi mujer me encontró asomado a la ventana del dormitorio.

—¿Qué haces? —preguntó con dulzura.

—Disfrutar de la vista del patio, querida —respondí.

—¿Es que te has vuelto loco?

—Baja la voz, cariño, los estás molestando.

—¿A quién?

—Ponte las gafas, vieja tonta. A ellos. La bella Emily y Llámeme Bruce.

IX

Si ya me había costado conciliar el sueño, aún me costó más despertarme a la mañana siguiente. Eran más de las diez cuando me sobresaltaron los golpes de Starr en la puerta del dormitorio. Al salir de la cama a toda prisa, tiré al suelo con estrépito la omnipresente bandeja del desayuno. Dije una palabra malsonante, pisé una taza rota, dije otra aún más malsonante, me eché una bata encima y le abrí la puerta a Starr. Iba vestido para una comida de gala o una reunión en Downing Street: cuello almidonado, bombín, guantes y un elegante paraguas, pese a que la primera gota de lluvia no caería hasta dos meses más tarde.

—Dios mío, ¿es que piensa pasarse el día dormitando? Su mujer lleva horas levantada. Dese prisa. No podemos hacer esperar a una importante figura del cine mexicano como Arístides González.

—Siéntese mientras preparo un poco de café y me doy una ducha —murmuré.

—No tenemos tiempo. Además, parece usted limpio.

—Pues no lo estoy.

—Tal vez nadie se dé cuenta. Póngase algo con un poco de clase. —Abrió el armario y empezó a rebuscar entre mis trajes—. Vaya, ¿es que no tiene nada con un poco más de estilo?

—Aquí no. Lo que lleva usted no se estila mucho... fuera de los escenarios.

—Es el vestuario más cutre que he visto.

—Al menos está pagado.

—Tome, éste servirá. —Me lanzó un traje Príncipe de Gales tejido pensando en Siberia—. Y póngase chaleco. Si hay algo que no soporto es ver cómo les cuelga la panza del traje a los estadounidenses.

—¿Está loco, Starr? Hoy va a hacer más de treinta grados.

—El arte requiere ciertos sacrificios, querido muchacho, y tratándose de González cierta formalidad es condición *sine qua non*.

—Eso y vigilar la cartera, por lo que he oído —gruñí. Me quité la bata y rebusqué en un cajón en busca de una camisa limpia.

—Cielos, muchacho —dijo Starr—, ¿tiene todo el pelo canoso?

—Sí. ¿Y usted lo tiene todo teñido?

—No sea impertinente con sus mayores y dese prisa. No podemos hacer esperar a González. —Después de repasar todas mis corbatas y de criticarlas antes de dejarlas caer al suelo; después de recomendarme un sitio espléndido en la rue Castiglione especializado en prendas para caballeros; después de tildarme diez veces de descuidado por no haber llevado bombín, un paraguas y guantes de cabritilla a un país de palmeras e insolaciones, proclamó que iba más o menos aceptable.

—Pero procure no llamar la atención, muchacho, y sobre todo no abra la boca. Déjeme hablar a mí.

—Estaría bien para variar —respondí.

Me obligó a bajar corriendo las escaleras y me permitió darle un casto beso a mi mujer.

—¿Vendrás a comer?

—Eh..., no sé...

—Desde luego que no. Mi viejo y querido amigo González nos ofrecerá sin duda un opíparo banquete. *À bientôt, chérie.*

Salimos a la calle y dije:

—¿Se puede ir andando o nos conviene coger un taxi?

—No sea ridículo, hijo mío. Dios, ¿cómo se puede ser tan ingenuo después de cuarenta años en este valle de lágrimas? —Sacó un minúsculo silbato de oro del bolsillo y sopló para producir un penetrante pitido. El espantoso Cadillac lavanda de la señora Worthington Pomeroy apareció a la vuelta de la esquina, con el chófer, el lacayo, la tapicería de satén fucsia y el aire acondicionado a toda potencia.

Starr se instaló en el coche y dio la dirección.

—¿Quiere que le arroje con la manta de chinchilla, abuelito? —pregunté.

—No sea descarado. ¿Sabe?, este coche no estaría tan mal si fuese de otro color. Aunque a la larga el Rolls resulta más barato.

—¿La señora Worthington no va a necesitar hoy el coche?

—Hoy no. Tiene un nuevo juguete. Esa enorme mansión. Así que ha accedido generosamente a prestármelo.

—Y a cambio se cobrará lo suyo con intereses, ¿no?

—Más o menos. Recuerde: no se comporte como un estadounidense palurdo cuando veamos a González. Los sudamericanos no entienden esas cosas. Dignidad y decoro. Usted sígame la corriente. —Sacó una ostentosa pitillera del bolsillo de la chaqueta y la abrió justo delante de mis narices. Estaba vacía—. ¡Diablos! ¿No llevará encima un cigarrillo decente? Mi ayuda de cámara cada día es más descuidado. ¡Gracias! —Volvió a aposentarse en el asiento fumando con afectada desenvoltura, aun así noté que estaba nervioso.

El enorme vehículo de la señora Pomeroy se dirigió tranquilamente al barrio de El Pedregal —muy adinerado— y se detuvo ante una tapia muy moderna, aunque un poco deteriorada con una puerta de hierro forjado *moderne* que me recordó los diseños escénicos del difunto Joseph Urban. Starr y el lacayo interpretaron una bonita y breve escena de ballet cuando éste último abrió la puerta, hizo una profunda reverencia, y a punto estuvo de prosternarse al ayudarnos a bajar, o más bien a trepar, a la acera desde el coche.

Starr tiró de la campanilla y esperamos. Volvió a tirar y esperamos un poco más. Luego tiró de ella con furia y se quedó con la cadena en la mano. «¡Demonios!», rugió. Momentos después, apareció al otro lado de la puerta un jovencito muy pálido de unos veinte años, labios carnosos y gafas de culo de botella. Parecía adormilado, estúpido y muy desconfiado.

—¿Qué desean ustedes? —preguntó comedido.

—¿Está en casa el señor González? —preguntó Starr.

—No lo sé —respondió el joven en un inglés perfecto, con un deje de Oxford, que parecía cómico considerando el resto de su aspecto—. ¿Quién pregunta por él?

—El señor Starr. Le-an-der Starr. Tengo una cita. —El joven me echó una mirada inquisitiva con unos ojos que parecían tan grandes como ciruelas detrás de los gruesos cristales de las gafas—. Es el señor Dennis —dijo Starr—. Mi socio. —Así supe cuál era mi nuevo empleo. Yo me había ofrecido voluntario para ayudar a Starr con el guión («incompleto» era una descripción que se quedaba corta), pero no sabía que iba a implicarme tanto en *El Valle de los Buitres*.

—Entonces, ¿mi padre les está esperando?

—Na-tu-ral-men-te —declaró Starr.

—Pasen, por favor.

Abrió varias cerraduras y cerrojos y con un espantoso chirrido de bisagras oxidadas abrió la puerta lo justo para que pudiéramos entrar de lado. No me pareció precisamente la tan cacareada hospitalidad sudamericana de «Mi casa es su casa». Seguimos por un largo sendero de grava a través de lo que debió de ser en otro tiempo un precioso jardín de la escuela naturalista, aunque la naturaleza se había cobrado su venganza y el lugar estaba cubierto de enredaderas y malas hierbas. Un estanque excavado en la roca volcánica estaba cubierto de hojas y espuma, y un enjambre de insectos sobrevolaba los escasos centímetros de agua putrefacta. Ante nosotros se alzaba una modernísima (antaño) casa de tejado plano que me recordó los experimentos más osados de Frank Lloyd Wright de treinta años atrás. El joven se hizo a un lado con hosquedad al llegar a la puerta principal, que parecía la entrada a un antiguo teatro Trans-Lux, y nos cedió el paso.

La antesala era un enorme cubo desnudo y enjalbegado con el suelo de baldosas de lava volcánica y grandes lajas de lava volcánica que asomaban de la pared para formar una escalera que llevaba al piso superior. Otra escalera en voladizo similar conducía al piso de abajo. De hecho, no había dos habitaciones que parecieran estar al mismo nivel. En las paredes había enormes retratos —sobre todo femeninos— pintados por artistas como Diego Rivera, Frida Kahlo, José Orozco y David Siqueiros en raros momentos no reivindicativos socialmente. Al igual que la casa, servían de recordatorio del cambio tan drástico que había experimentado la moda.

Aquí y allá se veía un gran rectángulo blanco de donde, afortunadamente, habían descolgado una de aquellas obras maestras de los años treinta. Un perro viejo y enorme, de raza indeterminada, salió gruñendo de la penumbra. El chico lo maldijo en español (tuteándolo). El perro desapareció en la oscuridad con un gañido.

—Por aquí —dijo taciturno el muchacho.

Lo seguimos por los escalones de lava hasta un inmenso salón de techo muy alto. Una vez más, era puro Frank Lloyd Wright con leves toques de Luis Barragán, Carlos Mérida y Juan O’Gorman de hace muchos años. La sala estaba amueblada de manera

muy sobria con sillones más mullidos de la cuenta que parecían sacados del salón de fumadores del viejo *Normandie*. Los tonos predominantes eran el mostaza y el *chartreuse* en oleadas aterciopeladas. En los brazos y los respaldos de todos ellos había manchas grisáceas. Por todas partes había cabos de vela.

—Siéntense, por favor —dijo el muchacho—. Avisaré a mi padre de que han llegado.

Me senté con cuidado en uno de los sillones; se oyó el ruido de una cuerda de arpa rota y un muelle se me clavó con insidia.

Volví a ponerme en pie y di unos pasos hasta la chimenea. Estaba llena de periódicos viejos, cartas, envolturas de caramelo y colillas. En la repisa había un retrato tan grande como una manta. Era, una vez más, de Rivera y representaba a una belleza de ojos endrinos y traje indígena. Me recordó sobre todo a un viejo póster que animaba a visitar el suroeste con la Union Pacific.

—¿Sabe quién es ésa, mi querido muchacho?

—Me resulta vagamente familiar.

—Es Concha Malagar..., la mujer de González. La madre de ese chico. En su época fue una actriz famosa. El orgullo de Sudamérica.

—Es una pena que el hijo no se le parezca —dije—. ¿Qué ha sido de ella?

—Murió. Se suicidó.

Fuera se oyó un grito.

—¡Ay, Starr, Leandro! Aquí. ¡Estoy en la piscina!

—¿Cómo? —preguntó Starr.

—Dice que está en la piscina. ¿Qué es, una piraña?

Salimos por una puerta corredera de cristal muy sucia y bajamos por otros largos y sinuosos escalones de lava. Como ocurría con la parte delantera de la casa, el jardín debió de ser magnífico en otra época. Ahora estaba cubierto de maleza y había basura desperdigada aquí y allá. En el fondo había una enorme piscina, más o menos con forma de riñón. Parecía vacía. Los bordes estaban resbaladizos por el verdín, y el agua, turbia por las algas, daba la impresión de no haber sido cambiada ni filtrada en años. De pronto, entre muchos chapoteos y resoplidos, el hombre más gordo que he visto jamás salió flotando a la superficie. Me recordó a un hipopótamo retozando en el fango.

—¡Ah, Starr! ¡Querido Leandro! Ahora salgo.

El señor González fue salpicando hasta la resbaladiza escalera y se las arregló para subir a tierra firme. Iba tan desnudo como el día que llegó al mundo y era mil veces más repulsivo que entonces. Soportaba al menos ciento cincuenta kilos en la delgada estructura de lo que debería haber sido un hombre esbelto. Unos pechos grandes y pendulares se balanceaban de derecha a izquierda con cada movimiento, enormes pliegues de grasa caían en cascada sobre las caderas, su barriga era una enorme lorza de tocino que casi le llegaba a las rodillas. Estaba cubierto de vello corto y negro por el que el agua corría formando un millón de riachuelos.

Chapoteando y goteando rodeó la piscina en dirección adonde nos encontrábamos, sus pies planos hicieron «¡paf!» contra el suelo de lava.

—¡Leandro! ¡Querido Leandro!

A la manera tradicional mexicana rodeó con ambos brazos a Starr, la carne peluda colgando de los bíceps. Starr, con su espléndido traje londinense totalmente empapado, se liberó con agilidad y me presentó. Tuve la suerte de recibir sólo un húmedo y grasiento apretón de manos y un «Mucho gusto». Retrocedió y se sacudió un poco el agua balanceando sus montañas de grasa de manera obscena. Luego se pellizcó el hocico de cerdo con el índice y el pulgar y se sonó.

—¿Les gusta nadar? —dijo haciendo un gesto tentador en dirección a la piscina sucia.

—No, gracias —respondí en un esfuerzo por contener las náuseas.

—Creo que hoy no —dijo Starr entre arcadas.

—Por favor, siéntense —dijo González señalando dos sillas de lona con el asiento hundido.

En una de ellas se había acumulado el agua. Starr escogió la otra, y yo me alegré cuando la lona podrida se rasgó y se quedó con la barbilla entre las rodillas y el trasero en el suelo de lava. González se rió mucho y sus ubres fofas y su panza prominente se balancearon de un modo abominable.

—Por el amor de Dios, Dennis —gruñó Starr—. Sáqueme de esta trampa para moscas.

Yo agradecí tener una excusa para apartar la mirada de nuestro anfitrión. Cuando conseguí sacar a Starr de la silla rota, González se había puesto lo que alguna vez debió de ser un albornoz blanco. Ahora era un amasijo de hilos mugrientos, gris como una fregona vieja.

—Vamos, Starr —dijo González—, nos sentaremos aquí.

Se desplomó sobre el mohoso cojín de un balancín oxidado que gimió agónicamente bajo su peso. Luego puso las piernas delgadas cubiertas de venas varicosas como un mapa de carreteras sobre la mesa de azulejos y contempló muy satisfecho sus pies deformes. Por lo visto era de la opinión de que las uñas de los pies se cortan solas.

—Ése es mi hijo, Heff.

—¿Cómo? —dije.

—Mi hijo, Heff. Lo llamé así por un famoso actor estadounidense que era amigo mío, Heff Chandler. Ya fallecido. —Se santiguó piadosamente.

—Ah, ya, Jeff Chandler.

—Sí, exactamente. Pobre Heff. Mi amigo. Mi hermano. —Luego le dijo algo en español a Heff. Por lo que pude entender, era que saliese a comprar tequila. Heff hizo una mueca con sus gruesos labios y gruñó, también en español: «¿Con qué?». Se produjo una incómoda pausa—. Necesitaré a Heff para que nos haga de intérprete. Mi inglés es... —Hizo un gesto.

Heff empezó a traducir en su inglés afectado.

—Mi padre dice que me necesitará como intérprete pues su dominio del...

—Sí, sí, muchacho. Tanto el señor Dennis como yo lo hemos entendido. Bueno, Arístides, en cuanto a *El Valle de los Buitres*...

—Ah, sí, sí, pero antes permítanme rememorar la noche de ayer. Estuve con la rubia más hermosa. Igualita que Marilyn Monroe. —Un gesto sinuoso para reproducir su figura recorrió todo su cuerpo—. Vino a mi casa, me rogó que la llevara a la cama. Me negué. Rogó. Lloró. Dije que tal vez. Se quitó el vestido... — Embargado de emoción, se pasó al español mientras Heff traducía en su inglés frío, seco y preciso.

—Mi padre dice que la joven se quitó la ropa. Que él le acarició el torso como un raro instrumento musical: un violín o un violonchelo. Ella gimió de placer y le imploró que la poseyera físicamente. Una vez más, él se negó. Al verla loca de deseo, consintió por fin. A su debido tiempo ella le pidió que interrumpiera sus violentas pasiones. Mi padre, un tanto fatigado después de haber satisfecho sus deseos carnales con otras dos bellas mujeres a primera hora del día, se sumió en un profundo sueño. Pero ella le dejó sobre la almohada un soberbio alfiler de diamantes en prueba de su extrema gratitud —terminó el hijo con un leve suspiro de asco.

El padre esperó con paciencia a que terminara de traducir y sonrió complacido. Yo estaba atónito. La idea de que el señor González hubiese estado en la cama con algo más que una bolsa de agua caliente superaba con creces cualquier cosa que pudiera imaginar.

—Bien hecho, Arístides —dijo Starr con una risa forzada—. Veo que sigues siendo todo un donjuán. Y ahora hablemos de la película. Tengo el guión y al cámara. —Heff siguió desapasionadamente con su traducción simultánea—. No obstante, estoy trabajando con un presupuesto muy limitado. Tendré que evitar muchos lujos innecesarios si quiero hacer la película. Para eso necesito tu ayuda... y tus relaciones en la industria del cine mexicano.

González alzó la mano para pedir silencio y una vez más habló en español.

—Mi padre dice que hace muchos años, cuando estaba en su yate anclado en el Nilo, en El Cairo, un enviado de cierta casa real europea subió a bordo y exigió la presencia de mi padre ante su mujer, una afamada princesa de belleza indescriptible. Con una fuerte escolta, mi padre acompañó al..., ejem, caballero real a la villa de su alteza. Ella lo recibió ligera de ropa y con botas de charol negro y tacones escarlata. En la mano derecha llevaba un látigo muy largo. Aquel personaje real le contó a mi padre que había intentado descubrir el placer con los mejores amantes de Europa y todos habían fracasado. Luego le dio un bebedizo que se decía que producía un estado de absoluta tumescencia durante cuarenta y ocho horas. Lo llevó a la habitación de al lado, que estaba tapizada de terciopelo negro. El suelo estaba cubierto de *fraises des bois*... disculpen señores, en inglés *fraises des bois* son...

—Fresas —dije reprimiendo un bostezo.

—Ah, sí, gracias, señor. La princesa ordenó a mi padre que se quitara la ropa...
—Heff siguió hablando y hablando con la misma emoción que si estuviese leyendo un extracto bancario en voz alta. Dejé de escuchar. En esta ocasión el episodio de la vida de González estaba tomado casi palabra por palabra de un libro pornográfico que compré una vez en El Cairo por cinco piastras. Se titulaba *Una prinsesa tan beya* (sic) y era más interesante por sus errores tipográficos que por sus efectos erógenos. La historia concluyó por fin, como yo podría haberle dicho a González por anticipado, con la hermosa princesa arrojándose a sus pies (tuve que apartar la mirada de sus pies; lo último que quería era imaginármelos sucios de fresas pisoteadas) y ofreciéndole su reino a cambio de que aceptase el cargo de semental real. A pesar de su egoísta negativa, ella lo recompensó con su peso en diamantes.

—¿Qué podía hacer yo, Leandro? Esa dama me tuvo allí seis días. ¡Ay, qué mujer!

—Je, je, je, no has perdido tu chispa, Arístides —dijo Starr—. Hablemos ahora de los estudios, suponiendo que necesitemos alguno. Están los Estudios Churubusco. Son los más grandes y los más caros, o los Estudios San Ángel. ¿No podrías interceder y...?

Una vez más el gesto pidiendo silencio.

—Disculpe, señor Starr. Mi padre pregunta si recuerda usted a una actriz española llamada Estrellita que apareció en su última película...

—Perdóneme, por favor, Heff —lo interrumpí—, pero ¿cuándo produjo su padre su última película?

González estaba a punto de proseguir con sus reminiscencias venéreas, pero el hijo se volvió hacia mí con educación y dijo:

—No lo sé con exactitud, señor. Fue antes de que yo naciera.

—Gracias —dije.

—Era una morena despampanante con pechos como melones. Mi padre dice que una noche tras otra, cuando los demás actores se iban del estudio, ella lo llamaba al camerino...

—Disculpen —dije—, ahora vuelvo.

González me dedicó una mirada iracunda por interrumpirlo, pero me sentía asqueado. Di un paseo por el jardín para relajarme y, unos diez minutos más tarde, volví a la apestosa piscina. González, reluciente por el sudor, estaba relatando otra de sus conquistas. Starr parecía acalorado e impaciente, el hijo martirizado e impasible.

—... después de dos semanas en la suite del hotel de San Petersburgo, la gran duquesa, con lágrimas en los ojos, ofreció a mi padre un cheque por un millón de rublos, pero mi padre fue demasiado orgulloso para aceptarlo.

—Si pudiéramos seguir con las dificultades de producir la película del señor Starr... —dije enfadado.

Heff tradujo. Los ojos malévolos de González me echaron una mirada de odio entre los pliegues de grasa. Gruñó una larga frase en español. Heff se ruborizó un

poco, hizo una pausa, se toqueteó incómodo el cuello de la camisa y empezó a hablarme. Noté su azoramiento y que estaba buscando eufemismos para que lo que había dicho su padre sonase un poco mejor.

—Mi padre dice, señor, que tiene entendido que los estadounidenses no son muy viriles y que no mantienen relaciones sexuales por placer, sino sólo para la procreación. Pregunta si eso es cierto y si tiene usted alguna anécdota erótica personal que contar.

Sonreí y dije:

—Por favor, dígame a su padre que en Estados Unidos el sexo es como el dinero: la gente que de verdad lo disfruta no habla de ello.

Se produjo un segundo de silencio. Starr fue el primero en romperlo con una ruidosa y gutural risotada, y luego Heff perdió el control y un grito agudo e histérico siguió a otro. Se llevó las manos a los costados, se dio palmadas en los muslos, se balanceó en su frágil asiento y por fin se cayó de él y se retorció sobre el suelo mojado. Las lágrimas le empañaron los cristales de las gafas, jadeó y se atragantó. Yo no era consciente de haber sido tan gracioso. Starr seguía carcajeándose, pero su risa no era nada comparada con la de Heff. La única persona que no parecía verle la gracia era González, que se puso del color del ocaso y me echó una mirada de odio sincero. Se la devolví. Al cabo de un rato Starr dejó de reírse y se enjugó una lágrima o dos con un espléndido pañuelo de lino. No así el hijo, que siguió jadeando en el suelo. Resultó un tanto embarazoso. Por fin González se puso en pie —con agilidad, para ser un tonel de grasa— y le gritó:

—¡Váyase! ¡Váyase y deje de molestarme! ¡Salga!

Heff se puso en pie con esfuerzo y, retorciéndose de risa, subió a cuatro patas por los escalones de lava, todavía estremecido y tembloroso. Al llegar arriba se volvió e intentó ponerse en pie.

—Disculpen, caballeros, pero tengo que pedirles que me... —soltó otra risotada y entró en la casa.

—¡Loco! —gruñó González, dándose un golpe en la cabeza grasienta—. Seguiremos solos. Hablemos de la película..., el cine. —En inglés macarrónico, con fragmentos en español y francés, Starr y González se pusieron manos a la obra. Todo iba a ser una idílica colaboración basada en la confianza, el amor y el entendimiento fruto de sus muchos años de hermosa amistad. Eran, «¿cómo suele decirse?», hermanos. No harían falta ni sindicatos, ni papeleo, ni permisos. González tenía contactos con todos los peces gordos de la industria del cine y con el Gobierno mexicano. González se ocuparía de todo: de la película, del revelado, de los laboratorios, del negativo, de las copias de trabajo y del doblaje. Starr —el amable, encantador y maravilloso Starr— no tenía más que dejarlo todo en manos de González. ¿Quién era el mejor amigo de Starr? González. ¿Quién era el compañero inseparable de todas las personas y familias influyentes del país? González. ¿Quién era capaz de solucionar cualquier problema en ese hemisferio? Exacto, González.

Pasada la una, Starr terminó de disponerlo todo y se levantó para marcharse. Yo seguí a González escaleras arriba, intentando no mirar su enorme trasero, que ondulaba debajo del albornoz maloliente. De vuelta en la casa, Starr dijo:

—A propósito, ¿le importa si uso el teléfono?

Sin esperar una respuesta, descolgó el auricular y empezó a marcar el número.

—El teléfono está estropeado hoy, Leandro. No funciona. Hay que arreglarlo.

De pronto apareció Heff en lo alto de las escaleras.

—Caballeros, mi padre dice que el teléfono está estropeado. No funciona. Y hace un año que no funciona.

Luego echó una mirada a su padre, resopló ruidosamente, volvió a partirse de risa y desapareció.

González chapoteó hasta la puerta principal y dio un fuerte abrazo de despedida a Starr y repitió de manera efusiva que eran hermanos. A mí no me dio la mano ni me dedicó una palabra de despedida. Y no me importó. Bajamos por el sendero cubierto de mala hierba, abrimos los cerrojos y las cerraduras de la reja oxidada, subimos al espantoso coche de la señora Pomeroy y nos pusimos en camino.

—Arístides es todo un personaje —dijo Starr—. ¿Tiene un cigarrillo, querido muchacho?

—Starr —exclamé—, ¿se ha vuelto usted loco?

—Me temo que no sé a qué se refiere, hijo mío.

—Mire, Starr, ésta es su oportunidad de hacer algo digno para poder volver a casa. No lo estropee dejándose enredar por una bola de sebo como González.

—Escuche un momento, González es el mayor productor de México.

—Si lo dice por el peso, no se lo discuto. Pero no ha rodado un solo plano en más de veinte años. Ya ha oído a su hijo.

—Heff es un niño neurótico y desdichado que está celoso de su padre...

—¿De qué? ¿De su apostura? Está acabado y es un fraude. Su reputación es tan mala que hasta yo he oído hablar de ella. Esa casa asquerosa, sin teléfono, ni luz, ni agua...

—Su lamentable debilidad, mi querido muchacho, radica en la excesiva importancia que concede a las cosas terrenales. Arístides es mi hermano, ya lo ha oído.

—Sí, y también le he oído decir que Jeff Chandler, Gary Cooper, Clark Gable, Ernest Hemingway, André Gide, Pancho Villa y un montón de gente más son sus hermanos. Pero da la casualidad de que no están aquí para refutarlo. En cambio yo sí que estoy y puedo decirle que su «hermano» es un estafador y que vale más que vaya a buscar a otro sitio.

—Le cae mal porque usted no le resulta simpático —se rió Starr—. Tengo que admitir que su respuesta fue graciosa. El sexo es entretenido, pero resulta aburridísimo cuando te lo cuentan. Igual que viajar.

—Me alegro de no resultarle simpático, porque él tampoco me resulta simpático a

mí, ni confío en él, ni creo en lo que dice ni...

—Ah, dice usted eso ahora, pero si pudiera verlo...

—Si pudiera verlo adobado en un espetón giratorio podría alimentar a toda Ciudad de México... y seguro que sobra. Y ahora calle y lo llevaré a usted a El Paseo a comer.

Cuando Starr entró en el restaurante se produjo un murmullo de reconocimiento y admiración entre las damas de la Junior League, aunque su atuendo de Saint James's Street habría bastado para detener el tráfico en ambos sentidos en el Paseo de la Reforma. Se lo presenté a William Shelburne, el propietario, Starr aceptó con elegancia la copa a la que lo invitaron, pidió sólo dos veces que nos cambiaran de mesa y luego dijo cordialmente:

—Señor Shelburne, tómese una copa con nosotros cuando tenga un momento.

Starr pidió mucho y caro, hizo comentarios favorables sobre la comida y no devolvió ningún plato a la cocina —lo cual, tratándose de él, era un gran elogio—. Habló a toda velocidad sobre un montón de cuestiones triviales: los méritos infravalorados de ciertos vinos sudamericanos y alsacianos, la excelente calidad de los guantes austriacos, la importancia de llevar vacíos los bolsillos si quieres que te sienta bien el traje..., cualquier excusa era buena para esquivar la cuestión principal: Arístides González. Pero cuando Bill se sentó con nosotros, tomé las riendas de la conversación.

—Bill —dije—, tú que conoces a todo el mundo..., ¿qué puedes contarnos de un productor de cine llamado Arístides González?

—Por favor, Patrick —dijo el señor Shelburne con gesto dolido—, nunca hablo de mis antiguos clientes.

—¿Antiguos clientes? —preguntó Starr arqueando las cejas.

—Sí, señor Starr. No lo dejaría entrar en mi restaurante ni por la puerta trasera. —En ese momento llegó un camarero y dijo algo apresuradamente en español—. Perdona, Patrick, señor Starr. Hay un problema en la cocina. Disfruten de la comida.

—¿Lo ve? —le dije con cierta petulancia a Starr—. Eso le permitirá hacerse una idea de la opinión que tiene la gente de aquí de su «hermano».

Pero si tenía la esperanza de desanimar a Starr con unas cuantas palabras y una opinión bien razonada, me equivocaba. En lugar de eso se puso rígido. Era tan obstinado que, antes que admitir haber cometido un crimen tan odioso como tomar una mala decisión, habría preferido asociarse con el propio Satanás.

—Ustedes los anglosajones sencillamente no entienden cómo funciona la imaginación de los sudamericanos, y menos aún la de un gran creador como Arístides. El contrato está sellado. Empezaremos a trabajar enseguida.

—Y, a propósito del contrato, Bill conoce un excelente bufete de abogados que puede...

—¿Insultar a mi amigo González con toda esa jerigonza legal? ¿Es que ha perdido la cabeza? El abrazo que nos hemos dado es el único contrato que necesito con un viejo amigo del alma como Arístides. Déjeme esto a mí. Sé lo que me hago. ¿Por qué no pedimos uno de esos bizcochos de moka tan apetitosos y pedimos la cuenta? Esta tarde tenemos muchas cosas que hacer.

—¿Como qué?

—Tenemos que asegurar la colaboración de tres damas adineradas: mi antigua mujer, lady Monica Joyce; mi antigua estrella, Catalina Ximinez, y la señora Worthington Pomeroy.

X

Desde el gélido interior del coche de la señora Pomeroy, Starr llamó por teléfono a su apartamento... o más bien me pidió que lo hiciera yo. En México a menudo es más sencillo contactar con París que con la casa de la esquina.

—Ah, St. Regis —dijo sosteniendo el auricular en forma de orquídea—, tarda usted lo suyo en contestar al teléfono... Da igual. Las excusas no sirven de nada, sólo la puntualidad. ¿Alguna llamada...? Ah, el señor Guber, ¿eh? ¿En persona? Bueno, habrá sido un placer para usted. Tantos sitios y momentos que recordar. ¿Qué le ha dicho...? Bien... ¿Alguien más...? Ah, lady Joyce... ¿Tres veces? Imagínese. Espere un momento. —Me dio un codazo y preguntó—: ¿Sabe dónde se aloja Monica?

—Sí. Con una pareja llamada Maitland-Grim. Han alquilado una mansión enorme en San Ángel. Sé dónde es.

—St. Regis —dijo Starr—, por favor, devuélvale la llamada a lady Joyce y dígame que ahora mismo voy camino de su casa. ¿Y qué tal está la señorita Emily...? Oh, ¿ha vuelto a salir con el señor Van Damm? Bueno, supongo que no pasa nada. Con los trajes de baño y demás, ¿eh? Bueno, *Mens sana in corpore sano*... Nada. Bueno, llame a lady Joyce y luego siga encerando. Esos suelos son una vergüenza. —Colgó el teléfono y dijo—: Por favor, dígame al chófer dónde está nuestra querida Monica. Hábleme de esos Mainland-Grit; ¿son ricos?

—No viven exactamente del subsidio de desempleo.

—Muy bien. Espléndido. Y ahora, mi querido muchacho, si deja usted de parlotear como un gibón, intentaré echar una siestecita.

En casa de los Maitland-Grim estaban tomando un café de sobremesa al lado de una piscina con el agua limpia, cristalina y centelleante de color turquesa renovada por un chorro fresco que brotaba de la boca de un delfín de bronce. Lady Joyce, casi amortajada con un vestido de manga larga, protegía su piel del sol a la sombra de un pimentero. Bunty, con el tono de piel de una mulata, se había puesto un bikini minúsculo y un montón de collares de coral, brazaletes y pulseras para el tobillo que la tapaban más que el traje de baño. Bunty parloteaba. Henry, con una copa vacía a su lado y el café intocado, dormía en una tumbona. Las presentaciones llevaron a Bunty Maitland-Grim hasta el punto de ebullición de la efusividad, y de pronto recordó haber conocido a Starr en el club 400 de Londres, o tal vez hubiese sido el último invierno en Davos, o en el festival de cine de Cannes, o quizá en una cacería en casa de no sé qué terrateniente, o puede que en Biarritz el agosto anterior o...

—¿El año pasado en Marienbad? —sugerí.

—Sí, eso es, cariño. ¡Ah, es una broma! —prorrumpió en carcajadas—. Bueno, en cualquier caso, me alegra muchísimo verle. Tiene que decirme cuándo puede venir a comer. Aquí llevamos una vida tan tranquila... con el trabajo tan aburrido de Henry. En su libro, ya sabe. Llámeme para tomar una copa. ¿No les apetece darse un baño?

—No creo que vayamos vestidos para la ocasión —dije, notando cómo se me pegaba la camisa a la piel debajo del chaleco y el abrigo. La piscina, desde luego, parecía tentadora.

—Oh, Henry podría prestarles algo. O podemos bañarnos todos desnudos. Prometo no mirar.

—Me temo que no tenemos tiempo, señora Maitland-Grim. ¿Puedo llamarla Bunty? Es como si la conociera de toda la vida.

—Oh, sí por favor..., Leander.

—Sólo he venido a intentar disuadir a Monica de la idea de invertir en *El Valle de los Buitres*.

—¿Invertir? —dijo lady Joyce como si fuese una palabra extranjera.

—Sí, querida. Por supuesto, sabes que la película va a ser una empresa cooperativa en la que todos los implicados participarán en los costes de producción y luego tendrán una participación en los beneficios, con un rendimiento garantizado del tres o cuatro mil por ciento. Pero por nada del mundo permitiría que lo hicieses. Es demasiado arriesgado..., sobre todo ahora que eres una viuda de escasos medios.

—Bueno, Leander —dijo lady Joyce con un leve tono de irritación en la voz—, entre una cosa y la otra, y con los impuestos y demás, tal vez no tenga tanto como me gustaría, pero me las arreglo para llegar a fin de mes, y el papel, tal como lo describes, suena...

—No, mi querida Monica, no puedo permitirlo. Aunque en ningún sitio del mundo podría encontrar a una actriz a quien le encaje tan bien el papel de doña Rosa como a ti, no puedo dejar que...

—Pensaba que habías dicho que se llamaba doña Ana —dijo lady Joyce.

—En realidad es doña Rosa, querida, pero nunca me perdonaría malgastar tu exigua pensión de viudedad, y tu talento incomparable, en una película que no fuese un clásico y un éxito de taquilla. No, Monica, mi consejo es que cojas tus pocas libras y chelines y los inviertas, libres de impuestos, en alguna sociedad de préstamo hipotecario fiable. Así nunca pasarás necesidad y yo no me veré torturado por noches insomnes a causa de...

—Escucha, Leander —dijo lady Joyce en tono efusivo—. Creo que conozco mejor que tú el estado de mis finanzas. Quiero decir que por supuesto espero recuperar mi inversión inicial y tal vez un poco más, pero mi segundo marido era todo menos derrochador y me dejó dinero de sobra. Entre eso y lo que ahorré cuando trabajaba en el cine, aunque nunca cobrase un céntimo por las que hice contigo...

—¡Oh!, ¿y no podría yo invertir un poquitín? —preguntó Bunty. Se contoneó sinuosamente, mostrando su soberbia figura—. Sé que podría convencer a Henry de que me adelante la próxima asignación... —Henry resopló en su tumbona y volvió a quedarse dormido—. Y experiencia no me falta. Nada que ver con Monica, pero estudié en la Royal Academy y lo pasé muy bien con esos viejos locos, justo después de la guerra..., claro que era sólo una niña. Pero me dieron un número especial. En

cuanto a mi pelo...

Media hora después de llegar nos marchamos con Starr metiendo cuidadosamente dos cheques del banco Barclays en la cartera vacía.

—Para que luego hablen de las técnicas de publicidad encubierta —dije.

—¿Publicidad? ¿Publicidad? Mi querido muchacho, he venido sólo a disuadir a esas señoras de que invirtiesen su dinero. Me ha oído usted rogarles, implorarles. ¿Tengo yo la culpa de que me hayan obligado a aceptar sus cheques? Ah, a propósito, Dennis, cuando repase usted el guión asegúrese de escribir un papel importante para doña Rosa-Ana y algo no tan exigente para la vieja corista. ¡A la Casa Ximinez, por favor! —le gritó a chófer.

Aunque mi mujer y yo vivíamos en Casa Ximinez, nunca habíamos sido recibidos, por así decirlo, en la guarida de Madame X, que ocupaba toda la parte trasera del edificio. El agente inmobiliario que nos enseñó los dos o tres apartamentos disponibles expresó su total acuerdo y admiración por nuestro gusto exquisito cuando escogimos el más caro, y envió a Abelardo a buscar a nuestra casera. Después de firmar el contrato en el patio sin demasiadas formalidades, la señorita Ximinez se había guardado la fianza y había desaparecido en sus habitaciones; sólo volvimos a verla y oírla los sábados, cuando salía a cobrar el alquiler, y en las raras ocasiones en que se aventuraba fuera de la casa. Por alguna extraña razón me dio la impresión de estar colándome en un monasterio, o tal vez un serrallo. No le ocurrió lo mismo al intrépido Leander Starr, que cruzó apresuradamente el patio, evitando mirar el apartamento del señor Guber, y aporreó la enorme puerta doble. Para mi sorpresa, abrió la puerta Guadalupe, a quien yo tenía por nuestra propia asistente. Estaba fregando el suelo de baldosas de la antesala de Madame X, y eso que yo pensaba que cuando no comía se dedicaba a dormir. Pregunté por la señorita Ximinez en mi inimitable mezcla de inglés y español.

—Espéreme aquí, por favor —dijo Guadalupe—. No tardo nada, ya voy. —Starr dio un par de zancadas sobre las baldosas mojadas, resbaló, alargó los brazos y cayó de espaldas. Lo cogí justo a tiempo—. Cuidado —advirtió innecesariamente Guadalupe—. El piso está mojado.

Después subió a toda prisa el empinado tramo de escaleras, sin duda muy majestuoso. Deambulé ágilmente por ahí y me asomé a un pasillo muy ancho que daba a varias habitaciones, cada cual más grande y opulenta que la anterior. Lo menos que puede decirse es que Madame X tenía un gusto ecléctico. Al mirar en distintas direcciones vi salones franceses, salones españoles, salones italianos y salones ingleses a cuál más falso, sospeché, pero muy elegantes e impresionantes si se veían aprisa de lejos. Al cabo de un momento regresó Guadalupe.

—Esperen aquí, ahorita viene —dijo abriendo una puerta—. Esperen nomás aquí. —Nos hizo pasar a un cuartito oscuro lleno de viejos muebles tubulares cromados

que parecían proceder de un difunto salón para entretenimiento de las tropas. Las paredes estaban cubiertas de cuadros desde el suelo hasta el techo. Había corazones sangrantes, explícitas crucifixiones y *Pietàs*, así como recargados estudios de mártires —san Sebastián, santa Catalina, santa Julia, san Lorenzo, santa Lucía y otros muchos— sufriendo los tormentos más dolorosos. (Nunca sabe uno cuándo parar, ¿verdad?). Estaban pintados en tela, metal, tabla, terciopelo satén y *moiré*, y todos ellos eran —también desde el punto de vista estético— espantosos. Una pared, que habían reservado para un arte más terrenal, estaba empapelada con viejas imágenes de Catalina Ximenez recortadas de revistas de aficionados de hacía treinta años.

En el centro de la sala estaba sentada Mamacita, dando leves saltitos en un sillón de imitación de piel y adornos cromados, con las zapatillas de tela golpeando rítmicamente el suelo. El televisor estaba encendido y Mamacita veía lo que supuse sería una telenovela en español. Era demasiado coloquial para que yo pudiera seguirla, pero sin duda estaba repleta de violencia y pasión, y los personajes eran muy buenos o muy malos. En los pocos minutos que esperamos allí disfrutamos de un acuchillamiento en un club nocturno, una escena en una habitación de hospital, una arrepentimiento en el lecho de muerte, un juramento de venganza, un robo a mano armada y un intento de lo que creo era el rapto de una niña de seis años vestida para su primera comunión. Mamacita daba saltitos cada vez más emocionada a medida que la acción se volvía más frenética. Al final de cada escena prorrumpía en aplausos, y soltó un profundo suspiro de pesar cuando empezó la inacabable publicidad. Durante un emocionante anuncio de unos polvos contra, creo, la irritación del pañal, Guadalupe arañó la puerta.

—Señorita espera. Pasen por favor.

Starr y yo nos pusimos en pie.

—Es bueno, ¿no? —le dije a Mamacita, señalando la pantalla del televisor. Mamacita me mostró las encías, se quedó pensando un momento y luego frunció los labios.

—Mi... hija... gran... estrella —dijo.

El programa volvió a empezar, en esta ocasión con una malvada con velo al estilo de Theda Bara, que le ofrecía a la heroína un licor con una droga. Mamacita siguió con sus saltitos, y nosotros salimos de puntillas.

Starr y yo seguimos a Guadalupe por la resonante escalera de piedra, pasamos al lado de varias armaduras, tapices y retratos de dignatarios de los siglos XVII y XVIII con un aire tan noble que era imposible que fuesen antepasados de la Ximenez. Supongo que, al igual que el edificio, los había robado el general de Catalina durante las revueltas antirreligiosas y contra las clases superiores que se produjeron en los años veinte.

Por fin llegamos hasta la señorita Ximenez en persona. Por alguna razón había escogido recibarnos en su dormitorio, y enseguida fue evidente que hacía mucho que se había dejado convencer por esos artículos de las revistas de cine titulados «La vida

hogareña de las estrellas» y que aún no lo había superado. La habitación estaba decorada con espejos, una piel de oso polar, muebles dorados y seda rosa. La propia Madame X, recostada en una cama circular, se asomaba de forma absurda debajo de las colgaduras de acetato rojo que caían de un baldaquino de plumas de avestruz. Llevaba un *negligé* de color magenta ribeteado con un montón de piel de zorro plateado. Para rodearse de los animales exóticos que antes eran preceptivos para cualquier estrella del cine había recurrido apresuradamente a *Perro*, que seguía ladrando aunque adornado con un lazo raído de color magenta; *Guacamayo*, el loro enloquecido; una vieja gata preñada que en otro tiempo casi había sido blanca y casi había sido de angora. La gata y *Perro* no acababan de congeniar. Como toque final la señorita se había enganchado con una cadenita dorada el maquech al corpiño, donde se alimentaba encantado de una enorme mancha de grasa. Había un innegable olor a sudor y almizcle.

—Me alegro de que hayan venido —dijo exhibiendo su sonrisa con dientes de oro y extendiendo con languidez una mano regordeta y no muy limpia en la que había pegado a toda prisa un esparadrapo. Era todo un espectáculo, y Catalina Ximenez debía de tener la impresión de ser irresistiblemente seductora. No obstante, a mí me habría excitado más una visita al pabellón geriátrico.

—Catalina, querida —dijo Starr, besándole la mano—. ¡Qué encantadora! ¡Hermosa!

—Sé discreto —dijo coqueta—, mi dama de compañía.

Me volví y vi que Guadalupe se había quedado en la habitación, con las manos cruzadas con mojigatería sobre el estómago, para dar la impresión de que aquella vieja concubina, que había compartido su lecho con un gángster y con el propio Starr, era la cordera inocente de una orgullosa y antigua familia criolla. Estuve a punto de decir que su dama de compañía podía ir a limpiar *mi* cocina, pero no quise enturbiar el estilo de Starr.

Dicho estilo había cambiado mucho desde la visita a lady Joyce y la señora Maitland-Grim. Su habla florida y sincopada se redujo al inglés más básico y a los doscientos cincuenta términos acabados en *-ion* que son casi idénticos a sus equivalentes en lenguas romances. Pertrechado con ese vocabulario, se puso a canturrearle a Madame X como si fuese un niño enfermo con insomnio. Aludió a la belleza y exultante salud de su madre y a la ardiente pasión de la anciana señora por las cuestiones culturales. Madame X lo aceptó con una encantadora *moue*. Starr se interesó por el estado de su automóvil. Con un mohín delicioso, Madame X admitió que los daños no habían sido tan graves como había parecido al principio y añadió que, pese a lo excepcionales, costosos y delicados que eran los Hispano-Suiza, un parche en el neumático y unos arreglillos en el motor lo habían dejado como nuevo para otros treinta o cuarenta años. Luego la señorita Ximenez nos pasó amablemente un plato de plata empañada en el que había unos caramelos rosa de aspecto tóxico que desprendían un repelente olor a rosas, arrancó una gardenia artificial llena de

manchas, y la olió lánguidamente —en una clara invitación a la silicosis— mientras Starr abordaba la cuestión.

—Mi querida Catalina, desde que apareciste en *Una muchacha de Yucatán* he recibido cartas, miles, de tus admiradores del mundo entero que desean volver a verte en una película.

—¡Ah! ¿Puedo verlas?

—Por desgracia están en mi banco en París con mis posesiones más preciadas. Y están escritas en todos los idiomas extranjeros..., hasta hay algunas en chino.

—¡Ah! ¡Los chinos! ¡Qué divertido!

—Ahora tengo otra preciosa historia mexicana...

—Ah, ¿síííí?

Halagándola, se podía conseguir casi cualquier cosa de Catalina Ximinez, pero era un proceso lento. Por vanidosa y crédula que fuese tenía cierta astucia difícil de esquivar incluso para un manipulador como Starr. Aunque el guión en sí mismo le trajo sin cuidado —lo cual fue una suerte porque no había nada en él (todavía) que pudiera interpretar excepto una vieja bruja mestiza— insistió en que su papel fuese el de una hermosa y joven aristócrata y en que fuera el papel principal, con unos honorarios acordes con él. También sugirió la posibilidad de cantar una canción o dos y adelantó un par de indicaciones sobre cómo debía decorarse su camerino y por quién. Era una conversación muy fantasiosa para una avejentada caricatura de la joven de la selva cuya única experiencia histriónica había sido adoptar mudos gestos de placidez bovina en una película hacía treinta años, pero supongo que Starr tenía razón: una vez les entraba el gusanillo de las películas ya nunca se recuperaban.

Starr fue lo bastante inteligente para dejarla hablar sin responder a nada con claridad, de modo que muy pronto ella empezó a responder sus propias preguntas como mejor le convenía y, con los ojos encendidos y alzando con emoción triunfal la voz de cacatúa, se vio a sí misma como la mayor actriz dramática de Sudamérica, una estrella de tal magnitud que eclipsaría por completo a actrices probadas y reconocidas como Dolores del Río, María Félix, Katy Jurado y otras tantas. Cuando llegó a la cuestión del dinero, estaba tan extasiada imaginando su nombre en los carteles luminosos que habría pagado por aparecer en la película, que era exactamente lo que Starr tenía pensado. De pronto se volvió más realista, como yo estaba seguro que haría, pero el daño ya estaba hecho. Probablemente pensó que era imposible que una película en la que la inolvidable e indeciblemente bella Catalina Ximinez volviera a las pantallas no recaudara millones. Starr no pudo estar más de acuerdo, y apuntó que mientras tuviese esa confianza en sí misma y, por supuesto, en la película y en él, un porcentaje de los beneficios cobrado durante años y años sería mucha mejor inversión que los honorarios de cinco millones de pesos que ella había propuesto al principio. Ése fue el momento decisivo.

Catalina envió a Guadalupe en busca de papel y pluma, y aunque apenas sabía escribir redactó un contrato muy simple en español en dos páginas que apestaban a

perfume barato. Lo firmó. Starr hizo lo propio. Yo serví de testigo, igual que Guadalupe, que hizo una equis en el sitio indicado y luego se frotó el pulgar con la pluma y dejó una mancha borrosa al lado para demostrar que era su firma. En lugar de un cheque, Catalina entregó a Starr el total de su inversión —después de descontarle el alquiler de esa semana— en metálico y le pidió un recibo. Catalina Ximinez estaba en el saco. Lo único que faltaba era marcharse y pensar en algún papel que pudiera interpretar. Starr se despidió entrechocando los talones y besándole la mano. Yo tomé la mano lánguidamente extendida y la estreché con tanto fervor que la cabeza de Madame X empezó a moverse como la de una figurita china. En el pasillo nos topamos con Mamacita que acechaba en las sombras. Una vez más, dijo: «Mi... hija... gran... estrella». Después nos marchamos.

En el patio, Starr pasó el dedo ostentosamente por el fajo de billetes que había recibido de Madame X y se lo metió en el bolsillo.

—Veo que no le preocupa mucho cómo le quede el traje siempre que tenga mucho dinero en el bolsillo —dije.

—Es una porquería —respondió Starr—, un cheque habría sido mucho más...

—¡Eh, Starr! ¡Señor Starr! —Nos volvimos y vimos al señor Guber en calzoncillos de pie ante su puerta.

—¡Vaya, señor Guber! —dijo Starr—. ¡Bienvenido a México! Imagino que ha venido usted de vacaciones.

—Espere un minuto, señor Starr. Quiero hablar con usted.

—Lo siento, pero llego tarde a una cita. Adiós. —Aceleró el paso y dijo—: Vamos, mi querido muchacho, no se entretenga.

El señor Guber salió corriendo, se topó con la mirada horrorizada de la señora Priddy, miró sus propias piernas peludas y volvió a entrar a toda prisa en el apartamento.

—Buenas tardes, ¿caballeros? —empezó la señora Priddy—. El doctor y yo acabamos de asistir a una conferencia muy interesante sobre...

—Tiene que contárnoslo algún día —dijo Starr—. Dese prisa, Patrick.

Cuando Guber se puso los pantalones y salió a la calle, la limusina Pomeroy estaba doblando la esquina en su corto viaje de regreso a la Casa Ortiz-Robledo. Starr dio quinientos pesos de propina al chófer y al lacayo y entró en la casa como si fuese el dueño.

En alguna parte el canal inglés de la televisión sonaba a todo volumen. Guiados por nuestros oídos, llegamos a una habitación oscura y nos quedamos en la puerta. Centelleando en una enorme pantalla había un par de modelos que subían con elegancia por una de esas escaleras con ruedas que conducen al interior de un avión. La mujer de la pantalla llevaba un abrigo de armiño y dijo en tono cultivado: «Sí, Derek, siempre viajo sin escalas con Mexicanadian Super Jet. Me lleva directa desde

mi hacienda en Ciudad de México a mi cabaña de esquí en Montreal». El hombre que iba con ella, vestido como si fuese a asistir a las carreras de Ascot, dijo: «Qué razón tienes, Daphne, y en sólo cinco placenteras horas. ¡Imagínate!». «¡Ah!, pero eso no es todo, Derek, piensa en los amplios asientos reclinables de Mexicanadian y en los deliciosos platos que sirven a bordo las azafatas corteses y atentas de Mexicanadian, caviar, *pâté de foie gras*, *filet mignon* y los mejores vinos de reserva». «Por no hablar de los deliciosos cócteles, aperitivos y licores de Mexicanadian, Daphne». Y al unísono: «¡Por eso los que saben vuelan siempre con Mexicanadian!».

—Me gusta —dijo una voz familiar—. Tiene clase.

—Sí, señora Pomeroy, pero no vende billetes.

—Aun así me gusta. —En la oscuridad vi a Clarice viendo la televisión a través de sus anteojos.

—Vaya, Clarice —dijo Starr—, ¿interrumpimos tu programa infantil favorito en la caja tonta?

—¡Ah, Leander y Paddy! ¡Yujuju! No os he oído entrar. Puede apagarlo ya, señor Overton. —Se encendieron las luces y mostraron a Clarice con un par de pantalones elásticos negros que se habían ensanchado hasta el límite—. Llegáis a tiempo para una copita. ¿Te has divertido en la merienda, Paddy?

—¿Qué?

—¿No dijiste que ibas a merendar con alguien llamado Purdy o algo parecido? —Comprendí que a Clarice no se le pasaba nada por alto.

—¡Ah, sí! Ahora mismo acabo de despedirme de la señora Priddy. —Al menos por una vez no estaba faltando a la verdad.

—¿Tienen algo que ver con los productos del petróleo Priddy? Ella de soltera se llamaba Gerstadt y él...

—¡Oh, no! La señora Priddy de soltera se llamaba Drain.

—Entonces no los conozco. ¿Qué vais a tomar?

—Ejem, Clarice —empezó Starr un poco incómodo—. No sé si podríamos hablar de, ejem, el asunto que te comenté anoche.

—Te refieres a...

—A mi película.

—Pues no podrías haber escogido mejor momento, querido. Señor Overton, le presento a mis buenos amigos Leander Starr, el gran director, y Paddy Dennis, el escritor. Estoy segura de que habrá oído hablar de ambos. El señor Overton gestiona mis finanzas en México.

El señor Overton era uno de esos jóvenes que parecen haber nacido viejos. Nos miró por encima de las gafas como si acabara de detenernos la policía (y debo admitir que, con Starr, a menudo tenía la sensación de que pronto lo haría), hizo caso omiso de nuestras manos tendidas e inclinó la cabeza.

—¿Cómo están?

Por su tono de voz sonó como una frase inacabada que podía haber sido: «¿Cómo

están en libertad después de cometer asesinato, extorsión, incendio premeditado, violación, levantamiento de bienes y allanamiento de morada?».

—Esperad un segundo a que ponga un poco de música —dijo Clarice—. Paddy, querido, haz el favor de preparar unos daiquiris.

Clarice puso «Fiesta del chachachá» en un enorme gramófono, encendió la alta fidelidad a todo volumen y meneó el trasero gritando de vez en cuando «¡Chachachá!».

El señor Overton pareció disgustado, pero arremetió contra Starr. Con Clarice y las orquestas Aragón, América y Enrique Jorrín no pude oír bien lo que decían, pero entre el sonido de los bongos y las maracas asomaron frases ominosas como «... su capitalización... referencias bancarias... un informe financiero completo, como es natural, señor Starr... la representación legal en este país... una reunión con los abogados de los otros inversores». Para alguien que no tenía la menor idea de lo que significaban términos complejos como «auditoría», «beneficio» y «pérdida», Starr se las arregló mejor de lo que era de esperar, pero noté que no estaba impresionando demasiado al señor Overton, o al menos no favorablemente. Clarice no parecía muy atenta, y no hacía más que cambiar de canción o manipular el tocadiscos para que la música sonase más grave, más aguda o más atronadora, aunque luego he comprendido que, por muy despistada que parezca, la señora Pomeroy nunca deja que se le escape nada.

A las ocho y media, fatigado, me puse en pie.

—Lo siento, pero tengo que irme —dije.

Starr me echó una mirada de una desesperación conmovedora.

—¡Oh, quédese, querido! Enviaré al coche a buscar a su encantadora mujer y lo celebraremos a lo grande.

—Me encantaría —lo cual no era muy cierto—, pero —añadí con bastante más sinceridad— unos amigos han llegado de Acapulco de vuelta a casa y hemos prometido llevarlos a cenar.

—Tráigaselos.

—Me temo que es imposible. Tienen que coger el último avión a Chicago.

—... ya ve usted, señor Starr, que me resulta totalmente imposible aconsejar a la señora Pomeroy que siga adelante sin un estudio completo de nuestra auditora pública mexicana...

—Buenas noches, y gracias —dije—. Buenas noches, Leander —añadí con verdadero sentimiento.

Tratándose de México, era todavía pronto cuando mi mujer y yo volvimos a casa esa noche. Había luna llena, hacía calor y reinaba un inusual silencio, así que antes de ir a dormir decidimos prepararnos una copa y bebémosla en el patio. Acabábamos de sentarnos cuando se encendió la luz en el recibidor de Starr y se abrió la puerta. Una

voz que reconocí como la de Bruce van Damm decía apresurada y con insistencia:

—Es pronto, Emily. ¿No podría quedarme sólo un poquito...?

—No, cariño. De verdad, que no —susurró Emily—. Papá ha salido y no se cuándo volverá. A lo mejor no le gusta. Vete. Por favor. Por favor, antes de que... — Nunca llegué a saber qué era lo que le daba miedo hacer. Los dos se fundieron en un ferviente abrazo que aclaró muchas dudas de mi imaginación.

Caballerosamente, tosí un par de veces, carraspeé y encendí un cigarrillo, blandiendo el mechero como si fuese la antorcha de las Olimpiadas. En el acto se soltaron y adoptaron la postura envarada y artificial de los modelos que ilustran los consejos de Elinor Ames en su *El libro de la etiqueta en nuestros días*.

—En fin, buenas noches, Emily —dijo Bruce con educada voz de barítono.

—Buenas noches, Bruce. Gracias por una velada encantadora.

—¿Y mañana?

—Espero poder decir que sí. Le preguntaré a mi padre.

—¿Me permites que te llame?

—Hazlo, te lo ruego.

Se dieron la mano con elegancia —uno casi habría esperado una reverencia y una inclinación de cabeza aprendidos en una escuela de baile— y Bruce vino hacia donde estábamos.

—Buenas noches, Bruce.

—¡Ah!, buenas tardes, señor. ¿Cómo está, señora Dennis? No sabía que estuviesen aquí.

—Eso nos ha parecido —dijo mi mujer—. Buenas tardes.

—Buenas tardes y buenas noches. No me había dado cuenta de lo tarde que era. Lo dicho, buenas noches. —Y se marchó.

Poco después, Emily, tras retocarse los labios y peinarse, se acercó donde estábamos.

—Buenas noches, no les he visto en todo el día. Me he quedado sin cigarrillos y me preguntaba sí...

—Por supuesto —dije—. Si esperas un minuto, iré a buscarte un paquete. —Se había vuelto mucho más humana, así que contuve el impulso de decirle que eran sólo una imitación mexicana de cigarrillos estadounidenses con filtro.

—Oh, no. No se moleste. Me basta con uno. Luego me iré a acostar. Gracias. No sabrá dónde ha pasado el día mi padre, ¿verdad, señor Dennis?

—Desde luego, he estado todo el tiempo con él. Ha estado recorriendo la ciudad para poner en marcha su película.

—¿De verdad papá va a rodar otra película? ¡Qué emocionante! Mami siempre decía... En fin, me alegro de que vuelva a trabajar. Se ha ido antes de que me levantara, y cuando he vuelto a casa a cambiarme para cenar no estaba, así que me preguntaba si...

—No temas. Tu pobre padre está cenando con la señora Worthington Pomeroy.

—¡Ah! —Su gesto se endureció y expresó una vez más su desaprobación—. Señor Dennis, ¿le gusta la señora Pomeroy?

—Dios mío, no. No le gusta a nadie.

—Entonces, ¿qué cree usted que ve en ella mi padre? Es ordinaria, vulgar, ruidosa, desconsiderada y...

—El dinero, querida.

—¿Qué?

—El dinero. El interés de tu padre por la señora Pomeroy es puramente comercial. Quiere que invierta en su nueva película. No hay nada entre ellos dos.

—Entiendo. —Pareció enormemente aliviada—. Bueno, es tarde —dijo fingiendo un pequeño bostezo— y estoy cansada... Hoy he ido a nadar con Bruce a no sé qué club, he olvidado cómo se llamaba. —Engoló la voz al pronunciar su nombre—. Luego me ha llevado a El Paseo a cenar...

—Tu padre y yo hemos comido allí hoy. Es muy bueno.

—Sí. El señor Shelburne me lo ha dicho, y ha cantado nuestra canción. —No me atreví a preguntarle cuál era, y Emily pareció notar que había sido indiscreta—. Es muy amable.

—¿Bruce?

—No. El señor Shelburne. Bueno, Bruce también —añadió como si tal cosa, aunque las rodillas le temblaron al pronunciar su nombre—. En fin, gracias por el cigarrillo. Espero que papá vuelva pronto.

—Seguro que él también. Buenas noches, Emily.

—Buenas noches.

Estábamos a punto de dar la noche por concluida cuando apareció en la entrada del patio una silueta encorvada que se acercó despacio hacia donde estábamos. Era Starr.

—Leander —dije—, estábamos preocupados por usted.

—Y no les faltaban motivos, mi querido muchacho y mi querida niña. Aunque tampoco es que haya recibido mucho apoyo moral por su parte. Oh, no. Usted se ha ido de juerga con unos amigos inventados de Sheboygan, creo recordar...

—De Chicago. Era cierto. Russell Straley y Grace Dodge.

—Pues de Chicago, y ha dejado que me enfrentara yo a la fiera.

—El señor Overton no parecía apreciar mucho los matices artísticos.

—El señor Overton es un auténtico idiota. He conocido a cientos como él: pequeños contables envarados que no tienen ni la menor idea de cómo se crea una obra maestra. Lo mejor que se puede hacer con ellos es echarlos por la borda.

—¿Y lo ha hecho?

—Desde luego. He dejado que siguiera con su canción y luego le he dicho: «No nos llame, ya le llamaremos nosotros», y lo he acompañado personalmente a la puerta de la ostentosa casa de Clarice.

—Entonces, ¿no ha conseguido el dinero? Es una lástima, Starr.

—No se me ocurre una palabra mejor. Aunque sí que he conseguido el dinero.

—¡Caramba, Leander! —dije levantándome de un salto para estrecharle la mano.

—Pero también he conseguido otra cosa. Una prometida: Clarice Obendorfer Pomeroy.

XI

A la mañana siguiente desayunábamos en la cama cuando llegó una enorme avalancha de correo, en su mayor parte verdaderamente dirigido a nosotros. Había una carta urgente, urgente, urgente, que me enviaba por correo aéreo mi agente literario, informándome de que la directora de la refinada revista femenina me estaba dedicando unos epítetos que nunca osaría publicar, que el ejemplar de junio estaba a punto de ir a la imprenta y que si la reconfortante historia de Salli, el príncipe azul y el brécol no estaba en Nueva York a finales de semana ya podía empezar a buscar empleo en otra parte.

Recibimos cartas de los niños —una tarea habitual de su colegio— en las que, por una vez, los dos decían lo mismo: en concreto, que las vacaciones de primavera ese año empezarían tarde pero durarían más, y que llegarían a Ciudad de México el viernes 13 de abril. Que alguien iba a llevarlos al avión —mi hija decía que sería su abuela y mi hijo parecía de la opinión de que sería uno de sus profesores quien se aseguraría de que subían a bordo— y que, por favor, nos encargáramos de arreglar lo de los billetes y los pasaportes.

—Bueno, será agradable volver a ver a los niños. En Semana Santa y demás.

—Ahá... —dijo mi mujer, sumida en las profundidades de una carta—. Mi madre dice que en Nueva York ha hecho un invierno muy suave.

—Pues vaya. —Si hay algo que me fastidie es ir a un sitio cálido y enterarme de que en casa la nieve no ha llegado a los tejados—. ¿Algún cotilleo interesante?

—¿Desde cuándo se entera mi madre de algún buen...? ¡Ooooh!

—¿Qué?

—Bueno, aquí hay una cosa bastante interesante, aunque no es que sea una gran novedad. Mira lo que dice: «Mi antigua y querida amiga, la señora Elsworth Barney (Lucy Brooke, fuimos juntas al colegio) llevó a su hijo Lucien a un crucero...».

—No será el primero, si lo que pienso de Lucien Barney es cierto.

—Cierra el pico: «... a un crucero por el Caribe, y cuando volvieron Lucien descubrió que un joven con el que había trabado amistad había desaparecido y se había llevado su coche nuevo, un montón de ropa, sus joyas y muchos objetos valiosos de su apartamento. Ya sabes que Lucien siempre ha tenido un gusto exquisito».

—No a la hora de escoger a sus amigos, por lo que parece. ¿Cuántas veces van ya?

—Tres que yo sepa. Primero fue el jugador de fútbol panameño, luego el autor teatral irlandés y finalmente aquel tipo que iba a participar en el concurso de Míster Estados Unidos.

—Lo ganó. ¿Qué más?

—Pues mamá está muy enfadada con el señor Bernstein y la Filarmónica por las

cosas nuevas que han tocado este año. También dice que tu hermana va a llevar a los niños al avión.

—Muy bien, ¿algo más?

—Sí. «P.D.: En respuesta a tu pregunta. Jamás he almorzado con Nellie Poindexter Dane y nunca lo haría, así que es imposible que haya conocido a esa fabulosa señora Pomeroy. Y, si es amiga de Nellie Dane, no tengo ningún interés en hacerlo, aunque conozco a unos Pomeroy muy agradables y mucho más jóvenes en Bronxville. Más besos. Mamá».

—No conseguía imaginarme a tu madre con Clarice.

—¿Y a Clarice con Leander Starr? Habrá perdido la razón.

—Y ella también. Tiene un montón de pasta y Starr estará encantado de gastársela. Ella empieza a estar mayor para francachelas, no tiene inteligencia suficiente para apreciar una película, lo suyo son las series malas de televisión. ¿Qué crees que busca, admitiendo que a las mujeres Starr les resulta atractivo?

—¿Es que has perdido el juicio? —dijo mi mujer—. Estaré encantada de decirte lo que busca la señora Pomeroy. ¿Preparado? A) Starr es muy atractivo. B) Starr necesita dinero y ella lo sabe, no es idiota. C) A juzgar por cómo ha estado rondando a Emily, es evidente que no está muy satisfecha con su vida social. Tiene dinero de sobra y quiere moverse en círculos donde no basta con tener dinero. Es demasiado vulgar para la alta sociedad, demasiado anticuada para la sociedad internacional y demasiado estúpida para los intelectuales. Pero, si tuviese a un figurón como Starr bajo su férula, podría alternar con gente que de lo contrario no le dejaría ni llevar la bandeja de los canapés. Y tendría a Emily, la hijastra adorable para lanzarla en Filadelfia...

—¿Emily? Emily la odia a muerte. Ya la oíste anoche. No lanzaría a Clarice ni al río Delaware.

—Pero Clarice no lo sabe. Además, Emily adora a su padre. Y está orgullosa de él. Da igual lo que sienta por Clarice: no va a pelearse con su padre por que tenga una esposa vulgar. Creo que Clarice también lo sabe. Recuerda, soy una mujer... y tú un hombre.

—Sigo sin creer que él esté dispuesto a pasar por esto.

—Puede que no le quede más remedio.

—Rodar la película es muy importante para él..., casi vital. Y no puede hacerlo sin el dinero de la Pomeroy.

—Ahí radica el atractivo de la señora Pomeroy. Y ella lo sabe. ¿Crees que debería mandarle unas toallas de mano como regalo de compromiso?

—Con las palabras «Él» y «Ello» bordadas. Y yo le enviaré a Starr una docena de cilicios. No nos apresuremos. Como acabas de recordarme, soy un hombre, y apuesto hasta mi último dólar a que Starr es perro viejo y sabrá librarse de esto de algún...

La puerta del dormitorio se abrió de par en par, y ahí estaba Starr. Llevaba el atuendo que elegían hace un cuarto de siglo los novelistas de éxito cuando iban a

hacerse la fotografía para la solapa de su libro: un traje de tweed, un *foulard* ascot y una pipa. Lo único que le faltaba era un noble sabueso a su lado.

—Pero bueno, amigo mío —dijo—, ¡las ocho y aún en la cama! Tenemos que ponernos a trabajar en el guión inmediatamente. Buenos días, querida —dijo en tono un poco más afable a mi mujer—. Ese café parece excepcionalmente bueno.

—Pues es excepcionalmente malo, pero si quiere un poco sírvase.

—Espléndido. Tomaré una taza mientras se viste Patrick. Venga, muchacho.

Unos minutos después estábamos sentados en el patio por sugerencia de Starr.

—Tonterías, mi querido muchacho, el sol, el aire fresco y el canto de los pájaros le inspirarán.

—Me inspiraría mucho más saber que Catalina Ximenez no está oyendo todo lo que decimos acerca de su papel, que por lo que veo ni siquiera existe.

—Bobadas. Esa salvaje no entiende el inglés.

—Entiende más de lo que parece. Y luego está su amigo y vecino, el señor Guber. Sigue deseando verle.

—Me encargaré de él a su debido tiempo. —En cuanto saqué la máquina de escribir, el papel y los apuntes y garabatos de Starr, éste exclamó—. ¡Dios, qué calor hace! Tendrá que disculparme mientras voy a ponerme algo más cómodo. No sé cómo pueden trabajar con esta ropa los escritores.

—No podemos —respondí.

—Vuelvo enseguida. —Y con estas palabras desapareció en su apartamento.

Me arrellané en el asiento para leer lo que Starr tomaba por un guión y el manoseado artículo que lo había inspirado: un relato anticuado recortado de *New Masses* hacía muchos, muchos años.

—Buenos días —dijo una voz.

Alcé la mirada y vi al señor Guber con un maletín repleto, un traje de sirsaca y un fuerte aroma a viril loción de afeitar.

—Buenos días, señor Guber —dije.

—¿Está por aquí el señor Starr?

—Pues no.

—Escuche, le he visto hace un par de minutos.

—¿Lo ve usted ahora?

—No. ¿Adónde ha ido? Me estoy empezando a hartar de estar aquí esperando al señor Starr.

—Ha ido al cuarto de baño —dije—. Si quiere usted ir con él...

—Le esperaré. A propósito, ¿qué es usted para Starr?

—Vaya, ¿no lo sabe, señor Guber? Creía que todo el mundo estaba enterado. Hace cincuenta años que somos amantes.

Se quedó pensando un instante y luego dijo:

—Bromea.

—Si usted lo dice.

—Desde luego parece estar protegiéndole. Usted, su hija y el mariposa de mayordomo suyo. ¿Cómo es posible que pueda permitirse tener un mayordomo si es incapaz de pagar sus impuestos?

—Tendrá que preguntárselo a él. A lo mejor el mayordomo le mantiene.

—Muy gracioso. Desternillante. Pero con su actitud está obstruyendo el curso de la justicia. Del Departamento de Hacienda. ¿Se ha parado a pensarlo?

—Lo pienso constantemente, señor Guber. Pero no tema. Pago mis impuestos. Si tiene alguna duda, póngase en contacto con el señor Badian en el 355 de Lexington Avenue, en Nueva York.

—Ah, sí. Un gestor excelente. Pero no cae usted bajo mi jurisdicción. Yo me encargo de la P a la T.

—¿Cómo?

—Es la parte del alfabeto de delitos económicos que tengo asignada, aunque sólo me ocupo de grandes capitales —añadió en tono paternalista—. Me ocupo de las letras P, Q (ésta no me da mucho trabajo, claro), R, S y T.

—Bien por usted, señor Guber. Pero quien se ocupe de la U, la V, la W, la Y y la Z lo debe de tener muy fácil.

—Todos colaboramos. Tengo muchas otras personas con las que contactar aquí. Starr no es el primer delincuente que huye a México. Aunque sí el mayor.

—¿Starr es el mayor qué? —Vestido sólo con un traje de baño no mucho más grande que una servilleta, Starr se acercó sacando pecho y metiendo estómago—. Buenos días, señor Guber. Volvemos a cruzarnos.

—Desde luego, señor Starr, no hay duda de que he ido detrás de usted de un sitio a otro.

—¿Y ahora que me ha encontrado?

—¿Podría hablar a solas con usted, señor Starr?

—No hay nada, por muy íntimo que sea, que no pueda decir en presencia de mi gran y buen amigo, mi fiel compañero, el señor Dennis. —Me dio unos afectuosos golpecitos en la cabeza—. Verdad, ¿muchacho?

El señor Guber me echó una mirada que dejó claro que empezaba a creer lo que le había dicho antes.

—Déjelo ya, Starr —dije—. El señor Guber sólo está interesado en su dinero.

—Bueno, sí. En fin, mire, señor Starr, llevamos diez años así. Al seis por ciento de interés la cantidad aumenta cada día a un...

—Señor Guber, no tengo ni un céntimo. Pero tome, le doy la ropa que tengo. —Empezó a desatarse el cordón del traje de baño.

—No, espere un minuto, señor Starr. Eso no es lo que quiere el Tío Sam. Lo único que hace falta es la garantía de que tiene usted intención de pagar. De hecho, para zanjar el asunto nos contentaríamos con...

—Señor Guber, como sabe usted bien, soy pobre. Pero el caso es que en unas semanas, en muy pocas semanas, dejaré de serlo. Estoy rodando una película en este mismo instante. Una película soberbia. Cuando se estrene, podré pagárselo todo y volver con la cabeza bien alta al país que me vio nacer. Pero hasta entonces pierde usted el tiempo, el suyo y el mío, con estas súplicas furtivas respecto a mi capital que, de momento...

—Pero, señor Starr, también estaba usted rodando una película en Italia y en Francia...

—Y podría haberle pagado el doble en Montecarlo si en lugar del maldito doble cero hubiese salido el previsible *noir, pair, première douzaine*. Habría reventado la banca y podría haber contratado a Grace Kelly. Sea justo, señor Guber, mis intenciones no podían ser más nobles.

—¿Y en Inglaterra?

—Nunca me pagaron. Oiga, señor Guber, tengo que seguir con mi película. Si quiere usted registrar mis habitaciones, hágalo. Pero tenga cuidado de no despertar a mi hija. O si prefiere sentarse aquí con el señor Dennis y conmigo, en silencio, mientras hablamos, puede usted hacerlo. Tome asiento —dijo señalando una silla cubierta de cagadas de loro—. Bueno, mi querido Patrick, sigamos con la idea básica del guión. ¿No tiene la sensación de que con unos cuantos cambios básicos tenemos el germen de una historia?

—Mire, escuche, señor Starr...

—¡Chist! Ya le he dicho, señor Guber, que necesito un silencio sepulcral. Se me había ocurrido utilizar una serie de *flashbacks* para incluir a esos actores que deben participar...

—Mire, escúcheme, Starr —dijo enfadado el señor Guber—. Estoy harto de sus trucos. Primero me habla de lo pobre que es, después de la gran película que está haciendo y a continuación lo veo en un enorme Cadillac y derrochando dinero en restaurantes de moda y clubes nocturnos como si fuese tan rico como Creso. Esta vez no dejaré que me engañe. Ahora voy a salir a desayunar, y cuando vuelva me sentaré en esa silla y escucharé todo lo que diga. Y si de verdad está rodando una película, algo de cuya veracidad dudo mucho, participaré en ella. Así que usted y su, ejem, amigo ya pueden ir escribiendo un buen papel para Irving A. Guber del Departamento de Hacienda de Estados Unidos. —Dicho esto cogió su maletín y salió del patio dando zancadas.

—Starr —dije—. Creo que habla en serio.

—Puede servir para el papel de cura pervertido, mi querido muchacho. No olvide tenerlo en cuenta.

—Hablando del cura pervertido, Leander, y de esa escena de desnudo en el baño en la que ataca a la chica, hay una organización llamada la Legión por el Decoro que sigue teniendo bastante influencia en la industria del cine estadounidense, y es muy posible que ponga alguna que otra objeción a la idea.

—¿De verdad, querido muchacho? ¿Por qué?

La comprensión de Starr de la línea argumental era como mucho vaga. Otras veces había rodado cientos de kilómetros de película como si tal cosa, montado las partes mejores y el resultado había sido aclamado como arte. Tal vez lo fuese, pero no resultaba económico, y me costó mucho explicarle que, antes de empezar a rodar, necesitábamos una historia con un principio, un desarrollo y un final, con unos decorados, unos personajes y el texto que debían decir cuidadosamente mecanografiado. Aceptó a regañadientes.

Era muy bisoño políticamente. Cuando le dije que el artículo del que había sacado su historia era pura propaganda comunista —y además ingenua y anticuada— se quedó perplejo.

—Pero está ahí, negro sobre blanco, como cualquier idiota puede comprobar.

—Cualquier idiota puede escribir algo y otro idiota imprimirlo y otros idiotas leerlo, pero eso no lo convierte necesariamente en cierto.

—Pero, mi querido joven, no es más que la historia de México. La tierra arrancada de manos de los indios por la decadente nobleza española que convirtió en esclavos a sus antiguos dueños y envió todos los beneficios a España.

—Eso no es lo que dice la mayoría de los historiadores modernos, Starr.

—Luego dejaron en los huesos esta tierra fértil, se llevaron el cereal, las aceitunas...

—España prohibió el cultivo de la aceituna en México, Leander. Hasta el siglo XIX no se plantó un olivo en todo el país.

—¡Pues lo que sea! Y los señores, con la ayuda de una Iglesia corrupta, dejaron que el terreno se erosionase...

—¿Cómo pudo la Iglesia ser responsable de la erosión del suelo?

—Pues no regándolo, ¡idiota!

—¿Es que esperaba que rociaran el Valle de los Buitres con agua bendita?

—Y luego, como cuenta el artículo de Jaime como se llame, el pueblo, los pobres, los sometidos se alzaron en armas. Expulsaron a la corrupta nobleza española...

—Que hacía más de un siglo que ya no estaba en el país.

—¡Calle! ¡Echaron al clero libidinoso y a sus concubinas y luego sus líderes cogieron este árido desierto y volvieron a transformarlo en un valle fértil del pueblo, por el pueblo y para el pueblo! ¿Qué me dice a eso?

—Me parece propaganda roja. —El señor Guber había vuelto de desayunar y acababa de sentarse a la sombra de la jacaranda—. Y hablando de rojo, se expone usted a una grave insolación, señor Starr.

—¡Oh, cierre el pico, Irving!

—Starr —dije—. ¿Ha visto alguna vez el Valle de los Buitres?

—No, pero me lo imagino: terreno ondulado, campos de trigo dorado, pulcros graneros rojos. Es una pena no poder rodar la película en color.

—Starr. Lo he atravesado en coche una docena de veces. Es un montón de polvo.

No hay agua, nada. Lo único verde que se ve en kilómetros y kilómetros son los cactus.

—Bueno, son muy pintorescos.

—Hasta los buitres evitan ir allí. Le sugiero que se ponga usted a la sombra y hojee este práctico librito: la *Breve historia de México* de McHenry. Hay algo de cierto en lo que ha dicho, pero debería familiarizarse más con los hechos. La historia de México es tan turbulenta, trágica y terrible que casi resulta cómica. Pero creo que le convendría comprender mejor...

—¡Ah, así que quiere que haga una comedia de persecuciones, tartas y...!

—Coja el libro, siéntese a la sombra, y yo intentaré meter alguno de los elementos y a todas sus actrices principales en la historia.

—Me sentaré donde me dé la gana, y me da la gana tumbarme al sol.

—Se está poniendo usted muy rojo, señor Starr. Y no es un juego de palabras.

—¡Cállese, Irving! —Dicho lo cual, Starr se tumbó en un caliente banco de azulejos y empezó a leer la *Breve historia de México* pasando ruidosamente las páginas. Me puse manos a la obra. El señor Guber se limitó a quedarse allí..., esperando.

Eran casi las tres cuando terminé un esbozo del argumento. El señor Guber cabeceaba en su silla y Starr, tumbado boca arriba bajo el sol ardiente, se había dormido al llegar a la presidencia de Benito Juárez (1858-1861).

—¡Eh, Starr, Leander! —grité.

Como toda respuesta recibí un dulce ronquido. En broma, cogí un pequeño guijarro plano y se lo lancé. Aterrizó limpiamente sobre el estómago desnudo de Starr. Con un rugido agónico éste saltó por los aires.

—¡Ay! ¡Dios mío! ¡Me quemo! ¡Estoy ardiendo!

—¿Ocurre algo? —preguntó el señor Guber volviendo a recobrar la conciencia.

—¡Oh, Dios mío, míreme! ¡Me he abrasado hasta la médula de los huesos! ¡Es como si me hubiesen echado a una barbacoa!

—¡Hum!, por delante y por detrás, mal asunto. Tengo un amigo, Melvyn, que se alojó en el Fontainebleu, en Miami. Subió al solárium, muy moderno, un día en que ni siquiera hacía sol y...

—Al infierno con Melvyn. ¿Y yo qué? Por Dios, Dennis, el responsable es usted. Le demandaré por todo el...

—Vamos, Leander. Le ayudaré. —Lo cogí del brazo y chilló de dolor—. Vaya, lo siento. Venga conmigo, papi le curará. —Llené nuestra enorme bañera rosa de agua tibia, eché una caja de bicarbonato y, entre gritos y gemidos, metí en ella a Leander Starr—. Quédese ahí en remojo —dije—. No se curará pero lo ayudará, además de una copa. ¿Qué le apetece?

—Ácido prúsico, si tiene.

—Le irá mejor un poco de ginebra. ¿Señor Guber?

—¿Tiene whisky de centeno con ginger ale? ¿Whisky escocés con Seven-Up? —
Al final se contentó con ron con Pepsi-Cola—. Muy refrescante —dijo.

—Y ahora que estamos aquí y se encuentra un poco mejor, Leander, le leeré el esbozo que he escrito mientras ustedes dormían.

Starr se recostó en la bañera con un gemido de dolor y el señor Guber se arrellanó en la silla reclinable mientras yo, apoyado con delicadeza en el lavabo de color rosa, leía en voz alta el esquema básico de *El Valle de los Buitres*.

Con un argumento imposible y un reparto más que improbable, no había sido fácil convertir el material de Starr en una historia. Pero yo había visto suficientes películas de Starr para saber que cuanto menos le entorpeciese la trama mejor sería la película gracias a sus trucos diabólicos: descabellados ángulos de cámara, absurdos zooms a la vez que desplazaba la lente; desconcertantes primeros planos de cosas tan inesperadas y sorprendentes como una rebanada de pan, un ombligo, un insecto o el ojo de un animal, y extraños efectos de iluminación. Starr era en esencia un especialista en secuencias descartadas y tenía tanto talento que el público se contentaba con dichas secuencias sin que le importase —e incluso sin reparar— en que la trama era estopilla. En vez de una historia, que por otro lado Starr nunca había tenido, le di tres historias entrecruzadas. La primera, ambientada en el siglo XVI, cuando un acaudalado noble español se instala en el valle con su encantadora novia inglesa, doña Ana Rosa (lady Joyce) y su estúpida doncella (Bunty Maitland-Grim), construye una gran hacienda y muere poco después dejando a su viuda y su bebé como únicos herederos de aquel vergel. (Yo no estaba ni mucho menos seguro de que el Valle de los Buitres hubiese sido alguna vez otra cosa que un desierto, pero sí de que muy pocos espectadores recordarían cómo era en el siglo XVI y me tildarían de mentiroso). Doña A. R. funda el pueblo, la iglesia, cuida de los indios, etcétera, y de paso proporciona una buena excusa para que sus descendientes hablen en inglés. Cuando muere, su legado es un valle fértil de paz y prosperidad. El segundo episodio transcurre durante las sangrientas revoluciones del siglo XIX. La familia es más rica que nunca, pero por alguna razón se ha echado a perder y se ha vuelto decadente, perezosa, orgullosa y arrogante. Los matrimonios con franceses y mexicanos han extirpado en gran parte el linaje inglés —excepto, por suerte, en lo tocante a los diálogos—. El actual hacendado, un vago y sibarita, pasa el tiempo haraganeando en los clubes elegantes de Ciudad de México y putañeando con las jóvenes del pueblo. Su vulgar mujer mestiza (Catalina Ximinez, aunque el papel aún había que reescribirlo de manera que ella pudiera interpretarlo de forma doblemente mala) ejerce el verdadero poder, implacable y codicioso. Llega una de las muchas revoluciones —ambos bandos aparecen retratados con desapasionamiento, no son ni buenos ni malos—, asesinan al propietario y queman la hermosa y antigua mansión colonial hasta los cimientos, mientras la malvada dueña de la casa jura venganza. El tercer episodio está ambientado en nuestros días. La grandeza familiar casi ha

desaparecido, la generación actual se dedica poco más que a saquear la tierra agotada. La hermosa hija (interpretada nada menos que por Clarice Pomeroy) pretende casarse con un joven ingeniero indígena, pero sus envarados progenitores no quieren ni oír hablar del asunto. Dificultades y complicaciones. La película acaba con la chica y el joven indígena camino de la gran ciudad y de un futuro mejor, dejando a sus espaldas el vasto páramo. Me temo que no sabría decir cuál es la moraleja, pero si Starr quería una saga de pura desesperanza, sin duda le proporcioné una.

—¡Genial, mi querido muchacho, genial! ¡Ay! —dijo Starr desde la bañera.

—Pero un tanto deprimente. A mí me gustan más los finales felices —se aventuró a opinar el señor Guber.

—Será idiota, ¿es que no ve que es un final feliz? Un amor naciente, sangre nueva que abandona un pasado marchito en busca de un nuevo modo de vida.

—Es muy radical. Aunque supongo que no exactamente subversivo.

—Y ya ve, Starr, que todo está ligado a los buitres que dan vueltas en el cielo y...

—Sí, sí, ya lo veo. Y observan y esperan la ocasión de posarse. Podríamos unir cada segmento con un buitre enorme que se posara y rodease a los personajes con sus alas negras.

—Tendría que ser un buitre muy inteligente, señor Starr, y muy grande —apuntó el señor Guber.

—Buscaremos uno grande, lo cazaremos, lo disecaremos y lo moveremos con alambres.

—Va contra la ley cazar buitres en México, Leander. Son una especie de Departamento de Sanidad independiente.

—Bueno, en ese caso... ¡Espere! Tengo la solución perfecta. ¡St. Regis! Siempre le he prometido un papel. Podemos ponerle unas mallas negras y una boa de plumas, le encantará, y de ese modo nadie le verá la cara ni oír su voz atiplada. Podría ser algo simbólico.

—Y tal vez, en lugar de malgastar el dinero, podría rodar en Casa Ximinez. No se me ocurre un sitio más pintoresco.

—Es una gran idea, señor Guber —dije.

A medida que avanzaba la tarde, los tres nos fuimos entusiasmando. Por muy incompetente que fuese Starr para inventar una historia desde cero, era muy imaginativo a la hora de añadir efectos dramáticos, giros sutiles y matices. Incluso el señor Guber fue de utilidad en su papel de Irving Espectador Medio. Tal vez nunca hubiese oído hablar de *Una muchacha de Yucatán*, *El Éufrates* o de ninguna de las otras obras imperecederas de Starr, es posible que sus actrices favoritas fuesen realmente Debbie Reynolds y *Lassie*, pero cada vez que la imaginación de Starr —y su extravagancia— lo llevaban demasiado lejos, el señor Guber se encargaba de hacer la observación ramplona que obligaba a nuestro director a poner los pies en el suelo. Hablamos y hablamos, tomamos notas, hicimos propuestas y sugerencias. Y aún estaríamos allí si a la hora de la cena mi mujer no hubiese llamado con impaciencia a

la puerta y hubiera anunciado que necesitaba pasar al baño. Entonces ayudamos a Starr a salir de la bañera, lo envolvimos con delicadeza en una toalla y lo enviamos gimoteando a casa para recibir los cuidados de nuestra principal estrella, el buitre Alistair St. Regis.

La semana siguiente estuve tan ocupado mecanografiando el plan de rodaje que apenas vi a Starr. Otros lo vieron mucho más, porque, aunque lo único que podía ponerse era crema Noxzema, vi entrar y salir a casi todo México desde mi atalaya privilegiada en el patio.

Todas las mañanas, una enorme y simiesca mujer, con una camilla de masaje plegada debajo del brazo peludo, cruzaba con gesto ominoso el patio, y desde la enredadera rosada y los ventanales abiertos de Madame X se oía un concierto de dos horas de palmadas, quejidos, maldiciones, gritos y ruidosas súplicas a la Virgen. Todas las tardes, dos esbirros del salón de belleza Vog llegaban con bolsas misteriosas, empujando un enorme y reluciente secador de pelo, y las palmadas, los gritos y las maldiciones seguían hasta las cinco en punto, cuando se apagaban las luces y el alboroto de los demás apartamentos de Casa Ximinez me informaba de que nuestra patrona ya se había embellecido bastante y la iban a sacar a cocer hasta que adquiriese un tono glaseado. Una semana antes, la señorita Ximinez se había mostrado dispuesta a cruzar la calle en las raras ocasiones en que pensaba que su cabello, rostro y uñas necesitaban cuidados, pero ahora que volvía a ser la reina de la pantalla la belleza iba adonde ella estaba. Cualesquiera que fuesen los resultados, guardó muy bien el secreto, hasta el sorprendente extremo de confiar a Abelardo (bajo la vigilancia de Mamacita) el cobro del alquiler de los sábados.

Emily Starr daba la impresión de separarse de Bruce van Damm sólo para dormir. El enorme y reluciente Continental Phaeton aparcaba majestuosamente a la puerta de Casa Ximinez cada mañana a eso de las diez, se llevaba a Emily y nunca regresaba hasta pasada la medianoche.

—¿En mi vida había visto tantas idas y venidas? —comentaba la señora Priddy dos o tres veces cada hora. Para terminar de abarrotar el patio se le ocurrió la idea de ensayar con una docena de chiquillos del barrio unas tonadas, bailes y cánticos indígenas del área de Oaxaca. No me facilitaba la tarea, y la rutina era si cabe menos popular para los propios niños que para mí.

Pero quien pasaba revista al desfile más nutrido de visitantes era, por supuesto, Leander Starr. Sentado con sumo cuidado en el borde de una silla y envuelto en una toalla Hermès (tenía la piel tan sensible que no podía tumbarse y los pies tan quemados que estar de pie le resultaba dolorosísimo), celebraba audiencia todo el día. Una constante procesión de actores, técnicos, diseñadores, escenógrafos y fabricantes de pelucas iban y venían de ocho de la mañana a ocho de la noche. Por muy mal que se sintiera, Starr era un trabajador incansable. Se sentaba a una mesa cubierta de presupuestos y parecía conocer todas las respuestas antes de preguntar a su constante aluvión de visitantes. Cada vez que terminaba de escribir una escena, si Starr no

estaba reunido con algún representante de la industria del cine mexicano (por encima de los balidos atonales de los mocosos de la señora Priddy, los chillidos del loro, los suplicios de Madame X y el tableteo de mi propia máquina de escribir, oía las preguntas y respuestas confiadas de Starr a través de la ventana abierta), corría a verle y esperaba a que la leyese e hiciera sus comentarios. Por absurdo que fuese su sentido de la narrativa, cada vez que hacía una crítica o sugería un cambio tenía razón. En lo que se refiere a su intuición del valor teatral, nadie podía comparársele.

Entre las visitas con las que hablé estaban lady Joyce y Bunty Maitland-Grim. También ellas, ahora que iban a enfrentarse a la cámara, parecían un poco esmaltadas y lucían misteriosamente entalladas desde los muslos hasta el pecho. Lady Joyce hizo lo que me pareció una lectura intachable del papel de doña Ana Rosa. Luego Starr le echó una buena bronca y, conteniendo las lágrimas y el mal genio, lady Joyce lo hizo mucho mejor. Bunty sólo tenía que chillar y soltar risitas de vez en cuando, y parecía haber nacido para interpretar su papel.

El cámara ilegal, un tal señor López, era estadounidense de origen hispano. Vetado en Estados Unidos por su pasado comunista e incapaz de conseguir el permiso de trabajo en México, era la diligencia personificada; y convertido en un excomunista militante pensaba rodar la película bajo el pseudónimo de Joseph R. McCarthy. Desesperado por trabajar, estaba dispuesto a poner la cámara y trabajar por mil dólares, en lugar de cobrar un dólar veinte al día, que era la tasa oficial de los cámaras mexicanos. Me era simpático, a pesar de que cualquier comentario vagamente progresista le parecía sacado directamente de *Das Kapital*. Aunque López había adorado a Eugene Dennis, Earl Browder, Iósif Stalin y la madre Bloor, se había deslizado tanto a la derecha que casi estaba en el espacio exterior. «¿No le parece que esa escena en la que doña Ana Rosa impide que el capataz tenga maniatados a los peones es un poco rojilla? Se intuye en ella un comunismo incipiente». Aunque hablaba un español fluido y elegante, creo que el señor López aprendió a hablar inglés organizando los sindicatos portuarios. En cualquier caso, tenía tantas ganas de trabajar que pasó por alto mis peligrosas tendencias marxistas cuando expresé mi desaprobación sobre antiguas instituciones conservadoras como el esclavismo, el cobro del diezmo, el analfabetismo de las clases bajas y el *droit du seigneur*.

Un visitante habitual era mi gran amigo Arístides González, acompañado siempre por su triste hijo, Heff, que le hacía de intérprete, secretario y criado. González era de esas personas que te desagradan la primera vez que las ves pero a las que llegas a despreciar por completo cuando las conoces. Pensé que tal vez el hábito hiciera al monje, pero me equivoqué. En su primera visita, González fluyó y se derramó como lava ardiente de un minúsculo taxi, con un traje negro raído y brillante que debían de haberle confeccionado unos veinticinco kilos antes. Se produjo una acalorada discusión sobre la tarifa y Heff bajó a pedirle prestados diez pesos a St. Regis.

Muy a mi pesar —y de González—, tuve que dejar mi trabajo y asistir a la primera reunión de producción en la que «el mayor productor de México» se las

arregló para dejar bien claro con sus pequeñas sutilezas que el afecto que sentía por mí no había aumentado.

Mientras se aposentaba en el sofá de Starr, rascándose las carnes, habló con mucha autoridad y Heff nos obsequió con una traducción simultánea a su precisa jerga británica.

—Mi padre desempeñará el cargo de productor por mil dólares estadounidenses al día.

—Espléndido, espléndido —dijo Starr.

—He podido comprobar —apuntó el señor Guber que nunca estaba muy lejos de Starr— que la tarifa actual en México es de siete cincuenta al día.

Se le tradujo a González y desencadenó un ataque de histrionismo que me recordó a un elefante gigantesco con un ratón en la trompa. Después de muchas traducciones, Starr dijo:

—Ésa es la tarifa para un productor cualquiera. El señor González es excepcional.

—Pero ¿eso incluye el sonido, la iluminación y los decorados de interiores? —preguntó el señor Guber con una finura sorprendente. Sentí una especie de cálido parentesco con él. Para tratarse de una máquina humana de calcular cuyos únicos intereses en la vida eran los impuestos, Teaneck y Shirley, el señor Guber había resultado ser no sólo un sensato revisor de guiones, aunque nadie se lo hubiese pedido, además de habérselas arreglado para familiarizarse de algún modo con los entresijos de la industria cinematográfica mexicana.

Se produjo otro estallido en el sofá seguido de nuevas traducciones.

—Hemos acordado, Irving —dijo altanero Starr—, que en interés del realismo no utilizaremos ningún estudio. Tú mismo sugeriste que Casa Ximinez sería estupenda para rodar las escasas escenas en interiores.

—De acuerdo, pero ¿por qué pagar por un estudio si no lo va a utilizar?

Después de más pirotecnia plurilingüe acordaron que González proporcionaría las luces necesarias y, dado que era demasiado influyente para dejarse intimidar por los técnicos corruptos de los sindicatos, aportaría generosamente al resto del personal necesario de su propio bolsillo.

González se contrarió mucho al descubrir que Starr ya había contratado los servicios de la cámara mágica del señor López, pero Starr se negó a cambiarlo. González suministraría las latas de película a cien dólares los trescientos metros. Pero ¿cómo podía ser —quiso saber el señor Guber— si sólo costaban cincuenta y la película ni siquiera era en color? Debía ser una película especial. Otra escena y por fin se alcanzó un arreglo de setenta y cinco dólares, porque Starr era el hermano de González. Los gastos de laboratorio y las copias de trabajo saldrían, gracias a la omnipresente influencia de González, por dos pesos cada medio metro de película. Pero, después de consultar unas notas, el señor Guber apuntó que la tarifa habitual era un peso, o a lo sumo diez centavos el medio metro. Pero ésta era una obra artística muy especial. Sin duda el gran Leander Starr sólo se contentaría con lo mejor. Otra

rabieta y otro acuerdo a un peso, o cincuenta centavos el medio metro. Los extras —y según González harían falta cientos— costarían cien pesos al día. Ahí intervine yo y dije que el guión se había escrito para que no hiciesen falta cientos de extras, sino a lo sumo veinte o treinta y sólo unos pocos días. González nos miró con odio primero a mí y luego al señor Guber, que anunció que los extras contratados a través del STPC, el sindicato oficial, costaban sólo cincuenta. Otra perorata. ¿Acaso Starr quería contratar a un hatajo de indígenas sifilíticos y medio idiotas? Sí, mi querido amigo, de hecho eso era exactamente lo que quería Starr. Un nuevo enfoque: ¿es que Starr creía que podría conseguir que esos palurdos aprendieran a actuar? Era un enfoque equivocado. ¡Sí, por Dios, Starr podía hacer que cualquier cosa viva aprendiera a actuar! Aunque Starr intentaba ser moderado con los costes, cuestiones tan insignificantes como el salario de los extras o el coste de revelar un metro de película le aburrían. Se estaba impacientando, y González aprovechó la inquietud de Starr como excusa para levantar su enorme mole de carne del sofá, poner una zarpa sobre el hombro desnudo y cubierto de unguento de Starr —un gesto que causó un bramido de dolor— y anunciar, por medio de Heff, que él, y no un judío de Estados Unidos —un epíteto que Heff se abstuvo de traducir—, sabía cómo hacer películas en México, y que su viejo amigo, su hermano, podía dejarlo todo en sus manos. Fin de la primera reunión.

Aunque no exactamente. El señor Guber se excusó porque tenía que escribir un informe para los chicos del Departamento de Hacienda. Yo dije que tenía que volver al trabajo. Nos despedimos de Heff. González nos desairó con petulancia volviendo su gruesa espalda y tirándose un pedo, nunca sabré si intencionadamente o no. Cinco minutos después, atravesó el patio subido en las alzas de sus zapatos, deshaciéndose en sonrisas e hinchándose como un pavo.

En la segunda visita de González, no hubo discusión por ver quién pagaba el taxi. Su hijo lo descargó de un enorme, aunque algo baqueteado, Mercedes Benz, esplendoroso con un traje gris perla de rayón ribeteado en acetato rosa; para la tercera visita se puso un traje de seda shantung y zapatos de piel de lagarto; para la cuarta, una gabardina de color chocolate con leche y una camisa de seda de Jacquard en tono blanco sobre blanco. El pobre Heff, aunque mucho más pulcro y mejor vestido que su padre, se presentó siempre con el mismo traje deshinchado de franela gris.

Me invitaron a todas a sus reuniones y el señor Guber, que nunca perdía de vista a Starr, también estuvo presente. Por lo que se refiere a González éramos tan bienvenidos como una dieta intensiva. En cualquier caso, se produjeron desacuerdos. Yo había elegido la carretera del Desierto de los Leones para las escenas de exteriores porque estaba muy cerca de Casa Ximinez y en ella hay todos los paisajes necesarios, desde el desierto más árido hasta hermosos árboles, barrancos, campos y bosques. No hubo discusión, y González nos aseguró que lo arreglaría todo con las autoridades del parque nacional. Eliminando todos los accesorios que no fuesen del siglo XVI como las lámparas, los radios y los teléfonos, varios rincones del apartamento de Starr y del

nuestro servirían para los interiores, y el patio de Casa Ximinez con sus azulejos, sus arcos, los frescos descoloridos y el pintoresco pozo era una auténtica mina. El señor Guber dijo: «Sigo sin entender por qué tiene que haber gastos de estudio cuando los decorados no van a costar nada», pero sólo yo hice caso de su comentario. Heff tradujo cohibido la sugerencia de su padre de que le pusieran en nómina también a él como intérprete por doscientos pesos —o quince dólares en moneda estadounidense— al día, y nadie puso objeción. Por lo demás, no se volvió a hablar de dinero, y aunque nuestras relaciones con González *père* no eran exactamente cordiales, tampoco nos liábamos a puñetazos.

Starr, a pesar de su tolerancia con el odioso González, supo enseñar los dientes a la hora de elegir a la joven actriz. En sus últimas visitas, González, más esplendientemente vestido en cada ocasión y fumando enormes habanos Upmann, llevó consigo un interminable desfile de fulanas con vestidos tan chillones que habrían podido rivalizar con su propio vestuario. Parecía un eunuco presentando una retahíla de dudosas vírgenes para complacer a un potentado: ¡y menudas chicas! He visto busconas en mi vida, pero las elegidas por el señor González parecían furcias demasiado rastreras para trabajar en la plaza Garibaldi. Yo oía a Starr por la ventana abierta, quejándose y protestando. «¡No, no, no, Arístides! Se supone que María es una joven inteligente, virtuosa, guapa y religiosa, nada que ver con estas rameritas que pasan de los treinta. Tradúceselo, por favor, Heff, y dile a tu padre que se lleve de aquí a estas mujercitas antes de que tengamos que llamar a los fumigadores».

Se producía un indignado clamor por parte de las aspirantes a estrella de González, que no hablaban inglés, y luego éste decía en su propio inglés macarrónico:

—Pero, Leander, todas chicas guapas. De muy buenas familias criollas. Todas hacen amor. Todas tienen tetas como...

—Me trae sin cuidado si son la loba de Roma. Sácalas de mi apartamento y devuélvelas al burdel del que han salido. ¡Fuera, fuera, fuera!

Las protestas de Starr iban seguidas de una cacofonía de furiosas invectivas por parte de *les girls* que se iban indignadas por el patio, taconeando, sacando culo y con la cabeza oxigenada bien alta —la viva imagen de la virtud ofendida— mientras maldecían a González por farsante, proxeneta, timador y mentiroso, y otras cosas menos exactas en un español que nunca se oyó en la sala del trono de los virreyes de México.

Incluso el señor Guber parecía perplejo ante aquel desfile de busconas.

—Señor Dennis —decía con los ojos como platos—, nunca he visto nada igual: una *nafkeh* tras otra. Yo tenía entendido que María iba a ser una joven católica y no una de esas busconas, si me perdona la expresión.

—Creo que, excepto el señor González, todo el mundo lo tiene claro, señor Guber.

—Deduzco que su aprecio por el señor González tampoco es exagerado, señor

Dennis.

—Y hace bien, señor Guber, como diría mi hermano Ernest.

—¿Ernest? ¡Ah!, Ernest Hemingway. ¿Cree que es cierto que él y el señor González estaban emparentados?

—No sea idiota. La madre de González era la hermana de *Rin-Tin-Tin*.

Se quedó pensando y se rió.

—Muy gracioso. Tiene usted mucho sentido del humor, señor Dennis, tengo que admitirlo. En fin, me preocupa que el señor González tenga el dinero.

—¿Quién le ha dicho eso? —pregunté con sequedad.

—Pues el señor Starr. En fin, es la hora de mi siesta. Hasta luego.

Pero en esa frenética semana de planificación, la visitante más constante fue la señora Worthington Pomeroy. En su papel de mujer comprometida y encantadora, aquella novia tan corpulenta entraba y salía cuatro veces al día para demostrar su tierna preocupación por el pobre Starr vestida como una *ingénue* de una opereta de Victor Herbert. Se presentaba a cualquier hora del día o de la noche, con el lacayo cargado de cestas, cubos de hielo para el champán, libros, flores, bombones, ungüentos, cualquier cosa que se le ocurriera como excusa para colarse en el despacho de Starr, donde se la oía arrullar y cacarear hasta sacar al pobre hombre de sus casillas. Como heredera, dama de sociedad y mecenas de las artes había sido un desastre, pero en su papel de jovencita enamorada era insoportable. En los peores momentos le dio por hablar como una niña, y oír cómo llamaba a Starr «pastelito de fresa», «cariñín», «vidita» y otros términos afectuosos incluso menos apropiados daba ganas de vomitar.

Absorbido como estaba por su trabajo, y afectado todavía por su horrible quemadura solar, Starr explicaba, con bastante educación, por qué no había ido a comer a casa de Clarice, por qué no podía asistir a un cóctel, por qué no iba a poder llevarla a bailar, por qué le resultaba imposible ir a Acapulco a pasar el fin de semana con ella, por qué no podía ir a ver cómo le arreglaban unos negligés en Marisa's, y cada excusa tenía un toque de irritación añadido. Pero en lo que a irritación se refiere, Starr había dado con la horma de su zapato. La gatita tenía zarpas. Se enfadaba, hacía mohínes, gimoteaba y arañaba. Clarice llevaba muchos años saliéndose con la suya en casi todo. Se había acostumbrado a pagar y hacer lo que le venía en gana, y las únicas veces que no le funcionaba era con la gente a quien no podía comprar. Pero el caso era que había comprado a Starr —firmado, sellado y entregado con garantía de por vida— al invertir en *El Valle de los Buitres*, y ahora que la mercancía no funcionaba bien y no estaba a la altura de lo anunciado, ella mostraba todos los síntomas de un cliente insatisfecho. Entonces Starr se volvía sorprendentemente humilde.

—Pero, Clarice, cariño, estoy muy dolorido. El médico ha dicho que son

quemaduras de segundo grado.

—No seas tonto, cariño, ¿qué clase de hombre eres? No es más que una simple quemadura. ¿Lo ves?

—¡Ay! ¡Diablos!

—¡Ah, así que ahora maldices en mi presencia!

—Clarice, cuando me pellizas el dolor es insoportable.

—Muy bien, la quemadura se habrá curado la semana que viene. ¿Puedo ofrecer una cena entonces? ¿O un almuerzo? ¿O algo? Quiero anunciar nuestro compromiso. Podrías traer a Emily, y a Brucie, y a los Maitland-Grim, y tal vez a Dolores del Río y a lady Joyce y...

—¿De verdad te parece de buen gusto invitar a mi exmujer a una fiesta de compromiso?

—¿Y a quién le importa eso? A ella no parece molestarle. Además, tiene muchos contactos en Londres. ¿Te parece bien el lunes?

—Pero, Clarice, es el día que iniciamos el rodaje.

—¿Y qué? Posponlo al martes.

—Clarice. Esta película cuesta mucho dinero.

—¡A mí me lo vas a decir!

—No sólo es tu dinero, ejem, cariño, aunque no quiero parecer desagradecido, sino también el de otras personas. Está implicado el esfuerzo de muchos talentos. No puedo dejar plantado a todo el mundo y marcharme sin más a almorzar. Es muy importante...

—¡Por Dios, no es más que una película!

Ésas eran las constantes discusiones que, muy a mi pesar —aunque en el fondo me cautivaban—, me veía obligado a escuchar. Había lágrimas, amenazas y pataletas, hasta que por fin Starr le pedía tiempo y paciencia y compraba su ausencia por unas horas con una vaga promesa y una caricia, y la señora Pomeroy se iba del apartamento dando un portazo, con la mirada dura como el pedernal y una mueca tensa, fingiendo haberse aplacado. «Pobre Starr», pensaba yo.

El domingo por la noche terminé de escribir el nuevo guión de rodaje —aunque Starr volvería a escribirlo otra docena de veces en el proceso de filmación de la película— y mi mujer dejó lo que estaba haciendo para hacer seis copias más (es la única de la familia que sabe poner el papel de calco de manera que no haga falta un espejo para leer lo que has escrito). En el apartamento de Starr estaban encendidas todas las luces. La puerta estaba abierta, así que entré. La piel quemada de Starr, gracias a los ungüentos que constantemente le aplicaba St. Regis, había adquirido el tono cobrizo de un indígena. Por fin podía llevar ropa, y resaltaba su color con una camiseta blanquísima y unos pantalones cortos blancos. Tenía un aspecto espléndido. La señora Pomeroy también estaba allí, vestida más o menos como Mary Pickford en *La pobre niña rica*. Pero ella no estaba espléndida. Parecía enfadadísima tenía el rostro más bien grueso, fofo por la gimnasia de las falsas sonrisitas, mantecoso y

desconsolado. Por la fuerza de la costumbre esbozó una leve mueca al verme entrar y dijo:

—Hola, cariño. Cuanto tiempo sin verte.

—He estado ocupado. Tome, Leander. Aquí tiene la versión definitiva y seis copias, por si pierde la mía.

—¿Tú también estás metido en esto, Paddy? —preguntó en tono ominoso la señora Pomeroy.

—En realidad no. Sólo he echado una mano con el guión.

—¿Y cuánto calculas que tardará en rodarse la película?

Starr parecía incómodo por decirlo suavemente.

—Pues no sabría decirle. No tengo ni idea. Pregunte a Leander.

—Acabo de hacerlo —repuso ominosa—, y dice que...

Imagino que le había dicho que varias décadas y yo no le habría culpado, pero la señora Pomeroy no pudo darme su cálculo. Nos interrumpió la llegada de Emily. Parecía amable y soñolienta, pero en cuanto vio a Clarice con sus volantes de cotonía y los tirabuzones cayéndole sobre los hombros volvió a convertirse en la joven puritana que yo conocía y que tan poco me gustaba.

—¡Ah!, buenas noches, señora Pomeroy..., señor Dennis.

—Hola, cariño —dijo Clarice, fingiendo muy mal una complicidad entre chicas—. ¿Has estado por ahí con tu amigo?

—Bruce y yo hemos ido a los toros, a cenar y hemos vuelto pronto a casa. Quería hablar con mi padre. —Después de poner en su sitio a Clarice, Emily la excluyó por completo de la conversación—. ¿Te encuentras mejor, papá? Veo que has podido ponerte un poco de ropa.

—Mucho mejor, cariño, gracias.

—Pensé que estarías solo —dijo Emily.

Reparé en que la indirecta no iba dirigida a mí, pero ya que Clarice no parecía darse por enterada yo sí lo hice.

—Bueno, ya va siendo hora de que me vaya...

—Quédese donde está, mi querido muchacho —dijo secamente Starr. No era una invitación, sino una orden.

—Buenas noches, papá —dijo Emily, encaminándose hacia las escaleras—. Buenas noches, señor Dennis, señora Pomeroy.

Clarice esbozó su sonrisa forzada.

—Un segundo, cariño —dijo. Noté un deje en su voz que no me gustó.

—¿Sí, señora Pomeroy?

—Pensaba que te había dicho que me llamasen Clarice. ¿No es así?

—Eh, sí. Es cierto, pero...

—Pero ¿qué?

—No sé, no me parece respetuoso, señora Pomeroy. No está bien.

—Exacto, cariño, no está bien. Al menos no lo estará. Porque dentro de unas

semanas podrás llamarme «mamá». Buenas noches a todos.

Se echó las pieles por encima del hombro y fue hacia la puerta.

Deseoso de quitarme de en medio a cualquier precio dije:

—¿Quiere que la acompañe a casa, mamá..., ejem, Clarice?

—¡Por supuesto que no! ¿Para qué crees que he pagado una limusina?

Y entonces se marchó. Emily se quedó en las escaleras como si acabaran de abofetearla. Yo carraspeé incómodo y deseé estar muerto y enterrado. Starr guardó silencio.

—¿Es cierto? —dijo por fin Emily.

—Ejem, mira, cariño, no saques conclusiones precipitadas. Aún no se ha decidido nada.

—Papá, me estás mintiendo. Te lo noto en la cara.

—Bueno, cariño...

—¡No me llames cariño...! Y, en cuanto a usted... —Emily se volvió hacia mí con ojos iracundos—. En cuanto a usted..., el amigo más antiguo de mi padre y de mi madre. Hace menos de una semana tuvo la desfachatez de mirarme a la cara y decirme que el interés que unía a mi padre y a esa mujer era sólo comercial.

—En aquel momento era cierto —dije desolado—. De verdad.

Dejó de prestarme atención como si ni siquiera fuese merecedor de su desprecio y volvió a arremeter contra Starr.

—¿Así que sólo te interesaba el dinero? ¿Era sólo una inversión?

—Lo que te ha dicho el señor Dennis es totalmente cierto, hija. Pero la señora Pomeroy, Clarice, parece picar más alto.

—¿Me estás diciendo que te casarías con esa arpía sólo para conseguir que invierta en tu película?

—Algunos matrimonios muy exitosos se han basado en... —Starr cambió de estrategia—. Emily, te he engañado. Me encuentro temporalmente en una situación vergonzosa. Hace un tiempo que lo estoy. Empezar mañana esta película es mi gran oportunidad. Puedo saldar mis deudas, regresar a casa, volver a empezar y hacer algo con mi vida. Pero no quería decirte que estaba sin un céntimo..., arruinado. Clarice tiene millones. Ella...

—¿Quieres decir que te casarías con una mujer..., con cualquiera, por dinero?

—No he dicho que fuese a casarme con ella. Tenía la esperanza de posponer las cosas hasta que hubiese ganado lo suficiente para devolverle su inversión, con intereses, claro..., y luego cancelar la boda. Pero era una cuestión de... Emily, quería que te sintieses orgullosa de mí.

—Y, claro, así me sentiré orgullosísima. Si necesitabas dinero, ¿no podías acudir a mí..., a tu propia hija? Tengo dinero de sobra: el del abuelo, el de la abuela, el del tío Julián. Te lo habría regalado antes que ver cómo...

—Emily, no lo sabía. Yo...

—Pues claro que no lo sabías. Ignorabas si estaba viva o muerta, y te traía sin

cuidado, hasta que llegué. A lo mejor si lo hubieses sabido me habrías hecho un poco más de caso..., sólo por el dinero, claro.

Se produjo un silencio asombrado. Incluso Emily parecía sorprendida de lo que había dicho. Luego Starr gritó:

—Dios mío, Dennis. ¿Es que no lo ve?

—Que si no veo ¿qué?

—¡A María! ¡Aquí está nuestra María! No una de esas busconas que no para de traer González. ¡Emily puede interpretar a María! ¡Ese ardor, los planos faciales, el brillo de los ojos! He tenido a la primera actriz bajo mi mismo techo y...

—¡Oh! —chilló Emily. Corrió escaleras arriba y cerró de un portazo.

—Leander —me atreví a decir—. ¿Cree que es el momento de hablar del reparto cuando Emily está...?

—¡Emily está soberbia! ¿No la imagina como la hija mexicana de la tierra?

—Vi a Katharine Hepburn haciendo de hija china de unos arrozales, en *Estirpe de dragón* creo que se llamaba, y a mí seguía pareciéndome recién sacada de Bryn Mawr College.

—Pero yo puedo hacer que actúe. Ya ha visto qué magnífica ha estado esta noche. Hablaré con ella.

—Creo que más vale que lo haga..., y cuanto antes.

—Sí, tengo que hacerlo mientras le dure este estado de ánimo tan ardoroso.

—No es exactamente el estado de ánimo que escogería yo —dije—. En fin, buena suerte con la película. Si hay algo que pueda hacer...

—¿Algo que pueda hacer? Por supuesto, le espero en el patio a las seis de la mañana.

—¿Qué?

—Ya me ha oído. A ver si se ha creído que puede convencerme de rodar esta película en contra de todo buen juicio y dejarme tirado cuando estoy a las puertas de mi mayor triunfo. Si no está ahí a las seis en punto, subiré a sacarle personalmente de la cama. Vamos, váyase.

—De acuerdo, Starr, pero respóndame a una pregunta.

—Sí. Dese prisa.

—¿De verdad va a casarse con la señora Pomeroy?

—¿Cómo diablos quiere que lo sepa? No me venga con detalles triviales en un momento como éste. ¡E-mi-ly! —tronó, y subió ruidosamente las escaleras.

XII

La siguiente semana transcurrió tan deprisa que los días se me confunden y me parecen uno solo. Mi mujer es más sistemática y lleva una especie de diario: un librito en el que apunta cosas como sus citas con el dentista, si queda a comer con alguien, los cumpleaños de la gente y cualquier cosa que pueda haber ocurrido en un orden más o menos cronológico. A ella le debo hasta el más confuso recuerdo de aquellos días tan frenéticos del rodaje de *El Valle de los Buitres*. Al menos su cuaderno me ayuda a recordar dónde y cuándo estábamos Starr y yo. Así que citaré del diario de mi mujer y luego me extenderé cuanto me sea posible.

LUNES. Peluquería 10:30. Llevar vestido gris de gasa y traje azul de P. a Tintorería Francesa. Escribir a los niños, a mamá y a M&O.

El lunes amaneció despejado y caluroso, como todos los días en Ciudad de México. Después de tomarme un café encontré a Starr deambulando por el patio vestido al estilo del difunto Cecil Blount DeMille. El único que llegó tan pronto fue López, el cámara, que trajo consigo toneladas de equipo de aspecto caro e impresionante. Ahora que había vuelto a someterse al yugo del capitalismo, el señor López llevaba el pulcro traje de raya diplomática, el cuello abotonado y la sobria corbata de un joven que se está abriendo camino en el mundo de la banca. Iba un paso o dos detrás de Starr, asimilando todas y cada una de sus millones de indicaciones, discrepando de vez en cuando y haciendo alguna que otra sugerencia. Por el respeto y la deferencia que le demostraba Starr deduje que debía de ser un cámara excepcional, y lo era.

—Bueno, López, amigo mío, empezamos a rodar aquí, en la página diecisiete, donde doña Ana Rosa y su marido acaban de terminar de construir la hacienda. Por lo general prefiero empezar por el principio e ir secuencia por secuencia para no perturbar el estado de ánimo de los actores, pero...

—Pero eso es muy costoso. Sí, lo entiendo...

De hecho, Starr había rodado más de una película de ese modo, rodando la primera escena en un estudio en Hollywood, metiendo a los técnicos y a todo el reparto en un tren especial para filmar una escena de exteriores que duraba menos de un minuto en Kansas, volviendo a meterlos en un tren para rodar otra breve escena en Hollywood, subiéndolos a un barco para un rápido rodaje en una playa de Waikiki, devolviéndolos a Hollywood y demás. Esas películas pocas veces se rodaban en menos de un año, los costes de transporte superaban a las nóminas, y si los actores recordaban los nombres de los personajes que interpretaban después de pasar por tantas estaciones, muelles de carga, hoteles, puertos y estaciones de autobús, es que eran mucho más inteligentes de lo que yo pensaba.

—Recuerde que no se tienen que ver los cables del teléfono. Estamos en el siglo XVI.

—No se preocupe por eso, señor Starr. Lo sé.

—Espléndido. Bueno, en esta escena la señorita James está encinta y le ruega a...

—¿Quién está encinta? —Lady Joyce y Bunty Maitland-Grim acababan de llegar en el Rolls-Royce de los Maitland-Grim, con un termo de café en la mano.

—Monica, cariño. Llegas catorce minutos tarde.

—Pero unas catorce horas pronto, conociendo tu estilo de trabajo, Leander. ¿Quieres que nos cambiemos ya?

—Si no te importa, cariño. Déjame a mí el café. Dennis, acompáñeles a mi apartamento. Servirá de camerino. A los hombres los he enviado a su apartamento. ¡St. Regis!

St. Regis asomó la cabeza por una de las ventanas de arriba. Llevaba un kimono con una gorguera isabelina hecha con clínex. Un maquillaje pancromático había teñido su rostro, manos, cuello y orejas del color de un melocotón maduro.

—Sí, señor Starr, estaba poniéndome el maquillaje.

—¡Por Dios! —exclamó López—, ¿no se supone que es un pájaro?

—Por favor, Dennis, acompañe a lady Joyce y a la señora Maitland-Grim a mi dormitorio, el vestuario está etiquetado por escenas y número de página en el salón. Luego puede llevar las cosas de los hombres a su apartamento. Veamos, López, como le iba diciendo...

Más de una docena de vestidos colgaban de la gigantesca araña de plata del salón de Starr. No me parecieron muy bien acabados: eran de fieltro y franela imitación de terciopelo, varias faldas ni siquiera tenían dobladillo y todo estaba hilvanado a toda prisa o sujeto con alfileres.

—No se preocupe, querido. Esta ropa tan desaliñada sienta mejor que la de verdad. Con la luz adecuada quedará preciosa —dijo Lady Joyce, interpretando correctamente mi mirada—. Es lo único que sabe hacer Leander. Y al menos está limpia.

Bunty soltó una risita.

—¡Ay, Monica, estoy nerviosísima!

—Aquí arriba, señora —gritó St. Regis.

Después cogí un montón de capas, jubones, calzas, botas y espadas —todo planchado y etiquetado—, y los colgué en nuestro salón. Cuando regresé al patio había llegado otro de los actores. Era un mexicano de mediana edad que había ganado tanto dinero interpretando películas épicas en Hollywood en los años treinta que se había jubilado en México; ahora era inmensamente rico gracias a sus negocios inmobiliarios y actuaba sólo cuando le apetecía. Hablaba inglés con mucha labia, tenía una pronunciación un tanto teatral y la precipitación del hombre de negocios. Cuando no estaba actuando era como si no usara signos de puntuación.

—Buenos días oh sí cómo está he leído alguno de sus libros en inglés claro con la

traducción pierden mucho me alegra haberle conocido por fin dígame dónde cambiarme y qué tengo que hacer con el maquillaje y ahora vuelvo espero que el rodaje no me entretenga más de tres días como me dijo el señor Starr verá estoy intentando vender una parcela en Reforma y... Ah sí claro no quiero molestar a su mujer sé que a las mujeres les gusta dormir me apañaré de sobra en el baño estaré con usted en un abrir y cerrar de ojos gracias por todo.

En el patio Starr y López estaban decorando el rincón donde vivían el doctor y la señora Priddy. Además de una especie de santo en una hornacina, había unas bonitas plantas en flor y un pimentero que arrojaba una interesante sombra moteada. Vi también al señor Guber, de lo más elegantón con un peto de pantalón corto y un sombrero de paja con las palabras «Recuerdo de México» bordadas.

—Buenos días por la mañana —dijo—, cuando salí de Estados Unidos nunca pensé que acabaría actuando en una película con el gran Leander Starr. ¿Les gusta mi disfraz de peón, señor Starr? Uf, a Shirley le encantará si la echan en el Queen Anne, en Teaneck.

Mi mujer entró a toda prisa en el apartamento envuelta en su *peignoir* para informarnos de que había un hombre desnudo en nuestro cuarto de baño.

Lady Joyce y Bunty salieron del apartamento de Starr con el pelo recogido en majestuosos tocados renacentistas, las faldas levantadas para no ensuciárselas con el polvo y la tez inglesa sin nada de maquillaje, o maquilladas con tanta sutileza que no se veía ni rastro de cosméticos ni siquiera a la luz del sol. Era la primera vez que reparaba en lo guapa que era verdaderamente Bunty.

—¿Servirá esto, Leander? He copiado el estilo de un retrato que había en el bar de Bunty. La época es auténtica. —Lady Joyce podía ser muy profesional cuando se lo proponía.

—Estáis arrebatadoras, queridas. Y ahora callad.

Bunty contuvo una risita, y las dos tomaron asiento después de extender unas sábanas sobre las sillas para proteger el vestuario y se pusieron a repasar su papel.

—Lamento haberle dado un susto a su esposa pero no encontraba mi suspensorio por ninguna parte espero que no le haya importado son gajes del oficio ya sabe.

Era el actor que iba a interpretar a don Fernando, el marido de doña Ana Rosa. Parecía un verdadero noble español, si no fuese porque estaba fumando un cigarrillo con una boquilla Dunhill («no vale la pena ya me entiende estropear una toma con estos espantosos ataques de tos»). Siempre actor, además de agente inmobiliario, se contempló con mirada crítica en el espejo de cuerpo entero.

—Espero tener el pelo lo bastante largo las pelucas me pican y no me he puesto maquillaje aunque tal vez debería oscurecerme un poco la boca empiezo a tener un poco de papada el mes que viene cumplo cincuenta y cinco ya sabe si tienen una ayudante de sobra repasaré el papel una vez más muchísimas gracias. —Cuando le presentaron a su mujer en la película, añadió—: Dios mío Monica James recuerdo que estaba haciendo usted una película con Romney Brent mientras Lupe Vélez y yo

descansábamos en el estudio de sonido de al lado pobre Lupe qué tal le va querida.

Los tres se sentaron felices a fumar y a cotillear, mientras Starr iba y venía airado, miraba el reloj y maldecía a González por llegar tarde.

A las siete y media Catalina Ximinez hizo una entrada de auténtica estrella desde sus lujosas habitaciones. Al verla me quedé boquiabierto. Se había maquillado muchísimo, llevaba unas pestañas falsas que eran como si un par de ciempiés hubiesen muerto sobre los párpados. Su cabello —si es que podía llamarse así— estaba tan oxigenado que tenía el color de una escupidera de latón, y lo había retorcido y torturado a base de laca hasta formar un imponente edificio. A pesar del calor, iba envuelta en su sucio abrigo de zorro blanco.

—Dios mío —exclamó don Fernando— pero si es la vieja Catalina Ximinez pensaba que había muerto pero es ella por Dios —y, en español, añadió—: *¡Ah, Catalina querida, es usted muy, muy, muy hermosa! ¡Bellísima!* Qué es eso que se ha puesto no había visto nada igual desde que Mae West actuaba con Cary en la Paramount en el treinta y dos o el treinta y tres debió ser. ¡Bella, bella!

Madame X no entendió lo que le dijo en inglés, pero agradeció los halagos en español, esbozó una sonrisa inexpresiva y luego gritó en dirección a su dormitorio. Al momento, Abelardo y uno de los muchos criados anónimos de Casa Ximinez salieron cargados con un diván de terciopelo rosa y un parasol de Deauville para proteger a nuestra estrella de los estragos del sol. Mamacita, que había encontrado en algún sitio una capa de rata almizclera, lo siguió y se puso a dar saltitos contentísima en una de las sillas cromadas tubulares.

—Mi... hija... gran... estrella —anunció enseñando sus encías desdentadas.

—¡Mire a la Ximinez! —le dije a Starr—. ¿Qué va a hacer con ese peinado?

—No se preocupe —respondió Starr—. Va a interpretar a una fulana loca, pero no lo sabe. Yo me encargaré. Cuando acabe con ella tal vez le robe las escenas a las demás.

Emily llegó taciturna y enfadada, pero al menos se presentó, y estaba más o menos dispuesta a interpretar el papel de María. Nunca sabré qué palabras mágicas le dijo Starr la noche anterior. Tres o cuatro actores con vestuario de los siglos XVI, XIX y XX entraron en nuestro apartamento, se sentaron, como niños bien educados, alrededor de la mesa de azulejos y se pusieron a jugar a las cartas y a beber Coca-Cola.

Incluso con Starr trabajando a toda velocidad, pronto descubrí que el rodaje cinematográfico, como la guerra, es sobre todo cuestión de «darse prisa y esperar». En ese momento, todos, la película, los técnicos y los actores parecíamos estar esperando a González. Poco después de las nueve, el viejo cerdo entró deshaciéndose en sonrisas y abrazos.

—¡Buenos días, mi hermano! ¡Buenos días!

—¡Buenas tardes! —le soltó Starr—. ¿Dónde diablos se había metido?

Por mediación de Heff, González nos dio largas y alambicadas explicaciones:

llegaba tarde porque, por su hermano del alma, había sufrido lo indecible para encontrar la mejor película, las luces más modernas, los mejores técnicos. Las luces parecían viejas, frágiles y peligrosas. En cuanto a los técnicos, pululaban por ahí como pisando huevos, toqueteando y examinándolo todo con reparo. Me dio la impresión de que era la primera vez que asistían al rodaje de una película y estaban muy impresionados.

Sin embargo fue el señor López quien le dio su merecido a González. Aunque el productor no había conseguido imponerle un cámara a Starr, tampoco había contado con que Starr encontrara a uno que hablase español con tanta fluidez. López cogió la única lata de película que había llevado González.

—¿Ese vago llama a esto película? ¿Y sólo trae una sucia lata? Con eso no tenemos ni para diez minutos. En las películas pornográficas emplean película de más calidad. Y mire esas luces. ¿De dónde demonios las ha sacado? ¿De los antiguos estudios Vitagraph? Y mire a esos técnicos comunistas.

Mientras González se quedaba allí con los ojos abiertos como platos, López se dedicó a hacerles preguntas y descubrió que ninguno de ellos había trabajado en el rodaje de una película, aunque el electricista había reparado las lámparas de una tienda en Coyoacán. Después López se volvió hacia González y le soltó cuatro frescas en su propia lengua. No sé lo que le diría, pero debió de estar muy bien porque cuando terminó su diatriba todos los actores que hablaban español se pusieron a aplaudir ruidosamente. Intuí que González tampoco era santo de su devoción. Heff, avergonzado y asqueado, tuvo que ir en el Mercedes a buscar diez latas de película que cumpliesen con las perfeccionistas especificaciones de López. González, resoplando de rabia, fue a sentarse a la sombra.

—Muy bien, señor Starr —dijo con calma López—, si quiere podemos ensayar la escena y luego seguir con el rodaje.

—De acuerdo —respondió Starr—. En fin, todos saben de qué trata la historia y ya les hemos presentado a todos; empezaremos con doña Ana Rosa (señorita Monica James, por favor), don Fernando y la doncella Conchita. ¿Podríamos tener silencio absoluto? Gracias. Y también necesitamos al buitre. El buitre no figura en el guión del señor Dennis. Ha sido idea mía. ¿Dónde demonios se ha metido? ¡St. Regis!

—Enseguida bajo, señor Starr —respondió desde el apartamento de Starr. ¡Y vaya si bajó!

Ninguno de los actores, ni siquiera Catalina Ximinez, había podido hacer una entrada parecida. St. Regis salió del apartamento de Starr pintarrajeado como un cartel publicitario. Su cabello ondulado brillaba como una cazuela de cobre. Aparte de que su tez era de color melocotón, se había puesto colorete como una prostituta, se había pintado los labios de color granada, se había puesto máscara en las pestañas, llevaba los párpados de color azul iridiscente con la raya pintada de negro y se había dilatado las pupilas con belladona, de manera que se abrió paso a tientas bajo la luz del sol. Parecía que hubiese aprendido a maquillarse con Mae Murray. Pero lo que se

había hecho en el pelo y la cara no era nada comparado con lo demás. Llevaba un maillot negro brillante tan ajustado que se le marcaban todas las costillas. Pero sólo Dios y St. Regis sabían lo que había metido dentro, tal vez la colada de la semana.

—¡Qué hombre! —gritó uno de los actores, y soltó un silbido incrédulo.

—¿Estoy bien, señor Starr? —preguntó St. Regis, moviendo las pestañas.

—Sí, teniendo en cuenta que no se le va a ver la cara. ¿Pero qué demonios se ha metido ahí, un canguro?

St. Regis se ruborizó por debajo de las capas de maquillaje pancromático.

—Es que mi suspensorio de danza era tan cómodo...

—Bueno, sea lo que sea, quíteselo. Esto es una película no un espectáculo de fenómenos de feria.

Con St. Regis devuelto a la normalidad, por decirlo de algún modo, y el maquillaje tapado por la enorme cabeza de buitre, los ensayos se desarrollaron bastante bien. Las únicas distracciones fueron la risita nerviosa de Bunty, los incesantes ladridos de *Perro* y la prolija imitación que *Loro* hacía de Madame X cobrando el alquiler, que desencadenó la carcajada de los actores y sin duda rebajó el estatus de Catalina Ximinez, Estrella de Primera Magnitud. Starr reconvino a Bunty, y Abelardo se llevó a los animales al desván. Cuando regresó Heff con la película, habían repasado la escena dos o tres veces, así que cargaron la cámara y nos dispusimos a iniciar el rodaje.

Después de echar a los ineptos peones de González del plató, Starr encendió él mismo las luces. Unas pocas preguntas de López y quedó claro que al «experto» de sonido de González lo habían contratado apresuradamente en una tienda de discos en los Insurgentes, así que Starr colocó el micrófono y lo echó de la consola para poner la cinta magnética.

—Muy bien —dijo echándole una torva mirada a González—, yo me encargaré del sonido. Lo siento, damas y caballeros, por lo visto vamos a ir un poco escasos de personal el primer día, pero creo que podemos empezar a rodar. Esperen un instante. —Con aire experto fue de un actor a otro poniéndoles polvos cosméticos para evitar los reflejos, ajustando un vestido aquí, colocando un mechón de cabello allá.

—¡Oh, me siento tan tonta! —dijo Bunty.

—Seguro que no se me nota mucho la papada el señor Starr siempre podrá disimularla —apuntó don Fernando.

Había muchas personas además de las implicadas en la película. En nuestro barrio nunca ocurre nada de importancia sin que se corra la voz, y ahora abarrotaban el patio unas cien personas, entre inquilinos, criados, repartidores, vecinos y viandantes.

—Heff —dijo Starr—, por favor, dícales que pueden quedarse a mirar, pero que necesitamos silencio absoluto, y que si se oye algún ruido tendré que echarlos del plató. ¿Todo el mundo está preparado? —preguntó a los actores mientras se ponía los cascos.

La escena empezó tal como la habían ensayado. Don Fernando, que era un

prodigio de puntos, comas, puntos y comas, interrogantes y sutiles matices de prosodia cuando estaba bajo las cámaras, entró con su encantadora esposa, doña Ana Rosa.

—¿Te gusta, querida?

—¡Oh, Fernando, es preciosa!

—¡Ay, doña Ana Rosa! —dijo Bunty—. ¡Es una hacienda, es un palacio! Mejor que un castillo en España. —Por una vez no se rió.

—¿Y de verdad es nuestra, Fernando?

—Nuestra y de nuestros hijos, y de los hijos de nuestros hijos, y de los hijos de los hijos de nuestros hijos para construir una poderosa nación..., la Nueva España.

—¡Oh, Fernando!

—¿Entramos, querida?

—¡Oh, señora —gorjeó Bunty, que apenas podía contenerse—, hay tantas habitaciones, cocinas y salas de juego para los niños!

—Enseguida, Fernando, pero te lo ruego, déjame sola un momento.

—¿La señora no se encuentra bien? —preguntó Bunty con mucha emoción contenida—. ¿Es el bebé?

El rostro de Starr estaba tenso mientras registraba todas las emociones que había inspirado en sus actores.

—Déjame sola un momento, te lo ruego. No tardaré.

—Muy bien, querida. Ven, tontita, y te mostraré el mejor cuarto de juegos que un niño haya tenido jamás.

Bunty tenía que reírse y no se contuvo. Se desternilló con infantiles grititos paroxísticos. Muy eficaz.

Sola delante del objetivo, lady Joyce obsequió a la cámara con la luminosidad de sus preciosos ojos, luego fue hasta la imagen de la pared y se hincó de rodillas.

—¡Oh, bendita Virgen de Guadalupe —dijo con la voz quebrada—, dame un hijo digno de esta tierra...!

—¿Doctor, llevas la bolsa con los libros? ¿Y el dinero para el autobús? ¿Y los huevos duros?

—Sí, Modesta, querida, hasta la vista, como se dice en español.

Se abrió una puerta justo detrás de la piadosa figura de lady Joyce, y aparecieron el doctor y la señora Priddy.

—Vaya, vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? ¡Una película casera! En fin, como dijo una vez el bardo, «El mundo entero es un escenario y...».

Lady Joyce soltó una carcajada y el público que había estado tan callado la secundó. El doctor Priddy llevaba unas gafas de sol y un par de pantalones cortos, detrás estaba la señora Priddy con un delantal y unas cuentas de color ámbar.

—¡Dios! —bramó Starr—. ¡Viejo papanatas inepto! ¿Es que no pueden quedarse en casa con la boca cerrada treinta segundos más?

—Vaya, ¿esta sí que es buena? —dijo la señora Priddy.

—Tenemos que repetirlo. Demonios, tenemos que repetirlo todo.

—No ha quedado tan mal, señor Starr —dijo animándolo López—. Podemos cortar cuando la señora empieza a rezar.

—¿Pienso hablar con la señora Ximinez de esta ofensa? —exclamó en tono santurrón la señora Priddy.

—¡Oh, váyase a freír espárragos, querida! —dijo lady Joyce—. ¿Empezamos desde el momento en que me arrodillo?

Una vez más y dieron la escena por terminada. Starr, que en el pasado no había dudado en hacer cincuenta tomas de cada escena, era muy consciente del tiempo y del dinero, y pareció contagiar su concentración a los actores. Hasta el más insensible comprendió el febril deseo de Starr de trabajar mucho y deprisa. Por suerte, la mayoría procedían del teatro y eso fue de mucha ayuda. Un actor cuya experiencia se ha limitado al cine puede decir mal el texto, eructar, equivocarse o caerse de culo, sabedor de que la escena puede repetirse una vez y otra vez y otra vez hasta que lo despidan o —por pura ley de la probabilidad— una salga bien. En los escenarios, si sales con la bragueta abierta, tropiezas con una puerta u olvidas tu gran soliloquio la cosa no tiene remedio. La primera vez es la última. Después de la entrada sorpresa del doctor y la señora Priddy, nada volvió a salir mal. Los actores eran auténticos profesionales. No sólo se sabían el papel, no sólo obedecían las indicaciones de Starr con todos sus matices, sino que ayudaban a mover los muebles por el patio en contra de las normas del sindicato. Era muy emocionante, y me hizo pensar en cómo debieron ser los inicios del cine, cuando las películas —incluso algunas obras maestras— se rodaban en almacenes, invernaderos, parques y descampados, antes de la formalización, la estandarización y la esterilización que supuso la creación de los gigantescos estudios de Hollywood. Antes de que hiciésemos una pausa para comer algo, había tres escenas —cortas, claro— completas camino del laboratorio para su procesado.

Tal como me había imaginado, Starr tuvo algunas dificultades con Emily durante la sesión vespertina. Era una María guapísima con sus harapos humildes aunque limpios, pero las doce veces que ensayaron su actuación fue acartonada, un poco como una joven estudiante de griego en Bryn Mawr College leyendo a Aristófanes delante de la clase. No la culpé; jamás había demostrado el menor interés por ser actriz, seguía furiosa con su padre y la presencia de Bruce van Damm, todo sonrisas y miradas devoradoras, la ponía nerviosa.

—No ha salido muy bien, querida —decía con paciencia Starr—. Tal vez no hayas reparado en la enormidad de la situación. Estás en este patio mugriento oyendo a esa puñetera loca, y lo digo con todo el respeto, señorita Herrera... —añadió dirigiéndose a la actriz de reparto de rasgos marcados que interpretaba a la tía de Emily.

—No pasa nada, señor Starr —concedió con generosidad la señorita Herrera.

—Sabes que la cosecha de este año apenas ha dado unos puñados de grano, que la

hacienda está hipotecada hasta el tejado, que todo se derrumba. Y sabes que tu tía lo sabe. Pero sigue anclada en el pasado, en el nombre de la familia, convencida de que si el lugar ha prosperado los últimos novecientos años volverá a hacerlo ahora. Y tú intentas...

—Sí, lo he entendido —dijo con frialdad Emily—. Lo intentaré otra vez.

Emily y la señorita Herrera volvieron a empezar. La señorita H. era toda una veterana, en los últimos cincuenta años había interpretado muchos papeles desagradables como la infanta altiva, la dama de compañía estirada o la madrastra cruel, y siempre con la misma esforzada competencia. No era brillante, no había que esperar sorpresas. Tampoco de Emily podían esperarse sorpresas: era lenta, mecánica y muy mala actriz. Starr estaba a punto de interrumpir la escena cuando de pronto Emily experimentó un cambio notable. En menos de un segundo pasó de ser una autómatas a un dragón. En un instante, su voz modulada y bien educada se alzó una octava y empezó a chillarle a la pobre señorita Herrera.

—Sí, claro, tía Mercedes, lo sé. Lo sé. Somos herederos de los reyes de España, los dueños de la tierra. ¡Mira nuestras tierras: polvo, suciedad y piedras resacas! —al decir esas palabras, cogió un puñado de tierra y se lo tiró a la cara a la pobre señora causándole un horrible ataque de tos. Me volví perplejo hacia Starr y vi la causa del súbito estallido de furia de Emily. La señora Worthington Pomeroy acababa de llegar, se había acercado de puntillas a Starr y le estaba haciendo ricitos en el pelo con el regordete dedo índice.

—Así está bien, gracias —dijo Starr—. Rodaremos una toma ahora.

—Pero, papá, en realidad no...

—¿Está preparado, señor López?

—Por supuesto, señor Starr. Muy bien. Todo el mundo a su sitio, por favor.

Starr se puso los cascos y ajustó los controles de sonido.

—Silencio, por favor. Cámara. Acción.

La señorita Herrera empezó la escena con tanta profesionalidad como en los ensayos. Emily estaba hosca y parecía al borde de las lágrimas. Era una escena bastante larga, y a medida que avanzaba observé a Starr con creciente interés. Primero cogió a Clarice de la mano. Sentado donde estaba, su hija no pudo pasarlo por alto. El tono de su actuación empezó a subir. Sin quitarse los cascos y mientras manipulaba los controles de sonido, pasó el brazo que tenía libre alrededor de la gruesa cintura de Clarice. La furia aumentó y la señorita Herrera, ligeramente sorprendida por el giro de los acontecimientos, supo estar a la altura. En el momento decisivo Starr sentó a Clarice, que sonreía de una manera espantosa, en sus rodillas. Entonces reventó la presa.

—¡... polvo, suciedad y piedras resacas! —gritó Emily—. Coge tus preciosas tierras y vive en ellas si puedes. ¡Pero no cuentes conmigo!

Le tiró un puñado de polvo y gravilla a los ojos, y la pacífica señorita Herrera chilló «¡Madre de Dios!» y le propinó a Emily un empujón que la dejó

tambaleándose. Luego las dos se echaron a llorar. No estaba en el guión pero fue sensacional.

—¡Corten! —gritó Starr empujando a Clarice sin más ceremonias al suelo—. ¡Has estado soberbia, cariño, soberbia! Dale un beso a papi.

—Prefiero no hacerlo —respondió Emily reprimiendo un sollozo—. Creo que es todo lo que querías de mí..., al menos por hoy, ¿no?

—Todo, cariño. Más de lo que se podía esperar de Maggie Leighton. ¡Oh, cariño...!

—Entonces, si me perdonáis... Enseguida estoy contigo, Bruce —dijo Emily, y se fue con aire remilgado al apartamento de Starr, mientras un par de voluntarios llevaban a la señorita Herrera a la farmacia Corazón de Jesús para que le hiciesen una cura.

Por sádico que hubiese sido, Starr había arrancado una actuación de su hija. A esas alturas casi todos los actores habían terminado por ese día y se habían ido a casa, dejando nuestro apartamento convertido en un vertedero de clínex, colillas, botellas vacías y prendas de ropa olvidadas. Había llegado el momento de que actuase nuestra estrella entre las estrellas: Catalina Ximinez, y me daba curiosidad ver cómo manejaba Svengali a su Trilby particular. Mi impresión era que había dado con la horma de su zapato, pero como de costumbre me equivoqué. Madame X, para empezar, era incapaz de leer un manuscrito en inglés, y Starr no se había molestado en explicarle el argumento ni su papel. Totalmente indiferente por algo tan poco importante como la trama, la Ximinez se limitó a dar por sentado que era la estrella, que su forma de interpretar iría de la falsa modestia a la hiperfalsa modestia con gestos coquetos y sonrisas edulcoradas. Yo sabía que sus limitaciones en inglés eran tantas que haría falta doblar la mayoría de sus diálogos, así que había limitado sus parlamentos a «sí», «no», «¡ah!», «por favor», «gracias», «buenos días» y «buenas noches». El más largo, una especie de telegrama, tenía sólo diez palabras, y estaba dispuesto a suprimirlo del guión si hacía falta. También sabía que iba a interpretar a doña Isabel, la vanidosa hacendada decimonónica cuya estupidez y avaricia habían supuesto el punto de inflexión en la fortuna de la familia y la hacienda. Lo que no sabía era cómo Lucifer en persona iba a conseguir que una vaca vanidosa, engreída y sin talento como Catalina Ximinez, cuyo único interés por *El Valle de los Buitres* —suponiendo que se acordara del título— era volver a verse en la pantalla como una joven belleza deslumbrante admirada por todos, actuara de forma que no fuese sencillamente ridícula. Pero, una vez más, no había contado con el genio maléfico de Leander Starr.

Después de pasar toda la mañana tendida en su diván como una odalisca de Matisse, Madame X había desaparecido para ir a sus habitaciones a comer y no había vuelto, aunque supongo que debió de contemplar el rodaje desde la ventana de su dormitorio, porque cuando llegó su turno de actuar volvió a hacer una gran entrada, esta vez caracterizada. O bien la fornida lesbiana de la Institución de Masaje se las

había arreglado para eliminar a golpes varias toneladas de grasa de su barriga o bien se había embutido en una faja a punto de estallar. Madame X llevaba un vestido de cintura de avispa de finales del XIX —blanco y de lunares rojos con un no sé qué de bailarina de flamenco— y el polisón más prominente que jamás se ha visto. Dudé de si sería un monumento de alambre, pelo de caballo y crinolina o si sencillamente habrían desviado hacia allí el exceso de kilos. Llevaba una sombrilla a juego, y a tan llamativa vestimenta había añadido, de su propio y sorprendente guardarropa, varios abanicos, estolas, mitones, flores artificiales, broches, pasadores, collares, pendientes, una peineta española de celuloide, una mantilla de encaje de algodón y unas gafas de sol arlequinadas.

—La Ximinez está lista —anunció.

Mamacita, extasiada y también con unas festivas gafas de sol de carey, la siguió, arrastró su butaca cromada del servicio de entretenimiento de las tropas hasta el borde mismo del plató, se sentó y empezó a dar saltitos orgásmicamente.

Contuve un grito de asombro.

—Dios mío, Starr, ¿quién la ha vestido así?

—El mismo diseñador de los otros vestidos..., tal vez no de todos.

—¿Y quién va a desvestirla? Parece un baratillo de objetos usados.

—Tenga paciencia, mi querido muchacho. Puede aportar más que usted al papel de doña Isabel. ¡Ah, Catalina, qué bellísima!

Ella se quitó las gafas oscuras y batió los nudos gordianos de sus pestañas. Lo único que insistió en quitarle Starr fue la laca roja como la sangre que se había puesto en las uñas postizas. A Madame X no le gustó, pero después de que Starr, el encargado del vestuario, su manicura, Mamacita y yo le asegurásemos que la laca de uñas líquida no se había inventado aún a finales del XIX, accedió a regañadientes a meter las garras en acetona, de donde salieron con aspecto frío, gris y muerto.

Cuando Catalina apareció con su vestido y aquella plétora de complementos anticuados pensé que el encargado del vestuario sufriría un ataque. Cuando empezó a leer su papel, supe que lo sufriría yo. Starr había elegido a dos actores muy fornidos para que aparecieran con ella en la mayoría de sus escenas: uno era el marido decadente e incapaz; el otro interpretaba el papel del capataz de la hacienda, un granjero bueno y honrado que acaba rebelándose contra ella.

Por medio de Heff, Starr empezó a explicarle el argumento.

—Tú, querida, eres una encantadora aristócrata, dulce, amable y adorada por todos. Pero el capataz es un hijo de puta, vago, perezoso, inútil, traidor y fraudulento, y has perdido la paciencia con él...

—Leander —empecé a decir, muy ofendido—, eso no es lo que...

—Cállese —murmuró. La señorita Ximinez sonrió y flexionó los pocos músculos faciales que podía mover debajo de aquella capa de maquillaje hasta expresar vacuidad, idiocia y queja, que supongo que querían significar clase, dulzura e impaciencia—. Y ahora, Heff, tenga la bondad de preguntarle a la señorita Ximinez si

sabe lo que tiene que decir.

—¡Oh!, por supuesto. De pe a pa. «Sí». «No». «Querido don Pedro». «Este hombre es un...».

—Un vago, Catalina. «Este hombre es un vago».

—¡Ah, claro! «Este hombre es un vago». «¿Cómo sabemos que no roba?». «Me aburro. Tengo que vestirme para el baile del general».

Sonrió triunfante. Mamacita aplaudió entusiasmada, sin dejar de saltar en su butaca.

Los dos actores que tenían que aparecer con ella se sabían ya el papel, así que no perdimos mucho tiempo con los ensayos. La escena iba a interpretarse ante el impresionante umbral de Madame X. El sol se estaba poniendo y todo estaba en sombras, por lo que Starr había dispuesto la iluminación del modo más favorecedor posible. Si uno no sabía quién era, Madame X casi estaba bien..., y no aparentaba más de treinta y cinco.

—Muy bien, López —dijo Starr—. Espero que tenga mucha película. Tendremos que hacer más de una toma. Bueno, Heff, la señorita Ximinez tiene que hacer una entrada triunfal por esa puerta. Cuando oiga usted a don Pedro decir: «Son unos indios sucios y estúpidos, ¿qué más da que pasen hambre?», dele un empujoncito a la Ximinez para que entre. ¿Le importa explicárselo, por favor?

Heff, que se esforzaba en ser amable y servicial tanto como su padre en ser desagradable y destructivo, asintió con la cabeza y acompañó a nuestra gran estrella al interior de la casa.

La escena entre el blando don Pedro y el valiente granjero fue tal como estaba prevista, el capataz le advirtió del descontento entre los peones, el hacendado exhibió su indiferencia ante sus quejas.

—Son unos indios sucios y estúpidos, ¿qué más da que pasen hambre?

Con un frufrú de volantes y un taconeo, Madame X apareció en lo alto de la escalera, igual que una especie de Carmen, con la sombrilla abierta como un molinillo detrás de la cabeza, luego dio un paso, se pisó el dobladillo del vestido y cayó como un saco de harina, maldiciendo y arañándose contra la gravilla.

—Guarde la toma —le dijo Starr al cámara—, podría servirnos. —Luego se levantó de un salto—. ¡Catalina, querida! ¿Te has hecho daño?

Yo tuve que entrar al apartamento para prepararme una copa y reponerme. Cuando volví, la señorita Ximinez, desempolvada y empolvada de nuevo, estaba interpretando la escena como si fuese Yvonne Printemps y estuviera a punto de ponerse a cantar. Y con eso quiero decir que lo estaba haciendo fatal. Cuando terminó, Starr la abrazó.

—¡Brava! ¡Brava! Y ahora, querida, ¿te importaría repetirlo sólo una vez? La luz no estaba bien. ¿Y no te importaría quitarte las pestañas postizas? Parecen oscurecer la luminosidad de tus ojos.

Heff tradujo y Madame X, con la magnanimidad de una gran actriz, consintió. En

un abrir y cerrar de ojos Starr modificó las luces y esta vez —incluso yo me di cuenta — la señorita Ximinez pareció ser justo lo que era: un viejo espantajo chillón, vanidoso y estúpido. Obedeciendo las nerviosas indicaciones de Starr, López acercó la cámara y rodó muchos lúgubres primeros planos. Al acabar, Starr la besó en ambas mejillas y le dijo que había estado magnífica y que podían dejarlo por ese día. Vi que la vieja boca de Mamacita empezaba a moverse, así que le ahorré el esfuerzo.

—Lo sé: su hija gran estrella.

Con sorprendente celeridad recogieron el vestuario y guardaron las luces y la cámara de López en el almacén alicatado con azulejos que había sido la cocina del convento. Los pocos actores que quedaban, el encargado del guardarropa y los indígenas de González nos dieron las buenas noches y se fueron a casa. Sólo quedamos Starr, López, González, el sufrido Heff y yo.

González, con gesto dolido y petulante, se acercó a Starr moviendo la barriga de un lado al otro.

—Leandro, quisiera hablar contigo.

—Yo también quiero hablar contigo, Arístides. ¿Empiezas tú o empiezo yo?

—A solas.

—No hay nada que no puedas decir delante del señor López y el señor Dennis. Sin ellos no sé dónde estaríamos hoy.

Heff empezó a traducir, pero López le interrumpió con una furiosa invectiva en español. Su discurso duró más de quince minutos. Y me cuesta creer que apenas hiciese una pausa para respirar. Cuando terminó, González estaba demasiado furioso para seguir.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Starr, tan impresionado por la elocuencia de López que pensé que tal vez le daría un papel en la película.

—Señor López le ha dicho a mi padre... —empezó Heff.

Una vez más, López le interrumpió.

—Le he dicho a ese cerdo dónde puede irse. ¡Qué diablos!, se supone que está produciendo esta película y lo único que hace es aposentar su gordo culo en el asiento. ¿Llama a eso un equipo? ¿Técnico de sonido? ¿Operador de cámara? Y le he dicho que mañana quiero un equipo de verdad o le denunciaré a los sindicatos. — Otra traducción y una horrible diatriba de González—. Bueno —dijo López con menos apasionamiento—, supongo que no estoy en posición de denunciar a nadie, pero no miento cuando digo que este tipo es un sinvergüenza. Buena suerte, señor Starr. Hasta mañana.

Se puso su sombrero de ala estrecha de Madison Avenue y se marchó, convertido en la viva imagen de un joven votante republicano.

Heff, asqueado y avergonzado, siguió haciendo de intérprete mientras Starr y González hablaron. Con una calma y una paciencia sorprendentes, Starr le hizo notar

a González que había llegado tarde, que había llevado sólo una lata de película de mala calidad y un equipo sin experiencia y que no había hecho más que sentarse. Por su parte, González apuntó que el primer día siempre era el más difícil, que había habido una confusión a la hora de comprar la película y contratar las luces, que una agencia le había engañado con los técnicos, que no volvería a suceder y que eran hermanos del alma, además de varias opiniones a propósito de mí que parecieron perder mucha garra al traducirlas. Se dieron un abrazo, efusivos besos en las mejillas, y González & Hijo se marcharon después de prometer que llegarían al alba.

Una vez a solas con Starr, dije cansado:

—En fin, ha sido una suerte que no me hiciese usted caso y se negara a firmar un contrato con González.

—¿Por qué lo dice, mi querido muchacho?

—Porque ahora puede usted deshacerse de él. Quédese con Heff, si quiere. Al menos resulta útil. Pero líbrese de ese viejo estafador antes de que...

—Mi querido Patrick, no puedo...

—¿Por qué no iba a poder? Ya ha visto lo que ha hecho hoy. Ha olvidado todo lo que pudo saber algún día sobre cómo producir una película. Todo lo que ha traído era de ínfima calidad y no ha hecho más que causar problemas. López tiene toda la razón. Es un viejo acabado, un timador y un farsante. Y le está pagando usted mil dólares diarios. Dele cien y dígame que...

—Pero verá, no puedo.

—¿Y por qué no, si se puede saber?

—Pues porque González tiene el dinero.

—¿Dinero? No tiene ni un centavo. Ya ha visto en qué cueva vive. No tiene ni dónde...

—Tiene todo el dinero. El de la financiación de *El Valle de los Buitres*. Se lo di la semana pasada.

—¿Que hizo usted qué?

—Se lo di. Era lo más sensato. Todo el mundo estaba en mi contra. Con Guber pisándome los talones, si lo hubiese metido en el banco, alguien lo habría encontrado y confiscado o...

—Le... ha... dado... usted... cien... mil... dólares... estadounidenses... a... ese... gordo...

—Es lo habitual, mi querido amigo —dijo Starr ruborizándose levemente—. Es el productor. Se supone que tiene que pagar las facturas. Yo no sé nada de números. Además, ¿quién si no...?

—¡Viejo idiota y charlatán! Podría haberle confiado el dinero a St. Regis, a Emily, a mi mujer y a mí, a Bunty o a Monica, incluso al señor Guber, y habría estado en mejores manos que con ese... Oh, Starr, me rindo, no puedo más.

Con la ropa sucia crucé el patio en dirección a mi apartamento y me topé con los Warburton, la correcta pareja de estadounidenses a quienes mi mujer había invitado a

cenar. Llevaban ropa de etiqueta y estaban muy sonrientes.

—¡Patrick! Pareces un peón. ¡Vosotros los bohemios! En fin, aquí estamos, más vale tarde que...

—¡No hay nadie en casa! —grité, y les cerré la puerta en las narices.

MARTES. Cumpleaños Lydia. Comprar billetes de los niños. Escribir a la Trust Co. Llamar a un buen abogado de divorcios. Copia de trabajo de Starr.

El martes, al igual que el lunes, los protagonistas actuaron en Casa Ximinez. Mi mujer, que para entonces ya no me dirigía la palabra, iba y venía con gesto lúgubre por el apartamento topándose con actores en distintos grados de desnudez, recogiendo ropa ajena pensando que era mía, colgándola en el armario o enviándola a la lavandería. Hubo una cazadora de color mostaza especialmente fea que le regaló sin más a Guadalupe y su propietario, un joven actor, pasó las de Caín para recuperarla.

González llegó casi puntual, trayendo consigo un par de luces más, a un hombre que parecía tener al menos rudimentos de iluminación y, para ocuparse del sonido, a un siniestro individuo que parecía ganarse la vida pinchando teléfonos. Eran una especie de mejora, pero seguían sin conocer su oficio ni la mitad de bien que Starr o López.

—Esta noche veremos las copias de trabajo —dijo lúgubrementemente López, y se las arregló para librarse de González la mayor parte del tiempo enviándolo en su Mercedes al laboratorio cada vez que se acababa una lata de película. Heff siguió actuando como intérprete y factótum. La única verdadera dificultad que causó González fue cuando pellizcó a Catalina Ximinez y ella le rompió la sombrilla en la cabeza. Yo siempre había sospechado que en realidad aquello no era un polisón.

A lo largo de la mañana terminamos de rodar los planos del patio. Después de comer rodamos el trabajoso parto de doña Ana Rosa en la enorme cama de castaño tallado de Starr. La actriz y el director sostuvieron un acalorado debate sobre cómo se siente una mujer al dar a luz, y lady Joyce salió claramente victoriosa. El señor Guber sugirió que alguien dijese: «Coge unas sábanas blancas y trae toda el agua hirviendo que puedas», un tópico que yo sólo había oído decir unas quinientas veces en las películas, aunque, con una auténtica cocina con azulejos del siglo XVI a nuestra disposición, aprovechamos para desperdiciar unos metros de película rodando a Bunty con un caldero humeante y a Guadalupe y a Mamacita muy atareadas a su alrededor. A Guadalupe le encantó embolsarse cincuenta pesos por trabajar como extra y para Mamacita fue un punto de inflexión en su vida que Heff le enseñara a decir: «Yo... gran... estrella».

Sin la ayuda de la asistenta, debido a las exigencias prioritarias del arte, mi mujer ordenó el salón y se plantó furiosa a ver cómo usábamos un rincón para que el

depravado don Pedro intentase seducir a una ingenua virgen indígena.

El señor Guber nos ofreció generosamente sus habitaciones. Después de quitar el sarape, una guitarra de plástico, dos sombreros, las fotografías enmarcadas de Shirley, los niños y el baile anual de veteranos judíos de guerra de Teaneck, se convirtió en un aceptable despacho de don Fernando, aunque el señor Guber se ofendió un poco cuando nos negamos a usar su calculadora portátil como utilería del siglo XVI.

Emily, todavía enfadada y silenciosa, ese día sólo tenía que ir malhumorada al pozo, sacar un cubo de agua vacío y sacudir elocuentemente el puño en dirección a la bandada de buitres que describía círculos en el cielo. Los ensayos y el rodaje apenas duraron diez minutos, y luego se marchó con Bruce.

Al igual que el día anterior quién más tiempo y molestias nos costó fue Madame X. Se cambió varias veces de vestuario —ropa de montar, vestido de baile, *negligé*, dos suntuosos vestidos y una capa—, lo que la mantuvo alejada la mayor parte del tiempo, y, con gran enfado por parte del encargado del vestuario, Starr le permitió mejorarlos con sus baratijas. Como la vez anterior, rodó todas sus escenas de dos maneras distintas: una con las pestañas postizas, la luz matizada y la cámara a cierta distancia y otra con sus verdaderos ojos, menos maquillaje, una iluminación realista y muchos primeros planos y ángulos forzados. A mí no se me ocurrió de qué podía servir como no fuese para asustar a los niños, pero Starr fue pródigo en halagos.

Al caer el sol habíamos utilizado toda la película y rodado todas las escenas que habían planificado López y Starr, y una hora antes de lo previsto.

—Veremos las copias de trabajo esta noche a las nueve en punto en mi sala de estar —dijo Starr—. No se retrasen. —A Catalina Ximinez le dijo—: Querida, ven a las diez en punto a mi apartamento. —Y le dio un apretoncito en el brazo rollizo.

Esa noche se presentó en el salón de Starr una multitud de espectadores interesados en ver el copión. Había invitado a lady Joyce y a Bunty, e incluso Henry Maitland-Grim parecía bastante *compos mentis*. A pesar de lo enfadada que estaba, Emily sentía demasiada curiosidad para no verlo, y Bruce se sentó a su lado en el sofá, muy protector y sonriente. Con o sin invitación, con Heff como mentor, González se sentó muy enfadado en una silla: sus muslos y sus nalgas desbordaban por ambos lados. La señora Pomeroy se hizo notar como principal inversora y musa del director. López, vestido como el presidente del Chase Manhattan Bank, toqueteó el proyector y la grabadora. Las luces se apagaron. Unos cuantos fallos de coordinación del sonido con la imagen, un par de exabruptos impublicables por parte del señor López, y la proyección empezó.

En realidad hoy no recuerdo exactamente qué era lo que esperaba: no mucho, asegura mi mujer. En cualquier caso, me llevé una agradable sorpresa. Aquel patio viejo y mugriento estaba fotografiado como si lo hubiesen construido el día anterior, y una capa de aceite en la maltrecha puerta principal de los Priddy hacía que brillara como castaño recién barnizado. Entre el *glissando* de risitas de Bunty vimos la escena

de doña Ana Rosa, don Fernando y la doncella Conchita. Tal como la había iluminado Starr, lady Joyce aparentaba unos veinte años, y López había aprovechado los ángulos que la favorecían más. Los burdos vestidos parecían directamente sacados de la corte española, e incluso el texto melodramático que yo había escrito parecía cobrar cierta dignidad e importancia bajo la dirección de Starr. La inesperada salida del doctor y la señora Priddy mientras doña Ana Rosa rezaba fervorosa, el enfado de Starr y la salida de lady Joyce resultaron tan cómicos que López tuvo que detener la proyección hasta que todos dejaron de reír. Después todo fue más prosaico y profesional. Aunque las imágenes estaba deshilvanadas y saltaban sin ningún sentido del siglo XVI, al XIX y a la actualidad, aunque aún faltaban la edición y el montaje, se notaba que era una buena película. St. Regis, por fin en la pantalla, resultaba bastante siniestro e incluso pasablemente armonioso en su papel de buitres. Ronroneó de placer desde el fondo de la sala. La escena de Emily con la pobre señorita Herrera era una de esas explosiones de realismo de las que los críticos pedantes pasarían años hablando. Su sufrimiento se vio recompensado por algunos aplausos iniciados por mi mujer que, hasta ese momento, no había podido estar más en contra de *El Valle de los Buitres*.

Pero las mejores escenas —y ahí sí había habido algún montaje improvisado— fueron las de Catalina Ximinez en el papel de la malvada y descerebrada doña Isabel. Para acabar de distender el ambiente se nos obsequió con su tropezón en las escaleras que hizo desternillarse a todos —también a Emily—, por lo que López tuvo que pasarlo dos veces. Luego nos dispusimos a ver la versión de Starr de doña Isabel, en contraste con la versión de la Ximinez. Era aterradora. Con la seca iluminación del director, sin las ridículas pestañas postizas, con el maquillaje chillón eliminado hasta el punto de parecer una señora decimonónica que había abusado del colorete, enseguida vi que Starr había tenido razón al dejar que se vistiera así. Parecía vieja, mezquina, estúpida y cruel, pero esas cualidades naturales se intensificaban gracias a la cámara, las luces y el director. Su interpretación era electrizante, los primeros planos fueron especialmente espeluznantes. Hechizados vimos la escena con su marido y el capataz, con la que había vuelto a las pantallas el día anterior, además de tres de las escenas que había rodado ese día. Cuando acabó, hubo un momento de silencio total y luego se produjo una salva de aplausos.

—¡Uf! —dijo López—, si ella no lo ve, le darán un Oscar.

—¡Ooohhh! —dijo Bunty con un escalofrío convulsivo.

—Es increíble —dijo lady Joyce—. Sencillamente estremecedora. Parece tan vulgar, tan estúpida y bovina..., pero cuando se pone delante de la cámara...

Hasta el hosco González se sentó admirado.

—Recuérdenlo todos —dijo Starr—. Catalina no entiende exactamente así su papel. Vendrá enseguida y le enseñaré un copión totalmente distinto.

Por último, López proyectó unas viejas películas que había encontrado. Unas carreras que en realidad se habían rodado en Sussex o en Surry, pero estaban filmadas

desde tan lejos que nadie notaría la diferencia; unas escenas de unas vacas pastando, un pueblo colonial español (Santa Fe, aunque nadie llegaría a saberlo nunca), unos campos ondulantes de trigo y otras secuencias descartadas que añadirían grandeza, amplitud y autenticidad a la película sin costar un céntimo. Mientras veíamos a un montón de aristócratas bailando el vals debajo de una enorme araña de cristal —ideal para el baile del general la víspera del levantamiento de los campesinos— se oyó un tímido toque en la puerta de Starr.

—Es la señorita Ximinez —dijo Starr—. No vaya a equivocarse de película, López.

Madame X entró como si fuese una de aquellas marquesas de la Falaise de Coudray del viejo Hollywood. Debajo de una estola de zorro plateado llevaba un amarillento vestido de fiesta de satén blanco como los de la primera época de Carole Lombard. Su cabello dorado, liberado por fin de sus anclajes y peinado con raya, revelaba las raíces canosas y le colgaba sobre los hombros cubriéndole un ojo al estilo de Veronica Lake. Mamacita la siguió más orgullosa de su retoño de lo que lo estuvieron nunca la señora Temple, la señora Coogan y la señora Lyon juntas. Las dos se quitaron las pieles, agradecieron el aplauso entusiasta y se sentaron a ver el copión. En la penumbra contemplé el rostro de Madame X: su expresión de paciencia fatigosa, su educado aburrimiento, su leve desprecio ante la actuación de lady Joyce, las carcajadas por la imprevista aparición del doctor y la señora Priddy. Era el mismo copión hasta que llegamos a las escenas de la señorita Ximinez. Entonces López dio la luz, cambió los rollos de película y volvió a encender el proyector. Lo que siguió era demasiado horrendo para creerlo. Bajo la luz brumosa y turbia los hombres parecían frágiles y afeminados, como figuritas de porcelana Meissen. Starr había manipulado el sonido y hasta sus voces parecían dulzonas y pegajosas. Pero lo mejor era Madame X: rodada siempre de lejos y siempre desde el ángulo más favorecedor, me recordó mucho al difunto Julian Eltinge interpretando *La viuda fascinante* o tal vez a St. Regis haciendo de tía en la obra *La tía de Carlos* (uno de sus grandes triunfos en el instituto de Alhambra). Apenas pude contenerme. Bunty no lo consiguió. Se tapó la boca con el pañuelo, se puso como pudo en pie y corrió escaleras arriba a servirse una copa. Incluso el ecuánime Bruce van Damm tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse. Pero la señorita Ximinez y Mamacita estaban extasiadas. Madame X se inclinó hacia delante embelesada, cautivada por cada aleteo de las antenas de sus pestañas, susurrando «¡Bella! ¡Hermosa! ¡Guapa! ¡Dulce!» ante cada gesto fatuo y cada gritito con su voz de cacatúa. Parecía increíble que alguien pudiera engañarse tanto a sí mismo cuando estaban proyectando la espantosa verdad en una pantalla a menos de tres metros de donde se encontraba, pero Madame X lo consiguió. Yo conseguí dominarme hasta la última escena de doña Isabel, pero cuando ella hacía no sé qué con las pestañas entre las plumas de un abanico polvoriento no pude más. Corrí con Bunty al piso de arriba. Cuando pudimos volver, Madame X se estaba despidiendo arrastrando lánguidamente las pieles por el suelo.

—Gracias, señor Starr, tengo que ir a descansar para mañana.

Mamacita señaló orgullosa con el dedo a Catalina.

—¡Mi... hija...!

La puerta se cerró tras ellas.

—En realidad, me ha gustado más la segunda versión —dijo Henry Maitland-Grim.

MIÉRCOLES. Escena del baile. Chignon. Visados de los niños. ¿Sombra de ojos? Copias de trabajo de Starr.

El miércoles era el último día de rodaje en Casa Ximinez, el primer día con suficientes extras para considerarlo una escena de multitudes, y también el día de mi debut como actor cinematográfico. El problema de los extras, que Starr había dejado confiadamente en las gruesas manos de Arístides González, era muy sencillo. Sólo hacían falta tres tipos de extras: peones felices y bien alimentados para la escena del banquete de Acción de Gracias que doña Ana Rosa ofrecía generosamente al final del primer episodio; peones hambrientos e insubordinados que derribaran el tambaleante imperio de doña Isabel, y hacendados ricos, altaneros y decadentes que bailasen en el baile del general. Sólo puedo pensar que González los sacó de alguna institución para retrasados mentales. Nunca he visto una pandilla menos presentable. Starr despidió a la mitad nada más verlos; los demás tenían tendencia a rascarse sus partes pudendas mientras se suponía que brindaban por la dueña de la casa, asaltaban la hacienda o bebían champán en salones de mármol, y eran igual de prescindibles que los otros. Esa vez López perdió la compostura y echó literalmente a González del patio. De nuevo me sorprendió lo deprisa que podía moverse aquel hombre cuando hacía falta a pesar de su exceso de peso.

—¿Qué hacemos? ¿Perder el día llamando al sindicato? —preguntó sombrío López.

—Por supuesto que no —respondió furioso Starr—. Tenemos gente suficiente, además de esos cretinos que ha traído López. ¡Dennis! ¡Guber! ¡Quítense la ropa!

Al cabo de media hora había juntado entre las cuatro paredes de Casa Ximinez gente suficiente para dar el pego. No sólo convocó a todos los criados, sus hijos y sus parientes, sino también a los inquilinos. El señor Guber estaba en el séptimo cielo. La señora Priddy, cuando le ofrecieron una ocasión no sólo de aparecer en la pantalla sino de ponerse algunos de sus recuerdos más *recherchés*, no tardó en olvidar su indignación y en plegarse a los planes de Starr. El doctor hizo novillos y, con lo flaco que estaba, resultó muy convincente con el cuerpo pintado. Una pareja de Midland, Texas, que estaba de luna de miel y a quien nadie había visto ni oído hablar, excepto por una sucesión de grititos, pospuso lo que quiera que estuviese planeando para ese día y se sumó al espíritu de las cosas con ese aterrador entusiasmo que supongo que

ha hecho de Texas lo que es hoy. Bunty hizo una llamada de emergencia a su casa y poco después llegó Henry Maitland-Grim, arrastrando la pierna de madera, con un espléndido chaqué de Savile Row debajo del brazo y acompañado de todo su servicio doméstico. Heff se ofreció voluntario, pero añadió que no veía tres en un burro sin sus gafas. Starr respondió que no pasaba nada y que si Heff se caía varias veces eso añadiría un toque de realismo. La señora Priddy llamó a los chiquillos cantantes y danzantes. Clarice llevó a todos los criados de Casa Ortiz-Robledo e incluso accedió a volver andando a casa, ponerse todas las joyas y hacer de extra en la escena del baile, porque no se sentía cómoda haciendo de campesina. St. Regis estaba dispuesto a hacer de cualquier cosa, pero Starr le puso la sofocante máscara de buitre en la cabeza y respondió que era demasiado valioso en su papel de pájaro. A las nueve de la mañana Starr tenía a sus órdenes al ejército de guerrilleros de Emiliano Zapata. Se subió a la mesa, silbó pidiendo silencio y, por mediación de Heff, anunció que les estaba muy agradecido a todos, y que el productor, el señor González, les pagaría cincuenta pesos a cada uno por día de trabajo. Ruidosos vítores. El encargado de vestuario repartió nuestros limpios y prósperos harapos —sólo camisas y pañuelos, los pantalones no eran necesarios porque todos teníamos las piernas debajo de la mesa del banquete—. De hecho, interpreté toda la escena del festival de la cosecha en bañador, sentado al lado del señor Guber, que seguía con los pantalones del pijama. En pro de la autenticidad —y con un toque que recordaba sus despreocupados días de los años treinta— Starr encargó en la licorería del barrio varios litros de tequila, además de Coca-Cola para los niños, que filosóficamente mezclaron con el tequila de los adultos. Fue una auténtica bacanal para ser las diez de la mañana, pero en lo que a autenticidad se refiere jamás se rodó un banquete más alegre. Starr nos animó a meter mucho ruido, como si eso fuese necesario, y pasó mucho tiempo rodando primeros planos de los hombres bebiendo tequila, de la gente chupándose los dedos, de interesantes planos faciales, del vigilante aliviándose en la jacaranda, que estoy seguro de que no volverá a florecer, y del primo de Guadalupe, el vendedor de décimos de lotería, desmayándose encima de un plato de alubias. Luego nos dijeron con la mayor claridad que cerrásemos el pico mientras lady Joyce, de lo más beatífico con la ropa de luto de doña Ana Rosa, pronunciaba su discurso final sobre las glorias del país, y St. Regis, como el buitre, se alzaba y envolvía simbólicamente a toda la mesa.

A Starr lo asediaron con preguntas de cuándo exactamente proyectarían *El Valle de los Buitres* en el teatro Variedades. ¿Esta noche? ¿Mañana? ¿Al día siguiente? ¿Qué estrellas famosas aparecerían en ella? ¿Silvia Suárez? ¿Maricruz Olivier? ¿Francisco Rabal? ¿Cristina Rojas? ¿Manolo Fábregas?

Por encima del ruido del banquete, las discusiones, las canciones improvisadas y la media docena o más de transistores, Starr apartó a los niños, a los que estaban demasiado gordos o demasiado borrachos, y les explicó a los demás extras que ahora la película estaba ambientada hacía sólo ochenta años atrás, que eran pobres y

pasaban hambre, que todos odiaban a Catalina Ximinez, que era rica y malvada —se oyeron varios vítores—, y que iban a ir a buscarla y a quemarle la casa. Si lo que quería era realismo, no podría haber escogido mejor sus palabras. Con unos sucios harapos decimonónicos que recordaban mucho a los del siglo XVI, la turba interpretó la escena de forma tan convincente que temí que la cabeza de Madame X pudiera acabar en una pica. Asaltaron la recargada puerta principal con tanto entusiasmo que las bisagras cedieron y las puertas se desplomaron en el umbral de la Ximinez, arrastrando consigo a dos docenas de hombres dando golpes y patadas.

—¡Magnífico! —gritó Starr.

Pensé que Madame X no opinaría igual, pero me equivoqué. Después de su triunfo de la noche anterior, les habría permitido saquear la casa.

—Da igual. Era muy vieja. El año que viene compraré una casa más grande.

Fiel a su palabra, Heff se había caído varias veces y lo habían pisoteado un poco. Al señor Guber le habían puesto un ojo levemente morado, y también hubo que tratar algunos cortes, abrasiones y contusiones en la farmacia Corazón de Jesús, que había duplicado su volumen de ventas esos últimos tres días.

Después de comer nos pusimos los disfraces alquilados que debían de haber rescatado de alguna compañía ambulante que hubiese ambientado *La dama de las camelias* en el período exacto del reinado del terror de doña Isabel. Yo parecía y me sentía un idiota con mi camisa de frunces y un chaqué apolillado que se había puesto verdoso con el paso del tiempo. Mi mujer tenía mejor pinta con un vestido de seda deshilachada de color ciruela. Con la señora Priddy no se pudo hacer gran cosa, pero estaba pasable vestida de satén negro y una mantilla —¿de su propiedad «y auténtica»?— que le cubría la mayor parte del rostro. El doctor se puso un traje de etiqueta en el que habrían cabido dos como él, aunque sentado y con muchos imperdibles en la espalda apenas se notaba. Los recién casados de Texas estaban muy guapos, y Henry Maitland-Grim estaba espléndido con su propio atuendo después de quitarle las condecoraciones británicas. A lady Joyce y a Buntty les permitieron aparecer en la escena siempre que diesen la espalda a la cámara y no se las pudiera reconocer. Y a Emily lo mismo. Curiosamente, Bruce se negó a participar, y me pareció bastante raro tratándose de un joven tan ecuánime y servicial que estaba intentando ganarse a Starr. El viejo vigilante, el hijo alcohólico de Guadalupe, el vendedor de lotería y un par de criados de los Maitland-Grim estaban lo bastante sobrios y eran lo bastante distinguidos para aparecer —aunque fuese al fondo de la escena— como frívolos aristócratas en una fiesta. No así el señor Guber. Clarice no debería haber aparecido, pero como llevaba encima medio millón de dólares en diamantes fue difícil descartarla. Sabiendo lo que Starr había hecho con Madame X en sus escenas, temblé al pensar en cómo sacaría a Clarice, o ya puestos a mí.

Lo único que teníamos que hacer era sentarnos en el majestuoso salón de Madame X, beber ginger ale en copas de champán de plástico y adoptar un aire desenvuelto y altanero en el baile de gala del general, mientras la encantadora

Catalina Ximenez iba por ahí moviendo su abanico del brazo de Henry Maitland-Grim, que, a pesar de la pierna de madera, había ganado por mayoría el concurso al hombre más distinguido. A esas alturas Madame X estaba tan embelesada con su propia imagen que se dedicó a «mejorar» su papel y el resultado fue devastador, entre guiños, gorjeos y mohínes, encogimientos de hombros y contoneos de cadera. Por suerte, como se suponía que estábamos en una fiesta, las risas estaban permitidas, aunque hay quien opina que Bunty se pasó un poco de la raya. Tres tomas —una en la que nuestra estrella tropezó con la pierna de madera de Henry, una rodada al estilo de la Ximenez y otra al estilo de Starr— y dimos el día por terminado.

—Las cuatro y ya hemos acabado —le dije a Starr quitándome la peluca de época que él insistía en que llevara puesta—, venga a tomar una copa a nuestro apartamento. Se la ha ganado.

—Gracias, querido muchacho, pero no puedo. Heff tiene que llevar a revelar estas tomas, y luego pasaré el resto de la tarde rodando unos planos de Catalina.

—¿Qué planos? Ha hecho ya todo, excepto un par de cosas en exteriores.

—Es sólo para tenerla contenta. No lo utilizaremos. Pero con tal de que crea que es la estrella de la película...

—Leander —dije—, ¿se ha parado a pensar que lo que está haciendo con la pobre Madame X no es exactamente honesto?

—Muchas veces, *carissimo*; me cuesta conciliar el sueño por las noches. Pero cuando actúa a mi modo es genial.

—Starr, cuando se estrene la película se pondrá frenética. Le matará. Ella cree que es la estrella más bella desde Madeleine Carroll y...

—Mi querido muchacho, está hablando usted con un hombre que puede no saber demasiado de muchas cosas, pero que conoce a las actrices a la perfección. Cuando se estrene la película, le pedirá a alguien que le lea las críticas, y si López tiene razón y puede aspirar al Oscar a la mejor actriz secundaria, le dará igual si la filmamos con película de rayos X. Para entonces se habrá convencido de que todo fue idea suya.

Madame X apareció con un *negligé* de marabú de color melocotón, el pelo cardado y una caja de jabón Ivory debajo del brazo.

—Estoy lista.

—¡Ah!, sí, querida. Ahora rodaremos la exquisita escena en el baño de burbujas.

En el copión que vimos esa noche —primero sólo para Starr, Emily, mi mujer y yo, y luego, como el día anterior, una pase nocturno para Madame X y Mamacita— comprobé que yo no tenía futuro como actor. Tal vez Bruce hubiese hecho bien al negarse a salir en la película. Siempre me avergüenza ver actuar a un conocido a no ser que sea muy, muy bueno. El doctor y la señora Priddy, el señor Guber, Henry Maitland-Grim, mi mujer y yo no lo éramos. La señora Pomeroy, en su papel de la Marie Antoniette de la provincia de Guerrero, parecía Peggy Hopkins Joyce. Luego comprendí que era exactamente lo que pretendía Starr, aunque no fuese exactamente la manera de empezar un matrimonio bien avenido. De hecho, me pareció más bien la

mejor manera de poner fin a un compromiso, y es posible que ésa fuese también su intención. Pero tanto si me sentía avergonzado como si no, tanto si Starr se casaba como si seguía soltero, comprometido o rechazado, el copión era genial. Leander tenía el don de hacerte creer que no estabas viendo a unas personas en blanco, negro y gris proyectadas en una pantalla, sino que te hallabas verdaderamente allí. Incluso sabiendo quién, cómo y qué, las escenas me parecieron tan emocionantes que por un momento casi tuve la sensación de que estábamos presenciando la vida real.

JUEVES. Exteriores. Cesta del almuerzo. Ginebra. Cigarrillos. Crema solar. Coger el libro. Copias de trabajo de Starr.

Como dije antes, las principales ventajas de utilizar la carretera del Desierto de los Leones eran que estaba cerca y que en ella había todos los paisajes necesarios para retratar tres siglos de auge, declive y caída. Para llegar hay que desviarse de Insurgentes por el antiguo camino de Acapulco y pasar los Estudios San Ángel; allí está la carretera que atraviesa diversos paisajes: profundas quebradas y un mísero poblacho donde no hay agua corriente, por lo que a ambos lados de la carretera hay unos contenedores metálicos, cada cual con el nombre, número o firma del propietario, esperando a que el Departamento Central los llene cada día. Si eso no era bastante lúgubre para Starr, no sabía qué se lo parecería. La carretera continúa y pasa junto a unos árboles y unas casas ostentosas, deja atrás el Colegio Militar y atraviesa un hermoso bosque hasta llegar a un convento erróneamente llamado Desierto de los Leones.

Por la mañana temprano salimos de Casa Ximinez formando un convoy de lo más exótico. González abría la marcha en el Mercedes-Benz, con Heff al volante y él balanceándose detrás voluptuosamente. Después iba Starr con la señora Pomeroy, el omnipresente señor Guber y varias botellas de champán en el Cadillac de color lavanda. Luego el Continental de Bruce, con Emily en el asiento del acompañante y St. Regis vestido de buitre, mi mujer y yo en el trasero. Nos seguía el Rolls de los Maitland-Grim; luego nuestra estrella con Mamacita y Guadalupe, que interpretaba a la criada de la señora, en el Hispano-Suiza; López, el técnico de sonido y todo el material iban en una furgoneta Volkswagen; los tramoyistas, las luces, los reflectores, los baúles de ropa, la utilería y las dos tiendas de campaña para cambiarse de ropa viajaban en un camión Fiat; el tipo del vestuario y su lánguido ayudante iban en un triciclo Isseta, y cerraba la retaguardia un viejo autobús de dos pisos de la Quinta Avenida abarrotado de extras de Casa Ximinez y, en el piso de arriba, la señora Priddy y la caterva de niños con la chillona vestimenta local. Uno casi echaba de menos ver un Ford o un Chevrolet normales; a juzgar por la cantidad de botellas, cestas y botes de bronceador, la procesión parecía más una excéntrica merienda campestre que un arduo trabajo.

Respecto a los exteriores, Starr había optado por economizar y empezar el trabajo a mitad de la película, cuando los peones oprimidos se alzan contra los terratenientes, queman la hacienda (el verdadero incendio lo rodaríamos destruyendo una pequeña maqueta de cartón) y la malvada doña Isabel, de rodillas sobre las cenizas, jura venganza. De ese modo terminaríamos antes con Madame X, con los actores más caros y con la mayor parte de los extras, ahorrándonos mucho esfuerzo y dinero.

En sus prospecciones, el señor López había encontrado un edificio quemado de función indeterminada en mitad de un erial. Un rincón del mismo serviría a la perfección para el numerito final de Madame X y para rodar a unos cuantos peones famélicos saqueando la finca. Difícilmente habría podido existir un sitio más desolado en el verdadero Valle de los Buitres.

Varios actores principales habían llegado antes que el convoy, y como hacía tanto calor se habían despojado de tanta ropa como permitía la ley.

—¿Qué le parece? —le pregunté a Starr.

—Mi querido muchacho, si México necesitase un enema, aquí es donde se lo pondrían. Y ahora sea usted amable e intente organizar a todo el mundo.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Los mocosos de la señora Priddy se habían vuelto muy revoltosos y estaban cazando lagartos y persiguiéndose unos a otros por ahí. La tienda de campaña donde se cambiaban las mujeres se vino abajo de pronto y dejó un bulto de algo irreconocible debajo de sus muchos pliegues y varias maldiciones ahogadas en español. Era Catalina, que salió despeinada, sucia y furiosa. Fue un golpe de suerte inesperado: el plan original de Madame X era sobrevivir al incendio y al saqueo y seguir de blanco inmaculado. Además, rodaron la primera toma a su manera, y cuando fueron a rodar la segunda —a la manera de Starr— se alzó una brisa repentina que la cubrió con más polvo y ceniza que Pompeya.

Acabamos a las cinco y, una vez terminado su trabajo, los extras reclamaron su dinero. Por una extraña coincidencia, el productor número uno de México, Arístides González, tuvo que volver a la ciudad por un asunto urgente, y lo único que vieron los extras fue la lorza de grasa de su nuca por la ventanilla trasera del Mercedes-Benz mientras aceleraba camino de Ciudad de México. Starr les aseguró que les pagarían, y, más o menos convencidos, todos dieron el día por concluido.

VIERNES. Exteriores. Más bronceador. ¿Sándwiches de pepino? Más termos. Copias de trabajo.

Éramos una compañía mucho más reducida. Emily estaba con Felipe, el joven indígena que interpretaba a su enamorado. Eso significaba que disfrutaríamos de la compañía de Bruce, además de la de Clarice. Ninguno de los dos parecía dispuesto a dejar que el objeto de su afecto se alejase mucho tiempo de ellos. Lady Joyce y Bunty tenían escenas muy breves. A Catalina Ximinez le habían dado el día libre y había

aceptado la invitación de Henry Maitland-Grim de pasarlo en su piscina. Los González, padre e hijo, también andaban por allí. Todos le estábamos cogiendo cariño a Heff y odio a Aristides. Starr y él apenas se hablaban. Él y yo no nos hablábamos. López sólo se dirigía a él para gritarle y echarle la culpa si algo iba mal. Ese día cometió el error de pellizcar a Bunty, Emily y lady Joyce en sólo cinco minutos y atraerse la furia de todos, entre ellos Starr. Hacía calor, había mucho polvo y todos estábamos de mal humor.

Sólo quedaban media docena de extras, familiares de Guadalupe que no paraban de comer. Como el vigilante trabajaba de noche, le alegró poder pasarse el día durmiendo en el campo y cobrar cincuenta pesos. El vendedor de décimos de lotería, cuyo rostro cadavérico tenía un valor inapreciable para Starr, no estaba tan animado.

—Señor —dijo—, tengo que ir a trabajar. Llevo tres días dedicado al cine, pero no he vendido ni un solo décimo. No puedo seguir con la película sin vender lotería.

—¡Maldita sea! —le espetó Starr—. Dígale que gana más haciendo de extra que vendiendo décimos de lotería. En México quien no vende joyas de plata, vende décimos de lotería.

—Sí, pero aún no le han pagado —apunté.

—Dígale que me gusta su cara y que le pagaré el doble, cien pesos, por un día más de trabajo.

Se lo traduje.

—Dice que quiere cien pesos, pero también vender décimos para el sorteo de lunes. El premio son dos millones de pesos.

—De acuerdo. Le compraré uno. ¿Cuánto es?

—Diez pesos.

—¿Cuánto es eso?

—Ochenta centavos.

—Vendido. Y ahora dígale que se quite los zapatos e intente parecer desdichado.

—Quiere vender todo un *cachito*.

—¿Qué es eso? ¿Su hermana?

—No. Quiere vender un billete: diez décimos. Dice que si los compra puede usted ganar los dos millones.

—Es un chantajista de tres al cuarto. Eso son, déjeme ver, siete u ocho dólares estadounidenses. Nos está entreteniendo. Si no lo hubiese utilizado ayer en la escena de Emily, lo sacaría de aquí a patadas. Nos tiene en sus manos y lo sabe.

—No creo que sea tan astuto ni que sepa cómo se rueda una película. Sólo quiere seguir con su trabajo de siempre..., igual que yo.

—¿Acaso no queda gratitud en este país de ignorantes? Está bien. Dígale que le compro los diez. Lo más probable es que sean falsos.

El lotero se deshizo en sonrisas, mostrando los dientes podridos que tan fotogénicos le parecían a Starr.

—Gracias, señor. Cien pesos. Pague ahora, por favor.

—¿Es que este idiota no ve que este traje no tiene bolsillos? —estalló Starr. Lo cierto es que lo único que llevaba puesto era un escueto traje de baño y un montón de bronceador y se había puesto de color caoba—. Dennis, haga el favor de darle el dinero. Tome, St. Regis, llévese de aquí estos décimos y no los use como relleno para su suspensorio. ¡Todo el mundo en sus posiciones!

El día no fue bien. Se desató una enorme tormenta de polvo, que alegró mucho a Starr y a López, pero puso a todo el mundo aún de peor humor. La vieja señorita Herrera sufrió una insolación y hubo que llevarla a casa —por suerte, después de rodar su última escena— delirando en el Cadillac con aire acondicionado. Clarice estaba tan empalagosa y omnipresente que pensé que Starr acabaría maniatándola. Y Bruce, en el papel de pacificador que él mismo se había arrogado, intentó mediar entre ellos con el tacto y el encanto de una obtusa niñera que intentase poner paz entre dos niños precoces y traviosos. Así que Starr la tomó con Bruce y Emily la tomó con Starr. Lady Joyce, que hasta entonces había sido una santa, tomó partido por Starr y Bunty se puso del lado de Bruce. St. Regis sostuvo una discusión espantosa con uno de los ayudantes de vestuario y luego sufrió un golpe de calor dentro del traje de buitre. El vigilante y el lotero aprovecharon la hora de la comida para emborracharse. López y González tuvieron su discusión más acalorada, que sólo se interrumpió con la llegada de dos individuos con pinta de matones que aseguraron representar a una especie de sindicato cinematográfico mexicano. Las preguntas que hicieron avergonzaron mucho a González. Como es natural, no pude seguir la conversación, pero López sí. Terminó —o al menos se pospuso— cuando González se echó mano al bolsillo y les dio un fajo de billetes a cada uno, lo cual señaló también la primera ocasión que le vi pagar a alguien. Se marcharon, pero no precisamente con una sonrisa de alegría pintada en el rostro. Luego López estalló.

—¡Lo sabía, lo sabía! Ese estafador seboso no ha hecho nada. Ni con los puñeteros sindicatos ni con nadie. No ha llegado a ningún acuerdo. Ésta es una película ilegal y nunca conseguirá la aprobación de la Dirección General de Cinematografía. Miles de horas y de dólares desperdiciados por culpa de ese sinvergüenza.

Luego arremetió contra González en español y Bruce y yo tuvimos que sujetarle para que no le saltara al cuello.

De un modo u otro nos las arreglamos para terminar. Pero cuando vimos esa noche el copión en el salón de estar todo el mundo se alegró. Por supuesto, las copas, las duchas y las cenas ayudaron, pero hasta el más tonto comprendió que iba a ser una película excelente.

SÁBADO. ¿Hasta cuándo, oh, Dios mío, hasta cuándo?

El sábado rodamos todas las escenas en la linde de un majestuoso bosque lleno de

pájaros cantores y árboles umbríos; había campos verdes, un arroyo y una brisa refrescante. Sólo necesitamos a las tres actrices principales y a una docena de actores. El ambiente que se respiraba era casi vacacional. El único contratiempo de la mañana se produjo cuando el micrófono se soltó de la jirafa y golpeó a Catalina Ximinez en la cabeza, pero hasta a ella le pareció gracioso haberse quedado inconsciente por el golpe. St. Regis y el ayudante de vestuario olvidaron sus diferencias del día anterior y quedaron para verse en el bar Hombre Alegre a las diez de la noche. En la comida confesó que tal vez se había dejado influir demasiado por nombres tan elegantes de actores como Carlyle Blackwell, Colin Clive, Clive Brook, Elliott Dexter y C. Butler Clonebaugh al escoger su pseudónimo. De hecho, reconoció que había elegido Alister porque se parecía a Albert, y St. Regis porque Starr se alojaba en el hotel St. Regis (cuya factura no me cabe la menor duda de que sigue aún impagada) cuando le llevó un ramo de flores a la primera señora Starr y no había sabido resistirse.

—Las iniciales eran las mismas que Albert Schmackpfeffer, lo cual era conveniente para mis monogramas. Y aquel lugar era tan elegante... Pero ahora con estas nuevas estrellas, Rock Hudson, Rip Torn y Tab Hunter, y ahora que estoy de verdad en una película, tal vez debería buscar algo más actual.

Sufrió varios ataques de risa cuando le sugerimos nombres como Tack Hammer, Shad Roe y Ruff Trade. Catalina Ximinez incluso se ofreció a darle a lady Joyce algunos consejos para maquillarse. Así de cordial fue el día.

Durante el rodaje de la tarde me tumbé a dormir la siesta a la sombra de un árbol porque sólo había que rodar varios planos largos de gente pululando entre los árboles o corriendo por los prados para abrazarse. A las cuatro en punto me despertaron los gritos de Starr.

—Ya está. Se acabó. Coged los bártulos y volved a casa, chicos. Dije diez días y lo hemos hecho en seis, y todo gracias a un equipo de auténticos profesionales de la vieja escuela. Ya sólo falta rodar unos planos de ambiente que podemos hacer el señor López y yo solos. Ni siquiera necesitaremos a nuestro buitre, Rock Bottom, antes conocido como Albert Schmackpfeffer —St. Regis estalló en carcajadas—. Ojalá pudiera ofrecerles una fiesta, con licor, comida y un grupo musical, según la tradición de los estudios. No puedo permitírmelo. Aunque sí puedo decir que...

—¡Oh!, pero yo sí puedo permitirme ofrecer una fiesta, Leander —dijo en tono empalagoso Clarice—. Podemos darla juntos. En mi casa, la Casa Ortiz-Robledo mañana por la noche, ¿a las diez?

Se produjo un gran aplauso.

—Bueno, señoras y caballeros, ya han oído a la señora Pomeroy. Mañana por la noche a las diez. Tendrán su fiesta y su salario. Hasta entonces, gracias a todos y que Dios les bendiga.

—¡Uf! —dijo el señor López con lágrimas en los ojos—. Menudo tipo es Starr. Rodar la película en seis puñeteros días... ¡Es un genio!

XIII

El séptimo día descansó. Yo no. Después de recibir todo tipo de amenazas de mi agente —desde la expulsión de la Asociación de Escritores hasta la bota malaya— si no entregaba el sencillo relato sobre Salli, el príncipe azul y el brécol, terminé de escribir hasta la última de sus adorables palabras y luego se lo dicté por teléfono a la pobre mujer de Nueva York encargada de mecanografiar mis manuscritos. «Pero esta noche tengo invitados a cenar —se quejó—. Y no puedo llevárselo a su agente mañana, he prometido... *Gloriosky*. ¿Qué palabra es ésa? Yo habría dicho... ¿Sally con *i* en vez de con *y*? ¡Está de broma!» La factura telefónica probablemente ascenderá a más de los miles de dólares que la revista femenina paga por basura tan limpita como la saga de Salli, pero al menos estaba terminado. ¡Y la película de Starr también! Mis obligaciones morales —y las demás— habían concluido. Podría empezar la novela que había prometido a mi editor tener terminada al cabo de un año, podía volver locos a Thomas. Cook & Son haciendo y rehaciendo los planes para llevar a mis hijos a Suiza en verano. Podríamos empezar a aceptar invitaciones e incluso invitar a alguien siempre que cocinásemos nosotros y no Guadalupe. Aunque, ahora que había aparecido en una película de verdad, Guadalupe no se rebajaba siquiera a preparar las alubias con arroz con las que alimentaba a su familia. Podríamos alquilar un coche y hacer alguna excursión o quedarnos a haraganear sin más. En aquel momento lo que más me apetecía era dormir una larga siesta.

—Me voy a tumbar —le dije a mi mujer—. ¿Y tú?

—En cuanto termine de escribir a los niños para recordarles que no traigan patines ni esquís cuando vengan en Pascua. También querría quitarme la arena del Desierto de los Leones del cuero cabelludo. Después estaré encantada.

Abrió al máximo el grifo de la bañera para que se fuese llenando con un hilillo de agua y siguió aporreando la máquina de escribir.

Subí al dormitorio y contemplé el patio en su quietud dominical. Estaba casi desierto. A primera hora de la mañana Starr, López y, por supuesto, el señor Guber habían ido hacia el interior del país a rodar esos planos de ambiente por los que Starr eran tan famoso —buitres describiendo círculos en el cielo, lagartos semialetargados, paredes con la pintura descascarillada, nubes interesantes y otras cosas por el estilo— para añadirlos a las secuencias descartadas de López. El doctor y la señora Priddy habían ido en coche a varios kilómetros de allí para asistir a un banal espectáculo indígena. St. Regis y su nuevo amigo, el ayudante de vestuario, habían emprendido una especie de viaje sentimental. La pareja de recién casados texanos se había animado por fin a ir en coche a comer al centro. Dos empleadas del salón de belleza Vog habían ido a preparar a nuestra estrella y a Mamacita para el guateque de la Pomeroy. El coche de Bruce estaba aparcado en la puerta, reluciente a la luz del sol, y supuse que Emily y él, la viva imagen de una pareja de jóvenes estadounidenses,

estarían a punto de partir para emprender alguna misión atlética. En fin, por mí podían hacer lo que quisieran: yo necesitaba una siesta.

Me quité la ropa, me miré por delante, por detrás y de lado en el espejo y me estremecí. La vida con Leander Starr no era lo que se dice una «vida muelle», pero las semanas pasadas casi exclusivamente en su compañía habían dejado su huella: un leve bulto delante, dos detrás. Cogí un ejemplar de *Mejore su aspecto y siéntase mejor* y leí la dedicatoria: «Esto debería servir para que incluso tú te pusieras en forma. STUART». Mientras hojeaba los dibujos de unos hombres trágicamente incompletos que estiraban de la rodilla a la ingle, del ombligo al cuello, del coxis a la nuca, pensé lo agradable que sería volver a ser así de esbelto, consideré la posibilidad de hacer una serie de ejercicios de Mensendieck, y por fin exclamé «¡Al diablo!» y me desplomé sobre la cama.

No tengo ni idea de cuánto tiempo pasé durmiendo, ni de si dormí profundamente, pero recuerdo vagamente haber soñado que la señora Priddy se multiplicaba por doce, y que todas decían: «¿No le parece pintoresco...? ¿No le parece simpático...? Totalmente auténtico, cariño... Imagínate, cuatrocientos años de antigüedad... No son católicos normales sino hijas de la mejor...». Se oyó un agudo chillido. Abrí los ojos y vi a un grupo de mujeres de mediana edad, de esas que tan bien caracterizaba la difunta Helen E. Hokinson, plantadas en la puerta del dormitorio y contemplando con espanto mi desnudez.

—¡Vaya, jamás había...! —dijo boquiabierta una de ellas, que supongo que debía de ser la cabecilla.

—Pues yo tampoco —dije a mi vez—. ¿Qué diablos hacen en mi dormitorio? —Tenía la bata en la otra punta de la habitación, así que no se me ocurrió mejor demostración de *savoir faire* que meter estómago y actuar con naturalidad.

—Somos Las Damas de San Ángel.

—¿Las qué?

—Las Damas de San Ángel, hace meses que concertamos la visita de la casa con la señorita Ximinez.

—¡Ah!, en ese caso, no dejen que las moleste. ¿Pero les importaría alcanzarme ese batín? Tengo la sensación de no ir muy bien vestido para la ocasión.

—Vamos, señoras —dijo la cabecilla con un bufido. Con los sombreros floreados moviéndose con indignación, bajaron por las escaleras con sus recatados zapatos, salieron del apartamento y cerraron la puerta con tanta fuerza que un cuadro se cayó de la pared.

Al cabo de un momento subió mi mujer envuelta en una toalla, con el pelo chorreando.

—¿Qué demonios ha sido eso? Han entrado en el cuarto de baño como una exhalación, se me ha metido jabón en el ojo y...

—Eran Las Damas de San Ángel..., no me preguntes qué es eso.

—Ah, sí. Son una horrible asociación que visita casas históricas. Mi madre se

cartea con una de ellas.

—Pues creo que tu madre acabará escribiéndole a un correccional ubicado en un edificio histórico si se dedican a irrumpir en el dormitorio de la gente sin que nadie las invite, las anuncie o desee su presencia.

—Bueno, la verdad es que Madame X no me había advertido de que fuesen a venir, de lo contrario me habría arreglado un poco y no me habrían pillado en el...

La interrumpió un chillido atronador y una algarabía de chillidos con acento estadounidense. Corrí a la ventana y llegué justo a tiempo de ver una auténtica estampida de vestidos de tonos pastel y sombreros floreados saliendo del apartamento de Starr.

—Caramba —dijo la cabecilla—, ¡es la última vez que visitamos Casa Ximinez! Menudos desvergonzados. ¡Vamos, señoras! —Vibrando de indignación salieron al patio.

Demasiado alterado, y demasiado curioso, para volver a la cama me quedé donde estaba mirando a través de las cortinas. Al cabo de un par de minutos Bruce salió del apartamento de Starr con aspecto indignado, frustrado, bastante agitado y no muy bien peinado. Subió a su enorme coche, cerró la portezuela de golpe y se marchó entre una nube de polvo dejando tras de sí una estela de niños, perros, gatos y pollos desperdigados.

—¿Qué estás mirando? —preguntó mi mujer mientras se secaba el cabello.

—Nada. Sólo un poco de color local.

La fiesta para los actores y el equipo de *El Valle de los Buitres* fue todo un acontecimiento. Clarice optó democráticamente por no invitar a los tramoyistas o extras mexicanos —«Se iban a sentir cohibidos y fuera de lugar, cariño, así que he creído que sería mejor no invitarlos»—, pero añadió su colección de don nadies al pequeño grupo de estrellas y actores. Tuvo tiempo de sobra para destrozar la elegante Casa Ortiz-Robledo con detalles personalizados, como un autorretrato de cuerpo entero hecho con brocados y diamantes, muchas fotografías de sí misma en compañía de notables mediocres y un enorme montón de libretas encuadernadas en tafilete en las que guardaba numerosos recuerdos de su rutilante vida social: su nombre subrayado en rojo figuraba en bailes benéficos y banquetes públicos, gacetillas anunciando que la señora Worthington Pomeroy había llegado a docenas de hoteles para hacer una corta visita y fotografías comerciales de ella y de otras personas demasiado bien vestidas que miraban a la cámara desde la mesa de algún club nocturno. Los archivos de su meteórico ascenso eran una prueba deprimente de lo lejos que puede llevarte el dinero.

El jardín irradiaba luz y la primera impresión era que Clarice había leído, recortado y seguido el consejo de todos los artículos jamás publicados sobre «Ideas inteligentes para su terraza». Había lamparillas de cristal en los árboles, lámparas

votivas alrededor de la piscina, quinqués en todas las mesas, lámparas de Janucá en las escaleras, lamparillas flotantes en la piscina iluminada, antorchas de queroseno clavadas en el suelo, «luminarias», unos focos que cambiaban de color e iluminaban una estatua de la Virgen de Guadalupe y, como toque final, unos cuantos farolillos japoneses. Un grupo de mariachis tocaba sin cesar, y había dos bares y un bufé abarrotado de comida.

La propia Clarice sobrepasó todos los adornos de la fiesta con un ceñido vestido de encaje diseñado por alguien que debía de odiarla con toda su alma. Esa noche estuvo muy profesional y sorprendió a sus amigotes con términos cinematográficos no siempre bien utilizados. Se notaba que no tardaría en pedir —u ordenar— a la señora Goldwyn, la señora Warner y la señora Zanuck que se hicieran a un lado.

Starr llegó con López, muy acalorado y triunfal.

—Bueno, mi querido muchacho —dijo—, ya está. Hemos terminado hoy. López me ha llevado en coche a un lago seco en la carretera a Teaco o a Texcoco o uno de esos sitios tan espantosos, lleno de basura, gente acampada y buitres, cientos de ellos. También hemos rodado una hermosa tormenta de arena...

—Suenas precioso —dijo—. ¿Y no han rodado una epidemia de cólera o a unas cuantas personas muriendo de peste bubónica?

—No, pero hemos conseguido unos planos de unas ratas divinas. El rodaje más corto de mi vida. Ya sólo falta montar la película y añadir la música de fondo para que esté terminada. Tal vez no la proyecten los fines de semana en el Radio City Music Hall, pero sí será una joyita deprimente que volverá locos a los críticos. Ah, buenas noches, querida Clarice.

—Llegas tarde —respondió ella—. Creía haberte dicho que...

—Mi querida niña, estaba fuera con López terminando la película.

—¿Entonces está terminada? —preguntó. No me gustó la mirada que puso al decirlo. Casi me pareció oír los engranajes debajo de su peluca de rubia platino a lo muchachito.

—Bueno, sí, en cierto sentido..., sólo falta el montaje. A propósito, ¿alguien ha visto al señor González, nuestro productor?

Nadie lo había visto. Heff estaba allí, pero fue bastante impreciso respecto al paradero de su padre.

—Mi padre ha cogido el coche y se ha ido al laboratorio —lo pronunció con un marcado acento británico— a primera hora de la tarde. Ha dicho que tal vez llegase tarde a la fiesta, pero...

—¿Qué diablos...? —le interrumpió López—. ¿En domingo? Pero si el laboratorio está cerrado.

—Creo que mi padre había quedado con ellos. No conozco los detalles. Me ha dicho que cogiera el autobús para venir a la fiesta y que llegaría tarde.

—No me lo creo —dijo López.

—A lo mejor sólo ha ido a meterles prisa —dijo Starr.

—Está todo revelado..., excepto lo que hemos rodado hoy.

—Bueno, estoy seguro de que llegará. O eso espero. Tiene el cheque de los actores.

Los Maitland-Grim se presentaron como si fuesen a asistir a la gala de cumpleaños de la reina. Como es natural, Clarice no tardó en presentárselos a sus amigos. «¿Puedo presentarle a mis antiguos amigos lady Joyce, y el comandante y la señora Maitland-Grim?». Veinte minutos de conversación aburrida parecían equivaler a un vínculo de toda una vida para la señora Pomeroy. Llamó a lady Joyce lady Monica de forma muy poco correcta, aludió a los dos o tres condados y un marquesado de Henry Maitland, avergonzándolo tanto que se quedó mudo, y habló de las alocadas fiestas de Bunty —a pesar de que nunca la habían invitado a ninguna— como si ella misma hubiese escrito las invitaciones y ayudado a poner la mesa. Era evidente que la señora Pomeroy no se andaba con rodeos a la hora de tomar posesión de cualquier cosa de la que se encaprichara.

Con Emily estuvo casi tan insufrible como una madrastra, y la llamó «mi niñita» y «mi pequeña debutante». Emily parecía muy sombría y reparé en que Bruce no se apartaba de su lado.

Catalina Ximenez y Mamacita no ahorraron esfuerzos a la hora de prepararse para la fiesta de Clarice. Enlacada, esmaltada y encorsetada, Madame X se había embutido en un vestido de sirena de color verdoso que hacía que su piel más bien cetrina diera la impresión de llevar varios meses bajo el agua. Incluso Mamacita se había permitido ponerse un par de viejas zapatillas doradas y un gorrito negro y había enganchado a su escaso cabello unos tirabuzones artificiales. La única persona que lograba mantenerse imperturbable en su presencia era Henry Maitland-Grim, porque gracias a los muchos años pasados en su regimiento estaba mejor entrenado que nosotros.

Llegaron el doctor y la señora Priddy, él con un traje negro de alpaca con reflejos verdosos y una guirnalda de llaves de la sociedad académica Phi Beta Kappa y otras baratijas universitarias colgando como cabezas encogidas de la cadena del reloj. La señora Priddy se había fabricado un originalísimo traje de noche con los despojos de sus viajes. De norte a sur llevaba una peineta de concha de tortuga (Sevilla), unos pendientes de coral (Venecia), perlas cultivadas (Yokohama), una blusa de encaje de color amarillento (Bruselas), un minúsculo sari (Bombay) a modo de estola, unos brazaletes dorados con filigranas (Estambul), un largo brocado multicolor en torno a la cintura como una falda (Damasco), un alfiler de escarabajo (El Cairo) para sujetar la falda y unas sandalias de Enna Jettick (Chattanooga) casi del mismo color que la falda. Y estaba deseando contarle a todo el mundo, tanto daba si eran o no admirables, cómo y dónde había adquirido cada objeto. «El doctor y yo estuvimos en Turquía ¿en 1946? ¿Cuando le ofrecieron una plaza en la universidad norteamericana? ¿Fui al bazar con todos esos pasillos tan laberínticos y encontré a una anciana que vendía filigrana?». El doctor Priddy se contentó con citar a Byron

(«Que siga la danza, y que la alegría no tenga límites; despiertos hasta el amanecer cuando se mezclan el placer y la juventud»), Wordsworth («¿Es una fiesta en un salón?») y el Eclesiastés («El hombre tiene cosas mejores que hacer bajo el sol que comer, beber y alegrarse»). No se puede decir que añadieran mucha diversión a una fiesta ya pesada de por sí.

St. Regis, con el cabello convertido en una maraña de ricitos pelirrojos, las pestañas tan rizadas que casi le rozaban las cejas y los labios sospechosamente rosados, bailaba con el ayudante de vestuario, mientras el jefe de éste los miraba sin ocultar su desagrado.

El actor que había interpretado a don Fernando se presentó con una mujer despampanante unos cuantos años más joven que él. Muchos invitados lo reconocieron de las viejas películas que había rodado en Hollywood y, puesto que les impresionaban tanto las celebridades como a la anfitriona, todos quisieron decirle lo mucho que les habían gustado. Era elegante, pero no le gustaba hablar de cine. Por lo visto, su único amor eran los negocios inmobiliarios. «Recuerdo muy bien esta casa se la vendí a un alemán que huía de la guerra en el cuarenta y dos por casi un millón de pesos pero claro eso no es nada comparado con lo que saqué por la casa que compró el rey Carlos II de Rumanía en...». La señorita Herrera parecía encontrarse bien y se las arregló para pasear por el borde de la piscina sin caerse y para comer y beber sin mayores contratiempos. No obstante, no paraba de mirar hacia la puerta y una vez la oí preguntar a otro de los actores dónde estaba Arístides González y cuándo pagarían a los actores. Seguíamos sin saber nada de él, y Heff parecía más inquieto e incómodo que de costumbre por tener que responder a tantas preguntas en inglés y en español sobre su padre. Comprendí que los actores no eran los únicos que esperaban para cobrar. El técnico de sonido, el encargado del vestuario, el electricista y otros técnicos —aquellos con altura suficiente para formar parte del círculo social de la señora Pomeroy— estaban esperando con aire sombrío la aparición de nuestro productor.

En un torpe intento por animarlo, le llevé una copa a Heff y le dije:

—Alegra esa cara, Heff. Estoy seguro de que tu padre habrá encontrado una rubia que no habrá sabido resistírsele y vendrá en cuanto haya aplacado sus tensiones y sus inagotables necesidades.

—Señor Dennis —respondió Heff con una mirada de horror—, hace más de veinte años que mi padre es totalmente impotente. Creía que todo el mundo lo sabía.

Luego se marchó.

La fiesta continuó varias horas, pero no se puede decir que fuese muy alegre. Había mucha música, mucha conversación, mucho ruido y comida y bebida de sobra, desde luego, pero le faltaba cohesión. La gente bebió más de lo normal y se emborrachó, pero no daba la impresión de que se estuviera divirtiendo. Llegó la prensa, convocada por Clarice, sacó fotografías de todo el mundo y escribió mal casi todos los nombres; la noticia que se publicó un par de días después dio a entender que

había sido una auténtica juerga, pero no creo que nadie, con la posible excepción de Clarice, lo pasara bien de verdad. Aun así nadie tuvo la sensatez de irse a su casa, y todos los que habían participado en el rodaje de *El Valle de los Buitres* siguieron esperando a que llegara González con su dinero.

Pasadas las dos, cuando la fiesta llevaba un buen rato agonizando, aunque no acababa de morirse, Clarice decidió soltar el bombazo. Sospecho que estaba un poco borracha, como la mayoría de los invitados, y eso no la hacía más atractiva. Pidió a los mariachis que tocasen una fanfarria, trepó sin gracia a una silla y gritó:

—Silencio todo el mundo. Tengo que anunciar una cosa muy importante. —Se oyó chistar y murmurar, y por fin la sala quedó en silencio—. Quiero que todos feliciten al señor Leander Starr, el famoso director, porque muy pronto me estará dirigiendo a mí. Sí, nos hemos prometido en matrimonio y ustedes son los primeros en saberlo.

Hubo aplausos y muchos cuchicheos, mientras las mujeres del «grupo» de Clarice se apresuraban a besarla en la mejilla y a graznar hipócritas felicitaciones. Starr parecía perplejo, y a duras penas se las arregló para aceptar los parabienes de los juerguistas.

Entonces Emily soltó por su cuenta una granada de mano. Subió de un salto a la misma silla y, casi con el mismo estilo vulgar y chillón de Clarice, anunció:

—Y también pueden felicitarnos a Bruce y a mí, porque pronto seré la señora de Bruce van Damm del condado de Fairfield y Gracie Square.

Starr se quedó lívido, y tengo que decir que Emily, la joven de quien se suponía que estaba locamente enamorada y recién comprometida, no tenía mucho mejor aspecto. Hubo muchos aplausos, gritos y vítores y Clarice ordenó que sirviesen champán a todo el mundo.

—Vayámonos —dijo mi mujer después de un par de brindis sin demasiado convencimiento—, los pies me están matando.

—De acuerdo, y no te eternices al darle las gracias a la anfitriona.

—No te preocupes.

Nos abrimos paso entre la multitud hasta el pasillo. Oí a Starr que hablaba con Emily en un saloncito.

—Sí, cariño, parece un joven muy agradable, pero ¿no podrías haberlo hablado antes conmigo?

—O no estás en casa o no estamos solos —respondió Emily en tono desafiante—. Además, ¿por qué iba a hablarlo contigo? ¿Acaso me has pedido tú permiso para casarte con la señora Pomeroy?

—Eso es totalmente distinto. Soy mucho mayor.

—Igual que la señora Pomeroy.

—Aunque mi opinión no te importe —dijo Starr—, al menos podrías haber pensado en tu madre... y en el señor Strawbridge. Entiende, cariño, que no es que lo desaprobe, pero...

—He telefonado a mami esta tarde. Tranquilo, he llamado a cobro revertido. Bunny y ella llegarán mañana en avión.

Estábamos a punto de marcharnos cuando llegó Bruce con los ojos muy negros y la sonrisa muy blanca.

—¿Ya os vais, Pat?

Si la primera vez que nos vimos me molestó que me llamase «señor», en ese momento me molestó que me llamase por mi nombre de pila. Ya dice mi mujer que soy imposible.

—Sí —respondí—. Se ha hecho tarde.

—Espero que vengáis mañana a mi fiesta.

—¿Ah?

—Sí, va a venir la madre de Emily y quiero ofrecer una fiesta para celebrar nuestro compromiso por todo lo alto. Cuento con vosotros.

—Bueno, tendríamos que...

—Voy a reservar El Paseo entero. Es un sitio especial para Emily y para mí. Allí fue donde nos enamoramos mientras Willy tocaba nuestra canción.

—¿Quién es Willy? —pregunté.

—Pues el propietario. Creía que eran ustedes amigos.

—Ah, te refieres al señor Shelburne.

—Sí, he pensado pasar a hablar mañana con él y luego ir en coche al aeropuerto a recoger a la madre de Emily y a su padrastro. ¿Quedamos a eso de las nueve?

—A las nueve.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

XIV

Mi mujer y yo habíamos contado ingenuamente con que las cosas volverían por fin a la normalidad, sin tener en cuenta el hecho evidente de que cuando Leander Starr está cerca las cosas nunca son normales.

Estaba tomando mi segunda taza de café en el patio con un atuendo de lo más informal y pensando si invitarme yo mismo a tomar un baño en la piscina de los Maitland-Grim cuando apareció Starr con uno de sus trajes londinenses más elegantes: gris, con chaleco cruzado, la raya bien marcada y demás.

—Aquí llega el novio —dije.

Starr pareció sorprendido, pero respondió sin demasiado convencimiento.

—Clarice tiene algunas brillantes cualidades.

—Brillantes, plata, oro y petróleo y...

—Calle y sírvame una taza de café. Emily me ha convencido de que lo más inteligente es que vaya con Bruce y con ella al aeropuerto a recibir a Caroline y a ese hombre al que insisten en llamar Bunny. No me importa decirle que preferiría estar en el laboratorio montando la película. Aunque bueno... —Su conversación divagó, pero empecé a hacerme una idea. Ahora que volvía a estar de pie, había rodado una película, tenía la esperanza de pagar sus deudas y volver a estar en el candelero, nada le habría impedido presentarse en el aeropuerto para demostrarle a Caroline que era un hombre pudiente.

Le grité a Guadalupe que nos trajese otra taza y ella se presentó arrastrando los pies tan apagada como de costumbre. Sin embargo, cuando vio a Starr, se le iluminó la cara.

—¡Ah, señor Starr, buenos días! Todos hicimos la película, yo, mi hija, mi hijo, mi tío, mi primo. Páguenos ahora. Todos han venido a...

—Sí, sí. Pero no soy yo quien tiene que pagarles. El productor es el señor Arístides González. Él es quien tiene el dinero y, por supuesto, vendrá esta mañana a pagar a los extras... y a todos los demás.

—También a mí me debe dinero por trabajar de extra, cincuenta pesos, y otro tanto a mi mujer.

—Sesenta, mi querido muchacho. Los extras de vestuario cobran más. Porque dan más tono, ya me entiende.

—Pues tengo intención de cobrar hasta el último centavo... aunque luego lo donemos a la Cruz Roja. Cualquier cosa antes que dejarlo en sus manos grasientas.

—Ay, mi pobre Dennis... Gracias a Dios no tengo su mentalidad estrecha y desconfiada. Hemos rodado una película soberbia juntos, ¿no?

—La ha rodado usted. Y López. Y los actores. González se ha limitado a dar problemas y a embolsarse mil dólares diarios.

—Sencillamente no entiende usted a Arístides.

—Me temo que sí y también entiendo que...

Emily llegó como si fuese a recibir a unos invitados en la estación de Paoli.

—Buenos días, señor Dennis —dijo. Parecía bastante nerviosa y no se me ocurrió culpirla, teniendo en cuenta que estaba a punto de producirse el reencuentro entre su padre y Caroline—. A ver si llega de una vez Bruce. El avión aterriza a las...

—No te preocupes, cariño. Hay tiempo de sobra. Recuerda que tienen que pasar la aduana y arreglar lo de los visados y las tarjetas sanitarias. Faltan horas.

—Aun así no quiero hacer esperar a mamá.

No la culpé.

La conversación decayó y se convirtió en una serie de preguntas y respuestas sobre si queríamos más café, dónde pensaba yo que les gustaría comer a Caroline y a Bunny, si el Bamer era un hotel adecuado para los Strawbridge o si habría sido mejor el María Cristina.

Por fin llegó Bruce, muy acicalado para conocer a sus futuros suegros. Saludó a Emily con un beso que me recordó más a la respiración boca a boca que a un compromiso matrimonial. Tuve que apartar la mirada y reparé en que incluso Starr, el orgulloso padre de la novia, parecía incómodo.

—En fin —dijo Bruce cuando se detuvo a respirar—. Ya está todo arreglado con Willy.

—¿Willy? —pregunté, aunque sabía muy bien a quién se refería.

—Shelburne. He reservado todo El Paseo para esta noche. Ahora habrá que hacer las invitaciones. Será una fiesta improvisada. Ustedes vendrán, ¿no?

—Claro, claro. No me lo perdería por nada en el mundo.

—Yo tendré que irme pronto —dijo Starr—. En realidad, no debería perder todo el día porque la película aún está sin montar. Pero por ti haría cualquier cosa, cariño —dijo dándole a Emily unos golpecitos en la mano.

—Papá, Bruce. Será mejor que nos marchemos. Mamá odia que la hagan esperar.

—A mí me lo vas a decir —dijo Starr poniéndose fatigosamente en pie—. En fin, querido muchacho, hasta esta noche.

Subieron al despampanante coche de Bruce y se marcharon.

Yo me entretuve con cosas importantes como leer el *News* de Ciudad de México y el correo matutino. Mi mujer pasó a toda prisa, vestida para ir al centro, con la información de que iba a comprar en varias tiendas de ropa mexicanas como Richard Hudnut e I. Miller con el fin de prepararse para la fiesta de Bruce. Estaba a mitad de un viejo ejemplar de *The New Yorker* cuando reparé en la presencia de una respetuosa delegación de unas veintitantas personas que se había congregado a mi alrededor. Eran los numerosos parientes de Guadalupe, varios criados de otros apartamentos de Casa Ximinez y algunas personas del barrio. Todos habían sido extras en *El Valle de los Buitres*. Abelardo, que era quien hablaba mejor inglés y el más avanzado políticamente, hizo las veces de portavoz.

—Señor Dennis, señor, por favor, señor.

—¿Sí, Abelardo?

—Señor Dennis, señor, todos hemos participado como supernumerarios en la película del señor Starr, igual que usted y la señora Dennis.

—Cierto —respondí como si no estuviese allí.

—El señor González, el productor, nos ha prometido que nos pagaría cincuenta pesos por día trabajado. Entiendo que a un estadounidense acaudalado como usted no le parecerá mucho dinero, pero para la gente del barrio cincuenta pesos es una suma considerable, y algunos han trabajado dos días o incluso tres.

—¡Ajá! —dije sin saber muy bien adónde quería ir a parar.

—Pero de momento el señor González no ha pagado a nadie.

—Sé dónde vive —dije con la esperanza de que lincharan al viejo sinvergüenza—. Tiene una casa en el Pedregal.

—¡Ah!, sí señor Dennis. Ya lo sabemos. Una casa enorme. Hemos intentado llamarle varias veces por teléfono, pero no contesta.

—¿Ah, sí? —respondí casi animado—. Creo haberle oído decir que el teléfono no funcionaba.

—No, señor, lo siento, pero el teléfono del señor González no está averiado. Hace muchos, muchos meses que la compañía le cortó la línea. Mi primo Rosario trabaja para la compañía, es un joven ejecutivo, señor, y me ha jurado que el señor González no pagaba las facturas. Por eso no le funciona el teléfono. —Guadalupe chapurreó unas palabras en español—. Además, señor, Guadalupe dice que una prima suya trabajó muchos años para el señor González y que la despidieron sin pagarle las diez semanas de indemnización. Su reputación no es muy buena, y esta gente está preocupada porque dijo que pagaría y no paga. Sabemos que es amigo suyo.

—¿Amigo mío? Apenas lo conozco, y lo que sé de él no me gusta un pelo.

Tradujeron mis palabras y se produjo una febril discusión.

—En ese caso, señor, los supernumerarios de la película le han elegido como delegado para negociar con el señor González. Será usted el portavoz del comité masculino y Guadalupe representará al comité femenino.

—¿Pero qué están diciendo?

—Que le hemos escogido a usted, señor, para visitar la casa del señor González y cobrar el dinero que se nos prometió. Aquí tiene la lista con los nombres y las cantidades.

—Pero yo...

—¿Acaso no participó usted en la película, señor?

—Sí, pero...

—¿Ha cobrado usted?

—No, pero son sólo...

—Entonces, ya que es usted el más diplomático, hemos hecho bien en concederle el honor de representar al barrio en su querrela con el señor...

—¿Diplomático? Apenas chapurreo el español, y González no sabe...

—Yo le serviré de intérprete, señor.

—Y esa casa en el Pedregal está lejísimos. Ni siquiera sé exactamente dónde...

—Yo haré de guía y de chófer con el coche de la señorita Ximinez. La señorita está ocupada con mis primos del salón de belleza Vog. No va a necesitar el Hispano-Suiza... ni tiene por qué enterarse de que nuestra delegación va a utilizarlo.

Yo no quería verme involucrado en aquello, que tenía visos de convertirse en un altercado callejero, pero al ver los rostros ansiosos de los extras comprendí que si no aceptaba me odiaría a mí mismo el resto de mis días.

—Está bien —dije—. ¿Cuándo?

—¿En cuanto el señor se cambie de ropa?

—Que me cambie de... ¿Qué tiene de malo lo que llevo puesto?

—¡Oh, no, señor! Tiene que ser una delegación formal. ¿No tiene usted un traje de etiqueta?

—No. Al menos aquí... ¿No es suficiente con una corbata negra?

Al final se contentaron con un traje azul marino bastante serio y un sombrero y una corbata a juego. Guadalupe optó por su mejor vestido de seda negra y unos pendientes muy recargados. Me metieron a toda prisa un clavel blanco en el ojal y, muy ceremoniosos, nos abrieron la portezuela del Hispano-Suiza de Madame X. También me dieron una meticulosa lista con los nombres de los extras, entre los que se contaban los del doctor y la señora Priddy, el comandante Maitland-Grim, la señora Worthington Pomeroy, el señor Guber, los recién casados texanos y los nuestros. Incluía nombres, señas y número de días trabajados. El total era un poco más de cinco mil pesos —menos de cuatrocientos dólares estadounidenses—, pero yo sabía que significaba mucho para la gente del barrio. Se oyeron sonoros vítores cuando nos pusimos en camino.

La única vez que había estado en casa de González se hallaba cerrada a cal y canto. En esta ocasión la reja estaba abierta de par en par y Abelardo condujo hasta la puerta misma, que también estaba abierta. Guadalupe y yo llamamos educadamente al timbre. No se oyó ni un solo ruido. Luego aporreé la puerta abierta. Seguimos sin tener respuesta. Entré en la casa. Los viejos Rivera y el resto de cuadros habían desaparecido. Los muebles seguían en el salón con los cabos de vela. La chimenea estaba llena de papeles. Me recordó la ocasión en que fui a las oficinas de Starr en la Quinta Avenida. Tuve la deprimente sensación de que nuestro productor había volado, pero al ver los rostros ansiosos y confiados de Guadalupe y Abelardo tuve que fingir que lo buscaba. Levanté el auricular del teléfono. Seguía sin línea. Tampoco había luz. En la terraza de abajo habían vaciado la piscina y sólo quedaban unos charcos de agua estancada con unas repulsivas algas submarinas.

—¿Probamos arriba? —dijo Abelardo—. ¿En el dormitorio?

En el piso superior había sólo dos habitaciones. Una muy pequeña que evidentemente era la de Heff, pues en ella había libros y revistas en inglés. Un indicio esperanzador era que en los cajones había algunas camisas, calcetines y ropa interior.

La otra habitación era enorme. En ella había una gigantesca cama con dosel con un montón de sábanas revueltas y malolientes que no se habían lavado en más de un año. Había también varios muebles sólidos de aspecto aristocrático y un imponente retrato al óleo de un desnudo de los que colgaban en los bares a finales de siglo. Pero todo lo que se podía trasladar había desaparecido. Los cajones de la cómoda colgaban vacíos. En el armario sólo quedaban unas viejas ligas elásticas. Para entonces Abelardo y Guadalupe habían comprendido ya que González se había ido llevándose todo lo que había podido, entre otras cosas, no me cupo la menor duda, el dinero que Starr le había dado para pagar los gastos de la película.

—Parece —observé fútilmente— que no hay nadie en casa.

—Lo entiendo, señor —dijo Abelardo—. De todos modos se lo agradecemos mucho. ¿Quiere que le llevemos de vuelta a Casa Ximinez?

—Primero vayamos a la policía —sugerí.

—Señor Dennis, eso es imposible.

—¿Por qué? Ese tipo es un ladrón. Les ha prometido pagarles por su trabajo y se ha largado. Lo entiende, ¿no, Abelardo?, no ha dejado ni una camisa, ni un traje, ni una corbata. La casa está abierta de par en par. Faltan los cuadros. No está su coche...

—Sí, señor, lo entiendo muy bien. Pero también sé que nadie en el barrio es miembro del sindicato de actores. Si fuésemos a la policía, se reirían de nosotros y se enfadarían por que hayamos participado en la película del señor Starr. No hay nada que hacer, señor. Gracias por venir. Le llevaré de vuelta a Casa Ximinez. Y gracias otra vez, señor Dennis. Es un traje muy bonito.

—Gracias, señor —dijo Guadalupe, mirándome con lágrimas en los ojos—. Es usted muy bueno.

De regreso en casa me encerré en nuestro apartamento e intenté pensar —y también no pensar— en Starr. Una cosa era que treinta personas del barrio se quedaran sin unos cuantos pesos cada uno, pero si González había hecho de verdad lo que evidentemente había hecho, el pobre Starr perdería todo lo que había recaudado para producir la película. Y ni uno solo de los que habían participado en ella podía hacer nada. Al igual que los extras, todo el mundo había trabajado sin las cómodas ventajas de un contrato o la protección de un sindicato. González lo había dispuesto así y ahora no tenían a quién recurrir. Puse un par de onerosas e inútiles conferencias a Nueva York. Mi agente se mostró compasivo pero no fue de mucha ayuda. Sí, John Steinbeck y Bertita Harding tenían muchas cosas desagradables que decir de González, pero sin un contrato firmado... Con una jerga que fui incapaz de entender, mi abogado habló de extorsión, desfalco y levantamiento de bienes. También dijo que quería ver los contratos —si los había— y sugirió que fuésemos a la policía y a un bufete mexicano-estadounidense que nos recomendaría. Un amigo que trabaja en la industria del cine afirmó que era una vergüenza y que Starr era —o al menos había

sido— un gran director, pero que cualquiera capaz de cometer la estupidez de fiarse de un ladrón como González se merecía todo lo que pudiera pasarle. Una opinión tal vez un tanto implacable, aunque coincidía punto por punto con la mía. Más desanimado que nunca, llamé a la puerta de Starr. Encontré sólo a St. Regis, que estaba poniendo en hielo un cuenco con caviar y exprimiendo florituras de una salsa de aspecto repulsivo encima de unas tostadas.

—Caramba, señor Dennis, es justo la persona a quien quería ver.

—Yo también quiero ver al señor Starr. Es muy importante.

—Y el señor Starr quiere verle a usted. Acaba de llamar por teléfono para decir que la señora Dennis y usted tienen que ir a tomar un cóctel. Dice que es urgente.

—Bueno, dígame que lo que yo tengo que decirle también lo es.

Volví a casa y telefoneé, uno por uno, a todos los López de la guía telefónica de Ciudad de México. Ninguno era el López que yo buscaba. Como no podía hacer nada hasta que viese a Starr a solas, no hice nada.

Enseguida quedó claro que Starr necesitaba el apoyo de sus amigos en el cóctel celebrado, más o menos, en honor de su tercera mujer, Caroline Drexel Morris Starr Strawbridge, y el segundo marido de ella. La lista de invitados era muy breve y extrañamente selectiva. La segunda señora Starr, la actual lady Joyce, estaba presente en compañía de sus anfitriones Bunty y Henry Maitland-Grim. La futura quinta señora Starr, la actual señora Worthington Pomeroy, no había sido invitada. Emily Starr, la única descendiente de cuatro matrimonios y actual futura señora Van Damm, sí estaba, acompañada de su prometido. Nos habían telefoneado a mi mujer y a mí y eso parecía cerrar el elenco de lo que Starr consideraba «gente respetable».

Como suele decirse, Caroline había envejecido bien. Parecía un anuncio idealizado de Bradford Bachrach, el Fotógrafo de las Damas, o una de las muchas señoras Exeter que pasan modelos para las señoras de mediana edad en las páginas de *Vogue*. Su cabello había encanecido pronto y ella había sabido aprovecharlo sabiamente. Seguía teniendo buena figura y eso que en mi gremio se llama «buen porte». Bastaba con verla para evocar todos los tópicos visuales de la publicidad esnob. Era como si la vieras sirviendo té en un servicio de plata de siete piezas International Sterling, con un vestido caro y discreto de Rosette Pennington, con la falda subida lo justo para mostrar unas medias McCallum y unos finos zapatos de cordones de Frank Brothers, y comentándole a alguien del estilo del barón Wrangel o el comandante Whitehead que ella no se preocupaba por el dinero y que de eso se encargaba el Guaranty Trust. En las paredes habría reproducciones de Williamsburg obra de Kittinger. Detrás habría una recia doncella cargada con una pila de sábanas Wamsutta y un viejo criado con una bandeja repleta de botellas de whisky Calvert, Justerini & Brooks, Black and White y House of Lords. Por la ventana, con cortinas de seda de Scalandre, se vería una terraza con una barandilla de hierro forjado

Woodward, y más allá, en el camino de acceso a la casa, un Rolls-Royce, un Lincoln Continental y un Chrysler Imperial; al fondo asomaría el verdor de los jardines de la finca, apresuradamente reproducidos por los ayudantes del estudio. Al ver a Caroline con un canapé y un Martini, con el discreto brillo de los diamantes de Caldwell y la sobria elegancia de su vestido de Nan Duskin sentí una punzada de nostalgia por los viejos anuncios con «clase» de Calmalax. Casi deseé que la futura señora Starr pudiera estar allí para aprender un poco de sus predecesoras.

No obstante, ver a Caroline era una cosa, pero oírla era otra muy distinta. Su voz y su dicción, que nunca habían sido muy atractivas, se habían convertido en un quejido constante. No empezaba ni terminaba ninguna de sus frases. Sólo acertabas a oír un nombre o un verbo en mitad de lo que decía Caroline e intentabas deducir lo que significaba. «... clase de gente... la Asamblea... apenas salimos...», «... judíos... Bala Cynwyd... ya no es lo que era...», «... Nat Burt... un auténtico traidor... la mujer estudió con la señorita Hewitt...», «... Liv Biddle... no pude leerlo...». (Las referencias literarias, suponiendo que lo fuesen, estaban dedicadas a mí, pues Caroline era escrupulosamente educada, y no olvidaba incluir a todo el mundo en su chispeante conversación). Su inteligencia, aunque no sé si es ésa la palabra correcta, se había convertido en un eficaz sistema de clasificación. Los nombres, las direcciones, las genealogías, las relaciones sociales, los colegios y los escándalos ocurridos en los últimos treinta años estaban pulcramente ordenados en una serie de casilleros detrás de su frente de alabastro, a la espera de ser utilizados cuando hiciese falta. Caroline se acordaba de mí. Era de esas mujeres que nunca olvidan a un hombre o una cara, un momento o un lugar. Gracias a algún milagro de la electrónica era capaz de apretar el botón Dennis y tener a su disposición una tarjeta perforada que contenía toda la información pertinente sobre mí. «Sí... Cuerpo Estadounidense de Voluntarios Internacionales... Chicago... fui al colegio con su hermana...».

Caroline también había desarrollado un eficaz sistema de clasificación mediante el cual, sin apenas dar la impresión de estar interrogándote, podía hacer menos de media docena de preguntas y ubicar a cada cual en su lugar de la escala social, suponiendo, claro, que las respuestas fuesen ciertas y se diesen en inglés, con buen acento y sin reparos. La claridad era muy importante y, como siempre, cualquier relación con un amigo de los Morris eran puntos extra. Mi mujer aprobó con nota. («Vassar... conoce a Liz Wadsworth... Connie Irwin... nombre de soltera... una prima mía»). ¡Me sentí tan orgulloso de ella! Era fácil imaginar a Caroline presidiendo una cena, acariciando con ternura una cajonera Chippendale de Filadelfia o dirigiendo el comité de alguna causa socialmente impecable, pero imaginarla yendo al baño o teniendo un bebé o realizando cualquier otra función básica era casi imposible. Y, a pesar de los años transcurridos, todavía me costaba verla metiéndose apasionadamente en la cama de Starr.

También me costaba imaginarla viviendo muchos momentos de entusiasmo con el

señor Strawbridge. Éste tenía varios nombres de pila, pero todo el mundo lo llamaba Bunny —un apodo muy mal escogido—. Tendría unos cuarenta y cinco años, pero parecía mucho mayor. Se había vuelto más fofo que gordo. También había ido a Episcopal High School, Lawrenceville School y Princeton. Trabajaba en la banca, creo, y había tenido un cargo de poca importancia como una especie de subayudante del segundo subsecretario en el gabinete de Eisenhower. El señor Strawbridge —no puedo llamarlo Bunny— estaba más que dispuesto a hablar con frases breves y telegráficas puntuadas por risitas reticentes, pero Caroline no estaba tan ansiosa por escucharle hablar de nada y ponía fin a todas sus frases por muy breves o importantes que fuesen diciendo con voz quejosa: «Oh, cállate, Bunny». No puedo decir que llegara a conocerlo muy bien.

Caroline había procesado a lady Joyce y la había encontrado aceptable. Casi se oían los chasquidos de su mecanismo de clasificación: inglesa, un punto a favor; título nobiliario, un punto a favor; viuda, un punto a favor; casada con Starr, un punto en contra; divorciada de Starr, un punto a favor; actriz, un punto en contra; estudió en Roedean, un punto a favor; un piso en Belgravia, un punto a favor; y así sucesivamente. Henry Maitland-Grim obtuvo un *summa cum laude* con Caroline. Bunty, como es lógico, suspendió, aunque la toleró por sus amistades aristocráticas y por estar casada con Henry.

Bruce se vio sometido al escrutinio de su futura suegra, pero pareció cumplimentar el cuestionario abreviado de Caroline a la perfección. Si Caroline tenía dudas respecto a las parejas que escogía su hija, Bruce sólo sentía adoración por los Strawbridge. Rezumaba amor filial por todos los poros.

—Por supuesto, queremos casarnos cuanto antes, señora Strawbridge. Aquí estaría bien, pero si prefieren...

—... Filadelfia... recepción en casa... mucho más apropiado...

—Mamá, no quiero una gran boda.

—... el velo de tu abuela... el obispo... desaprovechar un jardín tan encantador...

—Después de todo, je, je, je, Caroline —apuntó el señor Strawbridge—, es la boda de Emily, je, je, je.

—Oh, cállate, Bunny... el ajuar... imprimir las invitaciones... creo que dijiste Yale, Bruce...

No eran ni el momento ni el lugar para decirle a Starr que Arístides González había desaparecido.

Starr estaba muy en su papel. Moreno, esbelto y distinguido. Caroline se mostraba ciertamente interesada cada vez que él decía algo, lo cual ocurría a menudo. No paraba de hablar de su nueva película, de lo sensacional que iba a ser, de lo bien que había actuado Emily, etcétera, etcétera. Yo no había tenido valor de darle las noticias. Aunque tampoco pude estar con él a solas esa noche. Mi mujer y yo fuimos a El Paseo con los Maitland-Grim, y Starr en el coche de Bruce. En la fiesta fue imposible hablar con él.

Sin duda, Bruce había hecho las cosas a lo grande. Había reservado todo el restaurante e incluso había contratado una pequeña orquesta para que tocara cuando el señor Shelburne no estuviera presidiendo al piano. El bufé sobrepasó incluso las cornucopias de la Casa Ortiz-Robledo, y fluyeron ríos de champán. Bruce fue muy modesto y no paró de repetir: «Es sólo una cosa improvisada con unas cuantas personas a las que he llamado en el último momento». Creo que eran esas personas escogidas en el último momento las que quitaban refinamiento a la fiesta.

Había invitado a Clarice Pomeroy y a Catalina Ximenez —en cierto sentido, tenían que estar allí—, pero ninguna añadía demasiado lustre a la velada. De hecho, cuando Caroline vio por primera vez a Clarice, la firme mandíbula se le desplomó literalmente hasta el esternón.

—Dice usted que va a casarse con Leander... increíble... muy interesante...

Cualquiera habría imaginado que a una mujer tan posesiva como Clarice le habría desagradado coincidir en la misma sala con dos exesposas de Leander Starr, pero pareció recibir a lady Joyce y a Caroline Strawbridge con los brazos abiertos, tal vez por el aura social que las rodeaba.

—Al fin y al cabo, cariño, no hay motivo para no actuar como personas civilizadas.

Los demás invitados ciertamente dejaban mucho que desear, y noté que el sistema de clasificación automático de Caroline estaba trabajando a destajo añadiendo puntos negativos. Yo no había coincidido nunca con los amigos mexicanos de Bruce, de hecho ni siquiera sabía que los tuviera. Pero los tenía..., al menos un par de cientos, y eran justo el tipo de personas que tanto había desaprobado cuando lo conocí en casa de Bunty. La lista de conocidos de Van Damm incluía a todos los sinvergüenzas del Distrito Federal. No parecían tan descaradamente vulgares como los que asistían a las fiestas de Clarice, y sin embargo lo eran aún más, pues todos tenían pretensiones intelectuales o sociales en vez de dinero. Eran de esas personas que acuden a las inauguraciones de arte. Las mujeres tenían un no sé qué canalla y los hombres parecían todos afeminados. Eran jóvenes, calculé que más o menos de la edad de Bruce, y afectados de un modo desmañado que no sabría describir. El aire estaba saturado de los nombres a que aludían. Su conversación se reducía a gente, lugares, tiendas y direcciones famosos, y a vicios de diversos tipos: «Bergdorf... Alfa-Romeo... Portofino... Elsa... no, cariño, Cap Ferrat... Mainbocher... los Winston Guest... Onassis... la playa de Hobe... aunque claro, es homosexual». Eran de esas personas que hablan como se supone que tiene que hablar la gente de *People are talking about*, y sonaban igual de genuinos y originales. No obstante, todos se impresionaron mucho con Starr, con el señor y la señora Strawbridge, con lady Joyce, con los Maitland-Grim e incluso con Emily, que daba la impresión de no haberlos visto nunca y parecía incómoda por tener que hablar con ellos. De pronto tuve la sensación de que o bien Bruce había sido muy ingenuo o no era tan refinado como nos había hecho creer. Comprendí que había cometido un error de estrategia al

ofrecer una fiesta tan multitudinaria para gente tan variopinta. Lo inteligente, pensé, habría sido dar una fiesta privada de etiqueta en uno de los reservados del restaurante, mucho más en sintonía con el *ethos* de Caroline Drexel Morris Starr Strawbridge que aquella pandilla. No obstante, eso era problema de Bruce. Sin reparar en la desaprobación de Caroline, parecía estar en su salsa, y presentaba a Starr y a los Strawbridge como si fuesen obra suya. Era una de esas fiestas de las que uno quiere marcharse cuanto antes.

—Starr —dije mientras mi mujer y yo nos abríamos paso hacia la puerta—. Tengo que hablar con usted.

—Pues claro, mi querido muchacho, mañana por la mañana. Pues ya ve, querida —siguió contándole a una joven morena de aspecto fantasmal que parecía beberse sus palabras—, estábamos rodando la película sobre los buscadores de perlas cuando empezó a soplar el monzón y...

—Starr...

—Adiós, mi querido muchacho. Hablaremos por la mañana antes de ir a montar la película. Buenas noches, *mes chers*. En fin, como estaba diciéndole, el monzón empezó a soplar y...

Era inútil.

Mientras esperábamos a que el portero llamara un taxi, apareció Bill Shelburne con una maleta.

—¿Te vas de la ciudad? —le pregunté.

—Sólo voy a Nueva York un par de días. Negocios. Tal vez vea un par de obras de teatro. Con una fiesta como ésta cada noche, podría permitirme quedarme un año. Pero, tal como son las cosas, volveré el fin de semana.

—¿Quién era toda esa gente? —pregunté.

—¿No son amigos tuyos?

—¿Amigos míos? No los había visto en mi vida y espero no volver a verlos nunca.

—Qué raro. El joven Van Damm me dijo que... ¡Ah! ¿Os importa si lo cojo yo? El avión sale a las...

—Por supuesto —dije abriéndole la portezuela del taxi—. Que tengas buen viaje.

Cuando llegamos a casa, López estaba yendo y viniendo por el patio y a su espalda había un rastro de colillas.

—López —grité—, ¿dónde...?

—¿Dónde diablos estaban? Dios, llevo esperando desde...

—Me he pasado el día intentando localizarle por teléfono. González...

—González se ha largado con la película.

—¿Qué?

—Por eso quería hablar con Starr, Dios. He pasado esta tarde por el laboratorio con lo que rodamos de ayer. La película ha desaparecido. Esa bola de grasa se presentó allí el domingo, les obligó a abrir, pagó la factura, metió las latas de película

en el coche y se largó. Ha desaparecido con la puñetera película.

—Y con el dinero —añadí con desánimo.

—Pobre Starr. Se lo advertí...

—Pobre, pobre Starr.

XV

Lo que saqué en claro de mi breve e infortunada entrevista con López fue: «Váyase directo a la cama. No hay nada que hacer». Así lo hice.

—¿Pero qué ha pasado? —repetía una y otra vez mi mujer.

—No me lo preguntes, por favor. Es tan horrible que no quiero ni hablar de ello. Por la mañana sí, pero ahora no.

López por lo visto siguió con su impaciente vigilia en el patio y sé que vio a Starr. A pesar de lo eufórico que debía de estar el gran director después de su triunfo en la fiesta de Bruce, no hay duda de que comprendió las terribles cosas de la vida que le expuso López. Aunque dormíamos profundamente, a eso de las cuatro de la mañana mi mujer y yo oímos un quejido animal que sonó extrañamente como el de una madre que acaba de enterarse de que su hijo recién nacido ha muerto pasto de los lobos. Pese a los muchos ruidos humanos y animales que emanaban de Casa Ximinez en las horas de oscuridad, el grito de angustia de Starr tuvo un no sé qué de sobrenatural que me heló la sangre en las venas.

—¿Qué ha sido eso? —dijo mi mujer, incorporándose.

—Me temo que Starr.

—¿Pero qué sucede?

—No me lo preguntes ahora. Te lo diré por la mañana. —Me di la vuelta y caí en un sueño torturado repleto de pesadillas en las que González era un gran atleta que corría por el mundo con una bolsa llena de oro debajo de un brazo y una mujer muy vieja y muy gorda que se parecía a Clarice Pomeroy debajo del otro.

Amaneció. Con la mejor intención le conté a mi mujer una versión cuidadosamente expurgada de lo sucedido. Pero en lugar de ser la Mujercita Bondadosa que es también Firme como una Roca, rompió a llorar y subió corriendo las escaleras mientras sollozaba no sé qué sobre el pobre Starr. Intenté convencerme de que Starr era otro sinvergüenza que no merecía nuestra compasión —no había más que ver lo que me había hecho a mí— y que la huida nocturna o a plena luz del día de González no era más que justicia poética. Por alguna razón no lo conseguí. Starr, pese a todas sus manías, era inteligente, tenía buen gusto, encanto y —que nadie me pregunte por qué— cierta dulzura. Que le estafasen después de estafar él mismo a tanta gente debería haber resultado cómico, pero el caso es que no lo era.

Con gran valentía, decidí levantarme de la cama: podía llamar a su puerta por si era de alguna utilidad, aunque sólo fuese para servirle de paño de lágrimas. Pero, con una cobardía aún mayor, no lo hice. En lugar de eso escribí largas cartas a nuestros hijos, a mis padres, a mi suegra, a mi hermana, a mi sobrina, a mi gestor financiero, a mi agente, a mi antiguo amigo Ned, que vive en Atlanta, Georgia; más cartas de las que había escrito el último año. Cuando terminé todas aquellas absurdas cartas eran más de las once. Entonces comprendí que tenía que ir a ver a Starr.

Más que llamar rocé la puerta. Me abrió St. Regis. Tenía los ojos rojos de tanto llorar, la máscara y la línea de ojos formaban una extraña mancha como un cálculo biliar desde la órbita de los ojos hasta los pómulos.

—Lo siento muchísimo, señor Dennis, pero mi jefe ha salido. —Luego se vino abajo.

Emily salió a la puerta.

—Supongo que lo sabe —dijo mirándome con frialdad, como si yo les hubiese presentado al inicuo González—. Ya se habrá enterado de que el señor González ha desaparecido con el dinero de papá y la película.

—Sí. Me temo que lo sé.

—Pues no se disguste demasiado —dijo—. Y, por favor, no se preocupe. Me aseguraré de que mamá y Bunny estén ocupados todo el día. Papá ni si-si-quiera se ha acostado. Está des-des-destrozado. —Luego se echó a llorar sobre el hombro de St. Regis.

Dejé aquella escena tan conmovedora, cerré la puerta sin hacer ruido y me fui de puntillas.

Cuando llegué a nuestro apartamento estaba sonando el teléfono.

—¿Quién habla? —pregunté, acostumbrado a que la gente se equivocara de número.

—¿Patsy? Soy Bruce. —Por lo visto habíamos pasado de «señor» a «Patsy» pasando por «Pat». Me dije que pronto me llamaría «mi corderito», como hizo mi abuela materna hasta que me cortaron los rizos.

—Hola, estaba a punto de llamarte para agradecerte una velada tan agradable.

—Mejor que no hayas llamado. Tengo el teléfono estropeado. Te llamo desde una cabina en Sanborn. Quería saber si podías comer conmigo.

—Te lo agradezco mucho, pero lo cierto es que...

—Es muy importante. Necesito tu consejo.

—En fin, estoy muy ocupado, pero... —Bruce había usado las palabras mágicas. ¿Quién está demasiado ocupado para dar consejo? Me gustara o no Bruce, y aunque no tuviese motivos lo cierto es que no era santo de mi devoción, el caso es que me había picado la curiosidad, y no hay nada tan devastador para la indiferencia, el rechazo o incluso el odio como una incursión en la zona de los asuntos de otro.

—Ya lo sé, chico —«chico», estaba visto que cada vez éramos más íntimos—, pero es un asunto importantísimo. Es una cuestión de gusto.

Eso fue lo que de verdad me animó. Si mayores conocimientos no pueden tentar a un idiota, un gusto mayor sí puede.

—Bueno —hice una pausa tocándome el pelo y la barba—, tenía que ir al barbero, pero...

—¿Adónde sueles ir? —preguntó, un poco como la madre de una debutante muy normalita preguntándole a la madre de seis hijos casaderos por sitios de veraneo.

—A la esquina de Reforma con la calle Nápoles —respondí casi con timidez.

—¿Nos vemos entonces en Focolare? ¿A eso de la una?

—En Focolare. A la una.

Focolare es el restaurante que menos me gusta de México. Casi siempre hay fuentes rumorosas que hacen que me entren ganas de ir al baño, tanto si lo necesito como si no. Cuando no están en marcha, una banda de músicos baja por unas escaleras como las coristas de las Ziegfeld Follies para llenar el aire de las melodías más cursis jamás compuestas en la Séptima Avenida. Los maestros de escuela que visitan la ciudad lo adoran. A la hora de comer se llena de prometedores hombres de negocios mexicanos que piden whisky escocés porque es caro y por tanto chic, y luego lo rebajan con ginger ale, Seven-Up o Coca-Cola para poder bebérselo. Llegué un poco pronto, pero Bruce me estaba esperando en el bar entre los prometedores hombres de negocios, rompiendo nervioso Fritos y aperitivos de gamba.

—En el bar hay mucho ruido —dijo sin darme tiempo a sentarme—. ¿Buscamos una mesa?

No tendría que haberme molestado en contestar. En el español macarrónico que acaban aprendiendo todos los estadounidenses residentes en México, Bruce le dijo al camarero que apuntase lo que había tomado a la cuenta y, deslizándose entre la gente, me llevó a una mesa justo al lado de la fuente.

Bruce estuvo muy apremiante con el menú e intentó obligarme a pedir de primer plato carne con pescado, que no me apetecía. Para demostrarle que yo también sabía sacar las uñas, pedí huevos con beicon, cuando habría preferido un Tournedos Rossini, para que luego hablen de perjudicarse a uno mismo. Pero al final resultó una sabia decisión.

Como me habían llamado para pedirme consejo, esperé más o menos pacientemente la Cuestión. Tardó en llegar. Bruce tenía una reserva inagotable de cháchara intrascendente y recurría a ella con frecuencia. Habló de la fiesta de la noche anterior y aludió a los variopintos invitados, Jamie y Dolly y Pietro y Jenny y Sonny (o Sunny) y Chip y Bobo (nunca he llegado a saber el género de las personas llamadas Bobo). Fui incapaz de seguirle, y ardía de curiosidad por saber el motivo por el que me había llevado a comer. Es posible que esté revelando una parte desagradable de mi personalidad, pero no me avergüenza reconocer que cuando alguien a quien no conozco bien me invita a un restaurante caro tiendo a pensar que busca algo más que regalarme el paladar y que cuando dice que es «importante» se refiere a que es importante para él y no para mí. Yo nunca había sido exactamente pro Van Damm y descubrí que me iba volviendo un poquito más anti-V. D. (en el sentido vandammiano de la palabra) con cada una de sus formalidades sociales. ¡Y era tan formal! Bruce tenía tan buenos modales que hacía que me sintiera incómodo por mis muchos defectos y al mismo tiempo un poco harto. Pero por una vez, me comporté con corrección. De pronto Bruce cerró el grifo de su encanto personal como si fuese

una de las fuentes del restaurante y después del breve preámbulo de «En fin, Patsy, ya te he hecho perder demasiado tu valioso tiempo...» fue directo al grano..., aunque no del todo.

—¿Te gusta este zafiro estrella? —preguntó mostrándome una piedra engarzada en un grueso aro de hombre que sacó de repente del bolsillo de la chaqueta. Como detesto la joyería masculina, no pude ser del todo franco. Aun así el zafiro era exquisito y estaba en el centro de un círculo de preciosos diamantes.

—Es increíble —dije sinceramente—. La estrella más bonita que he visto.

—Estoy pensando en reformarlo para Emily. Es herencia de familia. ¿Qué joyero me sugerirías?

—Dios mío, ¿qué sé yo? En México una tienda de cada dos es una joyería. Cincuenta de las mejores están a tiro de piedra de este restaurante.

—Sí, pero no quiero regalarle a Emily cualquier cosa. Su familia es riquísima. ¿Me equivoco?

De pronto pensé que Bruce era un mal partido. ¡Malo, malo, malo! Fue simplemente una de mis muchas intuiciones. Por lo general también suelen ser malas, malas, malas, pero siempre tengo la sensación de que no y, en mi caso, sentir es incluso peor que saber.

—Creo que Caroline y —tomé aliento profundamente— Bunny saben que tienen los garbanzos asegurados. Pero recuerda, el dinero de Filadelfia, como el de Boston, no asoma igual que el de Nueva York y el de Chicago. Se queda en el banco.

—Ya, a ti te ha ido bien escribiendo ¿no, Patsy?

—De mal a regular —dije notando cómo se me erizaba la espalda—. ¿Por qué?

Con una deliciosa exhibición de ojos y dientes, Bruce empezó a ir al grano.

—En fin, Patsy, últimamente he vivido un poco por encima de mis posibilidades y, ejem, ahora que me voy a casar, ejem, ya sabes, ejem, la bolsa se ha comportado de forma un poco extraña y mis agentes me recomiendan...

Se interrumpió y alargó la mano para coger la copa. Se la habían llevado. ¿Por qué será que la gente que quiere sacarte algo espera siempre a que despejen la mesa para ir al grano?

Bruce estaba en estado de confusión, me ofreció brandy o un cóctel y pidió un whisky con soda para él. Yo no estaba nada confuso. De pronto comprendí que estaba con alguien que nunca me había sido muy simpático y ahora descubría que lo detestaba sin más. Pero lo que me fascinaba era el modo infantil, torpe y casi desmañado con que aquel joven tan amable y encantador estaba intentando hacerme morder el anzuelo. Esperé.

—En fin, Patsy, el caso es que ando un poco corto de fondos, y quería saber si podrías prestarme un par de miles hasta que Emily y yo nos casemos.

—Un par de miles de qué.

—¿De qué va a ser? De dólares.

—Es una pregunta muy fácil de responder. No.

Casi pareció ofendido, como un niño al que han dejado alternar con los adultos, que ha cantado una canción, recitado un poema, tocado su estudio de Chopin, saludado a las damas y estrechado la mano de los caballeros, pero no permiten quedarse al llegar la hora de acostarse. Todos sus logros sociales habían sido inútiles. Ni regalito, ni trocito de pastel ni copa de champán llena de ginger ale a modo de justa recompensa. Se puso un poco desagradable, aunque no del todo, porque para él ser encantador se había convertido en una costumbre, pero noté que nuestra luna de miel había concluido.

—Tengo entendido —dijo sin demasiada convicción— que tu mujer tiene...

—Mi mujer es fácil de convencer. Así que respondí por ella.

—La verdad, Bruce. Mi mujer y yo tenemos dos hijos que educar, dos declaraciones de la renta que pagar, dos negocios que dirigir... —Me interrumpí. Lo que quería decir en realidad era que no me caía simpático, no confiaba en él y no le prestaría ni un dólar aunque tuviese dinero de sobra.

—Por supuesto, Leander debe de tener mucho ahorrado. Pero no creo que deba...

—Desde luego, Bruce. No debes. Y te sugiero que no se lo digas a Caroline o a Emily. —Aquel joven era un idiota—. ¿Qué me dices de tu familia?

—Bueno, apenas queda nadie. Mi hermano David está en la industria automovilística, pero tiene familia. Mi hermana gasta casi todo lo que tiene en mantener la finca, siempre hemos vivido en el condado de Fairfield, los jardines, el invernadero... En fin, no quiero importunarles. Supongo que siempre puedo vender el coche. Me costó diez mil dólares, y aquí supongo que sacaré...

—Sacarás una de las peores sentencias de cárcel que hayas oído jamás. Va contra la ley introducir coches en México y no devolverlos. Para un turista el único delito peor es pagar con un cheque falso.

No sé qué fue lo que me hizo aludir a ese delito concreto, pero si le hubiese rozado la cara a Bruce con el sifón no habría reaccionado de forma tan violenta.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo eso. En México pagar con un cheque falso, incluso con un cheque sin fondos, equivale a ir a la cárcel. Ni inmunidad diplomática ni...

—¿Cuánto tardan en comprobar un cheque en Nueva York? —Se aferró al vaso con tanta fuerza que se le pusieron blancos los nudillos.

—Tres semanas..., cuatro tal vez.

Volvió a relajarse. Una vez más pude contemplar su cálida sonrisa y su mirada sincera.

—Qué graciosas son las leyes, ¿verdad?

—Desternillantes —dije.

—En fin, tal vez puedas aconsejarme acerca de esto —y sacó un cuadro sin enmarcar de un maletín negro de piel de cocodrilo—. Es un Pável Chelishchev. Estoy un poco cansado de él y a lo mejor podría vendérselo a algún coleccionista. Supongo que Chelishchev aún sigue de moda. —Qué típica de Bruce era aquella frase. A aquél

imbécil con buenos modales le daba igual que un cuadro fuese bueno o importante o siquiera bonito con tal de que estuviese de moda. Extrañamente, aquel cuadro concreto ni siquiera cumplía con ese requisito. En términos de moda, estaba decididamente anticuado. Era un *gouache* pintado a finales de los años treinta con los pálidos rayos del sol poniente del surrealismo. Retrataba a un hombre no muy atractivo, desnudo y con una larga capa roja con lentejuelas de verdad. El pintor había utilizado todos los trucos tantas veces vistos: la exagerada falsa perspectiva, la luz fantasmal, los tabloncillos del suelo que se alejaban hacia el infinito, un cartel estropeado al estilo de Eugene Berman, un par de claveles rojos esparcidos por el suelo. Todo muy bien concebido y pintado, obviamente obra de un excelente dibujante, pero tan impecable, cursi y muerto que casi resultaba cómico. Lo único que me sorprendió fue que un chico tan joven y estúpido como Bruce hubiese oído hablar de un pintor tan peculiar o poseyese un cuadro de una época que debió de coincidir con su fecha de nacimiento. Bruce era de esos jóvenes que conocen a los pintores famosos como Picasso, Matisse e incluso Dalí, pero no a Chelishchev, Carrington, Berman y Ernst. Era como intentar vender uno de esos trajes anchos de los años cuarenta.

—Desde luego es un Chelishchev —dije—. Pintado en el treinta y seis o treinta y siete.

—Y muy valioso... —fue una pregunta más que una afirmación.

—No lo creo. Está un poco anticuado. Al menos hoy en día.

—Pero ¿no cree que alguna galería de arte...?

—Puedes probar. En la calle Niza hay muchas. Y también en este barrio. —Había llegado el momento de despedirme—. En fin, siento no haber sido de más ayuda, pero gracias por la comida...

—Ah, sí. ¡Mozo! ¡La cuenta por favor!

Cuando nos llevaron la cuenta, Bruce se excusó. Esperé. Esperé cinco minutos, diez minutos, quince minutos. El restaurante se quedó vacío. La mesa no. El cuadro de Chelishchev, el anillo con el zafiro y la pitillera y el mechero de oro de Bruce elegantemente marcados con B van D seguían allí. Igual que el maletín de piel de cocodrilo. Noté que éste estaba forrado de tafilete rojo y que llevaba las iniciales L.B.B. en lugar de B. van D. Los camareros pululaban en torno a la mesa. Al cabo de media hora llamé al camarero jefe.

—¿Le importaría ir al servicio de caballeros y comprobar si el señor Van Damm se encuentra mal? —pregunté.

—Pero si ha salido, señor, han venido dos hombres y se ha ido con ellos.

No me quedó más remedio que pagar la cuenta, recoger las cosas de Bruce y volverme a casa.

Las noticias —buenas o malas— no tardan en correr por el barrio, y no hace falta

decir que gracias a la película de Starr los estadounidenses residentes en Casa Ximenez se habían vuelto más o menos tan populares en el barrio como un recaudador de impuestos. Yo estaba preparado para ver toda una gama de rostros hostiles en el vecindario, lo que no me esperaba era la turba que desfiló por el patio día y noche. La primera persona a la que vi fue Bill Shelburne esperando en nuestro salón.

—¿Qué haces aquí?, pensé que estabas en Nueva York.

—Y lo estaba. He vuelto.

—Y hablando de viajes relámpago, ¿has...?

—Oye, ese amigo tuyo..., ese tal Bruce van Damm que se prometió con la hija de Leander Starr...

—¿Amigo mío? Bill, lo conozco, pero...

—Cuando entró ayer en el restaurante comportándose como si fuera un príncipe te mencionó a ti como referencia.

—¿A mí?

—Sí, a ti. También me dio un cheque de tres mil dólares que no vale...

—Bill, ¿de qué estás hablando?

—De esto. —Sacó un cheque de un famoso banco neoyorquino—. Da la casualidad de que es mi banco. Tu Bruce van Damm me dio este... precioso papelito azul anoche, justo antes de que cogiese el avión. Como tenía que ir al banco de todos modos, se me ocurrió cobrarlo.

—¿Y no tiene fondos?

—¿Fondos? Ni siquiera tiene cuenta en el banco. Jamás han oído hablar de él. Me ha dejado a deber toneladas de comida, litros de licor, treinta y tres camareros, una orquesta... Incluso me dio propina: un cheque de cien dólares por cantar mis canciones en mi restaurante, y también es falso. Menudas amistades tienes.

—Pero si no es amigo mío. Lo conozco sólo desde hace unas semanas. Ni siquiera sé dónde vive.

—Yo sí. O al menos dónde vivía..., un piso muy caro en el Hamburgo. Ahora mismo vengo de allí, he hablado con el casero y le dio el mismo papelito que a mí..., aunque no por tanto dinero. El suyo acaba de devolvérselo el banco. Y además de esos tres mil, el señor Van Damm también firmó un par de docenas de cuentas en el restaurante que ascienden a...

—¿Cómo se atreve a hablarle así a mi hija, señor? —En el patio se oyó la voz *frappé* de Caroline Drexel Morris Starr Strawbridge en uno de sus raros momentos de pasión.

—Mire, ejem, quienquiera que sea... —empezó a decir el señor Strawbridge.

—¡Oh, cállate, Bunny! No sé quién se ha creído usted que es, pero...

—Me llamo Fairfax y soy detective privado, señora. Aquí tiene mis credenciales. Por lo visto ese caballero amigo de su hija, el tal Bruce van Damm, se llevó algunas cosas que no le pertenecían exactamente a él sino que eran de nuestro cliente, ejem,

Lucien Brooke Barney, de Nueva York: un coche Lincoln Continental, algunos cuadros, un anillo con un zafiro estrella, relojes, gemelos y algunas otras cosas que suman bastante dinero. —Me asomé a la ventana. Emily era un mar de lágrimas. Caroline estaba demasiado ocupada interpretando el papel de madre protectora y ofendida, y Bunny era Bunny. Enfrente tenían a un hombrecillo nervudo que parecía un terrier con un traje gris más elegante de la cuenta y un sombrero de paja teñido de gris a juego—. Tal vez también les interese saber que el señor Barney ha estado manteniendo a su prometido los últimos dos años. Pero él y su madre salieron de viaje y el joven se aprovechó. Siento estropear los planes de boda, pero creo que la ceremonia tendrá que aplazarse entre diez y veinte años.

—¿Dónde está Bruce ahora? —preguntó Emily.

—¿Tú qué crees, muñeca? En la trena.

—¿Y por qué ha venido usted a contárnoslo?

—He venido a saber qué me cuentan ustedes. Estamos intentando seguirle la pista al anillo de zafiro, a un cuadro de un tal —consultó su lista— Cheloshef y unas cuantas cosas más. Como suele decirse *cherché la fam*. Si devuelve usted dichos objetos su novio y usted se ahorrarán muchas molestias. Vamos, muñeca.

—¡No se atreva a tocar a mi hija!

—Mire, caballero. Nuestros abogados en...

—¡Oh, cállate, Bunny...!

Cogí el maletín, el cuadro y el anillo y salí al patio.

—¿Es esto lo que busca?

—¿Quién es usted?

—Eso da igual. ¿Es esto lo que busca?

Volvió a consultar su lista, que era muy exhaustiva.

—Sí, pero...

—Pues coja esas baratijas, sus modales baratos y sus bromas baratas y lárguese.

—Eh, oiga, escuche.

—Largo —respondí—. Ya.

—¿Es cierto todo esto? —preguntó Emily.

—Me temo que sí, Emily.

—... lo supe... en el momento... en el momento en que lo vi... emparentado con la señora Chauncey van Damm... lleva años muerta... ni siquiera lo conocía... fiesta espantosa...

—Mamá, por favor...

—Sí, ejem, Caroline, la pobre Emily...

—¡Oh, cállate, Bunny! Cuando me dijiste que habías venido con el inútil de tu padre...

—¿Y ahora qué pasa? —Starr entró en el patio. Todavía llevaba el traje de la noche anterior y parecía exhausto. Lo último que le faltaba era esto.

—¡Papá! —gritó Emily. Una vez más salió a relucir toda la historia mientras Bill

Shelburne y yo nos quedábamos allí deseando estar en otra parte.

—Vamos, vamos, cariño —dijo Starr—. México está lleno de delincuentes y tú y yo tenemos tendencia a caer en sus manos. Es un rasgo familiar.

—Pero, papá, pensé que me quería... y lo único que buscaba era mí...

—No llores por eso, cariño. Hay mucha gente capaz de hacer cosas horribles por dinero.

—Te considero responsable de esto, Leander... —gritó Caroline— un joven encantador de su misma clase en Filadelfia que se muere de ganas de casarse con ella... y en cuanto se acerca a ti...

—Caroline —dijo Starr—, ¿has olvidado esa velada a la luz de la luna en el corazón del territorio pigmeo en el que rompí mi bastón de bambú en tu trasero desnudo?

—¿Olvidado? ¿Cómo quieres que lo olvide...? Aún tengo las marcas...

—Pues eso fue una caricia amorosa comparada con lo que te haré si no cierras esa boca.

—Oiga, Starr...

—¡Oh, cállate, Bunny! —saltó Caroline—. En fin, ya basta de esta locura. Emily... volver a Filadelfia y casarte con Dick como habías planeado... telefoneado desde el hotel esta mañana... el primer avión que encuentre...

—¡Hola, vecinos! ¿Alguna novedad? —Era el señor Guber luciendo una estampa digna de ver con su traje de sirsaca arrugado.

—Sí, señor Guber —dijo Starr—. Muchas. A mi hija Emily acaba de estafarla un cazador de fortunas, y el señor González se ha largado con el dinero que recaudé para rodar *El Valle de los Buitres* y también con la película. Por lo demás, ha sido un día tranquilo.

—¡Es espantoso!

—Espantoso es la palabra. Así que ya puede sacar las esposas, los grilletos, los sabuesos y demás. Soy un viejo hundido, acabado y fracasado y no ofreceré resistencia.

—¡Señor Starr, señor Starr! —Al cabo de un instante el patio estaba abarrotado con los extras de la película. El pariente de Guadalupe, el vendedor de billetes de lotería, encabezaba al grupo blandiendo un periódico.

—Señor Starr —gritó—. Páguenos ahora. A mí dos días a cincuenta pesos y uno a cien. A Guadalupe...

—Lo siento —dijo Starr—. No puedo pagarles. Soy un anciano insolvente..., un farsante y un fracasado. No tengo ni cien centavos.

—Pero es usted rico, señor Starr. Ahora pague.

—Lo haría si pudiera, pero no puedo. Estoy arruinado.

—No, señor Starr. Es usted rico. Vea —gritó desplegando el periódico—. Mire. Su nombre. ¡Ha ganado el gordo de la lotería!

XVI

Dos millones de pesos es un buen pellizco en cualquier país y en cualquier idioma. Incluso después de que el Gobierno mexicano se llevase el quince por ciento de impuestos, a Starr le quedaron ciento treinta y seis mil dólares estadounidenses.

—¡Starr —exclamé—, es un milagro! ¿Sabe lo que esto significa? Puede saldar cuentas con el Gobierno. Guber lo arreglará. Llegarán a un acuerdo para tachar su nombre de la lista. Se acabó andar siempre huyendo de un país a otro. Puede usted volver a Hollywood y ser uno de los grandes.

—Ya soy uno de los grandes, mi querido muchacho. Al menos lo bastante para pagar a la gente que ha invertido su tiempo y su dinero en *El Valle de los Buitres*.

De manera misteriosamente meticulosa y profesional Starr convocó a una reunión a todos sus acreedores: a Madame X, a lady Joyce, a Bunty y a la señora Pomeroy, que le habían respaldado económicamente; a los actores, a los extras y a los técnicos. Les explicó lo que había sucedido, se disculpó y les pagó hasta el último centavo. Incluso pagó al doctor y a la señora Priddy, y a mí y a mí mujer. El señor Guber también cobró sus cuatro dólares por hacer de extra, pero fue lo único que consiguió. Nunca he visto tanto dinero desaparecer tan deprisa.

López, por fin mil dólares más rico, se presentó al día siguiente con Heff cogido del cuello.

—Aquí está el chico, Starr —dijo—. A lo mejor ahora podemos averiguar adónde ha huido ese vago con la película.

—¡Por favor! —imploró Heff. Parecía confundido y desubicado.

—Lo he encontrado en la plaza del Zócalo pidiendo limosna. ¿Vas a decirnos dónde está tu padre?

—No lo sé —respondió Heff. López le atizó un puñetazo que lo envió al otro extremo del patio donde cayó hecho un ovillo. Para ser tan pequeño, tenía mucha fuerza—. No lo sé, le digo. No lo he visto desde el domingo. Apenas he probado bocado desde entonces. Han embargado la casa. He estado durmiendo en el parque. He...

—Sigues aferrándote al guión, ¿eh? Muy bien, volvamos a intentarlo.

López le obligó a levantarse y le abofeteó.

—No, por favor. Le aseguro que... —Luego se desmayó.

—Ya está bien, López —dijo Starr—. El chico dice la verdad. Su padre lo ha dejado tirado igual que a nosotros. —Casi con ternura, reanimó a Heff y le pidió a St. Regis que le diese algo de comer y lo metiera en la cama—. También le debo bastante dinero a este chico.

—¿Que le debe dinero? Después de lo que ha hecho su padre, ¿cómo puede decir que...?

—Métase de una vez en la cabeza, López, que no se le puede culpar de los

defectos de su padre, igual que Emily no tiene la culpa de los míos. Yo le contraté. Hizo bien su trabajo. Le pagaré y no quiero volver a oír hablar del asunto.

Starr también pagó la cuenta de Bruce en El Paseo.

—Pero no puedo aceptarlo, señor Starr —dijo Bill Shelburne—. No tiene usted que pagar su deuda.

—Sí, señor Shelburne, en cierto sentido sí. Si hubiese sido mejor padre..., si le hubiese prestado más atención a mi hija, si hubiese pasado más tiempo con ella, si le hubiese enseñado cómo es la vida fuera de los barrios ricos de Filadelfia, no habría habido un Bruce van Damm. Lo habría visto venir enseguida, aunque yo tampoco supe verlo. Estaba demasiado ocupado pensando en Leander Starr y no en Emily.

En cuanto a Emily, aparte de la comprensible humillación, no tardó en reponerse de lo de Bruce. Dick, el candidato de Caroline, se presentó con un bonito anillo de diamantes —y el recibo—, e incluso yo tengo que admitir que no estaba mal. Tal vez no tuviese la apostura o el encanto infantil del anterior pretendiente de Emily, pero todo en él era auténtico.

Starr dio una fiesta en honor de la joven pareja e incluso encargó la comida a El Paseo.

—He sacado tanto dinero de los compromisos de Emily Starr —dijo el señor Shelburne— que debería pedir yo su mano.

—¿Contenta? —le pregunté a Emily mientras Clarice intentaba con sus artimañas que Caroline le presentara a algunas personas en Filadelfia y que lady Joyce le proporcionara algunos contactos en Londres.

—Sí, la verdad, señor Dennis, aunque me siento como una estúpida.

—No tanto como si de verdad te hubieses casado con Bruce.

—No, claro. Estoy acostumbrada a Dick. Lo conozco de toda la vida. Estoy cómoda con él. No apasionada, pero sí cómoda.

—Cuando lles casada tanto tiempo como yo verás que la comodidad supera con mucho a la pasión.

—Y odio tener que admitirlo, pero mi madre tenía razón.

—Tu madre, si perdonas que te lo diga, es tonta de remate.

—Cierto. Pero tenía razón. Respecto a lo que más me convenía.

—Bueno, hablando de apasionamiento, su primer matrimonio fue más bien movidito.

—Pero ella no aprendió nada de papá y yo sí.

—¿Como qué?

—Como que no pienso volver a Filadelfia y celebrar la gran boda que quiere mamá, con el obispo y la carpa en el jardín, ni instalarme a vivir en Wayne. La vida *à la* papá es demasiado agitada para mi sangre Morris, pero la vida *à la* mamá es demasiado aburrida para mi sangre Starr. Dick y yo celebraremos una boda discreta. Luego nos tomaremos un año o dos y viajaremos por el mundo para ver cosas y gente que no conocemos, para aprender...

—Es una buena idea, si puedes permitírtelo. Pero ¿no será un poco caro?

—De eso ya se ha encargado papá.

—¿Qué dices que ha hecho papá?

—Esto. —Abrió el monedero y me enseñó orgullosa un talón conformado por veinticinco mil dólares. Llevaba grapada una nota con la descabellada caligrafía de Starr: «Mi querida niña: nunca te he dado nada. Ahora te doy esto. Acéptalo y vive un poco. Papá».

Se me doblaron literalmente las rodillas. El martes Starr había ganado ciento treinta y seis mil dólares. El miércoles había pagado cien mil a todos los que habían participado en su película frustrada. Y ahora esto. Qué pensaba pagarle al señor Guber era una pregunta interesante.

—Espero que... seas muy feliz —dije.

—Sé que lo seré. Y, ahora, adiós. Vuelvo a Filadelfia en el avión de medianoche —me besó—, aunque no me quedaré allí mucho tiempo.

Y dicho esto se marchó.

Al día siguiente estábamos sentados en el patio especulando sobre cómo podría utilizar mejor Starr el dinero que le quedaba cuando llegó el más extraño de los muchos extraños visitantes de Casa Ximinez. Era una mujer que debía de rondar los cincuenta años, aunque habría sido difícil precisar su edad. A pesar de ir muy pulcra y limpia, llevaba la marca de la pobreza. Es algo que cualquiera con un mínimo de capacidad de observación puede ver en la calle, en el autobús o en el metro, en el parque o en la cafetería, y que se vuelve más acusado con el tiempo. Un aspecto descolorido. La ropa, aunque esté nueva, no tiene color —negros oxidados, marrones tabaco, grises fangosos— y el uso no hace más que ir exponiendo la pobreza. Con el tiempo ese aspecto descolorido se extiende también a sus portadores, a su piel y a su cabello, a su manera de estar de pie, a su forma de sentarse y a sus andares. Tienen un no sé qué de falta de confianza en sí mismos y de resignación. Esa mujer era un ejemplo de manual. Avanzó despacio y arrastrando los pies hacia nosotros.

—Disculpen —dijo—, pero estoy buscando a un tal señor Starr: Leander Starr.

—Yo soy Leander Starr —dijo el viejo loco en tono grandilocuente.

—Soy la señora Van Damm. La señora Rose van Damm.

Incluso Starr se quedó atónito. Por fin pudo decir de manera un tanto boba:

—En-entiendo...

—Quisiera hablar con usted —dijo. Luego nos echó una mirada inquisitiva a mi mujer y a mí.

—Creo, señora Van Damm, que tenemos muy poco de que hablar, y desde luego nada que no pueda usted decir en presencia de mis queridos y viejos amigos el señor y la señora Dennis.

Tomando aquello más o menos —sobre todo menos— por una presentación, me puse en pie y la saludé avergonzado con la cabeza. Mi mujer asintió desde la silla y musitó algo entre dientes. Luego dijo:

—¿No quiere usted sentarse, señora Van Damm?

Así lo hizo cansada y torpemente.

—La razón por la que he venido a verle, señor Starr, es que creo que es usted quien puede hablarme más de Bruce. No acabo de entenderlo, pero he imaginado que usted sabría algo.

Por una vez Starr no nos obsequió con una exagerada demostración de dignidad ofendida. En lugar de eso dijo en voz bastante baja tratándose de él:

—En fin, señora, siento decirle que su hijo se ha metido en un buen lío. Con un restaurante, con su casero, con mi hija, con el Gobierno mexicano y conmigo.

Ella le escuchó asimilando despacio lo que le decía, movió la cabeza y dijo:

—Continúe, por favor.

—Ha mentado, estafado y pagado con cheques falsos. Al parecer ha robado en los Estados Unidos un coche muy valioso y, lo que es peor, ha intentado venderlo aquí. Si quiere usted saber dónde se encuentra en este momento...

—Lo sé. Acabo de ver a Brucie.

—En ese caso —dijo Starr aunque no sin amabilidad—, poco más puedo decirle, excepto que la cosa no pinta bien. En realidad pinta muy mal. Siempre puede acudir usted a la embajada...

—También he estado allí. No he llegado muy lejos con las, ejem, personas con las que he hablado. Sólo he venido a disculparme por Brucie. En realidad, no es mal chico, señor Starr. —Era la frase clásica. ¿Qué madre de matón, gángster, ladrón, atracador, chantajista o asesino no dice invariablemente «Siempre fue muy buen chico»?—. Pero Brucie siempre fue raro. Callado e introvertido. Ya de niño, en Bridgeport, nunca jugaba con los demás niños. En vez de eso intentaba aparentar más de lo que era. Es probable que la culpa sea mía. Si su padre no hubiese muerto tal vez podría haberme quedado en casa y haberlo cuidado un poco más. Pero no sé. A su hermano Davie le ha ido bien en la vida. Se casó, tiene su propia casa y una gasolinera. Mi hija, Rosalie, se casó con el empleado de un vivero. —Me pareció oír a Bruce van Damm: «... siempre hemos vivido en el condado de Fairfield... mi hermano David es ingeniero automovilístico... los jardines de mi hermana... el invernadero...». No había sido del todo mentira—. Brucie siempre fue apuesto y bien parecido. A la gente le caía bien. No le costaba encontrar trabajo. En oficinas, quiero decir. No como a nosotros. Pero nunca estaba contento. Se gastaba el dinero en ropa elegante, hasta se compró un esmoquin. «¿Cuándo vas a ponértelo?», le dije yo. Y siempre encargaba libros. No novelas. Nada de lo que lee la gente. Hubo uno que le costó carísimo y que era sólo una lista de personas de la alta sociedad de Nueva York. No recuerdo el nombre.

—¿El *Registro social*? —sugirió mi mujer con desánimo.

—Sí señora, ése. Y también un libro inglés que encontró en una librería de segunda mano, sobre los lores y las grandes señoras. Y catálogos de moda. Y luego un libro sobre la familia Van Damm, y Brucie siempre intentaba ver si eran nuestros

parientes. Incluso descubrió que lo éramos, pero, como le dije, es una familia holandesa muy grande. Luego se mudó a Nueva York y empezó a frecuentar a un hatajo de ricachos gandules que no necesitaban trabajar y a ir a clubes de moda y cosas así... —Una vez más me pareció oír al educado señor Van Damm contándome lo de aquella pariente excéntrica de Tuxedo Park, la anécdota con el coche eléctrico y lo de que había encontrado una de mis novelas en la biblioteca del club Knickerbocker. Todo lo que me había contado era técnicamente cierto, aunque no me lo había contado todo... después se mudó a un piso con un amigo elegante de la alta sociedad. Barney no sé cuántos... —Supuse que debía ser el elegante y afeminado Lucien Brooke Barney y su «cueva» en Gracie Square. La señora Van Damm siguió con el sórdido relato de aquella historia tan evidente para todos menos para ella—. Brucie dejó de venir a casa, ni siquiera en Navidad, y empezó a ir con malas compañías... —Otras personas, menos normales, más impresionables y más familiarizadas con las columnas de cotilleos que la señora Van Damm, las habrían considerado muy buenas compañías: lo mejorcito de cada casa. Yo me puse del lado de la madre: mi mujer y yo conocíamos a Lucien Brooke Barney & Co... luego el tal Barney se volvió contra Brucie sin ningún motivo... —Para ser justos, un automóvil de diez mil dólares, unos cuantos cuadros valiosos y un montón de ropa y joyas eran una buena razón para sentirse agraviado. Y no hay peor furia que la de una *mujer* despechada. Era todo tan evidente: aquella pitillera de oro, el equivalente a un anillo de compromiso en el círculo de Barney; el aro con el zafiro estrella que quería reformar para regalárselo a Emily; el mórbido y delicado Pável Chelishchev que Bruce pensó que «a lo mejor podría vender a algún coleccionista». Me compadecí de aquella madre que intentaba culparse a sí misma, o a la sociedad, o a las malas compañías de todo lo que había hecho su hijo—. Así que he venido... directa de la cárcel, señor Starr, para pedirle que no se enfade con Brucie. No pudo evitarlo.

Starr carraspeó.

—No estoy enfadado, señora Van Damm. Lo siento. Lo siento por usted. Incluso lo siento por el chico. Pero ahora quisiera saber qué piensa hacer para sacar a su hijo de este embrollo.

—He recibido una carta del abogado de ese tal Barney. —Sacó una hoja de papel muy bien doblada del bolso de plástico y nos la mostró tan orgullosa como si fuese un indulto real—. Dice que si Brucie devuelve el coche... y algunas otras cosas de su propiedad, no pasará nada: el señor Barney no quiere causarle problemas a Brucie. —Miré la carta escrita en el elegante papel de un antiguo bufete neoyorquino cuyos fundadores jamás habrían imaginado que un cliente suyo, y menos aún un Barney, acabaría implicado en un asunto tan turbio. Si leía uno entre líneas la jerigonza legal quedaba claro que, aunque a Lucien Brooke Barney le habría encantado causarle un sinfín de problemas a Bruce, el bufete estaba aún más deseoso de evitar las complicaciones y la publicidad que podría acarrearle todo aquello al señor Barney—. Pensaba devolverlo cuando... —ni siquiera la señora Van Damm tuvo valor de acabar

la frase. Se ruborizó, se atragantó y apretó el monedero entre sus manos toscas y callosas.

—¿Y qué hay de..., ejem..., los otros..., ejem..., detalles, señora Van Damm? ¿Las deudas, los cheques falsos? En México, pagar con un cheque falso es un delito grave y pueden enviarle a la cárcel.

—Lo sé, señor Starr. Es un montón de dinero... Más de cinco mil dólares en deudas, sin contar las multas y los abogados. Serán más de diez mil dólares y... y... —Sus grandes ojos castaños, los ojos que había heredado Bruce, se llenaron de lágrimas. Empezó a desmoronarse—. Señor Starr, somos gente pobre. Yo trabajo en una cafetería. No tengo nada ahorrado. He tenido que pedirle prestado a mi hijo pequeño para venir. Meterán a Brucie en la cárcel, en una sucia cárcel mexicana, y yo... no puedo hacer nada. —Se tapó la cara con las manos y se echó a llorar. Mi mujer y yo nos quedamos paralizados por la lástima y la vergüenza y ni siquiera nos atrevimos a mirarnos.

Starr se puso fatigosamente en pie.

—No llore, señora Van Damm. Por favor. Enseguida vuelvo. —Se hizo el silencio, sólo interrumpido por los sollozos contenidos de la señora Van Damm. Starr volvió casi enseguida con un paquete en la mano—. Tome, señora Van Damm —dijo dejando el paquete sobre su regazo—. Acéptelo, por favor.

Ella lo miró con los ojos anegados en lágrimas.

—¿Qué es?

—Son cien mil pesos: unos ocho mil dólares. Úselos para sacar a su hijo de aquí.

—¡Starr! —grité—. ¿Es que se ha...?

—¡Silencio!

—Señor Starr —dijo la mujer—, no puedo...

—Claro que puede. Debe. No le queda otra opción, ¿o sí?

—Señor Starr, no sabe lo que esto significa para mí.

—Y usted no sabe lo que significa para mí. ¡St. Regis!

—Sí, señor Starr —dijo St. Regis asomando la cabeza por la puerta.

—¿Tendría la bondad de pedir un taxi para la señora? Vaya, señora Van Damm.

—Señor Starr, se lo devolveré. Se lo juro.

—Claro, claro.

—Aunque tenga que trabajar el resto de mi vida.

—Por supuesto. Y, ahora, adiós y buena suerte.

—Señor Starr, ha salvado usted a mi hijo. No puedo despedirme sin...

—Claro que puede. No me gustan las despedidas largas.

—Pero, señor Starr...

—Acompáñela al taxi, por favor, St. Regis. Buenos días.

Un momento después nos quedamos solos.

—Starr —balbucí—, ¿es que ha perdido usted el juicio?

—Tal vez.

—Pero ese dinero era lo único que tenía para ir tirando hasta empezar de nuevo y esa mujer...

—Esa mujer, mi querido Dennis, podría fácilmente haber sido mi madre.

No había mucho que decir, pero aun así lo dije:

—Starr, ¿puede decirme qué piensa hacer ahora? Empezó con ciento treinta y tantos mil dólares limpios. Ha gastado cien mil en una película que ni siquiera tiene... y que ni siquiera sabe dónde está...

—Era una deuda. ¿Quería que dejase tirados a un montón de pobres mexicanos que me han dedicado su tiempo, su esfuerzo y su dinero?

—Otros veinticinco mil se han ido con la dote de Emily que los necesita menos que...

—¿Quién se lo ha dicho?

—Ella.

—Al fin y al cabo, mi querido muchacho, es mi única hija. Nunca he hecho nada por ella..., ni siquiera la conocía. Me ha parecido lo menos que podía hacer..., un gesto en realidad.

—¡Menudo gesto! Y luego el gesto final: ocho mil dólares para ayudar a un elemento como Bruce van Damm, y otros tres mil para saldar su deuda en El Paseo. Eso le deja con...

—Siempre he envidiado su cabeza para los números, querido Patrick. Eso me deja sin nada. Bueno, siempre he dicho que llevar muchas cosas en los bolsillos echa a perder la caída del traje.

—Pero, Starr, ¿qué hay de su futuro? ¿Qué hay del acuerdo con el Gobierno para que pueda usted volver a rodar en los Estados Unidos?

—¡Oh, no me aburra con eso ahora, mi querido muchacho! De momento, me encuentro tan bien que...

—¿Bien? —El señor Guber apareció al otro lado del patio—. No le faltan motivos. Acabo de hablar por conferencia con mi departamento, la recepción era sorprendentemente buena. Y lo mismo puede decirse de la respuesta de ellos cuando les he explicado su problema.

—¿Qué problema, Irving?

—Pues sus impuestos atrasados. ¿Cuál iba a ser si no? No he conseguido que acepten diez centavos por dólar, como era mi intención, pero hemos llegado a un acuerdo que le parecerá muy atractivo cuando les he explicado que había gastado usted gran parte de sus ganancias en la lotería para pagar a los pobres participantes de *El Valle de los Buitres* y demás. Mi jefe me ha dado autoridad para saldar su deuda a un interés del seis por ciento a cambio de...

—No van a saldar nada, Irving. No me queda dinero. Soy tan pobre como el día en que llegué al mundo.

—... volver a casa por vacaciones. Shirl y los... ¿Qué?

—Ya me ha oído, Irving. No me queda nada. Ni un centavo. ¿Y sabe qué, Irving?

En realidad no me importa lo más mínimo.

—¿Es que se ha vuelto loco? Tenía usted ciento treinta y seis mil *ferblundgit* dólares y ahora...

—Le repito que no queda nada de nada.

—Starr, *derschlugeneh meschugeneh!* Me parto los cuernos para conseguirle un acuerdo ventajoso, y ahora va usted y me dice que... Debería solicitar los papeles de extradición y llevármelo a...

—Hágalo. Pero saque billetes de primera clase y ocúpese de mi equipaje y de mi criado.

—Starr, ha perdido usted el juicio. Me he matado para conseguirle las condiciones más favorables para que pudiera usted volver y empezar desde lo más alto. Por la mísera suma de...

—¿De cuánto? —Me volví y reparé en que la señora Worthington Pomeroy llevaba un rato en el patio sin que hubiésemos reparado en su presencia, lo cual era casi increíble puesto que llevaba unos pantalones de cintura baja y una camiseta muy corta que dejaban a la vista la mayor parte del abdomen, el diafragma y el ombligo.

—Leander, cariño, tu pobre Clarice se ha pasado todo el día solita en esa casona solitaria y no ha recibido ni siquiera una llamadita telefónica. Me tienes olvidada, cariñito. ¿Qué es lo que pasa, señor Guber?

—¿Qué es lo que pasa? Pues que he conseguido el acuerdo más favorable de la historia del Departamento de Hacienda, un descuento que ya me gustaría tener en mis propios impuestos, para que el señor Starr pueda saldar su deuda y volver a Estados Unidos como un ciudadano honrado y cumplidor de la ley, y él lo tira todo por la borda. ¡Es vergonzoso!

—Vamos, señor Guber —dijo Clarice con una sonrisa como la de un tiburón—. Nada me gustaría más que pagar la deuda que el señor Starr tiene con ustedes..., será una especie de regalo de boda. ¿Le parece bien mañana por la tarde..., justo *después* de la ceremonia?

—Clarice, cariño, ¿tan pronto? Los papeles..., las licencias y demás...

—El señor Overton ya lo ha arreglado todo. Se ocupará de usted, señor Guber, en cuanto estemos casados. A partir de entonces haremos la declaración conjunta.

—Clarice...

—Será una ceremonia muy sencilla en el jardín. Por supuesto, están todos invitados.

—Tenemos que recoger a los niños en el aeropuerto a las tres... —se excusó mi mujer.

—Tráigalos también. Me encantan los niños. Cielos, ¡miren qué hora es! Tengo que darme prisa. Aún faltan muchas cosas por hacer. Hay que telefonar a los invitados. Encargar las flores. Venga conmigo, señor Guber, y yo me encargaré de todo. ¡Hasta mañana!

XVII

El aeropuerto de Ciudad de México siempre está muy concurrido, pero el viernes antes de Semana Santa es una casa de locos pues todo el mundo intenta marcharse de vacaciones. La banda de mariachis tocaba con todas sus fuerzas, los pavos desfilaban al compás, los equipajes se extraviaban, los niños se perdían, los taxis chocaban unos con otros, la gente maldecía, gritaba y lloraba...; un auténtico espíritu vacacional flotaba en el ambiente.

Mi mujer y yo llegamos pronto y nos enteramos de que nuestros niños llegarían tarde: el vuelo llevaba dos horas de retraso.

—¡Oh, no —exclamó mi mujer—, nos vamos a perder la boda de la señorita Starr!

—Mejor. No creo que pudiese resistir ver cómo Clarice le echa el lazo al cuello a ese viejo bandido.

—¿Qué tal estaba esta mañana?

—Sorprendentemente tranquilo y sosegado. St. Regis parecía mucho más nervioso. Estaban haciendo las maletas.

—Todo está listo para mudarse a Casa Ortiz-Robledo, pobre hombre.

—En fin, sugiero que nos abramos camino hasta el bar y esperemos allí, a menos que quieras correr el riesgo de morir pisoteada por los turistas.

—Te acompaño —dijo.

El bar era un pequeño oasis de paz y silencio: sólo los camareros y nosotros. Escogimos una mesa al lado de la ventana, pedimos un par de copas y nos dispusimos a esperar.

—Se me ha ocurrido que podríamos alquilar un coche y llevar a los chicos a ver el castillo de Chapultepec y tal vez los jardines flotantes de Xochimilco y luego...

—¡Dios! —rugió una voz.

Miré al otro lado de la sala hacia la puerta y vi a dos clérigos, uno estaba tendido en el suelo. El más joven llevaba ropa negra de cura y un sombrero panamá con el ala vuelta hacia abajo.

—¡Oh!, ¿se ha hecho daño, señor, ejem, padre?

—Ayúdeme, hermano, y deprisa. —Una vez volvió a ponerse de pie, el reverendo era la viva imagen de un vicario rural inglés sacado de una novela de Dickens: polainas, sombrero de teja y las gafas de cristales más gruesos que he visto en mi vida—. Acompáñeme al bar, hermana.

—Sí, padre.

El vicario se abrió paso a tientas hasta el bar, derribó dos taburetes, pronunció el nombre de Dios en vano y luego lo arregló añadiendo: «Amén».

—¿Qué va a ser, madre?

—Un daiquiri, por favor, padre.

—¡Ah, buen hombre, un daiquiri para mi coadjutor y un cóctel de ron para mí!

—Sí, padre.

—Qué felices y despreocupados son estos latinos, hermana. Incluso si profesan una fe diferente a la nuestra. Estoy convencido de que el Señor tiene reservado un lugar especial en su generoso corazón.

—Sí, padre.

—En fin, ¿tiene los billetes: Mexicancan o como quiera que se llame, hermano?

—Sí, padre. Vuelo directo a Montreal.

—Una de las siete ciudades del pecado, ¿no es así, madre?

—Siempre lo he pasado bien allí, padre.

—Ah, sí, recuerdo esa iglesuela cubierta de hiedra: Santa Leucemia de la Policía Montada. Y una bonita rectoría.

—Disculpa —le dije a mi mujer, me deslicé furtivamente hasta la barra y me planté detrás de ellos.

—¿Y ha dejado el resto del equipaje en casa del padre Dennis?

—Sí, padre.

Los dos tenían las copas en la barra delante de ellos.

—La paz sea con usted, hermano —dijo el vicario alzando la copa.

—La paz sea con los dos..., par de farsantes —dije yo. Se dieron la vuelta, y cuando me vieron, pensé que se desmayaban—. Starr, en el nombre de Dios, ¿qué hace de esa guisa?

—Por favor, mi querido muchacho, ¡no hable tan alto! Estamos viajando de incógnito.

—No llamarían más la atención si llevasen luces de neón. ¿De dónde ha sacado esas gafas de culo de vaso y esa ropa de dómine?

—Es un regalo de despedida del amigo de St. Regis, el ayudante de vestuario.

—¿Despedida? ¿Es que Clarice va a arrastrarlo a un largo viaje de luna de miel? ¿Y por qué la ropa de clérigo?

—Desconozco los planes de la señora Pomeroy. Los míos son volar directo de Ciudad de México a Canadá sin hacer escala en la tierra que me vio nacer. Me siento como Philip Nolan.

—Pero ¿y la boda?

—*Malheureusement*, mi querido muchacho, no podré asistir.

—Por la pinta que tiene, parece que fuese a officiarla usted. ¿Y Clarice?

—Aunque me siento como un canalla, Clarice y el señor Guber se quedarán esperando en el altar mientras viajo a Canadá..., fugitivo de la justicia, tal vez, pero un alma libre. ¡Ah!, me he tomado la libertad de dejar unos cuantos bártulos en su apartamento. No mucho: seis baúles, mis palos de golf, fotografías, unos cuantos disfraces y varios recuerdos del teatro. Cuando me instale en Canadá, le diré dónde enviármelos.

—Pero va a huir usted cuando...

—Sí, mi querido muchacho. No le debo nada a Clarice. Le he devuelto hasta el último centavo de su inversión. Mi dinero es suyo, pero Leander Starr es mío.

—No tan alto, padre —le advirtió St. Regis.

—¡Oh, cálese, hermana!

El sistema de megafonía graznó: «Todos los pasajeros del vuelo Mexicanadian 113 directo a Montreal, por favor, embarquen por la puerta tres». Y, por si las moscas, volvió a repetir el anuncio.

—Ése es nuestro vuelo. Nos vamos, mi querido muchacho. Gracias por todo, escríbame y cuénteme que tal fue la boda. —Me besó sonoramente en ambas mejillas y le lanzó un beso a mi mujer.

—Vamos, hermano —le dijo a St. Regis.

—Sí, padre.

Y dicho esto, se marcharon.

—¡Eh, padre! ¡La cuenta! —gritó el camarero.

—Da igual —dije yo—. Esta ronda la pago yo.

—¿Qué pasaba? —preguntó mi mujer cuando volví a la mesa.

—No somos los únicos que vamos a perdernos la boda de Starr. Él también. El viejo escapista ha vuelto a hacerlo.

—¡Bien! —dijo mi mujer.

—Bunty, cariño, tienes que controlarte. Tu cara es un río de rímel.

—Cielos, me aseguraron que era resistente al agua. Bueno, da igual. Me volveré vieja, fea y desaliñada y no volveré a mirar a ningún otro hombre. ¡Ay, Monica, qué humillación!

—Necesitas una copa, Bunty. Y yo también.

Lady Joyce entró en el bar, sosteniendo a duras penas a Bunty Maitland-Grim. Bunty, de negro riguroso, llevaba varios abrigos de pieles. Estaba deshecha en lágrimas.

—¿Me permite? —dije quitándole los abrigos.

—¡Oh, gracias a Dios, al menos hay un hombre que tiene consideración conmigo!

Luego Bunty vio a mi mujer y, en un torbellino de brazaletes, se echó en sus brazos.

—Gracias a Dios que está bien —dijo lady Joyce desplomándose en una silla y pidiendo dos whiskies dobles.

—¿Qué le pasa a Bunty?

—Es Henry.

—¿Ha muerto?

—¡Oh, no! Eso Bunty podría soportarlo. Mucho peor. Se ha ido. ¡Se ha marchado

nada menos que con Catalina Ximinez!

—¡No!

—Sí.

—La culpa es mía —sollozó Bunty—. Tendría que haber guardado su pierna bajo llave por las noches. Si se hubiese escapado con la cocinera podría entenderlo, pero con esa caricatura mexicana de culo gordo... ¡Ayyyyy! —Rompió a llorar de nuevo.

—Seguro que no durará —apunté yo.

—Con la de sacrificios que he hecho por Henry... Abandoné mi carrera como chica Bluebell y una gira por Europa y ahora me deja tirada como un... —No pudo terminar la frase.

—Pobrecilla. Me la llevo a casa conmigo para que descanse un poco hasta que Henry recobre la sensatez. Detesto perderme la boda de la pobre señorita Starr, pero con Bunty en semejante estado...

—No es la única que se la va a perder —dije—. Mire.

Justo debajo de donde estábamos había un enorme avión plateado esperando a que subieran los pasajeros. Dos siervos del Señor esperaban al principio de la cola de primera clase.

—¿Mexicanadian? ¿No es esa aerolínea propiedad de una extraña mujer estadounidense que...? Oh, mire. Ese vicario de la Iglesia anglicana se parece a mi padre.

—Mírelo con más detenimiento —dije.

En la puerta del avión, Starr se volvió, se quitó el sombrero de teja e hizo una profunda reverencia en dirección al bar.

—¡Leander! —exclamó lady Joyce—. La va a dejar tirada. ¡Bravo por Starr!

—¡Hombre tenía que ser! —sollozó Bunty—. Todos son iguales. Cariño, sírveme otro whisky. Estoy destrozada.

—Lo ha conseguido —dije—. Por fin está a salvo de Clarice Pomeroy.

—¿Y ese hombrecillo de los impuestos?

—De él también..., de momento.

—Pobre Clarice —dijo Bunty sorbiéndose la nariz—. No somos más que juguetes en sus manos.

—Mexicanadian no pierde el tiempo en la pista —observó mi mujer. Los motores se pusieron en marcha, las puertas se cerraron y retiraron la escalerilla.

—¡Cielos, miren! —exclamó lady Joyce.

Me volví. Se produjo una gran confusión en la pista y vi a un hombre y una mujer que corrían a toda prisa hacia el avión de Starr.

—Vaya, ahí está —dijo Bunty—. Ahí está Clarice Pomeroy.

—Y el señor Guber —añadió mi mujer.

Volvieron a poner la escalerilla, la puerta se abrió y subieron al avión. Después empezó a rodar por la pista.

XVIII

Las cosas ya no son lo mismo en Casa Ximinez. Están aquí los niños y es muy agradable, pero apenas hay color local que enseñarles. Starr se ha ido, igual que Emily y St. Regis. Lady Joyce y Bunty han vuelto a Inglaterra. Henry Maitland-Grim y Madame X han partido con destino desconocido. Mamacita ha aprendido a decir: «Mi... hija... dama... inglesa», pero ya no lo dice con el mismo espíritu de antes. Del señor Guber y de la señora Pomeroy no se han vuelto a tener noticias. Incluso el doctor y la señora Priddy se han ido a pasar la Semana Santa a no sé qué sitio pintoresco. *Perro* ha dejado de ladrar y, sin ladridos ni nadie que cobre el alquiler; *Loro* guarda silencio en el patio.

Tampoco nuestro apartamento es lo que era, aunque con sus seis baúles y varias toneladas de objetos abarrotándolo sea difícil olvidar a Starr. Aparte de sus fotografías de antiguas estrellas enmarcadas en plata, vamos a tener que guardarle *El Valle de los Buitres*. La película y González han aparecido en un pueblucho de la frontera con Guatemala: González muerto de una cuchillada y la película más viva que nunca. López y Heff han ido a enterrar al viejo sinvergüenza —en un cruce de caminos y con una estaca de caoba en el corazón, si de mi dependiera— y a ver si encuentran parte del dinero robado entre sus efectos personales. Si llegan a dar con algo, espero que le paguen una generosa recompensa al hombre que lo apuñaló.

Guadalupe acaba de dejar el correo matutino sobre mi escritorio. Además de las facturas y los anuncios de costumbre, hay un tarjetón muy elegante de Filadelfia que dice que el señor y la señora Llewellyn Cadwalader Strawbridge anuncian la boda de su hija Emily, etcétera. También hay una carta de la revista femenina que reproduzco en parte:

A todos en el departamento de ficción nos ha impresionado su relato sobre Salli, el príncipe azul y el brécol. Es sencillamente adorable. Tanto nos ha gustado que en la reunión de hoy el departamento de edición ha decidido iniciar una serie nueva titulada «La pareja ideal». Tratará de Salli y el príncipe azul y de su vida de recién casados. Queremos seis entregas al año los próximos tres años, con la posibilidad de renovar otros tres años más. A ningún autor desde Ethel M. Dell se le había concedido ese honor. ¡Enhorabuena!

Una carta desde Boar Hall anuncia que Henry Maitland-Grim ha «recobrado por fin el juicio» y quiere reconciliarse con Bunty, aunque él está preso en Yucatán —sin su pierna— y Bunty ha ido a París a hacerse un tratamiento facial.

Por último hay una carta desde un albergue de Los Ángeles, con voluptuosos puntos sobre las íes de Patrick y Dennis. La reproduzco por entero:

Querido señor Dennis:

Le escribo porque siempre ha sido usted un buen amigo mío y de mi jefe el señor Starr.

El viaje a Canadá no fue un éxito. Gracias a los inteligentes disfraces de mi amigo mexicano, el señor Starr y yo pudimos subir al avión a Montreal, pero el señor Guber y esa espantosa señora Pomeroy nos descubrieron antes del despegue.

Como la señora Pomeroy es la dueña de la compañía aérea Mexicanadian ordenó al piloto que aterrizase en Los Ángeles, ¡¡¡a pesar de que nuestros billetes eran para el vuelo directo a Montreal!!!

Fue tan malvada que incluso obligó al operador de radio a avisar a la policía para que estuviesen esperando al pobre señor Starr (¡si un hombre me demostrara de manera tan evidente que le traigo sin cuidado, el orgullo me impediría degradarme de ese modo!).

Pero cuando llegamos a Los Ángeles era de noche y llovía («la soleada California», ¡ja, ja!). El señor Starr fue el primero en apearse del avión, y cuando llegamos al mostrador de inmigración no apareció por ninguna parte. ¡Se desvaneció en el aire!

Pero eso no es todo. Con tantas emociones, por lo visto confundió el joyero de la señora Pomeroy con su maletín y esa arpía le acusa de robarle sus feos diamantes valorados en más de un millón de dólares. ¡Hay gente que no tiene educación!

Nadie ha vuelto a saber nada de Starr desde entonces. ¡Estoy preocupadísimo! Pero con lo del joyero de la señora Pomeroy al menos sé que no le falta de nada.

Entretanto me hallo en una situación muy desagradable porque el señor Starr tiene todo mi dinero. No abusaría de su amistad si no fuesen a echarme de mi habitación la semana próxima. Si pudiera usted prestarme 100 dólares se los devolveré en cuanto encuentre trabajo. Me paso los días recorriendo los estudios (aunque apenas contratan a nadie) y las noches esperando a que mi jefe se ponga en contacto conmigo. Dondequiera que esté, sé que volverá.

Gracias por cualquier ayuda que pueda proporcionarme. Les deseo a usted y a la señora Dennis una feliz Semana Santa.

Su amigo,

ALISTAIR ST. REGIS

Acabo de enviarle cien dólares a St. Regis y ahora estoy esperando en el patio solitario y silencioso a que mi mujer y mi hijo vuelvan para comer. Una voz ha gritado «¡Dennis, mi querido muchacho!» y me he levantado de la silla de un salto, pero era sólo *Loro*. Por fin ha aprendido a decir algo nuevo.

Miro hacia las ventanas de su apartamento y espero que aparezca de pronto, imperioso, ridículo y exigente. Pero no está allí. Una familia de Cleveland ha alquilado el apartamento desde el lunes. Starr, como de costumbre, ha desaparecido.

Y, no obstante, sé que no es así. En algún lugar, en alguna parte, está trabajando, dando órdenes a la gente, quejándose de sus habitaciones, del servicio, de la limpieza, de la plancha o del crédito. Y algún día, en el momento menos indicado, volverá a nuestras vidas como —¿se me permite decirlo?— como la falsa moneda, me obligará a levantarme de la cama, a salir de la bañera o interrumpirá las bodas de oro de Salli y el príncipe azul (y el brécol), dispuesto a engatusarme y a engañarme, a amenazarme, a quedarse con mi dinero y hasta con mi camisa (mientras critica el corte y la tela). Starr se ha ido, pero no por mucho tiempo. Volverá y volverá a pelear, santo y pecador, inocente e ingrato, benefactor y canalla, encantador y sinvergüenza, sabio y sabandija, valiente y rastrero, ingenioso y gandul, sofisticado y sencillo, rebelde y disoluto, soñador e idiota, pero siempre, desvergonzadamente y sin la menor afectación, un genio.

Casa Ximinez,

*Ciudad de México,
Viernes Santo de 1962*



PATRICK DENNIS (Chicago, Illinois, 1921 - Nueva York, 1976), es el seudónimo de Edward Everett Tanner III. Fue un icono de la bohemia de Nueva York, además de uno de los escritores norteamericanos más populares de los años cincuenta y sesenta del siglo XX.

En 1942 ingresó en el American Field Service, trabajando como conductor de ambulancias en el norte de África y en Oriente Medio. El 30 de diciembre de 1948, se casó con Louise Dennis Stickney, con quien tuvo dos hijos.

Trabajando con su viejo amigo, el actor y fotógrafo Cris Alexander, Dennis creó dos memorias parodiadas. La primera, *Little Me*, relata las aventuras a través de la vida y el amor de la muchacha Belle Poitrine, como se le llamó a Patrick Dennis. Su esposa, Louise, apareció como *Pixie Portnoy* en las ilustraciones fotográficas del libro, que también incluía a sus hijos y un empleado. El segundo "bio", «La primera dama» (1964), es la historia de la vida de Martha Dinwiddie Butterfield, esposa inconsciente de un barón ladrón que "robó" la presidencia de EE. UU. durante treinta días en el cambio de siglo.

El trabajo de Dennis pasó de moda en la década de 1970, y todos sus libros se agotaron. En sus últimos años, abandonó la escritura para convertirse en un mayordomo, un trabajo del que disfrutó, según informaron sus amigos. Durante un tiempo, trabajó para Ray Kroc, fundador de McDonald's. Murió de cáncer de páncreas en Manhattan a la edad de 55 años.

«La tía Mame», que había sido rechazada por diecinueve editores, vendió, al ser

publicada en 1955, más de dos millones de ejemplares en Estados Unidos y se mantuvo ciento doce semanas en la lista de los diez libros más vendidos del *New York Times*.

Dennis se convirtió en 1956 en el primer escritor en conseguir colocar en esa misma lista tres títulos, firmados con tres seudónimos distintos: «La tía Mame», *The Loving Couple: His (and Her)* y *Guestward, Ho!*.

NOTAS

[1] Gustan mucho los diminutos de los nombres victorianos como Candy en vez de Candace, Debby en lugar de Deborah, o incluso Vicky en vez de Victoria. Sin embargo, la moda es escribirlos a la italiana —Patti, Susi, Jeri—, ¿y quién soy yo para resistirme a la moda? <<

[2] No se permite que ninguna protagonista de un relato tenga nariz aquilina, romana, semítica o chata, aunque la rinoplastia es uno de los temas favoritos de la sección de belleza: «¿Te gusta tu nariz?». <<

[3] El color de moda debido a —o a pesar de— Elizabeth Taylor. Los ojos violeta han reemplazado totalmente a los verdes y a los turquesa. <<

[4] Casi todas las chicas habrían dicho «¡Joder!», pero me debo a las cartas de los estados ultraprotestantes que de manera invariable concluyen: «... cancelen mi suscripción a su revista pornográfica, que he devuelto al lugar que le corresponde: ¡el fuego!». <<

[5] Como la edad media de las suscriptoras —aunque no su inteligencia— es de veintidós años y medio, ninguna protagonista supera esa edad. Esto se conoce en el negocio como «crear identificación con el lector». <<

[6] ¿A alguien le extraña? <<

[7] ¿Hace falta decir que en el párrafo siguiente sonará el timbre y allí estará el pecoso Jeff, o Creg, o Tad con su nariz respingona y su sonrisa confiada, que se habrá equivocado de apartamento y dejará a la frágil, mezquina y malhablada Claire o Sandra o Sybil dando aristocráticas pataditas en el suelo? En fin, es un modo de ganarse la vida. <<